JAVIER DE VIANA

GAUCHA

Prólogo de
ARTURO SERGIO VISCA

MONTEVIDEO
1956

PRÓLOGO

Coordenadas narrativas

La obra de nuestros narradores de fines del siglo XIX y principios del XX se erige sobre ciertos supuestos afectivos e intelectuales estrechamente ligados a su situación de seres enfrentados a una realidad que se les presentaba ante todo como un problema. Sus obras, para bien o para mal, están contaminadas de la necesidad de tomar conciencia de la realidad que los rodeaba y adoptar una posición —afirmativa o negativa— ante ella. Para todos esos escritores fue lo autóctono, con su plural repertorio de formas inéditas de vida, no sólo materia narrativa sino también objeto de meditación. Todos ellos pretendieron, y lo lograron con éxito vario, a más de ofrecer el dibujo objetivo de la realidad nacional rotundizado por el juego imaginativo de la narración, dar su particular interpretación de esa realidad. Es cierto que toda "*visión*" narrativa de la realidad es a la vez interpretación ideal de ella. Pero ofrecer esa interpretación, que surge indeliberadamente como consecuencia de una cualidad ínsita en el género narrativo, fue en los narradores a quienes me refiero propósito deliberado. Para ellos tuvo la narrativa, además de sus valores propios, un carácter instrumental: servir a la indagación de lo autóctono. Todos ellos están identificados por ese signo profundo.

Todos se propusieron contribuir con sus obras a constituir una "*conciencia nacional*". Esa narrativa no soslayó nunca este punto de vista.

La obra de Javier de Viana no escapa a ese imperativo. Ni escapa a él, por consiguiente, *Gaucha* que es en cierto modo la obra-síntesis de su autor (1). El mismo Viana calificó su novela como "*ensayo de psicología nacional*". Y reafirmando la contextura dual (obra de artista, obra de sociólogo) que para él tenía la obra, escribió en el prólogo de la segunda edición que *Gaucha* era una obra "*de sentimiento, una obra de verdad y hasta una obra de ciencia*". Con la afirmación de que su novela es una obra "*de verdad*" y hasta "*de ciencia*" se refiere Viana, indudablemente, a esa su calidad de "*ensayo de psicología nacional*". Cuando Viana manifiesta que es *Gaucha* una obra "*de sentimiento*" alude a su calidad de obra novelesca no exenta, en las intenciones del autor, de cualidades poemáticas. Esta dualidad en la estructura de la novela, cuyo autor procura hacer obra de arte al tiempo que rendir casi científicamente su materia narrativa, permite considerar a *Gaucha* según un doble enfoque. Es posible, en primer término, atender en sí misma a la visión de la realidad que ofrece Viana en su novela; es posible, en segundo lugar, considerar los resortes narrativos de que se vale el autor para convertir la realidad en obra de arte. El juicio global sobre *Gaucha* resultará luego naturalmente de la consideración sintética de ambos aspectos.

---

(1) Como se verá más adelante, la afirmación de que es *Gaucha* la obra-síntesis de Javier de Viana no significa que literariamente sea la más lograda. La afirmación se fundamenta en otras consideraciones.

Javier de Viana y la realidad

Uno de los libros de Viana, *Gurí y otras novelas,* se cierra con dos trabajos —no son estrictamente cuentos— cuya lectura conjunta es sumamente significativa para comprender la situación de Javier de Viana ante la realidad. Uno de ellos es *Las madres;* el otro se titula *La azotea de Manduca.* En el primero hace Viana un amargo alegato contra las guerras civiles. En el segunda narra una visita del autor a las ruinas de la *Azotea de Manduca,* a lo que fue *"el castillo feudal del coronel Manduca Carabajal, el nido grande y áspero de aquella águila famosa".* Ante las ruinas evoca Viana al personaje que señoreaba allí cuando las ruinas aún no lo eran, recrea imaginativamente el régimen de vida del caudillo y no puede disimular la admiración y la fascinación misteriosa con que aquél lo atrae. Ante esa evocación toda la realidad que lo rodea se le aparece mezquina. Siente que todo es *"como si se observara el paisaje en un crepúsculo frío y triste, y en ese escenario agonizara una raza sin lamentos ni protestas"* y *"como si en ese lúgubre y silencioso anochecer se oyeran las últimas vibraciones del alma nacional que se extingue".* En *Las madres,* pues, alega Viana contra una situación que lo atrae cuando la ve proyectada en el pasado. Idéntica contradicción se da en las dos versiones de la acción del *"31 de marzo".* Una figura en las *Crónicas de la revolución del Quebracho,* la otra en el cuento de *Campo* que lleva por título aquella fecha. En la versión de las *Crónicas* es evidente el esfuerzo del *"correligionario"* por *"retemplar la fibra partidaria".* Allí la metralla no asusta sino incita a la pelea. Los jóvenes revolucionarios sienten

arder en sus venas una sangre caldeada por la memoria de los antepasados. En el cuento de *Campo* el narrador muestra con amargura una realidad cruel y bárbara: la devastación, el miedo que anonada, el sacrificio de vidas jóvenes, el crudo antagonismo entre el ideal soñado y la realidad feroz. Repásense, para comprobar estas afirmaciones, las páginas del cuento y las respectivas de las *Crónicas*.

Esta oscilación del alma de Viana entre dos sentimientos contradictorios signa casi todas las páginas que dedicó al gaucho bélico de nuestras guerras civiles y se proyecta en distintas formas al resto de su obra. Lo atrae lo que de virtud potencial tienen ciertas formas de las vidas primitivas de sus personajes: el coraje casi ciego, la dura integridad, la ruda nobleza que se oculta tras una taciturnidad viril. Lo atrae también el soplo de áspera poesía que la vida agreste pone a veces en esas vidas primitivas. Pero nunca, en realidad, se consustancia Viana total y simpáticamente con sus criaturas: siente que ellas representan y son la barbarie, la regresión hacia formas negativas de vida, la contra-parte de lo que él vagamente entiende como progreso. Este vaivén afectivo perceptible en Viana tiene dos consecuencias. La primera es que para Javier de Viana las cualidades de sus personajes son ambivalentes: son al mismo tiempo positivas y negativas, lucen un signo de + y otro de —, son virtudes y vicios simultáneamente. La segunda consecuencia es el tipo humano que se da en la obra de Javier de Viana. En situaciones bélicas el gaucho de las obras de Javier de Viana no es el gaucho épico de la gesta emancipadora, en el cual hasta la barbarie aparece como purificada al arder en el fuego transfigurador de esa misma gesta,

sino el anti-héroe de las guerras civiles, en el cual hasta el coraje indómito se muestra degradado por la crueldad y la soberbia. En situaciones de paz, el "paisano" que aparece en la obra de Viana no es el ser inocente y puro en su primitivismo que ofrecerán narradores posteriores, sino un ser devorado por la indolencia, la incuria, la desidia, la abulia, la picardía malintencionada y corrompido por el alcoholismo, la prostitución, el caudillaje político y el matonismo. Sólo algún rasgo de valor, una recóndita bondad en algún personaje o una ráfaga de poesía idílica en algún momento, atenúan el pesimismo de ese cuadro desolador. Dentro de las dimensiones de este trabajo sólo es posible insinuar este tema. Pero la comprobación de estas afirmaciones se hallará en la lectura de los mejores y más significativos cuentos de *Campo* y de *Gurí y otras novelas.*

En general, el tiempo histórico en que Viana ubica sus criaturas es el que corre entre 1870, época de la revolución de Aparicio, hasta los primeros lustros del siglo XX. Esta circunstancia justifica que se haya procurado explicar mediante razones de orden sociológico las señaladas características de la visión que tiene Viana del habitante de nuestra campaña. "*Después de un breve ciclo heroico*, —escribe al respecto Alberto Zum Felde en su *Proceso intelectual del Uruguay*— *la raza gaucha entró en un período de decadencia (...) Viana ha visto a nuestro gaucho en esta etapa decadente de su involución. Y así lo ha pintado*". Es evidente la exactitud de esta observación. Pero es evidente también que resulta insuficiente, pues sólo atiende a un aspecto del problema. El escritor no es meramente un eco pasivo de su ámbito histórico. Entre éste y el escritor hay algo más

que una relación de efecto y causa. Su obra no es una simple consecuencia del medio sino expresión de una reacción determinada ante el medio. Por esto pienso que en la determinación de los tipos humanos que viven en la obra de Viana, la acción de la indicada ambigüedad afectiva que se da en su alma es tan importante como la causa señalada por el crítico citado. Porque Viana no *"copió"* meramente la realidad sino que la *"vio"* a través de una óptica espiritual determinada. Y esa óptica fue pesimista, amarga y descreída. Viana ni siquiera admitió la discutible pero aparentemente salvadora oposición civilización-barbarie: si el campo es para Viana la barbarie apenas suavizada por una áspera y fugaz poesía, la ciudad (a través de las escasas referencias que a ella se hacen en su obra) se muestra como generadora de corrupción y cocina de engaños y fraudes políticos. La ciudad es para Viana la otra cara de la moneda. Pero esta otra cara se perfila con facciones tan desagradables y desalentadoras como las de la primera (2). Viana, en rigor y en lo más hondo de sí mismo, se sintió como ubicado en un callejón sin salida.

"GAUCHA": OBRA-SÍNTESIS DE VIANA

Esos son los trazos generales, el esquema o mapa primario que delimita la obra de Javier de Viana. Pero su obra (que es, por otra parte, una de las más fecundas de la literatura nacional) admite una clasificación que la escinde en dos vertientes: una,

(2) En *"Sangre vieja"*, cuento de *Gurí y otras novelas*, deja entrever Viana cuál es su visión del hombre de la ciudad. Pasajes semejantes hay en otras páginas del autor, incluso en *Gaucha*

la del narrador analítico y moroso, que se toma el tiempo y el espacio que un pausado narrar requiere; otra, la del escritor graficista y sintético, casi caricaturista narrativo, que ciñe su tema al brevísimo espacio de cuatro o cinco páginas La primer vertiente se da especialmente en sus libros iniciales: *Campo* (1896), *Gaucha* (1899) y *Gurí y otras novelas* (1901), libros a los cuales es posible sumar *Crónicas de la revolución del Quebracho* (1891) y *Con divisa blanca* (1904), donde el autor cuenta sus experiencias de revolucionario y que, a pesar de no constituir obras de pura creación imaginativa se integran con naturalidad a su labor de narrador [3]. La segunda vertiente es la predominante en sus libros posteriores: *Macachines* (1910), *Leña seca* (1911), *Yuyos* (1912), *Cardos, Abrojos, Sobre el recado* (1919), *Ranchos, Bichitos de luz, Paisanas* (1920) y algunos otros [4]. La materia narrativa que trata Viana en ambos grupos de obras es la mis-

---

(3) Las *Crónicas de la revolución del Quebracho* (Montevideo, Claudio García y Cia, 1944) fueron publicadas por el Prof. Juan E. Pivel Devoto con un interesante prólogo que ofrece datos de importancia sobre los primeros años de la vida de Javier de Viana En este prólogo se comunica que las *Crónicas* se editaron por primera vez en forma de folletín en *La Epoca,* a partir del 11 de octubre de 1891 Hay en el libro pasajes de gran intensidad narrativa Asombra que haya sido escrito por un muchacho de 17 años Es indudable que en las *Crónicas* hay páginas sobre las que es necesario pasar rápidamente las de efusiones lírico-patrióticas que parecen calcadas de Víctor Hugo aunque, naturalmente, sin el genio de éste En cambio hay muchísimas páginas de firme trazo las escritas cuando Viana se ciñe a las líneas que la realidad fielmente observada le impone

(4) En general la crítica ha valorado el primer grupo de obras en detrimento del segundo Creo injusta esta actitud Una selección de los mejores cuentos breves de Viana mostraría por sí sola los perfiles de un cuentista de excepción En un trabajo titulado *"Javier de Viana y sus cuentos breves"* (*Almanaque del Banco de Seguros,* Año XLIII, 1956) he expuesto, aunque someramente, algunos puntos de vista al respecto

ma. Semejante es también en ambos el transfondo afectivo que los cimenta. Esa materia y ese transfondo afectivo son los que quedan más arriba brevemente reseñados. No obstante hay diferencias profundas entre las obras de una y otra vertiente. Esas diferencias nacen del hábil empleo en sus cuentos cortos de un elemento literario infrecuente en los largos: el humorismo. En sus obras mayores Viana carga el acento sobre los aspectos dramáticos de sus criaturas y la visión resultante es casi despiadada. Sus cuadros se tiñen de crueldad apenas atenuada en algunos casos por un recóndito sentimiento de nobleza que pervive en el alma de sus personajes. Cuentos como *"Teru-tero"*, *"Persecución"*, *"Los amores de Bentos Sagrera"*, *"En las cuchillas"*, lo atestiguan. En cambio en los cuentos breves el humorismo pulimenta la crudeza realista de su visión narrativa y las aristas ásperas y afiladas de su pesimismo. El fondo amargo de sus libros iniciales se convierte en sus cuentos breves en un desganado escepticismo. Incluso es posible afirmar que en el primer grupo de obras el *"sociólogo"* está siempre presente y apareado al narrador; en el segundo, el *"sociólogo"* retrocede a un segundo plano y se oculta, quizás con una sonrisa levemente burlona, tras el hombre que se complace primordialmente en narrar.

Ahora bien: "Gaucha" se incluye dentro de la primera de las dos vertientes indicadas. Ofrece por lo tanto fundamentalmente las notas (dramaticidad, pesimismo, barbarie) que caracterizan a las obras de dicha vertiente. No obstante *Gaucha* también recoge en sí los pocos rasgos caricaturales y de humorismo que se dan en los cuentos de *Campo* y en *Gurí y*

otras novelas (5). Hay en *Gaucha* junto a los elementos literarios que corresponden al narrador analítico y moroso, otros que pertenecen al escritor sintético y graficista. Se dan en *Gaucha* sobre un fondo de dramaticidad intensa escorzos levemente caricaturales que matizan esa dramaticidad. La novela, pues, congrega en sí las tónicas literarias diversas de los otros libros de su autor. Pero aún hay más. En la obra de Javier de Viana adquiere vida una innumerable pululación de personajes, hay una multiplicada creación de situaciones y anécdotas, se describen —extensa o someramente— variados paisajes y ambientes. Sin embargo, todo ello —y sin negar la riqueza con que sabe Viana matizarlo diversificándolo— es reducible a unos cuantos moldes y tipos esenciales que se hallan casi todos —en acto o en potencia, íntegramente o prefigurados— en *Gaucha.* Fácil sería hacer un rastreo en la obra de Viana y comprobar que gran cantidad de situaciones y personajes de sus otros libros encajan como en moldes en las situaciones y personajes de *Gaucha.* En ella confluyen, abreviados o amplificados, los temas, los personajes, las situaciones y hasta la coloración afectiva de las otras obras del autor. Esta circunstancia permite afirmar que es *Gaucha* la obra-síntesis de Javier de Viana, la que condensa su visión de la realidad rural de nuestro país. *Gaucha* se ubica íntegramente, pues, dentro de las constantes ostensibles en el orbe narrativo de su autor. El relevamiento de la galería de "*tipos*" humanos que se mueven en la novela permitirá ampliar lo expuesto sobre la visión que de la realidad tiene Viana.

(5) Notemos, de paso, que aunque *Gurí y otras novelas* fue publicado después de *Gaucha,* tiene varios cuentos escritos antes que ésta.

PROTAGONISTAS Y DEUTERAGONISTAS

Hay en *Gaucha* dos grupos de personajes. Uno formado por los cuatro actores (Juana, Lucio, don Zoilo, el rubio Lorenzo) directamente comprometidos en el drama que desenvuelve la novela; otro, el de los personajes secundarios (Jesús, Casilda, don Montes, el comisario, don Diego López, doña Brígida, etc.) que constituyen una especie de coro imprescindible en la economía de la obra. Hay, pues, protagonistas y deuteragonistas. A esta división dual de los personajes corresponde aquella divergencia en su tratamiento literario señalada en el capitulillo anterior y que determina la bifrontalidad (elementos dramáticos y humorísticos, morosos y graficistas) de *Gaucha.* Los agonistas del primer grupo se sitúan de lleno dentro de las líneas dramáticas y pesimistas de los cuentos largos de Viana. Los del segundo grupo muestran por momentos la faz caricatural y humorística de los personajes de los cuentos breves (aunque, claro está, sin acusar tan fuertemente esos rasgos). Atendiendo a esta bifrontalidad convendrá considerar a cada grupo de personajes por separado.

EL HOMBRE Y SU MEDIO

Carlos Roxlo, en su *Historia crítica de la literatura uruguaya,* descubre en *Gaucha* elementos simbólicos. Quizá la novela admita una interpretación de esa naturaleza (aunque, a mi juicio, no estrictamente en el sentido en que la hace Carlos Roxlo). El transfondo poemático de la obra permite asimismo sospechar que el propósito simbólico no

fue ajeno al propio Viana. Según esa interpretación simbólica, la intención última del autor al escribir su novela habría radicado en el propósito de realizar a través de ella una exaltación de las *"virtudes de la raza"*. Pero en los personajes de *Gaucha* hay en verdad muy pocas virtudes exaltables. Creo conveniente enfocar la novela desde una acomodación óptica distinta. La novela ofrece, a través de sus cuatro personajes protagónicos, cuatro tipos de reacciones disímiles (y no ambiguamente simbólicas sino concretamente reales) ante el *"medio"* que los rodea. Es desde este ángulo que debe ser enfocada la novela.

Cuando se afirma que el hombre es producto de su medio ambiente natural o social, o de su época, se expresa una verdad a medias o una media verdad. Esto es: algo que no es inexacto pero que no formula la verdad total, porque sólo atiende a una parte de la verdad. El *"medio"* no es un molde que por sí sólo conforme al ser humano. Es cierto que el *"medio"* actúa sobre el hombre. Pero éste es, para decirlo con palabras de Ortega y Gasset, *"un ser reactivo"* y no recibe pasivamente esa presión que sobre él ejerce su atmósfera vital sino que reacciona activamente ante ella. Entre el ser humano y su *"medio"* hay, pues, una inter-acción en la cual no es ciertamente la menos importante la acción del primero. Un tipo humano determinado no es en consecuencia un producto de su *"medio"* sino expresión de una reacción ante el mismo. Estas reacciones son infinitas. Esquematizando, para atenerme al caso de *Gaucha*, señalaré cuatro de esas posibles reacciones, que configuran cuatro formas dé relación con el *"medio"*. Primera: inadaptación (por superioridad

o inferioridad); segunda: adaptación constructiva; tercera: adaptación mimética; cuarta: adaptación agresiva. A estos cuatro tipos de relación con el "*medio*" pertenecen respectivamente Juana, Lucio, don Zoilo y el rubio Lorenzo.

JUANA

Viana ve, o mejor, piensa, a la heroína de su novela como una histérica cuya enfermedad se debe a la acción conjunta de la "*herencia*" y el "*medio*". En Juana confluyen dos sangres: la de su abuelo Luis Valle, romántico, aristocrático y delicado personaje, y la de Rosa, su abuela, ruda campesina, "*virgen robusta de amplias espaldas, seno exuberante y anchas y firmes caderas*". En esa confluencia de sangres distintas radica para Viana el origen de la enfermedad de Juana, de quien afirma: "*Producto de aquel héroe frustrado —visionario romántico, arrancado a su delirio de cosas grandes por un vuelco repentino del azar—, y de aquella china viril, destinada a engendrar hijos de matreros, morrudos y vigorosos, resultó ella, por herencia atávica, un fruto exótico sin destino ni misión*". Junto con la "*herencia*" actúa el "*medio*": "*Su tristeza,* —escribe Viana refiriéndose a Juana— *su desconsuelo, la horrible y desconocida enfermedad que la martirizaba, no era otra cosa que aquella vida extraña, en un rancho derruído, en medio de un estero desierto, sin más compañía que el viejo solitario, siempre hosco, siempre áspero e insociable siempre*". Juana es, pues, según Viana, un enfermizo producto del "*medio*" y de la "*herencia*", pero sobre todo la "*herencia*" acerca de la cual insiste constantemente. Los críticos de la novela han recal-

cado esta concepción del personaje. Juana es, escribe Alberto Lasplaces, "*producto exótico de dos sangres y de dos culturas distintas*". Roxlo se refiere a la "*herencia*" en Juana y opina que "*lo maternal, el suelo, la empuja hacia el monte —lascivia y libertad— en tanto que la rama paterna, el espíritu, la empuja hacia lo azul, —fantasía y código*". Más cautelosamente Jorge Augusto Sorondo afirma que Juana "*parece víctima de extraña herencia— o (quizá) de las ideas de la escuela naturalista sobre herencia*" (6).

La expuesta es la interpretación que del personaje dan Viana y sus críticos. Pero Juana admite otra interpretación, en cierto modo opuesta a la del autor.

Juana sospecha que todo su mal podría resolverse en una limpia felicidad familiar casándose con Lucio. "*Sin que jamás hubiera precisado sus anhelos* —escribe Viana— *Juana cifraba en Lucio su redención*". Y más adelante se afirma que el ideal de Juana era tener hijos, "*cuidarlos, amarlos, emplear en ellos la inmensa ternura de su alma. Era hasta una necesidad que ella sentía; una necesidad para apagar las pavorosas inquietudes de su espíritu. Su existencia tendría un fin, una razón de ser. En cuanto a Lucio, lo amaría mucho, mucho, por el inmenso bien que le aportaba; lo amaría como el esposo, como el padre, como el compañero, como el jefe y sostén del hogar*". No obstante ante Lucio el alma de la joven vacila: no se decide a casarse con él, ni se decide a abandonarlo. Juana (o el

(6) JORGE AUGUSTO SORONDO, "*Triple imagen de Javier de Viana*" (*Número*, Año 2, Nos. 6, 7, 8, Montevideo, enero-junio, 1950).

autor) procura explicar esa vacilación diciéndose que sólo se entregará al joven cuando se halle curada de su *"extraño mal"*. Pero la realidad es otra. Juana se sabe de una naturaleza espiritual distinta y distante de la de Lucio. Juana, aunque ella no lo sepa, se siente superior a Lucio. Le tiene cariño y respeto, porque lo sabe bondadoso y honrado, pero no puede amarlo. Lucio es para ella un alma demasiado rústica. Juana, que termina entregándose pasivamente al rubio Lorenzo, rechaza violentamente a Lucio cuando éste, paseando con ella por el bañado, tiene un arranque pasional de enardecimiento sensual. Esta es la situación de Juana ante Lucio, pero ¿cuáles son sus reacciones ante el rubio Lorenzo? Ante éste, que es el polo opuesto de Lucio, Juana experimenta repugnancia y horror, pero *"por un extraño fenómeno de su extravagante naturaleza,* —comenta Viana— *no podía menos de admirar a aquel hombre infamemente grande, aquel rebelde cuyos actos vandálicos eran ejecutados sin misericordia y recordados sin remordimientos, como justas represalias en la guerra sin cuartel que la sociedad le había declarado"*.

La naturaleza de sus reacciones ante Lucio y ante el rubio Lorenzo ilustran acerca de las relaciones de Juana con respecto a su *"medio"*. Estas reacciones son, por otra parte, semejantes a las que muestra Juana en su relación con los otros personajes de la novela (don Montes, doña Brígida, Casiana, Tosa, Cata, Amancio, etc.). Todas esas reacciones evidencian que, en definitiva, *"la monstruosa enfermedad de su alma"* encuentra su explicación más que mediante el mágico resorte de la herencia a través del estudio de su inadaptación al *"medio"*. *"Su temperamento*

—afirma Viana— *no podía adaptarse al temperamento de sus semejantes: era una pieza que no encajaba en el engranaje social".* Y no encaja porque Juana posee una sensibilidad superior al medio en que vive y al mismo tiempo carece de energías para luchar contra él. El alma de Juana oscila entonces entre una aceptación resignada (que la lleva hasta una pasiva entrega al rubio Lorenzo) y la tentación del suicidio (cuyo intento frustrado se narra en vigorosas páginas del capítulo VII).

Estas afirmaciones, que contradicen parcialmente la interpretación que Viana hace de su personaje, encuentran su confirmación en las páginas en que el autor en vez de analizar a su heroína la deja vivir libremente. Juana alcanza entonces su verdadera dimensión humana y poética: se la ve en su calidad de ser desamparado y tierno, se pulsa su drama de ser inadaptado y se comprende porque el alma de Juana oscila entre la admiración que despierta en ella la vitalidad bárbara y poderosa del rubio Lorenzo (cuya barbarie al mismo tiempo le repugna) y el cariño hacia ese ser bueno que es Lucio (cuya simplicidad de alma lo separa de ella). Se comprende también su imposibilidad de acordar su afecto por don Zoilo y el casi terror que a veces experimenta ante él. Esas son las páginas en que Juana está intuída, no pensada. Esas las páginas en que el personaje se rodea naturalmente de un hálito de misterio estéticamente válido.

Dentro de esta visión del personaje adquiere cierta validez, y en un sentido más profundo, la interpretación simbólica que hace Roxlo de Juana. Juana se convierte no ya en representación de nuestra tierra, en símbolo poético de una realidad agreste

y más o menos bucólica, sino en expresión de un estado de la *"conciencia nacional"*. Según Dionisio Trillo Pays, Juana es un auto-retrato psicológico del propio Javier de Viana. Creo que esta observación es exacta. Creo, también, que puede proyectarse aún más lejos. Porque Viana representa en sus reacciones ante nuestra realidad a muchos de los que, situados en este Uruguay todavía protoplasmático en cuanto entidad social, sentimos su misma atracción atávica ante la barbarie y su misma civilizada repugnancia ante ella. La barbarie (lo mismo que ciertas figuras y elementos de nuestra mitología nacional: el compadre, el compadrito, el malevo, el tango, las "academias", etc.) nos atraen por momentos porque son formas auténticamente nuestras de manifestarse la vida. Nos repugnan por lo que tienen de regresivas y de éticamente deleznables. Es, quizá, este estado, más o menos extendido, de la *"conciencia nacional"*, el que, a través de las propias reacciones de Javier de Viana, adquiere expresión en la heroína de su novela (despojándola, o prescindiendo, claro está, del confuso simbolismo del final de la obra donde muere crucificada en un guayabo). Juana sería, pues, no el símbolo sino la representación concreta de nuestras reacciones de seres situados entre la civilización y la barbarie. La gesticulación ambigua de Juana ante la realidad refleja por momentos, como un espejo, nuestra propia indecisión de desubicados ante nuestro contorno social. La conciencia de Juana traduce nuestra propia conciencia.

LUCIO

La contra-alma de Juana es Lucio. He dicho que él representa una forma constructiva de adaptación a su "medio". Y en efecto: Lucio es un ser sano y normal, naturalmente consustanciado con su ambiente. No hay en él otras perturbaciones que las que le producen el contagio de la inadaptación de Juana. Lucio es reservado pero no taciturno, serio pero no hosco. Y por debajo de su seriedad y de su reserva hay un alma sensible y tierna. Lucio no desconoce el coraje, y lo demuestra sus dos encuentros con el rubio Lorenzo. Pero en él el coraje no es soberbia, es enfrentamiento viril con las circunstancias. Defiende su dignidad de hombre y ataca cuando agrieden a lo que ama. En todos los actos de Lucio se revela su capacidad de construir desde la situación en que está ubicado, porque, según escribe Viana, "*sus ideas tenían el privilegio de arraigarse en la tierra donde lograban posarse (. . .) confiando en que los días se sucederían iguales, aportando alegrías o dolores, como aportan sus lluvias el invierno y sus flores el verano*". Para Lucio la vida se construye desde las rudas faenas del campo. La doma, "*la lucha tenaz con el novillo chúcaro o la vaca mañera*", dan sentido a su vida. Cuando Lucio sufre, sus dolores se disuelven en el "*bálsamo de la desidia nativa*", en la "*suprema indiferencia de la raza*". Lucio es el representante de ese "*paisano*" bueno y honesto, de virtudes y defectos mediocres, que abunda en la obra de Viana. Y anotaré de paso que éste, en cuanto es una conciencia moral, insinúa su adhesión y simpatía por esos personajes, pero como creador no se consustancia con ellos. Los personajes "*buenos*" son,

casi sin excepción, los más pálidos e indiferenciados en la obra de Viana. Salvo cuando el *"bueno"* es a la vez un poco *"ladino"*, o, por lo contrario, un poco tonto. Viana, en lo más profundo de sí, sólo siente la atracción de lo huraño y lo violento. Por esto, los personajes más logrados de *Gaucha* no son Juana y Lucio sino don Zoilo y el rubio Lorenzo.

Don Zoilo

Dos son los don Zoilo de la literatura nacional. Uno el de Florencio Sánchez en Barranca abajo. Otro, éste de Viana en *Gaucha.* Y no es éste menos grande que aquél. El don Zoilo de Viana es una de sus más grandes criaturas narrativas y una de las más sólidas y auténticas de la literatura nacional. Parafraseando a Menéndez Pelayo es posible afirmar que Viana no *"ha pensado"* a don Zoilo sino que lo *"ha visto"*, y, consecuentemente, lo ha hecho ver intensamente en toda su verdad humana y novelesca. Don Zoilo no está *"dicho"* sino *"mostrado"* y aunque Viana intenta a veces explicarlo, sus explicaciones no estorban: le es fácil al lector (cosa que no ocurre siempre en el caso de Juana) saltearse mentalmente sus explicaciones. Es en sus movimientos, en sus reacciones casi silenciosas ante Juana y Lucio, ante el rubio Lorenzo y el comisario, que se le ve entero. Y especialmente en el capítulo VII, cuando como una fiera silenciosa y de instinto seguro recorre el estero y recoge a Juana que está desvanecida *"al pie del viejo ceibo"*, y en el capítulo final, cuando gruñendo *"casa mía, casa mía"* lucha con el rubio Lorenzo.

El don Zoilo de Sánchez es (aunque no quizá en la intención de Florencio) un gaucho incapaz de adaptarse a las nuevas condiciones de vida que le impone la evolución social. El don Zoilo de Viana es la inmovilización de la vida en el estadio primario del instinto. Su figura es enigmática pero clara. Lo que tiene don Zoilo de enigmático, es lo que tiene de enigmático el bárbaro para el hombre civilizado. Lo que hay de misterioso en don Zoilo es infrahumano. Hacia el final del capítulo V hace Viana un poderoso retrato físico de don Zoilo. Este retrato (afeado por dos referencias fácilmente cientificistas) es casi una definición del tipo que el personaje encarna: "*En la cocina, junto al fogón donde ardía fuego abundante, don Zoilo tomaba mate sentado en el banco de ceibo, los pies entre la ceniza y la caldera entre las piernas. La llama iluminaba su faz bravía con siniestros resplandores rojos. En aquel instante y en su casi desnudez de semibárbaro, parecía un ejemplar de razas muertas, —de las razas primitivas—, misteriosamente animado. Sobre sus anchas espaldas musculosas, el poncho atigrado hacía pensar en la manta de piel del* Felis Spelœa. *La cara larga y ancha, de maxilar potente; el cráneo oprimido y alargado; las enormes arcadas superciliares; la frente estrecha y fugaz, rasgada por ancho surco transversal y coronada por ruda y espesa cabellera, traían a la memoria el fiero habitante de las cavernas, el sañudo cazador de* Urus *y de* Ursus. *Ser monstruoso, —despertado tras un sueño de veinte mil años—, en cuclillas junto a la boca de la caverna, en la profunda quietud de la noche disforme, repulsivo, horrendo, su mirada era roja, intensa, hiriente y mala*". Pero a pesar de esa mirada, don Zoilo es hosco pero no fe-

roz. La misma Juana sabe que es *"un ogro inofensivo"* que sólo reacciona con violencia cuando le tocan esas pocas cosas que más que como propiedad suya él siente como formando parte de sí mismo.

Don Zoilo representa la tercera forma de reacción ante el *"medio"*. Su adaptación al ambiente es totalmente mimética, casi animal. Don Zoilo no se opone a su *"medio"* ni construye desde él. Simplemente se deja estar. Entre don Zoilo y su *"medio"* no hay límites ni fronteras. Don Zoilo es como un extraño fruto humano del bañado. Y en su relación casi animal con éste es que alcanza su total dimensión literaria y humana. Javier de Viana se detiene morosamente en las descripciones del esteral, y construye con él varios pasajes magistrales. Desde las calidades de la luz —o diferentes luces— que alumbran al bañado hasta las formas y colores de esa enorme extensión —mansa en su superficie, pestífera en su seno— todo está patente y acusado en las páginas de Viana. Chirridos de grillos, cantos de ranas, ponen su nota acústica en las descripciones visuales. Hasta el silencio se hace sentir como una presencia concreta y, paradojalmente, audible. Estas descripciones demoran el ritmo de la novela pero son imprescindibles en ella: don Zoilo no tendría explicación sin el bañado. Si para Juana es el estero una fuerza que la atrae con misteriosas fascinaciones que al mismo tiempo la destruyen, para don Zoilo es el bañado su ambiente natural, el aire que respira. Don Zoilo está adptado al esteral con tanta naturalidad como las alimañas que lo habitan. Don Zoilo encuentra en el bañado los elementos necesarios para vivir: si un dolor lo aqueja, encuentra *"en la maleza un infalible remedio";* si el viento deteriora su covacha, en el

bañado halla *"el lodo reparador"* y *"las gramineas necesarias para reparar el desperfecto"*.

Viana ve a don Zoilo, a través de una reflexión de Juana, como condensación o síntesis de los rasgos de la *"raza"*. *"Con la repentina lucidez de su espíritu,* —escribe Viana— *Juana creyó encontrar en el trenzador un poco de cada uno de los hombres que conocía y llegó a imaginárselo como el* tipo *de la raza. Sus ojos hablaban el mismo lenguaje que los ojos de Lorenzo, que los del comisario y de don Diego. La cara tenía la misma falta de expresión, —o mejor, la misma expresión de indiferencia, de abandono y de desidia que se notaba en el rostro de todos, desde la patrona y Casiana, hasta don Montes y Lucio"*. Quizás en estas líneas engole Viana un poco la interpretación de su personaje; quizás no sea legítimo convertir a un solo ser en modelo total de una colectividad. Pero sí cabe afirmar dos cosas. Primera: que es don Zoilo una magistral traducción literaria de lo que ha sido uno de los tipos de habitante de nuestra campaña: no el gaucho más o menos cierto, más o menos convencional, peleador, colorido y guitarrero, sino el ser taciturno, hosco, solitario e instintivo, producto lógico y natural de un momento de la evolución de nuestra historia. Segunda: que en don Zoilo se perfilan nítidamente algunas constantes de nuestra colectividad nacional. Constantes que aún hoy perduran. Debajo de nuestro indumentario de hombres civilizados suele haber agazapado un don Zoilo. Permanece oculto y rezagado pero secretamente determina algunos de los rasgos que nos configuran.

El rubio Lorenzo

Don Zoilo defiende su vida encostrándose en sí mismo su silencio y su soledad son una caparazón defensiva. El rubio Lorenzo, el otro polo de la barbarie, defiende su vida atacando. Hay en él algunos rastros de grandeza que subsisten por debajo de su maldad y su perfidia. Con exactitud, aunque con ciertos rasgos de mal gusto, lo define Viana afirmando que Lorenzo Almada era *"uno de esos hombres nacidos para las grandes empresas: corazones osados e instintos bravíos que se asfixian en las llanuras y están destinados a volar a las regiones azules de la gloria (...) Con un valor de bárbaro, con una audacia de indigente, si hubiera nacido en el año 25, habría sido uno de aquellos temibles capitanes que, —sin educación militar y sin talento—, batían a escuadrones disciplinados y aguerridos, nada más que con la pujanza del músculo y la temeridad de la osadía"*. Toda esa enorme suma de energía tiene que encontrar un cauce y como no lo encuentra en la acción heroica se desborda en la destrucción y el matreraje. El rubio Lorenzo, matrero valiente pero cínico y feroz, es el descendiente degenerado de Ismael, el gaucho heroico creado por Acevedo Díaz; el rubio Lorenzo es el gaucho épico degenerado: las viejas virtudes subsisten en él pero toman signo negativo.

El rubio Lorenzo reacciona ante el *"medio"* según la cuarta forma indicada: reacciona adaptándose agresivamente. Lorenzo Almada no es, como Juana, un inadaptado (aunque algunos de sus perfiles son los del resentido social); no es, como don Zoilo, un ser que deja transcurrir su vida poniéndola al mismo

ritmo que el de la naturaleza, dejándose casi conformar por ella; no es, como Lucio, un hombre que procura construir su vida en colaboración con el "*medio*", aceptando las directivas positivas que éste le ofrece. Lorenzo Almada se consustancia con su ambiente, incluso lo ama y ama la vida que éste le impone. Pero ama al "*medio*" porque la cerrilidad de éste concuerda con su propia alma ruda y bárbara y le permite el ejercicio de las energías destructivas que lleva en sí. Esas mismas energías, excesivas y mal encauzadas, son un estorbo para una forma más normal de vida. El final del capítulo XI es ilustrativo al respecto. Después de su encuentro con Juana en el bañado Lorenzo Almada queda solo y contempla los campos que se abren ante él como una "*inmensa extensión luminosa y libre*". Sabe que allí "*podría vivir como los demás abdicando sus pretensiones, domando su orgullo y sometiéndose a la voluntad de sus perseguidores*". Pero él ama su libertad bárbara y destructiva, y contemplando "*las inmensas frondosidades del Cebollatí*" se interna por el monte "*no profanado por el hacha del montaraz, en cuyos misterios seguirán hallando abrigo todos los rebeldes, las ásperas naturalezas indomables*". Y Viana concluye mostrando al rubio Lorenzo casi felinamente identificado con el monte: "*Fue andando, rápido y ágil, el rostro encendido y las ventanas de la nariz dilatadas, aspirando con placer el olor fuerte de las plantas incultas, de la sabandija y del limo. Ante su vista flotaba la visión de la selva, con sus laberintos de sendas estrechas, con sus madrigueras defendidas por colosos coronillas y espinosas zarzas, con sus misteriosos potriles y sus temibles lagunas. A medida que avanzaba, aumentaba su gozo. ¡Cebollatí! ¡la*

tierra del matrero! Abrigo, alimento, protección: la vida. ¿Abandonaría alguna vez aquella madre cariñosa? ¡Jamás! ¡Jamás!".

El rubio Lorenzo es también, como don Zoilo, uno de los grandes personajes de Javier de Viana. También Lorenzo Almada, al igual que don Zoilo, es el paradigma de un tipo humano frecuente en la obra del autor. Si don Zoilo es la condensación y la expresión suprema del gaucho solitario, hosco y taciturno que abunda en las páginas de Viana, el rubio Lorenzo es el modelo que concentra en sí los rasgos que, aunque con formas diversas, tipifican al gaucho cimarrón —de coraje heroico y antiheroica crueldad— que en los libros de Viana aparece también frecuentemente. Es incluso el modelo de algunos de los gauchos bélicos de sus cuentos que toman su tema de las guerras civiles. En ese gaucho bélico, el *"amor al partido"* y a la *"causa"* es un velo de idealidad que no logra ocultar el hecho evidente de que las guerras civiles fueron la circunstancia social propicia para la irrupción de salvajes energías individuales. Recuérdense, entre otros, los magníficos cuentos *"En las cuchillas"* (de *Gurí y otras novelas*) y *"Persecución"* y *"¡Por la causa!"* (de *Campo*). En *"Persecución"* el teniente Nieto persigue ferozmente al capitán Farías y cuando lo alcanza salvajemente lo mata. Lo hace por dos razones. *"Primero* —dice el teniente Nieto— *"porque es blanco y pa mi blanco y perro es la mesma cosa. Dispués. . ."* porque *"cuando "los" fuimos a servir al gobierno y "los" redotaron en el Cerro, este trompeta hijo'e perra, pasó por Tupambaé y me asaltó la casa. Entonces se limpió las manos en mi china, y dispués, le pegó juego al rancho y se alzo con la tropilla de bayos".* Como se

ve, el *"partido"*, el rancho, la tropilla de bayos y su propia mujer están situados todos a un mismo nivel en el alma del teniente Nieto. Cuando mata al capitán Farías lo hace más por vengar una ofensa personal que por antagonismo político, aunque la ocasión de la venganza —y la causa que la motiva— se escuden en la acción revolucionaria. En el tercero de los cuentos citados, en *"¡Por la causa!"* el capitán Celestino Rojas —otra de las figuras narrativamente bien logradas de Viana— termina su vida haciéndose matar en ocasión de un fraude eleccionario. Pero no es sólo *"por la causa"* y en defensa de la legalidad que muere. La reacción que lo lleva a la muerte es sobre todo un arranque de soberbia y de amor propio que le permite por fin justificar su vida de derrotado. Lorenzo Almada es representante de estas bárbaras energías individuales. Es, naturalmente, un caso límite. Pero personifica asimismo una constante de nuestro carácter nacional: el individualismo extremado que desengrana al rioplatense, muchas veces, de su contorno social y convierte en rasgos negativos muchas de sus virtudes.

Los personajes secundarios

Juana, Lucio, don Zoilo y el rubio Lorenzo son los protagonistas de *Gaucha.* Junto a ellos hay un conjunto de personajes secundarios. Estos, como dije antes, forman una especie de coro imprescindible en la economía novelesca de *Gaucha.* Ayudan al desenvolvimiento de la acción, sirven para la creación de situaciones, determinan reacciones de los cuatro personajes principales, pero, sobre todo, completan el

cuadro de la realidad rural que ofrece Viana en su novela. No son elementos meramente decorativos. Interesan por sí mismos. De estos deuteragonistas los más interesantes son los que se agrupan en los capítulos cuya acción transcurre en la *"Estancia de López"*. Esos personajes aparecen en los capítulos IX y X y en parte de los capítulos XIII y XIV que agregó Viana en la segunda edición de su novela. Con su mejor estilo naturalista abre el autor el capítulo IX con una descripción de la *"Estancia de López"*. Descripción extensa y notablemente realizada. Ofrece, sin artificios molestos y con ostensible eficacia, una doble visión: la de lo que eran los restos de la cabeza de la estancia en los momentos en que Viana escribía su novela (vestigios de recias murallas recubiertas por yerbas donde hallan abrigo iguanas y lagartos, zorrillos y comadrejas, culebras pardas y víboras de la cruz, todo en una alta loma pedregosa y entre diez o doce talas tendidas en línea) y la de lo que fue hacía unos lustros, en la época en que se ubica la acción de *Gaucha* (amplio pabellón, grandes galpones, vasta *"manguera"* de piedra, cuatro ombúes gigantescos, una hilera de eucaliptos). Con esta doble visión simultánea logra Viana ubicar limpiamente la atmósfera de la novela en una lejanía temporal de poderosa fuerza sugestiva. Y como la descripción es detallada, nítida y objetiva, logra asimismo crear el marco o decorado adecuado para la sucesión de figuras que hace desfilar después. Esas figuras constituyen una galería de breves pero precisos retratos representativos de los personajes típicos de Javier de Viana. No es necesario pormenorizar aquí: todos ellos están presentes de cuerpo entero en la novela: Don Diego López, *"bruto feliz"*, adulado y temido; doña

Brígida, *"ser feo y antipático para quien todos tenían consideraciones"*; *"el héroe"*, casi un deshecho humano, reliquia de las guerras civiles; Casiana, figura simétricamente antagónica a Juana; Tosa, *"negrilla endeble y traviesa"*, y Cata, *"negrota grasienta y lustrosa como hollín de cocina gaucha"*, cuyas figuras físicamente dispares se identifican en su unidad psicológica de seres que son al mismo tiempo y paradojalmente, sumisos y audaces; y, finalmente, el impagable don Montes, cuya previa aquiescencia a todo vale por una definición de ese tipo de capataz que Viana muestra en varios cuentos. De los restantes personajes secundarios, merecen una rápida mención Luis Valle y el comisario. El primero, utilizado por Viana para justificar su teoría de la herencia, da lugar, prescindiendo de esa finalidad, a algunas páginas coloreadas de romanticismo agreste pero narrativamente interesantes. La figura del comisario es la típica en la obra de Viana: ex-matrero, deudor de varias muertes, prepotente y más que de sí mismo y de su coraje seguro por la mágica omnipotencia de que se cree investido por el solo hecho de arrastrar una espada que es *"símbolo de autoridad"*. El análisis de estos personajes secundarios, y sobre todo el de sus relaciones con los personajes del resto de la obra del autor, ampliaría considerablemente el panorama de la visión que de la realidad ofrece Viana. No es posible, dentro de las dimensiones de este trabajo, realizar ese análisis. Sería necesario comenzar por un relevamiento de la galería de tipos creados por Viana a través de su obra, y esto demandaría ya de por sí un largo ensayo. Pasaré, pues, a la consideración, casi totalmente solayada hasta aquí, de los resortes narrativos que Viana utiliza en su novela.

LOS RESORTES NARRATIVOS

La más somera lectura de *Gaucha* permite constatar de inmediato que no hay en ella complejidad formal alguna, ni en la estructura total de la novela (contada casi linealmente) ni en los recursos narrativos de detalle (que se reducen a procurar una vigorosa impresión de realismo). Tres observaciones al respecto son sin embargo necesarias. Ellas permitirán formular luego un juicio global sobre la obra.

La primera de esas observaciones se refiere a las dos maneras de elaboración literaria empleadas por Viana en su novela y que corresponden a dos dispares intenciones del autor. Fácil es advertirlas. Viana quiere, por un lado, "*mostrar*" a sus personajes; pretende, por otro lado, "*explicarlos*". Cuando prevalece la primera intención, el autor se limita a crear situaciones y deja que sus personajes vivan en ellas por sí solos. En estos casos procura lograr una nítida visualización del personaje mediante un limpio tratamiento objetivo del mismo, lo va componiendo desde afuera y a través de sus actitudes exteriores hace llegar a su interioridad. Cuando prevalece la segunda intención, Viana realiza largos análisis psicológicos del personaje procurando explicarlos casi científicamente. En el primer caso, se evidencia el narrador nato que es Viana y se muestran sin retaceos sus virtudes objetividad, lineamiento seguro e intensidad en la narración, limpieza y coraje para enfrentar la realidad, observación justa del detalle que le permite apresar y transmitir en pocos trazos un personaje o una situación. En el segundo caso se hacen evidentes las debilidades de Viana: falsa

osatura científica de sus concepciones, incapacidad para el pensamiento abstracto, frecuentes tributos pagados a las corrientes positivistas de su época. En el primer caso se dan las páginas literariamente excelentes de la novela, las que se suman con justicia, con su recio tono naturalista, a lo mejor de la obra de Viana. En el segundo caso escribe Viana páginas literariamente deleznables, casi abrumadoras, y que sólo se hacen interesantes cuando, traspasando la letra, nos permiten ver a su través algunos supuestos importantes para la comprensión de su obra (7).

La segunda observación se relaciona con la estructura de la novela, la cual adolece de una evidente falta de rigor. Esta observación puede sintetizarse en la justa afirmación de Jorge Augusto Sorondo cuando sostiene que *Gaucha* presenta *"con ejemplar nitidez un vicio de origen: Viana (como buen cuentista) es un maestro de la situación, de la anécdota, pero no sabe dar un proceso"* (8). Esta afirmación aplicada al total de la obra de Viana quizá admita excepciones *("Gurí", "Facundo Imperial")*, pero es innegable en el caso de *Gaucha,* donde se hace evidente a través de dos fallas: primera, desequilibrio en la materia narrativa de los cinco capítulos iniciales; segunda, la novela no se desarrolla de acuerdo con una ley de necesidad estética que trabe en un todo los diferentes hechos, sino según un orden contingente en que las

(7) Corresponde señalar además que la técnica empleada por Viana para la expresión de esos psiqueos es bastante imprecisa No se delimita bien lo que el autor dice del personaje y lo que éste piensa de sí mismo Son a veces semi-introspecciones Todo lo cual hace frecuentemente que esos análisis psicológicos sean muy vagos. En el caso de Juana se percibe que las vacilaciones del personaje son transferencia de las del propio Viana ante el personaje que se le escapa.

(8) Loc. cit.

situaciones simplemente se suman. El desequilibrio indicado es evidente. En los dos primeros capítulos Viana es pausado y eficaz en la presentación de don Zoilo y del medio que lo rodea; es apresurado e insuficiente en la presentación de Lucio, de Juana y de la situación en que se hallan. Viana ubica a ambos personajes un una situación de especial dramaticidad cuando el lector no los conoce suficientemente. Diluye así en parte el efecto dramático de la situación. En el final del capítulo segundo los sucesos se suceden rápidamente, rompiendo el ritmo lento con que se venía contando. Los capítulos IV y V narran despaciosamente la primera visita de Lucio a Juana después que ésta ha pasado a vivir con don Zoilo. Pero entre esa visita y lo ocurrido al final del capítulo II han pasado dos años: esos dos años no se sienten como transcurridos, no hay hechos en ellos, Viana los ha rellenado con análisis psicológicos. Sólo dos o tres referencias escuetas hacen saber que ha pasado ese tiempo. Estos cinco capítulos iniciales son además los más lastrados por el psiqueo de los personajes, con la consecuencia consiguiente: los personajes se desvanecen casi detrás de esos análisis. Desde el capítulo VI (con más precisión: desde el momento en que, en ese capítulo, se presenta al rubio Lorenzo y se narra su historia) la novela toma un ritmo más uniforme, disminuyen los análisis psicológicos de los personajes y las situaciones se dan más limpia y objetivamente. Pero en cambio se hace ostensible la segunda falla anotada: debilidad en las motivaciones que relacionan las distintas situaciones. Un ejemplo: en el capítulo XI el rubio Lorenzo encuentra a Juana vagando por el bañado, se le acerca encelado pero la respeta; sin transición, en el capí-

tulo XII se produce la violación de Juana por el matrero. Se ha omitido todo el proceso que la explique. Lo cual no obsta, dicho sea de paso, para que ambos episodios, y salvo algún detalle, sean narrativamente logrados, si se les considera aisladamente ([9]).

Queda por exponer la tercera observación. Esta se vincula con la innegable intención poemática que ha guiado a Javier de Viana al escribir *Gaucha*. Esa intención subyace en todas las páginas de la novela y anula literariamente a muchas de ellas. El vigoroso realismo del autor no se conjuga con esa intención poética. La obra de Javier de Viana hace ostensible en él un casi innato mal gusto (al cual hay que resignarse a veces aún en sus mejores páginas) más una ausencia casi total de auténtica sensibilidad poética (sólo salvada en ocasiones por la fuerza poética de la misma realidad transcripta). Es evidente, pues, que la intención poemática indicada debía terminar en un fracaso. Y así es. Lo poético en *Gaucha* queda reducido a un vago y discutible simbolismo y a una cursi efusividad sentimental que lastra muchos pasajes. Ni ese simbolismo ni esa efusividad constituyen una creación poética. Un aire de poesía oscura y trágica aflora a veces en *Gaucha*. Pero ese aire no es una creación de Viana sino de la realidad narrada.

(9) Cabe decir aquí algunas palabras sobre los dos capítulos (XIII y XIV) agregados por Viana en la segunda edición de su novela Se ha discutido si la mejoran o empeoran Pienso que quizá debiliten más la estructura total de la novela (ya sin ellos bastante débil). Pero creo también que contienen algunas de las páginas más vigorosas de toda la obra

Resumen

Javier de Viana sintetiza en *Gaucha* su visión de nuestra realidad rural (que para él es casi sinónimo de nuestra realidad nacional). Esa visión, independientemente de su exactitud histórica, interesa de por sí: implica un punto de vista definido que incita a la reflexión y permite inferir consecuencias. Algunas han sido insinuadas, aunque no totalmente desarrolladas, a lo largo de este trabajo. El interés de esa visión se acrecería con su cotejo (que no ha podido realizarse aquí) con las dispares visiones de análoga realidad ofrecidas por otros escritores (aun cuando éstos tengan muy desigual importancia en nuestra literatura): Magariños Cervantes, Acevedo Díaz, Hudson, Fernández y Medina, Arreguine, Arena, Bernárdez, etc. Este cotejo permitiría fijar las líneas del proceso evolutivo de la visión literaria de nuestra realidad campesina. Desde el punto de vista estrictamente literario, "*Gaucha*" significa un parcial fracaso del autor. Crea dos grandes personajes (don Zoilo y el rubio Lorenzo) y un variado conjunto de personajes secundarios. Pero no logra totalmente ni a Lucio ni a Juana. Muchas de las páginas de la novela constituyen excelentes muestras de las mejores cualidades de escritor de Viana. Pero es necesario pasar rápidamente a través del laberinto de los análisis psicológicos y de las pseudo-científicas explicaciones. En definitiva: *Gaucha,* como "*ensayo de psicología nacional*" ofrece puntos de vista que interesa atender; como novela, admite una lectura que permite ubicar aproximadamente la mitad de sus páginas junto a lo que perdurará de la obra de

Javier de Viana. Por una y otra razón es posible considerar a *Gaucha* como un jalón importante dentro del proceso de la narrativa nacional.

ARTURO SERGIO VISCA

CRITERIO DE LA EDICIÓN

Gaucha se publica por séptima vez, siendo las ediciones anteriores las siguientes: Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1899, 2ª ed. Montevideo, A. Barreiro y Ramos, 1901, 3ª ed. Montevideo, O. M. Bertani, 1913; 4ª ed. Montevideo, O. M. Bertani, 1913, Buenos Aires, Vicente Matera, Montevideo, Antonio de Angelis, 1920, Montevideo, Claudio García y Cía., 1947.

La presente edición reproduce la de 1901, que puede reputarse definitiva, en la cual Viana incorporó al texto original de 1899, el proemio y los capítulos XIII y XIV. Se corrigen algunas erratas evidentes, se moderniza la acentuación, y se traspone a la página 20, la nota que figura al pie de la página 320 del citado texto. En materia de puntuación, se ha mantenido —salvo algún caso aislado— la del autor.

A. P.

GAUCHA

JAVIER DE VIANA

Nació en Canelones el 5 de agosto de 1868, hijo de José Joaquín de Viana y de Desideria Pérez Vive en el campo gran parte de su infancia, radicándose luego en Montevideo, donde cursa su instrucción primaria en la Escuela "Elbio Fernández", e ingresa mas tarde a la Universidad Hacia 1885 publica sus producciones iniciales, en la revista "Primeros Rasgos". Participa al año siguiente en la Revolución del Quebracho, y en 1887 se gradua Bachiller en Ciencias y Letras.

Comienza estudios de medicina, que interrumpe en 1891 para dedicarse al periodismo político, dirigiendo en Treinta y Tres el periódico "La Verdad" Retorna a la capital en 1893, colabora en "El Nacional", "El Heraldo" y otras publicaciones, y contrae matrimonio el 24 de octubre de 1894, con María Eulalia Darribas Publica *Campo,* en 1896 Reside algún tiempo en Buenos Aires, y emprende a su regreso negocios ganaderos En su estancia "Los Molles", compone *Gaucha,* que aparece en 1899 Dos años despues da a las prensas *Gurí*

Toma las armas en la Revolución de 1904, cae prisionero de las fuerzas gubernistas, consigue huir, y se instala en Buenos Aires, donde publica en el folletín de "Tribuna" y luego en volumen, *Con divisa blanca* (1904) Durante su estada en la R. Argentina, escribe en diversas publicaciones periódicas de la capital y de provincias, y estrena, entre 1907 y 1917, varias obras teatrales Al mismo tiempo, edita en Montevideo: *Macachines* (1910), *Leña seca* (1911) y *Yuyos* (1912).

Regresa definitivamente a Montevideo en 1918. Colabora en "La Revista Blanca", dirige la "Revista de la Federación Rural del Uruguay" y escribe en "El País". Entre 1919 y 1925, recoge en varios volúmenes gran parte de su produccion dispersa en diarios y revistas rioplatenses En 1922 es electo Representante suplente por el Departamento de San José, para la XXVIII Legislatura, ocupando su banca en 1923 Meses después de terminar su mandato, muere el 5 de octubre de 1926 en el pueblo de La Paz (Canelones), donde residía.

Fuera de los títulos ya mencionados, se publicaron en vida del autor, las siguientes obras *Cardos* (Montevideo, 1919); *Sobre el recado* (Montevideo, 1919), *Paisanas* (Montevideo, 1920) *Ranchos* (Montevideo, 1920), *Bichitos de luz* (Buenos Aires, Montevideo, 1920), *De la misma lonja* (Buenos Aires, Montevideo, 1920), *Del campo y de la ciudad* (Montevideo, 1921) *Potros, toros y aperiases* (Montevideo, 1922); *Tardes del fogón* (Montevideo, 1925), *La biblia gaucha* (Montevideo, 1925) Luego de su muerte aparecieron: *Pago de deuda; Campo amarillo y otros escritos* (Montevideo, 1934) y *Crónicas de la Revolución del Quebracho* (Montevideo, 1944). Su producción teatral, no impresa aun, comprende· *La Dotora, El casamiento de Laura, La Nena, La Marimacho; Puro campo; Pial de volcao, Al truco* y *Trampa de zorros.*

A LALITA,

mi compañera de afanes y ensueños,
he dedicado este libro.

J de V.

Estancia "Los Molles",
enero, 1899

PRÓLOGO

En una de mis frecuentes excursiones por la campaña, llegué una tarde a casa de un estanciero amigo, residente en Corrales. Concluída la cena, vino la indispensable tertulia en la cocina, donde, sentados en troncos de ceibo, alrededor del fogón, patrones, peones y forasteros toman mate y platican con una simplicidad verdaderamente democrática. Se habló de "matreros", y un gaucho viejo, envejecido en el pago, narró un episodio local, altamente dramático y emocionante. El patrón y los peones lo habían oído referir cien veces; y sin embargo escuchaban atentos y tenían húmedos los ojos cuando el tosco narrador remató la trágica historia. Yo la oí conmovido y emprendí una serie de prolijas investigaciones para cerciorarme de la verdad del relato, concluyendo por adquirir la convicción de que era perfectamente histórico. Hace de esto algo más de diez años. En el transcurso de ese tiempo fui escribiendo los diversos episodios que forman mi primer libro, *Campo,* y muchos otros que hoy aparecen en *Gurí.* ¿Por qué no utilicé nunca la narración del viejo paisano, aquella historia que tanto me seducía y que se borraba de mi mente? No sé explicarlo. Un día, en otra excursión campestre, conocí a *Juana,*

una tierna y sentimental criatura, una descolorida flor silvestre que se moría de un mal extraño e invisible, en un rancho humilde semi escondido entre las frondas del Olimar. Entonces pensé en escribir el querido episodio, tomando por protagonista a mi nueva conocida, y empecé un cuento titulado *Margarita blanca.* Las ideas se fueron acumulando, las cuartillas de papel se sucedieron, y, por uno de esos *"involontaires detours de la composition litteraire"* de que habla Bourget, mi plan se modificó por completo, mi cuento se transformó en novela, *Margarita blanca* se convirtió en *Gaucha.* La narración del viejo paisano quedó relegada a la escena final del libro. Fui a Montevideo, entregué a las cajas los primeros capítulos de mi obra, y mientras corregía las pruebas, iba revisando los capítulos subsiguientes. Y en esa tarea encontré que los dos últimos, los que encerraban el episodio originario, estaban de más en el nuevo plan, desde que no agregaban nada a la idea fundamental, y que, además, por su extrañeza, podrían ser juzgados inverosímiles, haciéndole perder a la novela el carácter de estudio serio, real, casi científico, que para mí tenía. Los suprimí.

Algunos amigos íntimos estaban en conocimiento de ese final cercenado, y, entre ellos, uno muy querido, —Juan Carlos Moratorio,— quien, poco después de aparecer *Gaucha.* me escribió una carta, de la que entresaco este párrafo: "He hablado con todos los intelectuales, con todos aquellos cuya opinión puede interesarte. Tu libro se discute: más son los que lo elogian que los que lo atacan, pero todos están acordes en dos cosas que hay en el mucho bueno y... que el final es malo. Les he referido el

que primitivamente le habías dado, y la opinión unánime es que no debías haberlo suprimido. Samuel Blixen quedó encantado. —*¿Por qué no lo hizo así?*— me dijo. — *Eso habría sido lógico, natural, y, sobre todo, bello*"

En seguida la crítica nacional y extranjera condenó unánimemente el final del libro. Entre los muchos escritores que me han hecho el honor de ocuparse de *Gaucha,* no hay uno que no haya llegado a la misma conclusión. He debido someterme y agregar a esta segunda edición los dos capítulos suprimidos en la primera.

No he querido nunca defenderme de los cargos que se me han hecho, a propósito de esta novela. Creo que un artista sincero no debe perder el tiempo en disputas vanas *Bien qu'on ait du cœur à l'ouvrage, —L'Art est long et le Temps est court,*— como dijo el atormentado poeta de *Les Fleurs du Mal.* No he querido nunca defenderme ni defender mi libro. Una obra de arte vive por sí sola, no necesita explicaciones, y si no está animada por el soplo divino, inútiles son los esfuerzos, del autor o de extraños, para mantenerla en pie. La eterna sucesión de huracanes desgaja y no arranca al roble erguido en la montaña, y las pálidas orquídeas no tardan en agotar su efímera existencia en la protectora tibiedad del invernáculo. Bien sé yo que no es un roble mi *Gaucha;* pero amo considerarla un humilde molle de la sierra, que el extranjero mirará con desdén y que el hijo de mi patria contemplará con algún cariño, un molle de la sierra, que hace muchos años está allí, hundidas las raíces en las grietas de las rocas, desparramada sobre

los peñascos la obscura y enmarañada cabellera. Entre ella han quedado voces de muchos pamperos que entraron por el abra y se rompieron en las cumbres; entre ella duermen cantos del sabiá que alegró las luminosas mañanas de los amores sencillos, y graznidos del cuervo que se cebó en carne de orientales caídos en la loma con una divisa en el sombrero y una moharra en el pecho. Entre las tupidas y pardas ramazones crecen tiernas caicobés y se ocultan cestillos de mainumbís. Sobre los tallos espinosos se ha detenido más de una vez el ave grande que mora en los yatays... ¡Oh! no es *Gaucha* el estudio de uno de esos penosos problemas sociales o morales que se enroscan como culebras furiosas en el pecho de la humanidad, desorientada en el opaco crepúsculo de este siglo grande y extraño. Pero es humilde pintura de mi tierra, vista con cariño, sentida con pasión y expresada con sinceridad. Y porque me empecino en creer que es *Gaucha* una obra de sentimiento, una obra de verdad y hasta una obra de ciencia, es que no logro convencerme del todo de que sea un esfuerzo perdido.

J. de V.

Estancia "Los Molles",
diciembre de 1900.

I

"Gutiérrez", —la sección policial más extensa del departamento de Minas,— fue durante muchos años, cueva de perdularios, refugio de bandoleros y desesperación de policías. Aún hoy suele mentarse su nombre en procesos criminales, formando, con Aceguá y la sierra del Infiernillo, los tres puntos obscuros de la geografía uruguaya. La capital tiene siempre una mirada recelosa para estos parajes temibles. Las vías férreas no han llegado hasta ellos, las líneas telegráficas los orillan, los poblados están distantes y las carreteras escasean. Sus nombres resuenan siempre que se denuncia la aparición de "matreros" en la campaña; y cuando se habla de posibles revoluciones, se piensa incesantemente en ellos. Pero ya los tiempos han cambiado, han desaparecido ciertas causas de orden político, ha aumentado la población, se ha subdividido la propiedad, y es necesario recurrir a la memoria de los vecinos viejos, para darse cuenta de lo que era "Gutiérrez" pocos lustros ha.

Altas y ásperas sierras, por una parte; por otras, campos bajos, salpicados de "bañados" intransitables y estriados de cañadones fangosos; dilatadas selvas de

paja brava, achiras y espadañas, cuyos misterios sólo conocen el aperiá y el matrero; sarandizales que miden centenares de metros, formando en invierno imponentes lagunas y temibles lodazales en verano; regatos de monte no tan ancho como sucio; arroyos de honda cuenca y de arboladas riberas, y, finalmente, Cebollatí, el río de largo curso, grueso caudal, rápida corriente, vados difíciles e intrincada selva. La topografía del terreno ayudaba admirablemente a los bandoleros.

Los antiguos moradores de aquella comarca conservan el recuerdo de más de una tragedia que sembró el espanto en el contorno. Los estancieros habían construído por viviendas, formidables edificios, especie de castillos con recias murallas de piedra a los cuatro vientos, pequeñas ventanas enrejadas y escalera interior para subir a la azotea, coronada de troneras. Al obscurecer se cerraba la única puerta exterior, atrancándola con fuertes barrotes de hierro. Y adentro, —mientras se cenaba en el amplio comedor mal iluminado con la vela de tufo apestoso,— los hombres comentaban el último asalto o la reciente fechoría, y las mujeres y los niños escuchaban pálidos, dejaban enfriar la grasa del asado de oveja y se estremecían cada vez que ladraban los perros o gritaba cercano un terutero. Después, cuando llegaba la hora de acostarse, los patrones ponían los fusiles junto a las camas, las pistolas sobre las sillas, bien a mano; mientras los peones depositaban bajo la almohada el largo "facón" afilado y los pesados trabucos naranjeros cargados hasta la boca con balas, clavos y pedazos de olla, "cortados". La noche era toda inquietud y sobresaltos, interminable angustia. Por la mañana, al clarecer, se levantaban todavía

sacudidos por pesadillas terroríficas, y mientras no se alzaba el sol bañando de luz el campo, no renacían en absoluto la tranquilidad y la confianza. ¡Y aún no siempre! Cuando recorriendo la heredad, hallaban el indicio de una vaca carneada o notaban la desaparición de un "parejero", sus almas vengativas y torvas se agitaban entre temerosas e iracundas, como si hubieran encontrado el rastro de una fiera. Viajar solo era bravura. Las "picadas" se pasaban de día, a trote largo, con la pistola en la mano, los ojos muy abiertos y mirando ávidamente a uno y otro lado. Una mano que sofrena el caballo, una voz que grita "¡alto!" y un puñal que se hunde en el pecho: la escena era rápida. ¡Y de cuántas escenas de esta índole se tenía noticia! Había gavillas organizadas y compuestas de hombres bravos y osados: cualquiera de ellos peleaba solo contra una policía; pero no eran el único peligro. Se mataba por disidencias políticas, se mataba por rivalidades amorosas, y se mataba por gusto, por aprendizaje, por adquirir fama de "guapo". En cada pago moraba un jefe, —un caudillo,— que imperaba como señor feudal, para quien todos los *blancos* eran buenos, si él era *blanco,* o todos los *colorados* eran santos, si él era *colorado.* De ahí que estuviera siempre pronto para interponer su influencia en favor de alguno de *sus hombres* que se hubiera *desgraciado.* Un bravo mataba a otro bravo, porque el primero había llamado *sarnosos,* —en la glorieta de una pulpería,— a los que profesaban opinión política contraria a la suya; un Don Juan de "chiripá" asaltaba una casa, robaba a la "china" que había despertado sus apetitos, la escondía en un rancho, donde pasaba una semana de deleites compartidos con los compañeros de proezas,

y la volvía después a la familia. Estos dos bandidos ganaban el monte, daban aviso a sus respectivos *jefes,* y al cabo de quince días, —un mes a lo sumo,— salían indultados, "arreglados".

¡Si eran *hombres buenos!*...

Entretanto, en lo indefenso, —en la bocas de la cueva,— dormían tranquilos los pobres diablos, —"chacareros", "agregados" y "puesteros",— abrigados por sus miserables ranchos de "terrón" y "paja brava". —¿Cómo vivían? ¿Cómo escapaban a la saña del matrero?— Vivían con la tranquila indiferencia de la golondrina que anida bajo el alero de la casa, o del terutero que picotea junto a los postes del "guardapatio". No había, en la miseria de sus viviendas, nada que despertase la codicia. Además, casi todos ellos estaban en buena armonía con los matreros, a quienes no dejaban de prestar pequeños, pero útiles servicios. En un tiempo fueron aliados de las policías, y más de una vez las acompañaron en las batidas a los montes; pero como notaron que la autoridad no era jamás la más fuerte en aquella incesante lucha, los que escaparon a la venganza de los malhechores se pasaron a su campo, o, por lo menos, observaron una neutralidad complaciente.

¡La ley de la vida!

Sobre el arroyo Gutiérrez, a poca distancia de su desembocadura en el Cebollatí, había, —hace de ello quizá más de quince años,— una de estas mezquinas poblaciones de agregados. El pajonal que borda el arroyo en aquellos parajes, moría a pocos me-

tros de los ranchos que se elevaban sobre una altura entre dos bañados. Cercada, dominada por la paja alta y nutrida, visible apenas desde el campo limpio, la pobre vivienda semejaba más un "tacurú" que una casa. Internándose por una de las estrechas sendas, acercándose al promontorio, se la confundía con una de esas "taperas" perdidas en medio del campo, con sus muros derruídos, donde van a rascarse los vacunos durante el día, y en el interior de las cuales, se albergan durante la noche, comadrejas y zorrillos. Había dos ranchos, uno frente a otro; el mayor, —y único habitable,— tenía una puerta en la testera y una ventana en el costado norte; el otro, más arruinado, era la cocina; las gentes entraban y salían por un único agujero que había frente a las habitaciones; pero el humo salía y el viento y la lluvia entraban por las innumerables aberturas de las paredes y del techo. En otra época quizá hubo patio; en tiempo distante, porque sólo quedaban una senda que iba en línea recta de la cocina al rancho y algunos manchones grises, milagrosamente respetados por los "yuyos". Después, ni una "enramada", ni un árbol, ni un "palenque". Y en las inmediaciones, ni rastro de caballos, ni de vacaje, ni de majadas: por todas partes el verde desteñido de los bañados, ostentando en su centro la población extraña con sus techos de paja negra, quemada por los soles, podrida por las lluvias, trabajada por los vientos, triste como una ruina y silenciosa como el mismo bañado.

Aquello fue un tiempo el *Puesto del Fondo,* hasta que su morador, —el mulato Rosalío,— "cansao 'e vivir entre la paja, como los aperiases", pobló más afuera, abandonando esa cueva al viejo don Zoilo. Don Zoilo, —antiguo peón de la Estancia, do-

mador a veces, "compositor de parejeros" en ocasiones,— había concluído por dedicarse a trenzador de lazos, arte en que llegó a ser insuperable. Hosco, taciturno, huraño, rezongón, se había metido en la tapera del Puesto del Fondo, tan pronto como la abandonó Rosalío; y allí vivía solo y contento, sin más contrariedades que las que le ofrecía la llegada de algún visitante, para él siempre importuno. Cada dos o tres días iba a las "casas", al tranco de un overo "maceta", flaco y viejo. Saludaba gruñendo, aceptaba un mate, en la cocina, sin sentarse y sin levantar la vista de sus pies desnudos, que mantenía en continuo movimiento, despegando el barro de uno con los dedos del otro y haciendo sonar las "lloronas" grandes, viejas, herrumbrosas, calzadas sobre la carne. Después recogía su ración, la ponía bajo los "cojinillos" y partía al tranco, sin haber hablado ni para despedirse. Ya en su cueva, desensillaba, dejando las "garras" tiradas junto al rancho, metíase en la cocina; se sentaba al lado del fogón, soplaba el fuego, y mientras se hacía el asado, "verdeaba" y trabajaba en sus "guascas" cosiendo una presilla o "retobando un botón".

Según los mozos del pago, don Zoilo era muy viejo, —"más viejo que el tabaco negro";— pero nadie conocía su historia. Él no hablaba nunca, ni admitía interrogatorios, y como tenía un genio de perro lunático, y era bravo, pronto puso a raya a los curiosos y a los bromistas que intentaban arrancarle, directa o indirectamente, algo de su secreto. A su casa llegaba quien quería poseer un lazo bien trenzado, —pues era sabido que nadie le aventajaba en su oficio;— pero por lo general, hacía el encargo de a caballo y de a caballo volvía a preguntar por

el trabajo, meses después; porque don Zoilo trenzaba cuando le daba la gana, o no trenzaba, a pesar de cobrar siempre adelantados los ocho "patacones". Cuando era dueño de esa suma, ensillaba su overo, bien de madrugada, y se iba a la pulpería, distante tres leguas, —donde compraba caña y galletas—. Sentado en un rincón de la glorieta, callado, serio, indiferente a las personas que entraban y a las conversaciones que oía, se lo pasaba apurando la caña y mascando las galletas hasta que comenzaba a obscurecer. Sólo entonces, —y luego de colocar en las maletas dos botellas de a litro, —dos porrones de a dos cuartas y media,— emprendía la marcha de regreso, tan tranquilo e inconmovible como cuando había llegado. La inmensa borrachera no había logrado desatarle la lengua ni aflojarle las piernas. El aire frío concluía la obra del alcohol, y entonces largaba las riendas, apoyaba las manos en la cabezada del recado, inclinaba la cabeza sobre el pecho y se dejaba llevar por el overo. Por regla general, amanecían, el caballo comiendo con freno y ensillado cerca de los ranchos, y el jinete tirado en el suelo a poca distancia. Antes de que la primera embriaguez hubiera pasado del todo, ya empezaba otra, que duraba mientras duraba la caña llevada de reserva. Después trabajaba, sin penas ni entusiasmos, en una admirable conformidad e indiferencia de bestia.

Nunca se le conoció familia, aunque algunos aseguraran que tenía una hermana; nadie sabía de él otra cosa sino que había llegado al pago siendo muchacho y no había vuelto a salir de allí, viendosele siempre solo, taciturno, hostil a todos los seres humanos, de los cuales parecía no haber heredado más que la forma. Para los mozos era un tipo único,

siempre igual, sin modificaciones de ninguna clase. Vestía en todo tiempo el mismo "saco", que ya no tenía forma ni color; el mismo "chiripá" de manta "colla", el mismo sombrero informe y el mismo poncho desgarrado y desflecado. Y si su vestimenta no había variado, su físico tampoco: viejo le conocieron los muchachos que habían muerto de viejos, sin notar una alteración en su fisonomía, ni un hilo blanco en su melena. Sus excentricidades y rarezas causaban admiración al forastero; pero pasaban sin despertar la atención de las gentes comarcanas, ya habituadas al extraño personaje. Hubiérales admirado, en cambio, verle reír o usar alguna clase de calzado, —mudanza de hábitos inveterados muy capaz de poner en revolución la curiosidad del pago—. Bajo y fornido, de rostro anguloso y grande, de ojos encapotados y torvos, de larga nariz curva, de tez tostada, de escasísima barba negra y de larga melena lacia y sin una cana, don Zoilo tenía un aspecto feroz de bestia huraña y peligrosa. Su voz gutural semejaba un gruñido sordo, y su mirada, que salía de entre el montón de cejas y el abultamiento de los párpados como una claridad de entre rocas, denotaba desconfianza felina. Era, sin embargo, un hombre bueno. A lo menos, como tal debía considerársele, pues que nadie le conocía ningún hecho criminoso, ni otra maldad que su antipatía hacia todo ser viviente, debido a la cual, ni los perros paraban en su casa; y así lo probaban los varios cachorros que había criado y que no tardaron en huir, no se sabe si acosados por el hambre o por las rodajas de las "lloronas" del amo. No faltaba quien lo supusiese en connivencia con los matreros, y hasta se decía que su único amigo, —si es que don Zoilo podía tener amigos,— era el rubio Lorenzo,

bandolero célebre, jefe de una gavilla, audaz como ninguno, feroz como chacal y presumido como mujer. Pero la vida del viejo trenzador, a quien jamás faltaba alimento en la Estancia, que no tenía necesidades, ni se le notaban provechos, destruyó pronto esa leyenda. Cada vez que necesitaba carne iba a buscarla y se la daban; cada vez que deseaba caña, la obtenía, porque el producto de su trabajo no tenía ningún otro empleo. Ropas o calzado no sólo no compraba, sino que en más de un invierno crudo rechazó los que llegó a ofrecerle algún vecino caritativo. Su amistad con el bandolero no era quizá sino una simpatía de fiera a fiera, y no debía hacer por él más de lo que hacían los pobres diablos que se hallaban en su caso: callar, cuando la policía indagaba el paradero de la gavilla, dar aviso a su jefe de los movimientos de la autoridad. Pero de todas las excentricidades de don Zoilo, la que más llamaba la atención era la referente a sus opiniones políticas. ¿Era *blanco* don Zoilo? ¿era *colorado*? En la Guerra Grande, una partida oribista lo "agarró", y en la primera acampada se hizo humo y ganó los montes del Cebollatí, donde estuvo haciendo compañía al yaguareté y al puma, hasta que concluyó la contienda. Durante la Revolución de Aparicio, en 1871, lo apresó una fuerza del coronel Manduca Carabajal y le obligó a ceñirse la divisa roja; pero al cabo de tres días ya estaba otra vez en Cebollatí, salvaje y libre. Un hombre que no tenía mujer, que no jugaba a la "taba", que no concurría a las carreras y, sobre todo, que no era *blanco* ni *colorado* y no amaba la guerra, debía ser, por fuerza, un hombre extraño, distinto de los demás hombres e inferior a ellos: algo semejante al *gringo* que trabaja y se en-

riquece. No debía, pues, causar admiración que nadie simpatizara con don Zoilo, que nadie lo quisiera en el pago. El mismo Diego López, —el dueño de la Estancia donde había estado de peón durante muchísimos años,— lo aceptaba con desgano y él mismo no se explicaba cómo lo soportaba de "agregado" en su campo.

En una tarde de otoño muy fría y muy triste, estaba don Zoilo trabajando en el patio, sentado sobre un cráneo de vaca, junto a la cocina, cuando un forastero se presentó de improviso.

—Buenas tardes, —había dicho.

Y el viejo, después de haberlo mirado por debajo del ala del sombrero, —con la cabeza gacha como toro que va a embestir,— había refunfuñado:

—Guena.

Después, al rato, sin levantar la vista, toda su atención consagrada al lazo que concluía, agregó entre dientes:

—. . . jsé.

Mientras el forastero se apeaba y maneaba el caballo, don Zoilo, saliendo de su fingida preocupación, lo observaba de reojo. Primero miró el doradillo grande y gordo, de marca desconocida; después el "apero", modesto, pero completo y cuidado; y, por último, el hombre, un mozo alto y gallardo, que le era tan desconocido como el caballo.

El mozo se acercó haciendo sonar las espuelas de metal amarillo y tendió la mano a don Zoilo, que la tocó apenas con la punta de los dedos gruesos, negros y velludos. Después, sin levantarse, miró a su alrededor y empujó con el pie un pedazo de tron-

co de ceibo, para que el mozo se sentara. Hecho lo cual, y como si no hubiera nadie delante, inclinó la cabeza sobre el trabajo y empezó a desatar el "tiento" que apretaba provisoriamente el cuero en el sitio en que debía ir el "corredor" sujetando la argolla. Durante largo rato estuvieron así uno frente a otro, sin cambiar una palabra. El viejo se preguntaba qué habría ido a buscar aquel zopenco, a qué otra cosa que a encargarle un lazo podía haber llegado a su casa, y qué era lo que esperaba para desembuchar de una vez. El joven, por su parte, tímido y respetuoso, —con esa educación campesina que enseña la veneración del anciano,— pero al mismo tiempo impaciente y turbado por la descortés acogida, tan poco usual en los hábitos camperos, estiró una pierna, hizo sonar la rodaja, tosió y,

—Esteee... —dijo.

El trenzador miró primero la espuela, luego la bota de charol, en seguida la bombacha de merino y sin seguir más adelante, continuó su trabajo.

—Yo soy Lucio Díaz, de Tacuarí... vengo pa decirle que su hermana Casilda es muerta.

Inútilmente esperó el mensajero que aquella brutal noticia, descargada a quema ropa, impresionara al viejo solitario, contrajera las líneas de su rostro o le arrancara una frase cualquiera, capaz de romper el hielo de la entrevista; capaz de descubrir un alma susceptible de afectos, apta para el intercambio de sentimientos humanos. Como si la noticia no le atañera en lo más mínimo; como si ella no despertara en su corazón ni aun la vaga condolencia por la desgracia de un semejante, ya que no la pena por el fallecimiento de un deudo; como si aquel exterior de semisalvaje no guardara un ras-

tro de la sensibilidad de la especie, el viejo se contentó con hacer una ligera inclinación de cabeza que no expresaba dolor ni extrañeza. Con un pequeño cuchillo de mango de madera forrado de "tongorí"(1), trabajaba el cuero, redondeando el sitio en que iría el corredor, sin ocuparse para nada del visitante. Éste, que estaba violento y turbado, agregó al cabo de un rato de espera:

—La finada Casilda dejó una hija...

Y se detuvo, fijando en el viejo la mirada interrogativa de sus grandes ojos castaños; pero don Zoilo, muy afanado en afinar un tiento, parecía no haber oído nada. Dejó el cuchillo en el suelo y buscó la lezna que estaba a sus pies, junto con las demás herramientas, entre lonjas y briznas de cuero, blancas y vermiformes.

Lucio Díaz se atrevió a repetir:

—La finada Casilda me encargó, cuando estaba casi boquiando, que viniera a verlo.

—¿Pa qué? —preguntó secamente don Zoilo, con esfuerzo, como si le doliese hablar.

—Pa que se haga cargo de la muchacha, —contestó Lucio, ya casi agotada la paciencia, y en un tono de enojo que hacía vibrar sus palabras.

El trenzador escupió al cuero, extendió la saliva con el dedo y dio principio al corredor, mientras Lucio, tartamudeando, encontrando las palabras con dificultad, formando las frases con penosa torpeza, contaba la triste historia. La hermana del solitario, casada con un puestero de la Estancia del Ceibo, en Tacuarí, había muerto de *grano malo,* cinco días después que su marido. Poco antes de expirar, y en

(1) La aorta de la res vacuna (Nota de la pág 320 en la 2ª ed. Montevideo, 1901)

medio del infinito dolor de dejar huérfana y abandonada a su única hija, la pobre mujer se acordó de Zoilo, el hermano ingrato y desamorado que, abandonando de pequeño la casa paterna, había envejecido en pagos lejanos sin haberse acordado jamás de sus parientes. Ella sabía donde debía hallarse, bien que ignoraba en absoluto su estado; y aunque lo suponía un hombre malo, su desesperación de madre moribunda se lo presentó como único amparo para la infeliz criatura que iba a quedar sola en el mundo. Al fin no habría de ser una hiena, y quizá se resolviese a aplacar con una obra caritativa los remordimientos que seguramente mortificarían su alma ingrata. Hasta las fieras tienen alguna vez nobles sentimientos, y hasta en las bestias hallan eco los desesperados ruegos de la voz de la sangre. En el martirio de su agonía, la pobre mujer buscaba atenuaciones para la conducta de Zoilo, y se imaginaba que acaso no era tan perverso, que quizás circunstancias que ella no podía precisar, hubieran motivado su cruel comportamiento. Lucio, el niño confidente, había recibido aquel encargo con el corazón opreso por la pena, y una vez cumplido el triste deber de dar cristiana sepultura al cuerpo de la muerta, habíase puesto en marcha en busca del hermano, había llenado su cometido, y si no tenía nada más que decirle...

Don Zoilo, —con las rodillas muy separadas y muy juntos los pies, cruzadas las rodajas de las espuelas,— estaba concluyendo el corredor, uno de aquellos corredores fuertes, parejitos y lindos como él sólo sabía hacerlos. Levantaba el trenzado con la

punta de la lezna, la que luego, y mientras apretaba el punto, ponía entre los dientes; después tornaba a la misma operación, escupiendo al cuero de cuando en cuando para que apretara mejor. Daba vueltas al lazo, lo observaba, lo palpaba con manifiesto cariño, satisfecho de su obra, orgulloso con su trabajo, seguro del elogio, olvidándose del visitante que hacía una hora que estaba sentado en un trozo de ceibo, triste, contrariado, violento frente a aquel extraño dueño de casa que no hablaba, que no ofrecía un mate, que no atendía a las visitas y que aparentaba afectarle tanto la muerte de su cuñado y de su hermana, como la del primer caballo que ensilló. Y como si esa reflexión hubiera hecho nacer otra repentinamente y más triste en la mente del gauchito, su rostro se nubló y adquirió una marcada expresión de disgusto. Con una sola mirada abarcó toda la población y tuvo para ella una sonrisa desdeñosa. ¡Casa de negros aquélla!... y entre el pajonal, cerca del monte, madriguera había de ser!... Entonces recordó las palabras de la moribunda, y se le antojó que aquel hombre debía ser un bribón empedernido e impenitente, alma de fiera jamás domada, avieso corazón, nunca sensible Hasta parecióle un crimen entregar a semejante bárbaro la tierna niña huérfana, y, arrepentido de su viaje, le pesó haber cumplido el encargo de la muerta y se alegró de la negativa del trenzador. Otros seres más humanos sabría encontrar él, más compasivos y capaces de una buena acción. Sí; aun cuando el viejo miserable se decidiera a recoger a su sobrina, —lo que creía difícil,— ya había formado la resolución de no entregársela y de buscar en seguida un amparo más seguro, para la inocente

criatura. Bruscamente se puso de pie, y con faz adusta y agrio acento:

—Bueno, —dijo,— voy a marchar.

En seguida tendió la mano al viejo, quien, fingiendo no verle, siguió tranquila e indiferentemente rematando el corredor. El joven esperó un momento; el trenzador concluyó su trabajo, asentó la obra con el mango de la lezna, y después, dejando lazo y herramientas en el suelo, estiró una pierna, luego la otra, bostezó, exclamando sin mirar al visitante:

—¿Ya se ba?...

—Sí, señor, ya es tarde, —díjole éste; y por curiosidad, más que por esperanza o por deseo, esperó aún, confiando en que hablaría al fin, aunque no fuera nada más que para proferir una brutal negativa que concluyera de poner de manifiesto el egoísmo y la ruindad de su alma. Había desmaneado el caballo, tenía en la mano las bridas, y,

—Hay tormenta, —dijo, por decir algo.

—Pue que yueba, —contestó distraídamente el feroz taciturno.

El joven, no pudiendo ya reprimir el mal humor, tornó a tender la mano, —que esta vez el viejo tocó con la punta de los dedos,— montó, castigó el doradillo, y, sin volver la cabeza se internó en el sendero del pajonal, disgustado consigo mismo, con el hombre y con el paraje, maldiciendo una y mil veces la hora en que había llegado a la inmunda morada de aquella fiera.

Don Zoilo, distraído, absorto, se escarbó los dientes con la punta del cuchillo, y mirando fija-

mente al sur, de donde creía ver venir la tormenta, se refregó las rodillas con la mano izquierda y dijo entre dientes, hablando solo:

—Pue que yueba. Cuando me duelen ansina los guesos, es juerza que yueba.

La tarde declinaba; el gris metálico del cielo tornábase cada vez más pesado, más uniforme y más triste; y mientras a lo lejos, en el confín, los montes de Cebollatí y de Gutiérrez se iban obscureciendo, trazando un inmenso ángulo negro, a derecha y a izquierda, hacia atrás y hacia adelante, el bañado extendía su enorme superficie plana, igual, quieta, coloreada de un azul pálido desleído, monótono, como un mar que duerme. Incesantemente cantaban las ranas, chirriaban los grillos, y de rato en rato oíase a lo lejos el alerta del chajá, la burla de un zorro, el quejido de un aperiá, el llamado de una nutria y las varias voces confundidas de innumerables sabandijas. El frío aumentaba, y el viento, soplando del sur, llegaba húmedo, oliendo a cieno, a pasto podrido, trayendo el olor acre y fuerte de las lujuriosas gramíneas que dominan el bajío.

El viejo trenzador empezó a pasearse por el "yuyal", sin que las ortigas ni los cardos hicieran daño alguno a sus pies descalzos. Su mirada, fría y dura, se volvía constantemente hacia el sur, y las ventanillas de su gruesa nariz se dilataban a gusto, aspirando con fruición el aire impuro, pesado y fétido. Y un goce extraño, un placer incomprensible parecía entrarle en el cuerpo como inhalaciones de oxígeno. ¡Raro y misterioso placer, peregrina e indefinible alegría, que sólo él podía sentir y comprender! Su vida estaba indisolublemente unida a aquel paraje desierto y yermo; su tristeza orgánica, la fría

aridez de su alma envejecida sin encantos, se identificaba con la melancólica soledad del bañado Para él, —la bestia huraña,— que tenía el instinto del aislamiento, el miedo al bullicio, el horror a la luz, —ñacurutú con forma humana,— no existía comarca preferida al esteral inmenso, al gran campo muerto, al monstruo de lodo, impasible, insensible, inconmovible, de faz eternamente sosegada y bonachona, en tanto que en las podredumbres de su seno hormiguea la vida y se libra continua y cruenta batalla entre miles de seres de centenares de especies. Al viejo y empedernido solitario, todo aquello le conocía, y, excepción hecha de los zorros que solían disputarle las guascas y las lonjas, todo era amigo, todo bueno y útil. El ceñudo morador del Puesto del Fondo sabía encontrar en la maleza un infalible remedio cada vez que algún dolor le aquejaba; cuando los soles o las lluvias abrían una grieta demasiado grande en las paredes de su covacha, no estaba lejos el lodo reparador; si los vientos arrancaban un haz de paja a la techumbre, fácil le era corregir el desperfecto con sólo andar unos pasos y dar dos golpes de facón en las gramíneas. Durante las noches, el susurro confuso y continuo producido por las agitaciones de millones de pequeños seres, lo mecía, lo arrullaba como el murmurio sordo de un mar amigo. Nadie cruzaba por aquella zona sin que él supiera, —por el vigilante chajá,— de qué dirección venía y con qué rumbo marchaba. Las grandes crecientes no habían llegado nunca a mojar las cobijas de su catre de cuero, y en cambio le ofrecían el espectáculo grandioso, —que él observaba embelesado,— de aquella inconmensurable sábana blanca en medio de la cual sus ranchos se señoreaban como arca extraña

y milagrosa. Y si alguien hubiera podido verle entonces, de pie, cruzados los brazos sobre el pecho, la melena agitada por el viento, la cruel sonrisa en los labios y la dura mirada fija en el océano amenazante, habría sentido terror y habríaselo figurado un monstruo feroz dominando la inundación y gozando en el desastre. En estío, las terribles sequías producían inmensas fermentaciones que no alcanzaban a dañar su original organismo. Ni moscas, ni jejenes, ni mosquitos, ni tábanos hundían su aguijón en aquella epidermis endurecida por las intemperies. Sus pies, siempre descalzos, se hundían en el lodo sin encontrar un tronco de árbol que los hiriese, ni una víbora que los mordiera; sus pantorrillas desnudas desafiaban el filo de la paja brava y la espina del caraguatá. En aquella soledad triste y enferma, él vivía a plena vida, y sus bravos pulmones se dilataban a gusto aspirando el aire húmedo, acre, infecto, cargado con todas las pestilencias de las aguas podridas y de las plantas muertas.

II

Un largo cuarto de hora permaneció todavía el viejo trenzador paseando lentamente y observando el horizonte. La lluvia empezó a caer en gruesas gotas perezosas, y sólo entonces entró don Zoilo en la cocina y avivó el fuego, —revolviendo el montón de cenizas con los dedos y soplando con fuerza,— para preparar su churrasco. Mientras éste se asaba, tomó mate amargo en la vieja calabaza renegrida y lustrosa; tomó mate después que lo hubo comido, —me-

dio crudo y sin sal,— y luego atravesó el patio, sin darse prisa, sin cuidarse de la lluvia, —que caía copiosa,— y ganó su cuarto. Con su calma habitual arregló la cama, se desnudó, se acostó, y no tardó en sumergirse en profundo sueño, sin preocupaciones, sin recordar un solo instante ni al mozo mensajero, ni a la hermana muerta, ni a la niña abandonada.

Al otro día, bien de madrugada, ensilló su overo y se dirigió a la Estancia. No era día de ración, —había estado la víspera,— y los peones acostumbrados a la regularidad de sus visitas, lo recibieron con bromas de mal disimulada curiosidad.

—¿Los zorros le han robado la carne, viejo? —dijo uno; y otro agregó:

—Dejuro que es el ventarrón de anoche que lo ha traído hasta las casas

Y como el trenzador permaneciera callado y sin desmontar, un tercer peón exclamó:

—¡Dése contra el suelo, pues! No tenga miedo, que los perros están ataos.

Pero el solitario, sin hacer caso de las pullas, y sin bajarse, dijo con su aspereza de siempre:

—...stá don Montes?...

En ese momento, *don* Montes, —el capataz,— cruzaba al patio, y entonces el viejo echó pie a tierra y salió a su encuentro arrastrando las enormes rodajas de sus espuelas domadoras. El capataz tenía verdadero afecto por don Zoilo, —era quizá el único en el pago, que lo estimaba o lo admiraba,— y lo saludó alegremente, preguntándole el objeto de su visita.

—¿Pue empresta un cabayo? —dijo el viejo.

—¡Ajajá! —exclamó riéndose el capataz;— ¿conque el parejero overo anda mal? Mire, amigo,

un flete tan bueno y nuevito, ni dientes tiene!... Eso es, sí... ¡Cuente el sucedido, viejo; cuente, pues!...

Don Zoilo, tan impasible ante éstas como ante las anteriores mofas, se contentó con repetir el pedido:

—¿Pue emprestá un cabayo pa un biaje?

Y aunque Montes insistió todavía por arrancarle una palabra que pudiera ponerlos en camino de adivinar la causa de tan inesperado acontecimiento, hubo de cesar en su porfía, porque el viejo no desplegaba los labios, y él le conocía demasiado para comprender lo inútil del empeño. Le dijo que echara al corral "la tropilla 'e la saina, que había 'e estar paquí abajo, en la cañada grande, y ensiyara el tordiyo negro de la marca bieja". Con lo cual el trenzador se dió por satisfecho, se tocó el sombrero, refunfuñó un "adiosito", y salió al tranco en busca de la tropilla. Con toda calma, sin ningún apresuramiento, juntó los animales, los llevó a la "manguera", le "sentó las garras" al tordillo negro, —un caballo viejo, pero bueno, que él mismo había domado,— y al trotecito, al trotecito, emprendió viaje con rumbo a Tacuarí, cuando empezaba a levantarse el sol, en una envidiable mañana de otoño, fresca, tranquila y luminosa.

¿Qué sentimiento había nacido en el alma encallecida del huraño solitario? ¿Qué rincón de esa alma había milagrosamente escapado a la creciente acción de su egoísmo, —del mismo modo que aquellas manchas grises de su patio habían sido respetadas por las yerbas? ¿Acaso aquella noche, —mientras el bañado gemía y la lluvia golpeaba la techumbre

pajiza y el huracán galopaba por llanos y lomas como bagual salvaje,— la había pasado en vela en discusión consigo mismo? ¿Había, por primera vez en su vida, pensado que él también formaba parte del género humano, y debía, él también, aportar algo a la sociedad y ser, en alguna manera, útil a sus semejantes? Recordando su entrevista con Lucio, ¿la brutalidad de su proceder le había avergonzado, sacudiendo su corazón, y en la misteriosa soledad de aquella noche de borrasca habíansele presentado al fin los temibles fantasmas del remordimiento?... ¿Había llegado a ser hombre por la expiación, o por el reconocimiento de su infamia?...

No; nada de eso. No había hecho ningún análisis, ni había sufrido ninguna impresión. El relato del joven no le conmovió en manera alguna, y esa noche durmió como todas las noches, con su largo y pesado sueño que jamás habían turbado las pesadillas. Sus ideas no tenían ni incubación ni proyecciones; la necesidad del momento le indicaba lo que debía hacer, y una vez obrado en virtud de esa necesidad, nada de sacar consecuencias, nada de prever resultados. Sus razonamientos eran simples como sus necesidades. Si se le ocurrió o no se le ocurrió atender el pedido de la muerta; si su resolución nació en el instante mismo en que se lo dijera Lucio, ¿por qué había debido decirlo, haciendo un gasto inútil de palabras? Iría, o no iría, sin necesidad de comunicarlo a nadie. No había sentido ningún aguijón, ninguna voz interna que, hiriéndole la entraña, le hubiera dicho: ¡ve! Si su alma fue en alguna época, sensible, la sensibilidad debía de haber desaparecido con la oxidación producida por larguísimos años de aislamiento. La afección, planta sensible, se había debili-

tado y había muerto, falta de savia, en una tierra pobre y privada de riego Dura niñez, pasada entre extraños; fría juventud, vivida sin placeres, y árida vejez, soportada sin sostén, ¿cuándo había tenido él un amigo? ¿qué acción humana le había hecho ver en su semejante un impulso de generosa simpatía? Y así, en su ignorancia de los hombres y de las cosas, en el descenso gradual y continuado, llegó sin que él mismo lo notara, al aniquilamiento absoluto de su sensibilidad afectiva. Siempre solo, siempre abandonado, era natural que se acostumbrara a mirar el aislamiento como ley de la vida. Convencido de que cuando alguno le halagaba y le trataba con buenas maneras era porque deseaba algo de él, juzgó que la amistad no existía, o que no debía existir, pues sus conocidos, —no amigos,— invocaban la amistad para pagar menos sus servicios. Era, —sin saberlo,— un gran revolucionario. No comprendía ni aceptaba los jefes; y por eso no sirvió nunca en las guerras civiles, a las cuales hubiera ido como víctima a sufrir y exponer su vida, seguro de no ganar nada. Si él hubiera sido capaz de análisis anímicos, se habría visto bien embarazado para explicar cuál era el motivo que lo guiaba al decidirse a recoger a su sobrina. No debía ser el cariño, que no había sentido por nadie; no podía ser la compasión, que no había experimentado ni aun por su overo, al que solía tener todo un día enfrenado, sin comer ni beber. ¿Curiosidad? ¿capricho? ¿instinto animal renaciendo como esas semillas que germinan después de trescientos años de encierro?... Lo cierto es que aquella determinación, —por más reñida que estuviese con su carácter y sus antecedentes,— había brotado en él espontánea y rápidamente, sin previas meditaciones, y la

había puesto en práctica sin ninguna especie de cálculos para lo por venir.

Al trote, al trote, arrastrando su miseria a lo largo del camino, comiendo frugalmente en las pulperías, durmiendo a campo raso, — tan a satisfacción como en su catre,— saciando con caña la única voluptuosidad de su cuerpo, había llegado un lunes a la Estancia del Ceibo, —en Tacuarí,— al cabo de tres días de viaje.

Pero Lucio se había adelantado dos días. Había sentido la necesidad de alejarse aprisa de aquella cueva infecta, y tuvo ansias de llegar, de ver a la niña, de buscar un hogar donde depositarla, temeroso de que la fiera del pajonal llegara a disputársela.

Un vecino, un pobre puestero, había recogido provisionalmente a Juana, que no podía quedar sola en el rancho paterno, incapaz de atender a las necesidades de la vida, y más incapaz aún de permanecer solitaria en aquella morada, que el recuerdo de dos muertes consecutivas presentaba como un lugar siniestro. Lucio sabía que no era posible llevarla a la Estancia, porque su dueño, —un gaucho viejo y malo,— tenía odio inveterado a las mujeres. Contábase que una brasileña le había "echado mal", y que librado milagrosamente del "daño", habíase acostumbrado a mirar a las hembras como a bestias dañinas y asquerosas, que era necesario tratar a lazo como a las mulas para que marcharan bien.

¿Qué hacer entonces? ¿adónde llevarla? ¿a quién confiársela? Quiza por primera vez maldijo el generoso niño las desgraciadas circunstancias de su vida, y sufrió por primera vez con honda pena

moral, su carencia de familia. Él, que había sido criado por los peones de la Estancia con un mate por biberón y un trapo por pezón, exactamente como después viera criar y criara él mismo, corderos y potrillos "guachos", él, que no había conocido el calor del regazo maternal; él, que no había sentido sobre su frente la caricia de un beso ni había escuchado el arrullo de frases afectuosas, pensó, sólo entonces, en el horror de la orfandad, y una sublime abnegación hizo afluir las lágrimas a sus ojos.

Pero, ¿qué hacer? Él conocía a Pedro Sánchez, a Segundo Larrosa y a Hermenegildo González, tres puesteros de la Estancia del Ceibo. El primero no tenía familia; el segundo era un perdulario, ebrio, jugador, pendenciero, y casado con una perdida que había corrompido a sus propias hijas, convirtiendo su casa en lupanar. Quedaba Gonzalez, un paisano bueno, pero horriblemente pobre y cargado con el peso de diez hijos, de los cuales el mayor apenas contaba once años. Él era quien había recogido a la huérfana, pero no podía, indudablemente, hacerse cargo de ella. ¿Qué hacer, pues? Don Zoilo no la quería, y aun cuando la hubiera querido, Lucio estaba resuelto a no entregársela. ¿Buscar más lejos? ¿salir de la Estancia, ir a otros campos, ver a otros hacendados, decirles su situación y pedirles que realizaran aquella obra de misericordia? Habría de encontrar algún corazón sensible, alguna alma buena que se condoliese de la desgraciada niña. Pero aquello, que hubiera sido lo más práctico, se le presentaba al mozo como empresa insuperable. Él, —tan tímido y huraño,— que había pasado hambre antes que aceptar un convite en casa extraña; que no había estado más de diez minutos, —y eso por alguna comisión,—

en casa de los vecinos, ¿cómo iría a hacerles semejante pedido? ¿Y en nombre de quién? ¿y con qué derecho?... Aquel primer conflicto produjo un caos en su cerebro, que jamás se había ejercitado en la gimnasia de las ideas. Ni la edad ni la educación habían desarrollado suficientemente su inteligencia para que pudiera soportar esas terribles luchas del espíritu. Apenas esbozaba una solución, que ya los inconvenientes se le presentaban, obligándolo a abandonarla. En ciertos momentos creía haber encontrado una idea, y aferrándose a ella con desesperada tenacidad, la daba vueltas, la traía y la llevaba, teniendo que arrojarla, al fin, estrujada y marchita, sin haber arribado a nada práctico. "¡Será posible, será posible!", se decía con acento quejumbroso de niño contrariado; y en vano dilataba el espíritu, como dilata la pupila el que busca ansioso un objeto sumergido en las sombras. En tan infructuoso combate interno pasó dos días y dos noches, mortificándose solo sin haber confiado a nadie su doloroso secreto, con ese orgullo y esa resignación de los huérfanos a quienes la experiencia de la vida ha enseñado a reconcentrarse en sí mismos, privándoles del consuelo de la pena compartida.

Cuando en la madrugada del tercer día se halló frente a frente con el viejo don Zoilo, su asombro no tuvo límites y necesitó enderezarse sobre el catre y restregarse los ojos para convencerse de que no estaba soñando. El adusto trenzador le observó con la fiereza de siempre; era su faz la misma faz dura y repulsiva; nada había cambiado en aquel hombre extraño, ni aun la indumentaria.

2

—...bnos días, —había dicho; y sin darle tiempo al joven para volver de su asombro, había agregado:

—¿Ónde stá?

—¿Quién? —interrogó Lucio.

—Muchacha.

—¿Juana? —volvió a preguntar el joven, incrédulo.

—Muchacha, —repitió don Zoilo, encogiéndose de hombros; pues él no había inquirido ni siquiera el nombre de su sobrina. ¡Qué le importaba a él su nombre!

Lucio, que no volvía de su sorpresa, guardó silencio y comenzó a vestirse apresuradamente. En la cama, y desnudo, le parecía estar a merced del terrible enemigo, sin ningún medio de defensa.

—Siéntese, —dijo; pero el viejo rehusó con un lacónico:

—...stá bien.

Después, al rato, los dos hombres se miraron cara a cara y en silencio: el uno con mirada de curioso y desconfiado interrogatorio, el otro con la fría e impenetrable mirada habitual.

El pobre mozo sufrió en aquellos instantes un indecible tormento. Su alma, sometida a las torturas de la indecisión, sentía la necesidad de una determinación radical, y se hallaba, al mismo tiempo, paralizada, ciega, perdida en el caos. Todos los esfuerzos para concentrar su pensamiento, resultaban infructuosos. Por un fenómeno que no lograba explicarse y que le arrancaba estremecimientos de rabia, su imaginación le alejaba constantemente de la hora actual y se complacía en reconstruir escenas pasadas, hechos

lejanos, que, en lugar de ayudarlo en su empeño primordial, le alejaban de él. ¿Por qué recordaba ahora su niñez, y por qué su recuerdo llegaba envuelto en las sombras de una melancolía desconocida hasta entonces? ¿Era acaso que los sufrimientos de su niñez de abandonado, —sufrimientos que su sensibilidad rudimentaria no pudo percibir,— habían quedado en él en forma de tristeza latente, pronta a manifestarse al primer choque violento? Hasta entonces había sido un niño, y obrando como tal, sus acciones sólo fueron movimientos instintivos para lograr un placer inmediato o rehuir un dolor inminente. Conseguido el objeto, la impresión desaparecía sin dejar huella. Pero ahora, de pronto, en un segundo, su espíritu se abría, el horizonte se dilataba; y quedóse atónito ante esa expansión, confuso y desorientado en la inmensidad de aquel horizonte. Si su imaginación retrocedía e investigaba, era buscando en hechos anteriores alguna arma para el presente, algunas circunstancias que, ofreciendo semejanzas de origen o de forma, le sirvieran de punto de apoyo en sus raciocinios. Pero, ¿qué podía encontrar en su breve y vacía existencia de adolescente?... Simples diseños, meros esbozos, de una inutilidad que contribuía a sumergirlo en un desesperado desaliento.

Por las grietas de las paredes de palo a pique, entraba la luz iluminando el cuartito que tenía por todo mobiliario un catre de lona, —sin más ropa que unas sábanas burdas y un poncho de paño con bayeta roja,— un baúl forrado de cuero y un tosco banco de sauce. Afuera, la peonada, puesta en movimiento, iba y venía, arrastrando frenos, haciendo golpear estribos y hablando recio. El tiempo había transcurrido insensiblemente para Lucio, pero no así

para don Zoilo, quien, ya impaciente, tornó a preguntar con voz áspera:

—¿Onde stá muchacha?...

Aquella voz arrancó de sus meditaciones al joven, quien respondió precipitadamente:

—¡Es verdad! ¡Vamos!

Y salió primero, dirigiéndose al galpón para tomar su freno. Fue en seguida al corral, —donde ya estaba encerrada la tropilla,— enfrenó un caballo y volvió para ensillar a toda prisa, con una especie de precipitación febril inexplicable.

Poco después, aquellos dos hombres tan distintos marchaban juntos y en silencio, con rumbo al rancho de Hermenegildo González.

¿Qué había pasado en el alma del gauchito? ¿Habíase sometido, —en el convencimiento de su impotencia para hallar otra solución,— a la voluntad del trenzador, e iba a entregarle humildemente la niña huérfana que antes se había propuesto disputarle a toda costa? ¿Él no se lo confesaba, no quería confesárselo; pero en realidad, y a su despecho, sentía un intenso placer en que el viejo hubiese ido. Su presencia, sin amenguar la pena que le embargaba, quitóle del alma un peso enorme. No tuvo, como otras veces, la visión del rancho miserable y del estero insalubre, donde Juana debía pasar la vida en compañía de aquel ser repulsivo y malo; no se le presentaron, como en días anteriores, las tristezas y peligros que debían atormentar la existencia de aquella criatura tan amada; su imaginación volvía incesantemente hacia atrás, empeñándose en reconstruir los detalles de lejanas y pueriles escenas Enteramente

abatida su voluntad, dejaba ir las cosas, adormecido por la vaga esperanza de que la providencia, —lo misterioso, lo extrahumano,— se encargaría de arreglarlo todo en el sentido de lo bueno y de lo justo, puesto que lo bueno y lo justo debía siempre y necesariamente vencer e imponerse. Después de todo, ¿qué le quedaba por hacer? ¿qué podía intentar? ¡Oh! ¡cómo le parecía triste aquella hermosa mañana de otoño! ¡Cómo le irritaba aquel cielo de color de acero, tan puro y tan sereno! La limpidez de la atmósfera permitía ver la poderosa selva del río Tacuarí destacándose a la derecha, y al frente, una interminable sucesión de colinas suaves y verdes, salpicadas de edificios blancos, y allá lejos, —a muchas leguas,— la sierra, las lomas inmensas, los picos esbeltos, todo azulado, alegre, riente con la exuberancia de luz. Los chorlos se abatían sobre las lomas en bandadas enormes, o se alzaban formando en su vuelo caprichosas y cambiantes figuras; los teruteros revoloteaban sin cesar, lanzando en coro sus gritos agudos; los potros retozaban emprendiendo carreras locas con el cuello enarcado, las orejas aplanadas, las crines flotantes y una marcada expresión de contento en sus grandes ojos vivos y lucientes. Y aquel regocijo general azotaba el alma del joven como una brisa burlona. Su corazón experimentaba una dolorosa mordedura ante aquella falta de concierto entre su estado y el medio ambiente. El rencor le iba dominando, —ese rencor indeterminado que subsigue a todas las impotencias,— y ora castigaba sin motivo a su caballo, ora le sofrenaba con crueldad; tan pronto sentía deseos de arrojar el rebenque al terutero que cruzaba a su lado o por sobre su cabeza, rápido y juguetón, como maldecía al zorro que gri-

taba entre unas pajas, o la perdiz que se alzaba silbando y emprendía veloz vuelo al ras de la tierra.

Así llegaron al rancho de don Hermenegildo González, sin haber cambiado una palabra en todo el camino.

Delante de la casa, —unos miserables y ruinosos edificios de adobe,— estaba la dueña con sus chicuelos, —diez criaturas harapientas, sucias, descalzas, de cabelleras greñosas,— observando con curiosidad a los recién venidos. Más lejos, recostada contra el muro, con las manos en la espalda, veíase una niña rubia, vestida de negro, cuya pulcritud contrastaba con el desaseo de la caterva. Doña Ramona, —una mujer alta, huesuda, consumida,— espantó los perros, y pronunció el clásico "bajensé". Lucio desmontó, pero el viejo don Zoilo permaneció a caballo, gruñendo que tenía prisa, y mirando con ojos de fiera a los chicos que le observaban con extrañeza.

—¿Ej el tío? —preguntó a Lucio la dueña de casa; y a una señal afirmativa de éste, agregó con tono agrio y despreciativo:

—¡Pue! ¿Y ba'star ai mientras se arregla la muchacha?

El mozo, sin responder, miró a la niña, que no se había movido ni había desplegado los labios. Su rostro blanco y pálido tenía una inmovilidad dolorosa, y sus ojos azules, grandes y bellos, revelaban una inmensa tristeza, un gran dolor secreto y resignado. Había notable contraste entre su cuerpo pequeño y endeble, —que no representaba más de diez u once años,— y su aspecto de mujer hecha, perfectamente dueña de sí, su actitud meditabunda y su pacífica resignación.

Lucio se acercó con los ojos húmedos, y ella le tendió la mano y lo miró con cariño. Después, dirigiéndose a Doña Ramona.

—Yo estoy pronta, —dijo, y fuese adentro en busca de un pequeño atado que contenía su ropa. En seguida volvió y se despidió de la dueña de casa y de los chicuelos que la abrazaban llorando, y fue, por último, a tender la mano a Lucio, con una serenidad que asombró a todos. Pero de pronto, invadida por un repentino sentimentalismo o dominada por el dolor, ocultó su rostro en el pecho del joven, y se puso a sollozar. Sin embargo su debilidad no duró sino cortos segundos. Sin soltar la mano a Lucio, le dijo sonriendo:

—¿Me vas a ir a visitar?

Él, más abatido y más confuso, la besó en la frente por toda respuesta y permaneció mirándola con los ojos llenos de lágrimas, estremeciéndose cuando el trenzador exclamó con su dureza acostumbrada:

—¡Vamo!

En un minuto Juana estuvo a caballo, —en ancas,— y el viejo, con un movimiento de cabeza por toda despedida, castigó el tordillo y partió al trote.

Los chicos quedaron atónitos. Doña Ramona, con los flacos brazos cruzados sobre el pecho liso como de hombre, vio alejarse al extraño tío, y luego, con su voz gruesa y agria, exclamó despreciativamente:

—¡Qué bagual!...

Lucio siguió mirando con obstinación hasta que los viajeros hubieron desaparecido en un bajío. Entonces se despidió torpemente, montó a caballo y partió a galope. Recordó que una noche, en la coci-

na, el patrón había contado la historia de Toribio Ledesma, un hombre bueno que pasaba dos o tres años trabajando, muy sumiso y muy humilde, y que de repente sentía necesidad de matar y mataba al primero que encontraba. Y él, en vez de dirigirse a la Estancia, tomó campo afuera, hacia la soledad, hacia el desierto, seguro de cometer un crimen si hallaba alguna persona en su camino.

III

Desde el comienzo de la dominación de Rosas en Buenos Aires, habían emigrado a Montevideo numerosos jóvenes pertenecientes a la más distinguida sociedad porteña. Vino la famosa Guerra Grande, y casi todos ellos se alistaron en las filas de los defensores de la plaza: unos soñando con una nueva reconquista que, —como en 1806,— habría de salir de la capital oriental; otros, por simple espíritu de aventura, excitados con el recuerdo todavía cercano de las proezas del año 10. Entre estos emigrados hallábase Luis Valle, mozo de inteligencia superficial, romántico y caballeresco, como lo era la juventud del Río de la Plata en aquella época memorable.

En uno de los diarios combates que se libraban en la línea, Valle fue herido y hecho prisionero. Debió ser fusilado, en virtud de la disposición del gobierno del Cerrito, que condenaba a muerte a todo extranjero que fuese tomado con las armas en la mano. Conducido a presencia del general Oribe, aquella alma áspera, educada en el rigorismo militar

y nada abierta a la clemencia, simpatizó con el joven herido de rostro pálido, de ojos azules y de larga y ensortijada cabellera rubia.

Rápidamente curado de su herida, Valle tuvo que cargar el fusil y hacer fuego contra sus amigos y compañeros de la víspera; suplicio que sufría resignado, esperando el momento oportuno para desertar y volver a ocupar su puesto. Pero este momento anhelado se alejaba constantemente y llegó a perder toda esperanza el día en que supo que su cuerpo iba a salir en comisión para el interior del país.

En campaña la vigilancia era menor y la deserción fácil. Pero ¿adónde iría él, "maturrango", absolutamente desconocedor del terreno? ¿Y cómo, sobre todo, volvería a la plaza, desde que el país entero estaba en poder de los sitiadores?... Estas reflexiones, lo detuvieron durante un tiempo; pero después el odio partidario pudo más, y no obstante la seguridad de jugar su vida y de no poder reunirse con sus compañeros, se decidió a huir. Abandonó el campamento en una obscura noche de invierno, y marchó sin rumbo por el inmenso campo abierto. Debió sufrir las fatigas incalculables y debió exponerse a los innumerables peligros que ofrecía la campaña semi bárbara de entonces Dormir de día, en las selvas, bajo la amenaza de una partida enemiga, de un grupo de "matreros", de una pareja de jaguaretés de una cuadrilla de perros cimarrones; andar en la noche leguas y leguas, atravesando peligrosísimos lodazales y arroyos desbordados; soportar el frío y la lluvia a la intemperie, sin ropa con que substituir la ropa mojada, sin calzado con que reponer las botas empapadas, comer de prisa un churrasco

medio crudo... o pasar todo un día sin comer y a veces dos... Su cuerpo pequeño, endeble y nervioso, no podía resistir. Las fatigas gastaron pronto sus energías físicas y deprimieron de tal manera su resistencia moral, que al cabo de una semana de penoso "matrereo", olvidó toda prudencia y se durmió descuidadamente en la orilla de un bosque del río Negro, esperando que un lancero oribista o un tigre hambriento pusieran fin a las torturas de su miserable existencia.

Pero, cuando despertó, —a las muchas horas,— de su profundo sueño de prófugo transido, no fue ni una fiera ni un adversario lo que vieron sus ojos asombrados. Aparecieron delante de él, inmóviles y también demostrando asombro, dos mujeres, dos rudas mujeres campesinas, trigueñas y varoniles, que le observaban con curiosidad. Si no hubiese sido por el fino bigote dorado y la escasa patilla que sombreaba el blanco mate de aquel rostro de líneas delicadas, hubieran creído ellas encontrarse con una montevideana disfrazada de hombre. Valle miró aquellas "chinas" de cuerpos robustos y viriles fisonomías, que le produjeron espanto. "Mujeres de matreros", pensó. La gavilla no debía de estar lejos y la hora fatal se aproximaba. Quiso ponerse en pie; pero su extenuación era tanta, que aquel ligero esfuerzo le produjo un desvanecimiento. Las buenas mujeres le rociaron la cara con agua fresca, y cuando volvió en sí, comenzaron a interrogarle Él sólo pudo decir que andaba huyendo, que era desertor y que se moría de hambre y de fatiga; no recordaba cuánto tiempo había transcurrido desde su última comida. Y aquellos dos seres extraños, de rostros cobrizos, de líneas fuertes, de grandes ojos obscuros, de largas trenzas

negras, se miraron un instante y se comprendieron sin hablar palabra.

—¿No puede pararse?— preguntó una de ellas; y como el mozo hiciera un signo negativo con la cabeza, se inclinaron, lo cogieron por debajo de los brazos y lo llevaron, —con la facilidad con que hubieran conducido un niño,— hasta un ranchejo cercano, situado en la vera del monte y medio oculto entre unas talas. Lo acostaron en la sola cama que había, y prepararon rápidamente un caldo que el fugitivo bebió con avidez.

Durante muchos días estuvo el desgraciado entre la vida y la muerte, consumiéndose en una fiebre terrible, de la cual escapó gracias a los cuidados de las dos mujeres. Mientras una cocinaba o iba al campo en busca de yerbas medicinales, la otra velaba a la cabecera del lecho; y de día y de noche, a todas horas, le atendían con solicitud maternal. Cuando la enfermedad declinó, Luis trató de averiguar cómo se hallaba allí, y en qué condiciones. Sus salvadoras contestaban riendo, y poco a poco llegaron a conocer la historia del voluntario, y éste la de las dos mujeres. Eran hermanas: la mayor, Martina, podría tener treinta años, y ostentaba aún la rústica belleza nativa, a pesar de la vida penosa que marchita pronto sus encantos. Hacía doce años que vivía con Nicasio Mieres, del cual había tenido un solo hijo, que a la sazón contaba diez y andaba en el ejército con su padre. Su hermana, —Rosa,— era algo más baja, mucho más joven, y en la frescura del rostro, en la limpidez de la mirada, en la travesura de la boca siempre riente, se descubría la virgen, la virgen robusta de amplias espaldas, seno exuberante y anchas y firmes caderas. Rosa se había

acostumbrado a tratar al enfermo como a un niño; y más de una vez, —mientras éste dormía el sueño apacible de las convalecencias,— se extasió pasando sus dedos morenos y gordos entre las guedejas doradas de Luis, llegando, a menudo, a posar en ellos sus labios gruesos y rojos para depositar un beso furtivo y ligero, como de madre en la frente del hijo dormido. La intimidad y el agradecimiento no tardaron en hacer brotar otro afecto en aquellas dos juventudes ardientes y apasionadas. El amor los arrojó, un día, en brazos uno de otro, y se amaron con el amor libre y frenético que crece en el campo con la frondosidad lujuriante de los árboles de la selva...

Este extraño idilio, gozado en un rancho miserable, oculto entre el bosque del río Negro, duró poco más de un mes. Luis Valle había olvidado todo: su origen, su pasado y sus ideales. Después de las junciones anonadantes, de abrazos que producían moretones, de besos que dejaban huellas, de goces enervantes, el joven romántico quedábase adormecido, apagada la voluntad y el pensamiento errático, como en dulce ensueño, como en deliciosa embriaguez. Los principios políticos, la gran causa que se asfixiaba dentro de los muros de Montevideo, sus compañeros de religión política, sus anhelos de gloria marcial, las alucinaciones de su patriotismo, sus propósitos y sus compromisos, todo se había borrado en su mente, y apenas si de tarde en tarde renacían algunos recuerdos indecisos y vagos como elementos dispersos de una pesadilla lejana Periodistas y tribunos, héroes y apóstoles, grandes amores y odios profundos, todo el bagaje del ayer, se debilitó, se perdió, se fue. Si

en ocasiones alguna idea intentaba fijarse en su mente y volverlo al pasado, un beso de Rosa, un canto de sabiá, una bocanada de aire agrestemente aromático, tornábanlo de nuevo a la languidez de aquella existencia dominada por el sensualismo. Los trabajos sufridos, las angustias inmensas, los peligros sin cuento, las torturas sin nombre, se le presentaban como barrera infranqueable, como ancho y correntoso río de imposible vado. El encanto proseguía.

Una tarde, Martina regresó del monte pensativa y alarmada: había encontrado las señales de un fogón y los restos de un asado. Desde largo tiempo atrás, no andaba gente en el pago; algo ocurría, algo grave podría ocurrir. Se tomaron precauciones y la noche se pasó en vela escuchando todos los ruidos con angustiosa expectativa. ¿Quiénes serían? ¿quiénes podrían ser? Las dos mujeres, bravas y familiarizadas con el peligro, nunca habían sentido miedo, jamás habían pensado que podían despertar los apetitos de algún desalmado. Y aun cuando así fuese, ¿no pertenecían ellas a aquella raza indomable en que las hembras acompañaban a los hombres en la guerra y se batían a su lado y con igual ardor? Las Sinforas, las Catas y las Jacintas abundaban en aquella tierra de los Ismaeles y Cuarós. Sus inquietudes eran por Luis Valle, pues su situación sería comprometidísima, cualesquiera que fueran las gentes que anduviesen en el monte ¿Cómo hacer? ¿Qué intentar? Lo primero era cerciorarse de con quién, o con quiénes, tenían que habérselas. Siguiendo ese plan, salieron a la mañana siguiente, —muy de mañana,— recomendando al joven que no se moviera del rancho. Ellas cono-

cían todos los secretos de la selva, y por más baqueanos que fuesen los matreros, pronto sabrían descubrirlos. Se internaron entre las lianas, se deslizaron por las espesuras, vadearon cañadones, recorrieron potreros, y si bien en varios sitios encontraron indicios, no lograron dar con los forasteros. Muy avanzada la tarde, fatigadas, —pero contentas con la seguridad de que aquéllos se habían marchado,— regresaron al rancho, donde las esperaba una dolorosa sorpresa: Valle no estaba. Lo buscaron toda la noche, lo esperaron al día siguiente y en los días sucesivos... Todo fue inútil. Jamás volvieron a tener noticias suyas.

Fruto de aquellos amores fue un niño, a quien la madre puso el nombre de Luis en recuerdo del amante desaparecido, de aquel jovencito rubio a quien ella había amado con todo el apasionamiento de su sangre tropical. El niño creció rollizo, sano, fuerte, llamando la atención por los contrastes de su rostro: tenía la piel morena de la madre y los ojos de purísimo azul y los cabellos dorados del padre. Las dos mujeres habían seguido viviendo juntas y el cariño de ambas se había concentrado en aquel pequeño ser que constituía toda su familia; pues, ni de Mieres, ni de su hijo, habían vuelto a tener noticias. Probablemente, los dos dormían allá lejos, el sueño de la muerte, tronchadas sus existencias por el furor de la guerra, sacrificados como otros muchos elementos inconscientes del movimiento evolutivo fatal.

Luis tenía poco más de tres años cuando la madre murió de un pasmo. Martina, que a su vez quedaba sola y abandonada, vació todas las afecciones de su alma en el pequeño ser sin padres. Vivió, enflaqueció y murió al lado del hijo adoptivo. Éste,

ya hombre, se había hecho notar por su carácter dulce y apocado. La inteligencia parecía dormida, y si a veces solía tener destellos, éstos eran raros y fugitivos. En lo espeso de su intelecto, en lo torpe de sus maneras, chocaba encontrar de pronto una inesperada clarovidencia, una rara distinción: era como un espíritu superior aletargado que en ocasiones intentaba brillar, sin poder salir de la caparazón que lo oprimía. Creció como todos los hijos de gauchos pobres, más pobre que la generalidad de sus compañeros, porque una indolencia innata y una despreocupación inmensa, le privaban de ventajas por otros fácilmente obtenidas. Conoció a Casilda, —la hermana del trenzador,— y como esta mujer ya entrada en años y nada favorecida por la hermosura, fue benévola con él, la amó, la cortejó y la hizo su esposa. Compañera de trabajos y de miserias, ella vivió con él la vida sin aspiraciones, la hermosa vida animal, apacible, uniforme, frugal en sus apetitos, simple en sus anhelos.

De esa unión nació Juana.

Si extraño y romancesco era el origen de Juana, el de su pequeño amigo no le iba en zaga.

Vivió en los campos de Soria una pobre mujer que había heredado de su madre, —muerta cuando ella contaba dieciséis años,— su rancho, su depravación y su clientela. Su cuerpo y sus caricias habían pertenecido a todos los mocetones del pago y a no pocos forasteros. A unos y otros habíase entregado sin luchas ni repugnancias, en una absoluta indiferencia del placer que daba y que creía deber dar, como obedeciendo a un sino, sin que la prosti-

tución hubiera alcanzado a su alma, que se conservaba sencilla y pura. En la crasa ignorancia de su ignominia, habría quedado no poco admirada, si alguien le hubiera hecho sentir el desprecio que merecía su conducta Porque ella trabajaba, ruda y honradamente, en lavar, planchar, amasar y sembrar, viviendo con lo que esto le producía, y no con el comercio de su cuerpo. Se daba a todos, a nadie se vendía. A los veinte años dio a luz un hijo, que le arrancó la vida. ¿De quién era aquel hijo? Del indio Diego, porque era de tez obscura; del canario Ramón, porque sus ojos castaños se le asemejaban; de Casimiro Rosa, porque tenía como él la nariz ligeramente aguileña... Tal vez de ninguno, de algún forastero quizá; quizá de un montevideano que había pasado dos meses en la Estancia, un año hacía. Ello es que los peones de común acuerdo, lo recogieron y lo entregaron a la "peona" que lo crió "guacho", como había criado corderos y potrillos de ovejas muertas o de "yeguas caballas". Así creció, sin familia, abandonado, huérfano de todo afecto, extraño a toda caricia. Le habían puesto por nombre Lucio. ¡Quién sabe por qué! El patrón había sido su padrino; por compasión, por caridad, puede que por costumbre campera. A los tres años andaba a caballo; a los cuatro "repuntaba" la majada; a los diez "tironeaba" yeguas y potrillos; a los quince domaba potros y corría en un "rodeo" a la par del más diestro "apartador". Prolijo en el vestir, presumido, silencioso, poco afecto a diversiones, parecía llevar en el alma una melancolía heredada y una infinita tristeza innata. Desde muy pequeño lo enviaban frecuentemente a la "pulpería", y para ir a ella tenía que pasar por los ranchos de Juana, donde casi siem-

pre llegaba, impulsado por secreta simpatía. Otras veces, en las siestas, los niños se encontraban correteando por las cuchillas o escurriéndose entre las breñas del bosque, juntando flores, abatiendo chingolos a golpe de piedra o buscando nidos de pájaros o asaltando arazaes y pitangueros. Descalzos los dos, los dos haraposos, corrían, saltaban y gritaban, y muchas veces se detenían jadeantes, se miraban, y abrazados, rodaban sobre la grama, besándose y mordiéndose como cachorros juguetones. En ocasiones permanecían largo rato tendidos, mezclando las obscuras guedejas del uno con los blondos rizos de la otra, junto el rostro tostado y varonil del niño con el rostro menudo, blanco y pecoso de la niña. Y así estaban largos minutos, boca arriba, con los ojos cerrados, bebiendo el sol candente del mediodía, embriagados con el aroma del trébol, de las margaritas y manzanillas. Juana había inventado aquel juego, "jugar a los muertos", como ella decía, dando una expresión de profunda melancolía a su linda carita. Primero juntaban margaritas blancas, con las cuales adornaba todo su cuerpo: la cabeza, el pecho, las orejas y los labios... después *morían*. Al principio a Lucio le pareció aquel juego extraño y feo; más tarde, poco a poco, la tristeza de Juana le fue invadiendo y llegó a encontrar un placer verdadero en languidecer, anonadarse, *morir*. Cuando el éxtasis pasaba, se ponían en pie de un brinco, se abrazaban, se besaban con los ojos llenos de lágrimas, e imposibilitados para seguir jugando, se apartaban y se separaban en silencio, sin una palabra ni una mirada más...

Como en la campaña la infancia dura poco, Lucio, —que no conoció los rigores de la escuela,— tuvo que probar bien pronto las fatigas del trabajo Las faenas del campo lo reclamaron bien pronto, y la alegre familiaridad de los jóvenes fue restringiéndose hasta llegar a su fin en corto plazo. Todavía se volvieron a encontrar, de tiempo en tiempo, corriendo en las lomas, persiguiendo pichones o arrancando flores y yerbas aromáticas. Aún solían pasar un rato de las siestas en los bosquecillos del arroyo, en la soledad fresca y poética de los cenadores silvestres. Pero extraños recelos, instintivas timideces de la pubertad naciente, les hacían rehuirse al mismo tiempo que se buscaban.

Transcurrió más de un mes desde la partida de Juana; y Lucio, entregado con afán a las tareas pastoriles, no lograba olvidarla un solo momento. A todas horas, a cada instante, presentábasele la imagen de aquel pequeño rostro melancólico y aquella adorable cabecita rubia salpicada de margaritas blancas. *Margarita blanca*, le había puesto él, —y así le llamaba siempre,— riendo de su gran afición por las flores puras y aromáticas de esas gramíneas. La recordaba a todas horas, en todo momento, y aunque no dejaba traslucir su pena por temor a la burla hiriente de los camaradas, su organismo llegó a sentir el efecto morboso de toda afección moral. Su espíritu sencillo, ignorante y torpe, despertaba intranquilo en la florescencia de la virilidad, en el cosquilleo de las ansias sensuales, las alucinaciones engendradas en el afán y la impotencia de descubrir el secreto de placeres presentidos, que le atormenta-

ban a manera de fantasmas vaporosos, intangibles y provocativos. No pudiendo fijarlos, darles forma ni nombre, pedía auxilio al misterio que se le presentaba envuelto entre las cinco letras de un nombre: Juana. Durante las siestas, echado boca abajo sobre los cojinillos, a la sombra de la enramada, buscaba el sueño para aliviar sus músculos quebrantados en la penosa tarea de la mañana, y el sueño huía después de haberle hecho cerrar los ojos para soñar a gusto. Partieran de donde partieran, sus ideas iban siempre hacia la joven ausente. Era como si algo de su ser, como si algún órgano de necesidad vital se hubiera ido en ancas del tordillo del trenzador. Y no es que él se creyera enamorado, no; ese retorno al recuerdo de la niña, lo hacía su imaginación inconscientemente después de errar sin rumbo en busca de indeterminados placeres. Llegaba a ella como a un oasis donde estaba seguro de encontrar alivio a los vuelos dolorosos de su fantasía. Las pesadumbres que lo embargaban tenían tanto de infantil, que él mismo lo reconocía, y jamás habría doblado su orgullo confiando su secreto a los compañeros, aquellos hombres rudos, ásperos como lengua de vaca y amargos como raíz de guaycurú. De los seis u ocho peones que habitualmente trabajaban en la Estancia, Lucio solamente profesaba amistad a Jesús Martínez, mocetón fornido, bruto como bagual de sierra, arisco como "ñandú sogueado", y, en el fondo, liso como badana y bueno como remedio. Jesús, no obstante ser espantadizo y huraño, escaso de palabras y duro de gestos, sentía una afección intensa por Lucio. Compañeros inseparables, se mostraban la amistad más con la mutua ayuda o protección en faenas o peligros, que en las escasas pláticas tenidas durante

las meriendas o en las veladas del fogón, después de la cena. Jamás se confió Lucio a su amigo; pero su amigo, —de mucha mayor edad que él, y, además, observador como todo carácter reconcentrado,— lo había estudiado en silencio, sin inquirir datos, y sólo una vez, meneando la cabeza con disgusto, había dicho entre dientes:

—Hermano Lucio anda como vaca que ha perdido la cría.

Y después, con una mueca como de pena y de mofa a la vez, había diagnosticado brevemente:

—Encelao!...

Pero clavóse allí, mirando el caso como a caballo ajeno que nunca debía ensillar. No se le ocurrió ni indagar, ni preguntar, ni aconsejar nada, seguro, —en su calidad de hombre fuerte y sano,— de que los males de amor, —¡todos!— son enfermedades vergonzosas que el amigo debe ocultar y el amigo no debe ver, y que se curan pronto con voluntad y energía: la experiencia personal servía de base a su filosofía pesimista. Materia de placer, la hembra, al fin y al cabo!... Siguió siendo el mismo compañero siempre dispuesto a "darle una manito" en cualquier trabajo pesado, siempre pronto a prestarle su concurso en cualquier trance difícil.

Así fueron transcurriendo días y semanas. Hoy abismado en incomprensible pesadumbre, y mañana sacudido por insólitas alegrías, fue trocándose Lucio, de reservado en taciturno, de serio en hosco. Centuplicaba el esfuerzo del músculo, abarcaba la tarea de varios peones, se crecía con el peligro y buscaba novillos cerriles que correr y potros bravíos que domar. Quedábase hasta muy tarde en el campo, y cuando ya obscurecía, gozábase en hundirle la espuela a su

"pangaré", —un "redomón" sin colmillos,— y emprender carrera loca. Bufaba la noble bestia al rigor del látigo, y con las crines flotantes y enarcada la cola, se hundía en los "bañados", saltaba en las zanjas y volaba en las lomas, azuzado por los "¡hop! ¡hop!... ¡volá pangaré! ¡volá pangaré! ¡hop! ¡hop!" del jinete. Casi todas las noches, —y mientras los camaradas platicaban en la cocina, "verdeando", después de la cena,— él se iba al fondo del gran "galpón" sombrío, se sentaba sobre una pila de cueros vacunos, y arrancaba a la vieja guitarra mal encordada, suaves, apagadas y tristísimas cadencias. Por momentos cantaba a media voz melancólicos "estilos" con coplas oídas quién sabe cuándo, y que se presentaban sin esfuerzo a su memoria; luego eran fragmentos de décimas, armonías murientes de bardos camperos de una adorable ingenuidad y de una exquisita ternura; y después, cuando olvidaba un pie o perdía el compás, llenaba el vacío con cuatro versos amados:

El amor es un campo
tan sin camino,
que hasta los más baquianos
pierden el tino!...

Y sin que él supiera por qué, obedeciendo a qué mandato, respondiendo a qué llamado, los cuatro versos le cautivaban, le adormecían y brotaban de sus labios con tierna y dulcísima armonía. Ora en un tono, ora en otro, con este o aquel compás, la sentida estrofa era repetida como repite el nombre de su amada el amador de quince años. De pronto, el acorde cesaba, reinaba el silencio, y abrazando

la guitarra, sumíase en hondas meditaciones. Y todas sus ideas, aun las diversas y remotas, las más ajenas a la causa o al objeto de su mal, se le presentaban teñidas del mismo color melancólico, uniforme, monótonas, grises, como vistas al través del mismo vidrio. Su pensamiento giraba como correa sin fin, andando leguas sin cambiar de sitio. Su cerebro semejaba uno de esos hipódromos mecánicos, donde los mismos caballos recorren siempre la misma pista. A veces intentaba razonar, darse cuenta de su estado, probarse que era su pena infundada; y cuando los razonamientos se habían agotado, la tristeza quedaba, silenciosa como la ruta después que ha pasado el vehículo, repulsiva como los adornos de una fiesta después que la fiesta ha concluído. En ocasiones sus ideas se dormían como aves fatigadas en el volar de larga emigración; pero no demoraban en despertar para emprender nuevamente el vuelo. ¿Era por Juana que sufría? ¿Era Juana el órgano de importancia vital que faltaba a su existencia?... No lo sabía ni lo presentía. Y sin embargo, en su recuerdo se refugiaba constantemente el pensamiento atormentado. Las conversaciones de los peones y de las personas que llegaban a la estancia, causábanle profunda admiración No, él no era igual a los otros hombres, y las mujeres que mentaban los otros tampoco eran iguales a Juana. ¿Pero era posible esa diferencia? ¿Los seres humanos no eran todos iguales, hechos de una misma pasta, construídos de la misma manera? Puesto que él era distinto de los demás, debía ser un inferior, un imperfecto; pero esa inferioridad, que le torturaba, no podía admitirla para sí, sin hacerla extensiva a su amiga; y ¿cómo creerla a ella inferior, imperfecta?... Los demás describían, gozo-

sos, escenas de placer bestial, y todos sus recuerdos gratos, lo mismo que sus esperanzas halagueñas, tenían por base y por fin la amplia satisfacción de sus apetitos de una animalidad repugnante, en los cuales el recuerdo no era otra cosa que el bienestar de una digestión apacible. ¿Y en ellos? ¿En Juana, sobre todo, que le había iniciado en los dulces y secretos placeres del dolor? Recordaba que muchas veces, tendidos sobre la yerba, bajo la umbría de la floresta, ella le daba su brazo, —blanco y grácil,— para que él lo mordiera, lo mordiera fuerte, muy fuerte; y cuando la sangre brotaba en gotitas menudas, la veía con los ojos cerrados, las pestañas húmedas, los labios entreabiertos y una inmensa expresión de felicidad en todo el rostro. A su vez, él se hacía morder, y, como ella, comprendía y alcanzaba aquel placer doloroso. Otros días, se abrazaban y se oprimían como para ahogarse mutuamente, hasta que caían desfallecidos, en una languidez que les hacía permanecer inmóviles durante largo rato. Después, en las siestas cálidas, interrumpiendo una alegre y bulliciosa correría, ambos se detenían sudorosos, se miraban de un modo extraño, y en silencio, cogidos de la mano, comenzaban a juntar flores para la terrible diversión, el siniestro "jugar a los muertos".

Él recordaba bien el horror y el atractivo de ese juego. Sus oídos empezaban a zumbar, sus sienes latían, sus ojos, al principio muy abiertos, veían danzar la luz, luego unirse la tierra y el cielo, y después todo se borraba, todo se perdía en un azul luminoso y puro en el cual no flotaba ningún objeto, ni vibraba ningún sonido. Sus miembros tornábanse rígidos, su corazón cesaba de latir, no respiraba, su

pulso se iba como el último círculo del agua de la laguna removida por una piedra, y *moría*. No sabía analizar el encanto de aquella embriaguez, y al despertar, sólo recordaba la angustia de los primeros instantes que le impulsaba a inútiles esfuerzos por rechazar el éxtasis y el inefable e indescriptible anonadamiento que experimentaba después. Cuando volvían a la vida, se asustaba de ver a Juana inmensamente pálida, con la pupila dilatada, el semblante descompuesto, los labios secos y contraídos por una sonrisa tan enigmática, tan mezclada de dicha y de dolor, —la sonrisa de felicidad y de pena de la virgen desflorada por el hombre amado,— que sentía miedo, y huía. Muchas veces intentó resistir, negándose a aquel juego; pero ella le fascinaba, le vertía en el alma el fluido de su melancolía, le quitaba la voluntad y le obligaba a ceder, sin un ruego, sin una palabra. Y ahora, ¡cómo echaba de menos todo eso! ¡cuánto daría por retornar a aquella existencia!... No, decididamente, no; él no era semejante a los demás hombres, y Juana no era igual a las otras mujeres. Un lazo misterioso los unía a los dos; una mano providencial había vaciado sus almas en un mismo molde, y había roto el molde después.

La idea de un viaje a Gutiérrez, comenzó a germinar en la mente de Lucio, muy lenta, muy razonadamente, y cuando ya estaba determinado en definitiva, se fue postergando, hoy por una causa, mañana por otra. O era una prenda de vestir que faltaba, o era una "garra", —que aún no había adquirido,— para completar el apero. Economizando de su menguado salario cuanto le era dable, fue comprando una "bom-

bacha" este mes y un "saco" el otro, un pañuelo de seda primero, unas botas de charol más tarde. Poco a poco fue adquiriendo riendas, cabezadas, bozal y cabestro con argollas y "pasadores" de metal blanco; no le faltó ni la carona con punteras de cuero de tigre, ni el cojinillo inglés blanco y sedoso, ni el "sobrepuesto" de piel de ciervo, ni los grandes estribos de campana. Y era de ver cómo las prendas de vestir iban hundiéndose sucesivamente en el baúl, y cómo las del arnés permanecían colgadas, sin que ni unas ni otras fueran usadas en ninguna ocasión: el joven parecía una futura madre preparando el ajuar del niño por venir. Casi todas las semanas agregaba algún objeto, y todos los días los revisaba uno por uno, deleitándose en su contemplación. Entretanto el redomón pangaré, —el lindo potrillo que le había regalado el patrón un día de hierra, y que él había domado, adiestrado y corrido en varias "pencas",— engordaba en el potrero, de donde sólo lo sacaba algunas mañanas para adelgazarlo y ayudar el pelecheo con un galopito moderado: así estaba de gordo, fino, luciente, escarceador y "cumpa", con su "tuse" de "cogotillo y clavija".

En fría mañana de invierno, Lucio Díaz ensilló el pangaré con las prendas nuevas. El mozo, perfumado profusamente con *Agua Florida,* estaba elegante y gallardo. Llevaba amplias "bombachas" de merino negro, lustrosas botas de charol, donde lucían las espuelas cuidadosamente fregadas la víspera con la arena fina del arroyo; vistoso poncho gris atigrado, pañuelo de seda anudado al cuello y "gacho" marrón, nuevo, reluciente, armado con coquetería,

bajada el ala sobre la frente, y el barboquejo de seda negra caído sobre el mentón. Era muy de mañana, —clareaba apenas;— teñía el horizonte una larga banda roja, y con sus reflejos blanqueaban las cuchillas tapizadas de escarcha. Un profundo silencio entristecía la soledad del campo helado. A lo lejos, muy lejos, se veía un vapor fino, una niebla tenue, que se levantaba ocultando las sinuosidades del terreno, las altas colinas, las ásperas serranías. Lucio había elegido aquella hora matinal para emprender su viaje, porque la distancia era mucha y porque deseaba evitar el encuentro con sus compañeros. Él no ignoraba lo risible de su conducta; pero tanto más infundado y pueril parecíale su sufrimiento, tanto más se volvía huraño, díscolo, incapaz de soportar la censura.

Montó a caballo y partió a gran trote, taloneando recio y aspirando con manifiesto placer el aire frío que llegaba cargado de aromas silvestres recogidas en la lujuriosa vegetación del Tacuarí. Ni una sola vez volvió la cabeza; emprendió el galope tan pronto como pisó el camino real y no se detuvo hasta llegar a la *Picada Honda,* por la cual debía vadear el río. Allí desmontó, arregló el "recado", lió un cigarrillo y se quedó meditando, el brazo derecho apoyado en la crinera del pangaré, la mirada vaga, en las frondosidades de la selva.

Un inmenso boscaje se extendía delante; una mole de verdura, un completo apeñuscamiento de árboles de todas clases, unos bajos y ramosos, otros corpulentos y gallardos; aquí troncos que se cruzan, allí enredaderas que se retuercen; abajo arbustos que se oprimen, arriba hojas y ramas que se mezclan. Toda la gama del verde lucía, fascinaba en las hojas bañadas por el rocío. En la altura, sobre las rama-

zones mojadas, brillaban como sobre trozos de espejos, los rayos solares, que caían a la manera de lluvia tibia desde un cielo claro y de un color azul de acero totalmente uniforme. Abajo, en el vientre umbroso y húmedo, que alimenta a las plantas que nacen con los despojos de las plantas que mueren, las fermentaciones trabajaban enviando al campo grandes bocanadas de su aliento acre y embriagador como emanaciones de alcohol. Lucio gustaba con fruición la embriaguez de aquellos olores, el vértigo de aquel abismo. Cosa pequeña para el gaucho, la majestuosa grandeza agreste: maravillas asaz contempladas para despertar admiración. Lo que al mozo detenía extático junto al vado, era el misterioso encanto de sus recuerdos juveniles, siempre más gratos cuanto más distantes. ¡Cuántas veces había trepado por aquellos árboles! ¡cuántos nidos de cotorra y maracaná había deshecho con verdaderos prodigios de equilibrio sobre las últimas ramas de virarós y guayabos! ¡Cuántas veces, con flexibilidades de jaguar, se había deslizado entre las lianas, desnudos los pequeños pies, descubierta la desgreñada cabeza, aturdido, mareado con los olores fuertes, ágil y rápido, sin saber adónde iba ni qué buscaba!...

Mientras el humo del cigarrillo ascendía en volutas tenues, su mirada recorría una a una las entradas del monte. Acaso esperaba ver salir, de pronto, —también desgreñada y descalza,— a su inseparable compañera de juegos. Y mientras el sol subía calentando la selva y los pájaros despertaban con sonoro desconcierto, su imaginación volaba de recuerdo en recuerdo, y sin saber por qué, una pena secreta anudaba su garganta. Toda la alegría de horas antes se iba evaporando, como el manto de escarcha de los

campos. Una tristeza insólita, —una de esas inmotivadas tristezas que jamás se explican, porque vienen de muy lejos y por muy tortuosos senderos,— empezó a ennegrecerle el alma. ¡Quién sabe! Acaso el gruñido sordo, continuo, imponente, del río que corría oculto entre la maleza, había ido trabajando su espíritu, sin que él se hubiera dado cuenta. Casi, casi, tuvo intenciones de volver grupas y regresar a la Estancia. Pero, ¿y los peones? ¿y los comentarios chacotones con que sería acogido su regreso?... Su traje de día de fiesta, su "apero" nuevo, su pangaré escarceador, todo serviría de tema a la burla maliciosa de sus compañeros de trabajo. De pronto arrojó el "pucho" con encono, montó de salto y se internó rápidamente en la angosta y retorcida senda de la "picada", sofrenando a menudo el caballo, inclinando el cuerpo para esquivar el latigazo de las ramas o el arañazo de las zarzas. El río apareció a su vista angosto y hondo. Sin detenerse un solo instante, el mozo taloneó y cayó con estrépito sobre la cinta de agua pura y clara. Cuando salió del monte y se encontró de nuevo en el camino real, emprendió rápido galope, aflojando las bridas al redomón, que también estaba impaciente y brioso. Unas mujeres que ordeñaban en un corral cercano al camino, pusiéronse a mirar con extrañeza a aquel jinete endomingado que tan de mañana viajaba a tan gran galope. Los perros ladraron y le siguieron un corto trecho, deteniéndose convencidos de que no habían de darle alcance.

Cuando en la tarde del tercer día desmontaba, —después de haber traspuesto el arroyo Gutiérrez— para recomponer prolijamente la montura, una gran

indecisión hizo presa de su espíritu. El pajonal enorme y quieto que nacía en aquel sitio y se extendía campo afuera, por cuadras y cuadras, lo cohibía, lo amedrentaba y lo detenía apesadumbrado e irresoluto como a la orilla de un mar desconocido, en cuyos misterios es forzoso aventurarse. Una voz secreta, un presentimiento tenaz le decía que, una vez entrado en aquella triste región, debía quedar eternamente prisionero, había de pasar allí su vida, su ardiente vida de adolescente tostado por los soles de fuego y las brisas secas de las cuchillas. Y el bañado extenso, quieto, mudo, parecía contemplarle taimado, irónico, con su apariencia de apacible tranquilidad.

Montó a caballo, y muy despacio, muy despacio, se fue internando en aquellos estrechos senderos, para él ya conocidos El suelo blando, lleno de agua, cedía a la presión, y el pangaré se sofrenaba a cada instante, necesitando detenerse para arrancar la mano hundida en el fango hasta la rodilla y más alto a veces. A medida que avanzaba, iba Lucio tejiendo quimeras. Todos los recuerdos que reverdecían en su memoria, eran dulcificados, redondeados y adaptados por su imaginación al único fin actual de su existencia, con esa tenacidad inconsciente de las pasiones afectivas. Juana se le aparecía más bella, más bondadosa, más pura y más tierna; su voz más suave y armoniosa, sus risas más alegres, su cariño más intenso. Cada uno de los sencillos episodios comunes se complicaban y se dilataban, para hacer del cariño que los unía, un cariño excepcionalmente grande, cálido, noble, límpido como el cielo en las mañanas de estío, resistente y eterno como el corazón del

coronilla. Dominadora, inexorable y siempre creciente, la pasión le fue atando de pies y manos. Él no lo sabía, no se lo explicaba; pero el instinto le presagiaba un peligro desconocido e inminente. A cada paso que daba, notábase más prisionero y más dominado. El día que intentara el regreso, el suelo cedería bajo sus plantas, la desesperación ofuscaría su mente, y perdería el rumbo, erraría los senderos, olvidaría los pasos, y aquella multitud de largas y finas ramas quietas, lucientes con sus colores pálidos de vírgenes cloróticas, se entrecruzarían feroces y encarnizadas, ligando sus miembros, oprimiéndolo, amarrándolo, como millares de culebras enfurecidas. Una luz muy tenue, pero que alumbraba siempre en un ámbito de su cerebro obscuro, —la luz del forastero montevideano quizá,— le incitaba a reflexionar; y una voz juiciosa le decía que era insensata su agitación, que no tenía motivo su pena, que era irrazonable su inquietud; pero el esfuerzo resultaba estéril; tan pronto como lograba hacer pie y resistir a la fantasía, la ola se acercaba, encrespada y bramadora, le arrancaba, le sacudía y le llevaba meciéndole sobre sus espumas. Ningún tormento igualaba a aquel tormento de palpar la realidad salvadora y hundirse, sin embargo, en la quimera inclemente. Había en su alma dos almas, de las cuales una hacía el mal y la otra era impotente para oponerse. Ahora sí que veía palpable su desemejanza con los demás hombres; ahora sí que se manifestaba con toda claridad su imperfección, su inferioridad desconsoladora!... Queriendo matar la ilusión con la ilusión, afanábase por momentos en convencerse de que aquellas pesadumbres eran el premio de próximas venturas, y de que, como en el "jugar a los muertos",

la inefable dicha sucedería a las angustias lacerantes. Y así, continua y alternativamente dominado por alegrías y tristezas, risueñas esperanzas y negros presentimientos, iba avanzando siempre, incapaz de resistir al soplo fatal que lo impulsaba.

De pronto, al levantar la cabeza, vio destacarse en la altura, dominando el bañado, el bulto negro de los ranchos del viejo Zoilo. Diole un vuelco el corazón, una cosa amarga y espumosa ascendió hasta su garganta, le zumbaron los oídos y se le nubló la vista. Y como si quisiera concluir de una vez con aquella penosa indecisión, o como si la ola le hubiera embestido con furia, castigó recio a su caballo; el cual, hipando y haciendo prodigiosos esfuerzos con sus remos nerviosos y con su encuentro potente, salvó pronto la zona peligrosa y alcanzó un camino más ancho y firme, cerca ya de las casas. Al mismo tiempo dos lindos cachorros canelos se presentaron ladrando y salvando a saltos los obstáculos que les oponían las zanjas y las pajas.

¡Hola! ¿había perros en el Puesto del Fondo?... Y el gauchito, —quizás por aquel dicho paisano de que "para el enamorado, hasta los perros de la casa de la novia son simpáticos",— sintió súbita alegría y habló con cariño a los cachorros, los cuales, más retozones que bravos, se calmaron en seguida y le precedieron mordiéndose y saltando el uno por encima del otro como pequeños *clowns.*

¡Había perros en las casas!... Sólo entonces notó que la paja de los techos, dorada y pareja, —una buena paja y una linda quincha,— había quitado a la morada del trenzador, el aspecto de tapera, que tan desagradablemente le impresionó en su anterior visita. ¡Oh! la obra de Juana, la poderosa

influencia de la niña trabajadora, hacendosa y prolija como la había visto él en los últimos tiempos de estadía en sus pagos; la acción de aquella *Margarita blanca* que empezaba a transformarse en mujer cuando la fatalidad la arrancó de su comarca para adornar otra comarca, del mismo modo y con igual impiedad con que ella arrancaba flores para adornar otra flor, la flor fresca y pura de su rostro de virgen! La emoción le ahogaba; un reconocimiento exagerado y absurdo se apoderó de él y una admiración hiperbólica le forzó a empequeñecerlo todo para agrandar la imagen de un ídolo que ya se alzaba en su imaginación soberbio y disforme y resplandeciente de joyas y pedrerías como un dios indostano. El pájaro de alas de oro voló, voló en la inmensidad azul, y el ritmo de sus alas fue dejando en el alma del gaucho un amplio reguero de luz deslumbradora y embriagante cual el néctar que liba la pasión en los pétalos negros de la flor del deseo. No más tristezas, no más amarguras; no más horizontes nublados, no más paisajes melancólicos; no más rencor para el mar de paja, extenso, dormido, húmedo y frío como piel de reptil: la aurora espolvoreaba de rosa todo el campo, alegre, joven, riente hasta en la boca de las cavernas!...

Delante, a una treintena de metros, —singularmente extraños en aquel crepúsculo de invierno y en el profundo silencio de aquel paraje yermo,— los miserables ranchos del trenzador negreaban entre las púrpuras de la tarde agonizante.

IV

Como la mañana era hermosa y no hacía frío, se almorzó en el patio, al lado de la cocina, donde Juana había instalado una mesita cubierta con un mantel muy limpio.

Ya se había servido el puchero, ya estaban sentados en toscas sillas de pino Juana y Lucio, y aún permanecía don Zoilo abismado en la tarea de concluir un corredor. Fue necesario repetirle por tercera vez que se enfriaba la comida, que se cuajaba la grasa, para que se decidiera a abandonar su trabajo y acercarse a la mesa, sentándose con desgano, después de haber observado con disgusto aquellas innovaciones que introducían costumbres nuevas en sus hábitos viejos. ¿Para qué la mesa y las sillas, el mantel y los platos, las copas y el tenedor? El tenedor sobre todo. ¡Como si los dedos no bastasen! Había soportado en silencio todas esas veleidades y extravagancias de su sobrina, pero no sin marcado enojo y manifiesta desaprobación. Consentía... ¡Oh! consentía porque una especie de lluvia menuda le había ido ablandando su alma dura y seca de solitario que jamás ha conocido afectos. Pero el rencor acumulado, el odio incondicional hacia todo ser humano, —que formaba la base de su carácter,— oponía dura resistencia e impedía la más mínima manifestación de contento. Si algún placer le proporcionaba Juana, ese mismo placer se le antojaba una ofensa, una brecha abierta en el viejo bastión de sus convicciones, y en una edad en que éstas ya no se modifican: de ahí que el placer resultábale amargo y el afecto doloroso. Afanábase en convencerse de que había acogido y retenía a la niña por simple

sentimiento humanitario; y aunque tampoco se explicaba cómo pudo nacer en su corazón aquel sentimiento, apelaba a él para justificar sus frecuentes concesiones, rehuyendo confesar que la quería, y con mayor empeño, que el cariño de ella fuese necesario a su existencia de aguará que vive solitario y jamás se domestica. ¿Por qué había mirado a Lucio con una antipatía mayor que la que destinaba a los hombres en general? Desde el primer instante habían visto sus ojos turbios las miradas de mutuo cariño cambiadas por los jóvenes ¿Supuso que se amaban y vio en el mozo un enemigo? ¿O bien le odió más porque le creyó más tonto, porque demostraba esa debilidad del sentimiento incomprensible e inaceptable para él? Odiara, compadeciera o despreciara, nada dijo, no manifestó nada. Filósofo a su manera, convencido, —por lo mucho que había visto,— de que las cosas pasan como *está escrito* que pasen, —sin que la voluntad de los hombres se cumpla jamás y sin que jamás se realicen sus planes,— no perdió su tranquilidad en inútiles mortificaciones, y dejó que el tiempo resolviese, en éste como en los demás incidentes de su vida.

Comió sin levantar la vista del plato, en silencio y sin hacer uso del aborrecido tenedor. Fue en vano que le dirigiesen la palabra. Nunca quiso creer que la conversación tuviese una importancia real. Fuera de los casos absolutamente necesarios, indispensables, no articulaba ni una sílaba. Su vocabulario lo constituían pocas dicciones y en su mayoría monosílabos, y aun esos los ahorraba supliéndolos frecuentemente con señas y ademanes, medios de comunicación con sus semejantes, más rápidos, más precisos y menos molestos que el lenguaje usual.

La pava del monte y el pato silvestre, la perdiz y la torcaz, apenas tienen pequeños gritos, raramente proferidos; y son útiles, sirven para algo, ofrecen al paisano su carne apetitosa. En cambio la cotorra y el maracaná vociferan todo el día en el bosque. El sabiá y la calandria, el cardenal y el jilguero, el pirincho y la urraca, el tordo y el carpintero, animales inservibles, desechados hasta por los paladares menos escrupulosos, trinan y alborotan la selva desde el alba hasta el crepúsculo. El chajá, —fiel amigo del gaucho, a quien avisa los peligros,— no tiene sino un solo grito, agudo y rápido, que nunca brota sin motivo, y es, por lo mismo, aceptado, creído y útil. Al igual de los animales, los hombres. Los que hablan son los que no sirven. Él, que no había amado nunca, que no había sentido el calor de ninguna amistad, que ignoraba lo que era un sentimiento, sentía aversión por las personas conversadoras, y las gentes le eran tanto menos repulsivas cuanto menos hablaban. ¿Para qué el lenguaje? Cuando el instinto animal le empujó hacia alguna mujer, —en épocas muy distantes, ¡muy distantes!— no tuvo necesidad de palabras: se abalanzó brutal y soberbio como toro encelado o como padrillo sensual; y llenada la necesidad orgánica, no se imaginó que debiera agradecer un placer compartido, no tuvo gratitud de ninguna especie para la causante de aquel goce natural, lógico, obligado, impuesto por los principios generales que rigen el mantenimiento y la procreación de la especie. ¿Para qué los requiebros, las frases almibaradas y las zalamerías que observaba en los demás? Si codiciaba una mujer, si el deseo lo impulsaba hacia ella, con obrar bastaba; si ellas sentían iguales apetitos, habían de ceder

gustosas; y si resistían, no eran los ruegos, las declamaciones y las promesas los que darían el triunfo. Ni era digno un triunfo así que atestiguaba debilidad, cobardía, carencia de la fuerza brutal del macho que quiere y tiene. En el bosque y en el campo, las fieras y los animales domesticados, el yaguareté y el puma, el toro y el potro vivían la buena vida libre y satisfacían ampliamente sus necesidades, sin más lenguaje que un gruñido de contento o un rugido de desagrado. En resumen: lo más elocuente era lo que menos servía. Cuando iban a encargarle un lazo, el que hablaba poco llevaba los patacones en el cinto, y el que conversaba mucho concluía por pedirlo fiado. No; decididamente, no. Jamás había prestado dos minutos de atención a la gente del pueblo, los grandes charlatanes que han aprendido a hablar para mentir y a mentir para triunfar. ¿Más bruto? ¡mejor! ¿Más salvaje? ¡óptimo! Tanto más fieras son las fieras, tanto menos se devoran entre sí; tanto más educados son los hombres, tanto más se persiguen y se despedazan. Extraño personaje y extraña filosofía, incomprensible pesimismo, inexplicable nihilismo brotado espontáneamente en aquella alma burda. Entendía que la vida era así, cada cual por su camino, y servicio prestado, servicio pago. Eso era la síntesis, y la síntesis bastaba. ¿Tenía otro objeto la amistad? Auxiliarse el uno al otro, pagar un beneficio con otro beneficio, ni más ni menos que se pagaba una onza por un novillo y otra onza por un bagual. Por lo tanto, él, que no necesitaba nada, no quería amigos. No habría trenzado un lazo ni aun para su mismo padre, sin que su padre le hubiese abonado antes el importe de su trabajo. Cada uno con lo suyo, y todo igual. El rico hacendado

que poseía suertes de estancia y miles de reses no valía más que él, propietario de una tapera y un malacara bichoco, las verdes cuchillas, lucientes y alegres, no eran mejores que su triste bañado silencioso y mustio. Cada cual a lo suyo y siempre igual; sin mejor, sin peor, sin adelanto ni retroceso. Tal la vida, tal la ley. Que el más fuerte posea más, sea; el carancho suele matar un cordero y el zorro se lo arrebata, no dejándole más que una piltrafa en el pico. El débil tambien ha de tener lo suyo, pero sin pedirlo, sin rogarlo, sin mendigarlo: que lo tenga porque es suyo y lo toma. Si se lo disputan, riñe; si se lo quitan, mata. A ese respecto, los bandoleros tenían razón: que los estancieros ricos, los que poseían grandes rodeos, dieran algunas vacas, las necesarias para no morir de hambre, a los pobres diablos indigentes. Si la nutria siente apetito zabulle en la laguna y atrapa una tararira; si la comadreja desfallece, asalta el gallinero; si el águila no ha comido, se abate sobre un cordero, y del mismo modo, cuando el matrero tiene hambre, bolea una res o se abalanza a la majada. Y todo esto en silencio, o con pequeños gritos de alegría o de espanto. Ninguna satisfacción orgánica necesita discursos para cumplirse mejor. Nacer, crecer, procrear y morir, todo en silencio, sin comunicar a nadie penas que nadie ha de sentir, sin mostrar a los otros alegría que no han de compartir los otros. Cada hombre una unidad, sola en sus triunfos y sola en sus derrotas; cada ser un organismo que no necesita fuerzas extrañas para marchar, ni tiene fuerzas sobrantes para ceder a los extraños. En conclusión: del principio al fin, de la cuna a la tumba, el soberbio individualismo sin disfraces, el altivo egoísmo sin ocultaciones. Tal la vida, tal la ley.

En medio de los dos jóvenes, alegres, contentos, rebosantes de afectos, don Zoilo era una antítesis viviente El eterno ceño de su rostro bravío, era como una mancha oscura en un cielo claro, mancha obscura que, sin aumentar de tamaño, se iba haciendo cada vez más opaca, así que aumentaba la claridad del cielo. Como si la alegría ajena le insultara y le hiriera, dirigía terribles miradas a sus dos comensales. Otras veces fingía no ver; cogía con los dedos la costilla de carnero, clavaba en ella los dientes, y de un tirón rápido, —imitando a los perros,— arrancaba toda la carne de un lado, repetía la operación del otro lado, arrojaba el hueso y se ponía a masticar con ruido, haciendo rechinar de cuando en cuando sus treinta y dos piezas dentales. Las cejas contraídas, los bigotes erizados y la rigidez de la faz, denotaban su agitación. La mancha obscura crecía; se equivocaba al creer que su odio a Lucio era el odio instintivo que profesaba a toda la especie; le odiaba más, a cada instante más. ¿Por qué? ¿Amaba a Juana, creía necesario su cariño, y viendo en el forastero un enemigo que venía a disputársela, se aprestaba a la lucha? ¿Era un afecto que había nacido repentinamente en su alma seca, como nace una planta epifita en la dura corteza del coronilla? ¿O era el inmenso egoismo que le obligaba a defender aquello que consideraba suyo como su tapera y su malacara, sus herramientas y sus guascas? ¿Se aferraba a la posesión de aquella persona por un sentimiento noblemente desinteresado, o la disputaba como la fiera disputa el hueso inútil, sólo porque es suyo, porque lo ha ganado con su fuerza y sólo a otra fuerza mayor ha de cederlo? . . . ¿Por qué el toro impide a otro toro que se acerque a la va-

quillona que acaba de poseer? ¿Por qué niega a los otros un placer y una satisfacción que no disminuirá su placer y una satisfacción que no amenguará la suya? Luchar por el mismo trozo de carne, es justo; pero luchar por lo que se ha dejado, por lo que no se puede comer, ¿por qué motivo? ¿con qué objeto?... Él luchaba, sin embargo...

Lucio y Juana hablaron muy poco durante el almuerzo. El primero, porque, de suyo callado y poco elocuente, se hallaba allí confuso y cohibido entre el mutismo agresivo de don Zoilo y la simpatía melancólica de la joven, las palabras que en toda circunstancia salían con dificultad de su garganta se negaban casi en absoluto a complacerle en aquel momento Además era necesario colmar el vacío producido por dos años de separación. El cambio incesante que se opera en nosotros, no se nota observado a diario, pero se manifiesta evidente cuando se ha sumado la labor de unos cuantos meses; es como el aire que sólo tiene color, —y es, por lo tanto, visible,— en grandes masas Sólo después de haberse explicado, —o de haber aceptado sin explicación,— esos cambios inevitables, llega el acuerdo, la armonía y la confianza. En aquellos años, —para él de torturas, de alucinaciones y de esperanzas,— ¿cuántos cambios se habían verificado? ¿El corazón de Juana sería el mismo? Él conservaba las mismas ideas de una ingenuidad infantil; pero, en ella, ¿no se habría operado una modificación radical, no reiría de sus niñerías, no encontraría absurdas sus palabras? Su pensamiento había tenido un sueño de veinticuatro meses, y al despertar se hallaba como el día

en que se durmió: era como si la vida hubiera cesado durante ese tiempo. Su mirada, llena de ternura, se fijaba en Juana, y al observarla, su temor aumentaba. ¡Era otra! Los ojos, de un azul pálido, tenían siempre la misma mirada suave y cariñosa; pero había en ellos un reflejo extraño que le seducía y le asustaba. En ningún ser humano de sus relaciones había encontrado aquella luz. Profunda, intensa, la mirada parecía brotar de un alma excepcional, semejando el lenguaje indescifrable de una raza desconocida. Y en la frente alta y pálida, —pulida como el marfil,— lo mismo que en los labios finos y nerviosos, lo mismo que en el mentón delgado y fuerte, esa otra raza hablaba y se imponía sin esfuerzos.

Juana, por su parte, mostrábase inquieta. Durante mucho tiempo había anhelado y esperado la visita de Lucio, y al hallarse en su presencia, también sentía un embarazo inexplicable. Su llegada despertaba un sentimiento que no acertaba a definir, ni tenía empeño en descifrar. En su alma, —lo mismo que en la del mozo,— las ideas habían estado trabajando durante dos años, en silencio, ocultas, sin ninguna clase de manifestaciones exteriores. Y ella, cual si quisiera enlazar el presente con el pasado a fin de convencerse de que todo era igual, de que nada había cambiado, ponía empeño en traer a colación, a cada instante, episodios e incidentes de la otra época. Como un chajá gritara en ese instante en el estero, ella preguntó con viveza:

—¿Se acuerda de aquel pichón de chajá que usted me regaló? Era tan amarillo que parecía un patito. ¡Qué llorar cuando me lo comió una comadreja! Yo digo que fue comadreja, porque lo encon-

tré en el patio, al lado del horno, enterito, enterito. no le faltaba más que la cabeza.

Lucio asintió:

—Seguro, fue como usted dice.

—¿Verdad que cuando come así es comadreja?

—¡Pues! ¡comadreja!

Ninguno de los dos sabía por qué habían dejado de tutearse. Él la llamó de usted desde el primer momento, y ella, sin demostrar extrañeza, —al contrario, como si hubiera sido lo más natural,— empleó a su vez el mismo tratamiento Si se hubieran preguntado la razón de aquel cambio, la respuesta habría sido difícil. Otro tanto acontecíales con aquellas timideces, aquel encontrado deseo de acercarse y de alejarse, que desde la víspera les tenía sumergidos en una deliciosa incertidumbre. Ambos experimentaban una imperiosa necesidad de hablar de sí mismos, de sus personas y de sus cosas; y otra fuerza desconocida desviaba las palabras sin desviar los pensamientos. Es verdad que sus irresoluciones aumentaban con la presencia del trenzador, cuyos ojos sombríos, de mirar oblicuo, fijábanse, de tiempo en tiempo, ora en Lucio, ora en Juana, con marcada expresión de disgusto, de enojo a veces.

—¿Casiana, la hija de don Basilio, debe de estar grandota, no? —preguntó Juana en su afán de inquirir noticias de las gentes de su *pago viejo.*

—Grandota, —respondió Lucio.

Y ella, —aprovechándose de aquella conversación para evitar los largos silencios que a entrambos molestaba,— se puso a recordar las travesuras de Casiana, la *cachila*, como la había motejado a causa de sus piernas muy largas y muy flacas. Después, durante un rato contó historias de chicuelas, juegos

de muñecas, disputas y riñas; inocentes y nimias historias que Lucio escuchaba embelesado, adormecida el alma con la música de aquella voz tan dulce, tan tierna y tan armoniosa.

Entre tanto el almuerzo había concluído. Juana recogió el servicio. Lucio oyó el ruido de la vajilla que la niña lavaba en la cocina, y creyó que demoraría en volver; pero apareció a poco trayendo una caldera y un mate, que le entregó diciéndole con una sonrisa:

—Cébele un amargo a tío, usted que es más mozo.

Lucio había sacado del bolsillo una tabaquera de goma inglesa y un librillo de papel Duc, y liando un cigarrillo, se lo ofreció al viejo; pero éste lo rechazó secamente, diciendo:

—Yo pito naco; —y en efecto, desenvainó su cuchillo de mango de "tongorí" y picó "en el dedo" una porción de tabaco que luego pasó al hueco de su mano izquierda y desmenuzó con el pulgar y el índice de la derecha. Una larga chala de maíz, previamente alisada con el lomo del cuchillo, sirvióle de envoltura; metióse el cigarrillo en la boca, restregóse las palmas de las manos y refunfuñó:

—Juego, Juana...

Ésta aportó el tizón, y cuando el viejo hubo encendido, no sin trabajo, el largo cigarrillo, Lucio tomó la leña y a su vez prendió el suyo.

—Parece que el cigarro es más sabroso prendido en el tizón, —dijo.

—¡Dejuro! —contestó el trenzador, complacido con aquella frase.

Mientras Lucio preparaba el mate, don Zoilo se levantó —fatigado de la silla,— y fue a sentarse

en su banquito de ceibo, al sol, en medio de sus guascas y sus herramientas, y desde donde podía ver el bañado, su querido e indispensable bañado, que lucía en aquel admirable día de otoño, templado, sereno y resplandeciente de luz. Trabajando a veces, y a veces abstraído en la contemplación de su obra; mirando en ocasiones al campo y en ocasiones al cielo, el solitario del Puesto del Fondo se encerró en un silencio del cual ya no fue posible arrancarlo. Lucio le alcanzaba el mate, que él sorbía a pequeños tragos, y que no se incomodaba en entregarlo cuando había concluído: lo depositaba en el suelo, la bombilla apoyada en el empeine del pie, aquel pie que en partes blanqueaba con el barro viejo, y en partes negreaba con el barro nuevo. El mozo lo observaba, tratando de explicarse aquel misterioso ser humano, empeñándose en penetrar aquella alma dura y negra; pero sus investigaciones concluían con el convencimento de que era un hombre malo que le tenía aversión, y nada más. Su honradez sufría callada ante aquella injusta antipatía y pensaba que, no obstante las terribles apariencias, él estaría dispuesto a quererle, a ser su amigo, por consideración hacia Juana. Atento y solícito, buscaba las oportunidades de granjearse su afecto, y así cuando el viejo tomó el tizón para encender nuevamente el cigarrillo, y lo encontró apagado, sacó con prontitud una caja de fósforos y se la ofreció; pero él lo miró con su habitual mirada, medio agresiva y medio desdeñosa, y de una bolsa de buche de ñandu, que tenía a sus pies, extrajo una punta de aspa de buey, —de cuatro pulgadas de largo,— una mitad de hoja de lima y un gran peñasco negruzco, después, de un solo golpe rápido, arrancó la chispa que hizo arder la yesca,

y sólo cuando ya se quemaba la chala y luego de arrojar una bocanada de humo, contestó con la frialdad y el laconismo acostumbrados:

—Tengo abío.

El joven se resignó y siguió pensando en Juana, quien, de cuando en cuando, le hablaba desde el interior de la cocina, adivinando quizá la violenta situación en que se encontraba su amigo. Una vez Lucio se levantó y le llevó un mate, que la niña tomó de prisa y por no desairarlo, pues ella no gustaba del cimarrón; y como al volver se encontró con la mirada felina del trenzador que se fijaba en la suya con dureza, optó por quedarse en su asiento, a cada instante más perplejo y más inquieto a cada instante. Y pensando o queriendo pensar en otras cosas, su imaginación se iba a la Estancia, a los peones y a las tareas habituales. Al poco rato, entre la multitud de recuerdos, acabó por fijarse en su mente la estrofa favorita, los cuatro versos que le obcecaban:

El amor es un campo
tan sin camino,
que hasta los más baquianos
pierden el tino!...

Y ya no se fue. Todos su esfuerzos para alejarlos de la mente se estrellaron contra la tenacidad de aquel recuerdo Pensaba en otras cosas, y antes de que una imagen estuviera formada, los cuatro versos la borraban interponiéndose. Eran ya algo más que una idea; por una obsesión pintoresca, la estrofa se presentaba tangible, con forma propia,

con color y con movimiento. Con color, sobre todo; ¡ah! con un deslumbrante color que le fascinaba a la manera de un foco luminoso eternamente colocado frente a sus pupilas y siempre visible, aunque cerrara los ojos, aunque volviera la cabeza, aunque pusiera todo el poder de su voluntad para borrarlo o alejarlo!

El viejo Zoilo se puso en pie, estiró las piernas y bostezó ruidosamente, y, después de haber obsequiado a Lucio con una última mirada huraña y recelosa, se marchó a su cuarto para tenderse en el catre y dormir la indispensable siesta de todos los días, el sueño letárgico, profundo y ruidoso, necesario a su digestión de felino.

El forastero quedó un momento solo, con los codos apoyados en la mesa y la cara entre las grandes manos tostadas y callosas. ¡El trenzador le odiaba! Era un obstáculo insuperable plantado entre Juana y él; ¡jamás renacerían los bellos tiempos pasados; jamás tornaría a vivir la bella vida de antaño! Su tristeza era tanta y tan grande su desconsuelo, que llegó a arrepentirse de su viaje. ¿Qué tenía en sí de extraño y de malo? ¿Por qué la existencia no era para él como para los demás, que veía contentos, alegres cuando comían bien, alegres cuando dormían bien, alegres cuando ganaban una carrera? Los otros sufrían también, —él los había visto sufrir,— pero sus dolores eran pasajeros y tenían una causa visible. En cambio, ¿cuándo no había estado triste él? Y sobre todo, ¿por qué su tristeza, por qué aquella

melancolía incurable, aquel mal que no dejaba de roerle el alma noche y día?

Junto al banco de ceibo, entre las lonjas, los tientos, las leznas, la tenaza, el cuchillo y la bolsa de los "abíos" estaba una botella de caña a medio vaciar y Lucio, —el mozo sobrio que nunca había bebido un licor espirituoso,— comenzaba a mirarla con desesperada insistencia. Si él pudiera beber un poco, nada más que un poco, estaba seguro de emborracharse, de olvidar, de ser feliz No tenía ninguna otra preocupación, ni la verguenza de ser visto, ni el temor de Juana; nada, absolutamente nada. Ya se iba a levantar de su asiento, cuando la niña se presentó, alegre y sonriente. Ante aquella aparición, sintió que la sangre afluía a su rostro, bajó la vista y se dejó caer de nuevo en la silla.

Con el delantal de lienzo azul todo mojado; con las mangas de la bata remangadas hasta el codo, dejando al descubierto los brazos blancos, delgados, sombreados por un vello de oro; con la espesa cabellera de un rubio pálido en hermoso desorden, y con expresión de indefinido contento en el rostro encendido, evocó en Lucio el recuerdo de la niña juguetona, la encantadora *Margarita blanca* de sus primeros años, de aquella niñez tan próxima y al mismo tiempo tan remota. Desaparecidas repentinamente, como arrancadas de cuajo las mortificantes timideces, recobró al instante la confianza, entró de nuevo la luz en aquella alma débil y vacilante, creyó ver de nuevo a la compañera, a la amiga, y tuvo

tentaciones de tutearla en un arranque de ternura, de ansia de afecto cierto, de felicidad asegurada. Pero este rescate de las garras de la tortura, esta aurora apenas columbrada, adivinada, duró cortos segundos. El cuerpo pequeño, endeble, flexible, —tan diferente de los grandes cuerpos desgarbados de las muchachas del campo,— ostentaba ya la florescencia en el seno naciente, en la amplitud de las caderas, y luego, la misteriosa transformación operada en el rostro, el cual parecía exhalar un perfume de pubertad prematura, un reflejo pasional, un gran calor de vida nueva, latente en los labios rojos, en las mejillas pálidas y en la honda y suave mirada de los ojos azules. Sólo entonces, despues de esta revelación de un segundo, se dio cuenta exacta de que ya no existía la niña. ¡Y él seguía siendo niño! Su alma aprisionada en el molde de su ensueño había permanecido en la infancia, y la hallaba ahora pequeña e impotente para guiar su cuerpo de hombre. Y si la niñez había muerto, si el retorno al afecto primitivo era imposible, ¿qué esperanza le quedaba? ¿La dulzura del cariño fraternal? De un golpe su espíritu despertaba. Niños los dos, él era el único que gozaría de su amor; ahora el afecto del hermano debía ser compartido con otro afecto; y en el imperioso deseo de predominio absoluto, de goce absoluto, de dominación absoluta, veía claramente que él no había permanecido pequeño e infantil, que había crecido sin advertirlo y que necesitaba el amor de Juana, todó su amor, para vivir, para calmar la fiebre de su propio amor, la desenfrenada pasión que ardía en su seno y que sólo ahora comprendía.

Juana notó el rápido examen y la rápida impresión que su presencia había causado en Lucio; y

cuando éste volvió a levantar su mirada angustiosa, ella se acercó ruborizada, con los labios trémulos, con una infinita terneza en los ojos de un azul de cielo profundo y puro. Por un momento permanecieron así, inmóviles, mirándose, vaciando el alma con las miradas. Luego ella le tomó una mano, que oprimió con fuerza, pero soltándola de pronto, dio un paso atrás.

—¡Zonzo! —dijo sonriendo: y él también sonrió con su bondadosa sonrisa de niño, el pecho dilatado, el espíritu luminoso en un éxtasis adorable. Su alma era como un disco, blanco de un lado, negro del otro, y volcando incesantemente: sólo así podía explicarse los repentinos y radicales cambios de su estado moral, el inconcebible pasaje, —operado cien veces en el día,— del más grande desconsuelo a la más intensa esperanza.

En menos de un minuto, en aquellas rápidas miradas, acababan de revelarse mutuamente sus más hondos sentimientos; se habían dicho sin quererlo, lo que sentían sin saberlo. En los dos la ausencia había realizado idéntica labor; en el corazón de los dos, el cariño infantil se había convertido en amor, —semilla fructificada al calor de la pubertad,— y sin que ninguno de ellos lo hubiera advertido hasta aquel instante en que sus almas se habían mirado cara a cara, se habían hablado, se habían besado y se habían confundido en un abrazo pasional.

Ella se acercó de nuevo.

—¿Está contento? —dijo.

—Sí, —respondió Lucio;— me parece que es como antes, cuando *moríamos*.

—No, ¡es mejor! —respondió ella; y luego,

volviendo a tomarle la mano y bañándolo con su mirada suave como luz de luna, agregó:

—Es mejor; es vivir.

Y era vivir, en efecto. Vivían aquellas dos juventudes, ambas hermosas, una femenina, delicada y tierna, y la otra tosca y fuerte.

Al cabo de unos minutos, Juana preguntó:

—¿Usted no duerme siesta?

Y Lucio, tartamudeando y mirándola intensamente, como para decirle con la mirada lo que no podía expresar su labio torpe, respondió:

—No, yo no duermo...

—¿De veras?

—Bien de veras.

—Bueno; aquí se va a aburrir. Si quiere vamos a dar un paseíto... como antes... aunque aquí no hay árboles, no hay más que bañado. Pero el bañado también es lindo. Al principio no me gustaba, y ahora que lo conozco, lo quiero. ¡Si viera cuánta cosa hay en el bañado!...

Él la dejaba hablar, contemplándola arrobado, conteniendo la respiración para no perder una nota de aquella música deliciosa. El pasado renacía y se mostraba tan semejante al presente, que juzgó sus dolores un mal sueño, una pesadilla que le había atormentado durante unas cuantas horas.

—¿Quiere venir? —insistió Juana; y como el mozo contestara afirmativamente,

—Bueno, —tornó a decir;— esperesé un poquito, con eso me mudo, que estoy hecha una mugre, y vengo en seguida.

Y mientras Lucio quedaba confuso, la mente vacía, sin una palabra ni una idea, ella corrió hacia el rancho, enviándole desde la puerta una mirada y una sonrisa que concluyeron de enloquecerlo, convenciéndole del verdadero sentimiento que profesaba a su antigua amiga, del amor intenso y cálido como su temperamento, como su pago, como los oteros y las praderas donde creció, donde se hizo hombre adobado por los soles ardientes y las brisas frescas.

Los diez minutos que demoró Juana, fueron una eternidad para su sed de verla, de oirla, de sentirla entrar cada vez más en su cuerpo, infiltrándose en sus tejidos, saturando con su esencia todas las células de su organismo. Cuando reapareció, ligera y gallarda, más linda y más fresca dentro de la falda negra y la bata obscura que dibujaban las correctas formas nacientes, se sintió inflado por un soplo de orgullo.

—Vamos, —díjole Juana.

—Vamos, —respondió él alborozado.

Y ella delante, él detrás, echaron a andar por la ancha senda que conducía al bañado. Cuando llegaron a las primeras maciegas, a los primeros grupos de paja que crecían enanos para ir ascendiendo gradualmente a la manera de anfiteatro, Juana volvió la cabeza para decirle que fuera con cuidado, porque la senda se angostaba y perdía solidez.

—Sígame no más, —agregó sonriendo.

Él la seguía. ¡Oh! él la seguía encantado, contemplando con secreto deleite las ondulaciones del cuerpo bizarro que las pajas castigaban con sus largos tallos. Podía presentarse la ciénaga delante, podía brillar de pronto la blanca quietud de la laguna, él no dejaría de proseguir la marcha, sin una refle-

xión ni una mirada al obstáculo, mientras flotara ante sus ojos la adorada imagen de aquella que ocupaba todos sus pensamientos.

Ella no cesaba de hablar recordando los dichosos tiempos de la infancia y contando su existencia en el Puesto del Fondo. Cómo había creído morir de tristeza en aquella cueva abominable, y cómo había ido mejorándola poco a poco, de la manera como el *espinero* hace su nido, llevando un palito hoy y otro mañana, con inquebrantable perseverancia. Consiguió primeramente que don Zoilo se decidiera a cortar paja para recomponer los techos. penosa tarea en la cual le ayudó ella con incansable tesón. Después arrancó los yuyos del patio y, con la introducción de la primera escoba, una escoba de carqueja, desaparecieron las basuras que de tiempo inmemorial cubrían el suelo. Pero si había logrado aclimatarse en aquel páramo, no lo logró sin grandes penas, sin amargos días de rebelión y de lucha. Se explicaba. Ella, la flor del pago, blanca como la escarcha, alegre como cachila, nacida y crecida en la loma, al gran sol y al aire puro, acostumbrada a correr por las cuchillas y trepar por los cerros en busca de *yerba de lagarto* para perfumar sus humildes ropas de chicuela coqueta, y de blancas margaritas para adornar su adorable cabellera rubia, debió sufrir terriblemente al verse transportada al rancho miserable perdido en la inmensidad tediosa del estero. Todos sus hábitos cambiados. No más correrías sobre la tierra firme recalentada por los soles del estío; no más excursiones al monte en flor; no más hartazgos de pitangas y arazáes en la poética soledad de las glorietas agrestes; no más persecuciones a los nidos de terutero en las lomas y de

calandria en las talas; no más siestas apacibles sobre la fresca grama de la umbría durante las tardes abrasadas, cuando llueve fuego en los collados, se tuestan los pastos, se abre la tierra y salen de sus cuevas los escarabajos, las *vaquitas* y los *toritos* unicornios. Se había visto bruscamente arrancada de su pago para ser llevada a un medio absolutamente antagónico. ¡Cuántos recuerdos del pago viejo renacían en su mente en presencia de Lucio! Todos la amaban allí. Las madres, las toscas madres que habían perdido, —jóvenes aún,— sus hermosuras agrestes, en la vida ruda y en el derroche pasional de sus temperamentos ardorosos, gozábanse en juntar sus rostros tostados con el rostro blanco de Juana y en acariciar con sus dedos flacos, nudosos y ennegrecidos, su hermosa cabellera color de flechilla sazonada. Las chiquillas de su edad la respetaban como a una soberana, pero como a una soberana querida que cautiva con su belleza y domina con su bondad. Cuando ella entraba en alguno de los ranchos de la vecindad, la alegría entraba con ella y parecía iluminar las negras paredes de terrón. La bulliciosa caterva de rapaces reía, gritaba y brincaba saludando con hermoso desconcierto de voces infantiles la llegada de la reina. *Margarita blanca* llevaba siempre algún pichón de terutero o algún huevo de perdiz de reluciente color ebano, o bien de churrinche, que parece mármol con incrustaciones de esmeralda. Además, sabía hacer admirables muñecas de trapo que eran una maravilla para las chicuelas, ya hastiadas de vestir negritos de loza, —únicos juguetes que llegaban a las pobres moradas campesinas—. Y mientras trabajaba en su arte o arreglaba la vestimenta de alguna de sus amiguitas, no cesaba de hablar,

dragoneando de persona mayor, llena de humos y rebosando coquetería en medio de la devota admiración de las otras que la escuchaban con las manitas juntas y la boca abierta, cuando no mascando la punta del delantal o la falda de la camisa. Luego venía Lucio; el primer encuentro en una cuchilla, en medio del campo, una tarde de enero. Le parecía ver el cuadro, él a caballo, el pie descalzo en el estribo de hierro, la larga melena rodeando la cara encendida; y ella de pie, también descalza, con la cabeza descubierta, mirándolo, con las manos a los lados del rostro para esquivar el sol. Más tarde la tierna afección, las largas horas vividas en común en campo abierto, al aire libre. Después los más pequeños incidentes recordados como episodios transcendentales: la ascensión de Lucio a la cumbre de un guayabo para robar unos pichones de águila que ella codiciaba; la vez que el mozo hubo de ahogarse en una cueva persiguiendo una *mulita;* y así los otros.

De pronto, en su excursión al pasado, Juana se detuvo. Había llegado al punto negro, al primer dolor conocido, la primera impresión dejada por las contrariedades de la vida en su alma blanca.

—Yo me acuerdo, —dijo deteniéndose y fijando en Lucio la mirada honda y reflexiva de sus ojos azules;— yo me acuerdo bien: cuando murió tata, era un invierno; pero hacía un tiempo lindísimo, como en primavera; cuando murió mamá, lo mismo. Y bueno: ¿usted no sabe por qué será que cada vez que pienso en eso me parece ver una nube muy grande y muy negra que tapaba todo el cielo?... Yo no sé por qué será, pero siempre es así.

Calló y como Lucio no respondiese nada, —en-

tristecido a su vez con el penoso recuerdo,— ella alzó los hombros y exclamó siguiendo la marcha:

—No importa: he sufrido mucho; pero cada vez que me he hallado muy desesperada, he sentido como una cosa que me salía de adentro, como un orgullo que me levantaba. Ya ve, ¡ahora estoy tan contenta! . . .

Sin hablar más, continuaron andando. El sendero iba estrechándose, y las gramíneas que lo festonaban iban aumentando en cantidad y en altura; algunas llegaban al pecho del joven y en ciertos sitios sólo se veía de Juana la rubia cabeza agitándose como un manojo de espigas doradas sobre los largos y flexibles tallos. Fueron más lejos aún internándose en el océano de pajas altas, duras y cerradas. Y las pajas, apenas movidas por la brisa en suaves y cadenciosas ondulaciones, parecían el puma que agita el borlón de la cola y se relame el bigote, cárdenos los ojos y húmedas las fauces, al acecho de la presa que infaliblemente ha de caer entre sus garras Serían las tres de la tarde; el cielo estaba teñido de un azul clarísimo, casi blanco; el ambiente era plácido, y en todo el contorno había como una quietud enfermiza y un silencio doloroso. Paz y misterio, soledad y mutismo que invitan a la fantasía a vagar sin trabas. La esperanza, —crisálida del dolor,— podía cantar con la alegría con que canta la virgen en la víspera de la desfloración que ha de abrirle las puertas de la pena rompiendo el sello del misterio. Era una tarde de quietud inmensa, era el éter donde las ideas flotan sin control y se agrandan y se deforman, y nos dan de la existencia una monstruosa imágen, que después suponemos real y queremos a toda costa substituir a lo real. Y lo real persiste, y todo

se ennegrece, y todo se amarga en la enorme disconformidad entre lo que se sueña y lo que se tiene. Y cuánto odio entonces para el instinto animal que despierta, para el indestructible instinto animal que dormita en el fondo de todas las almas, y que perdura, que no se extingue; porque, —como al dios de la leyenda brahamínica,— ni le hiere el hierro, ni el fuego le quema, ni el agua le sumerge, ni le arrastra el viento.

V

Si mil ideas extrañas pasaban por la mente de Lucio, profunda inquietud embargaba el espíritu de Juana. Algo anunciábale un peligro y le ordenaba retroceder; y otro algo, tan desconocido como el primero, la obligaba a avanzar. ¿Por qué esas incertidumbres dolorosas; por qué esos recelos injustificados, y por qué esos temores sin fundamento? Ella también había pasado los meses acariciando el recuerdo de su amigo, entregada a dulces ensueños de afecto intenso y perdurable. Se dormía tranquila, y cuando despertaba, toda convulsa con las fruiciones de caricias extrañas, la realidad de su aislamiento no la entristecía, no le causada pena alguna: esperaba confiada. ¡Era tan natural que esperase y estaba tan convencida de que no había de esperar en vano! Cuando se moría de fastidio en los penosos días del invierno, esperó tranquilamente las luces, los colores y los perfumes de la primavera; la primavera de su vida debía llegar también: ella confiaba. Todas las tardes escudriñaba el horizonte; y cuando la noche se hacía y

ningún jinete se columbraba trotando en dirección al Puesto del Fondo, se recogía en perfecta calma, expresando con un "todavía no", la certeza que tenía de la vuelta de su amigo. Él vendría. Y bien: desde la víspera estaba en su casa el anhelado mensajero de la felicidad. ¿Estaba más contenta, era más dichosa? Aun para otra alma más capaz de esos dolorosos análisis que descomponen y clasifican cada una de las piezas de un sentimiento, hubiera sido complicado y curioso el problema. A ella sólo le era posible notar, sin explicárselo, el fenómeno de sus penas y alegrías, íntimamente mezcladas y confundidas. Lo único cierto es que aceptaba complacida aquella dualidad que saboreaba como una pulpa de butiá que daba a su paladar alternadas sensaciones de agrio y dulce. Hubiera sido feliz en el abandono del hecho aceptado sin explicación; pero su mente inquieta,— el *algo extraño,* misterioso y lejano, que tenía como incrustado en el fondo del alma,— se rebelaba contra esa indiferencia y trabajaba con penoso afán investigando el obscuro por qué ¿Acaso no había encontrado a Lucio tal cual lo imaginaba en sus castos sueños de virgen? ¿No había visto, —horas antes,— lucir el más acendrado cariño en la intensa luz de la mirada del joven? La pasión, la honradez, la bondad y la pureza, —inmaculadas vestales del espíritu,— se bañaban en la luz transparente de aquellos ojos pardos; y ella lo había visto y había abierto su corazón en una mirada semejante. Su esperanza se cumplía, su sueño se realizaba, y en ese mismo momento una insólita congoja llegaba a obscurecer el cielo azul de sus anhelos de ventura... Los primeros tiempos pasados en el Puesto del Fondo, en medio del pajonal inundado durante un invierno

crudo, sola, aislada, enterrada viva, sin ver otro rostro que el rostro adusto del trenzador, sin oír otra voz que los agrios gruñidos del viejo, fueron para ella terribles tiempos, espantosa prueba impuesta a su alma virgen, inocente y cariñosa, y a su débil ser, a su cuerpo endeble y frágil, de un completo refinamiento femenino. Le faltó la luz y el aire, el bosque y la loma, y empezó a palidecer y enfermarse como pájaro nostálgico de la libertad perdida y del clima lejano donde lanzó sus primeros trinos. Su temperamento vino en su auxilio, y la esperanza la salvó. Sin que jamás hubiera precisado sus anhelos, cifraba en Lucio su redención; y era natural que así fuese, no teniendo ningún otro afecto, ningún otro cariño, ningún corazón humano de quien esperar bondades y protección. Su estadía en el Puesto del Fondo no debía de ser sino un episodio de su vida: lo sentía, lo adivinaba, y esa certeza le daba una absoluta resignación. Ni un solo proyecto, ni un solo cálculo nació en su alma esencialmente contemplativa. Presentía un porvenir luminoso, pero jamás edificó en el porvenir. No quería o no podía romper el encanto del misterio. Después de todo, puesto que había de ser feliz, ¿qué le importaba saber cómo? La felicidad no tiene forma. Ella vendría y la llevaría en sus alas azules, sin que fuera necesario preguntarle adónde, ni con qué rumbo, por quién o con quién. Pero he ahí que en el instante esperado, el rumor sordo del oleaje que mece la nave, la asusta y la intimida. Lo que fue su mayor placer, se tornaba en su mayor tormento. Ella, que no había querido analizar nada, se encontraba de pronto con el problema entero que exigía inmediata resolución, y su inteligencia se perdía en ese laberinto. Todo era incierto, y por eso temible. Lo

que se ve y se palpa, jamás atemoriza como lo que se presiente y se ignora. Acosada por los torbellinos que se desencadenaban en su alma cada vez que se empeñaba en un raciocinio, había adquirido el hábito de sentar los problemas y dejar la resolución confiada al tiempo Ante el gran problema de su vida, que se levantaba intrincado y multiforme, se había encogido de hombros. Y ahora que era necesario resolver, —no uno o varios enunciados,— sino todo el problema, —y rápidamente, en pocas horas,— la joven quedó aterrada. Algo había visto; la revelación leída en el rostro de Lucio, y su propia revelación, habían abierto una ventana por la cual pasaba bastante luz, más de la suficiente quizá, y que quizá sólo serviría para hacerle más difícil el deletreo en el libro extraño.

A medida que avanzaba en la angosta senda del pajonal, su confusión crecía, y no ahorraba esfuerzo ni pretexto para ocultarla de la mejor manera. Ni un momento cesaba de hablar, enumerando las ignoradas riquezas que contenía el bañado. Aquí arrancaba una planta de *apio cimarrón,* y se empeñaba en disertaciones sobre su virtud en la curación de las heridas; allí descubría una *calaguala,* —admirable yerba, considerada como el más poderoso de los depurativos conocidos;— más allá encontraba un *pipirí,*— a cuya acción no había hemorragia rebelde; — y en esa forma continuaba mostrando sus grandes conocimientos de herborista y su vasta ilustración en materia de medicina casera Entre tanto, Lucio escuchaba en silencio, incapaz de advertir el ligero cambio operado en el timbre de voz de su amiga, y menos capaz

aún de darse cuenta de su estado de ánimo. Para él continuaba el mismo sueño de una dulzura deliciosa y se estremeció cuando ella, deteniéndose, exclamó:

—Es una lástima que no hay flores ¡A mí me gustan tanto las flores! Las de ceibo, las de arrayán, y sobre todo las margaritas, ¡las margaritas blancas!

—Pero, en cambio, —continuó,— hay yuyos lindos. Mire éste...

Al decir esto, se agachó para arrancar una rama de *culantrillo*, de innumerables hojas menudas, de un verde pálido, tierno y luciente, que semejaban admirable filigrana. Lucio la miró, y en sus ojos pardos, húmedos, que hacían esfuerzos por hablar, por suplir la torpeza de la palabra, Juana volvió a ver el inmenso cariño que el mozo le brindaba. Presa ella también de infinita languidez, de imperiosa necesidad de afección, le alargó la rama cuyas pequeñísimas hojas temblaban todas con el temblor de la mano que la sostenía.

—¿La quiere? —dijo.

Su voz temblaba como su brazo, y en el azul profundo, misterioso y fascinante de sus ojos, había como un deseo de concluir de una vez, de arrancar la confesión esperada y temida. En una actitud de delicioso abandono, casi rígida, con el brazo izquierdo caído a lo largo del cuerpo, el seno agitado, los labios contraídos, el semblante pálido, alzábase como una aparición entre las hojas largas, finas y amarillentas de la paja brava.

El mozo había tomado la rama febrilmente, la sangre había afluído a su faz, y la voz se había anudado en su garganta Sólo después de varios segundos pudo decir con voz trémula:

—Gracias.

Y en ese solo vocablo, en esa única y vulgar palabra, había una ternura, un abandono de una alma a otra alma, un acento tal de agradecimiento, de pasión y de felicidad, que Juana sintió humedecerse sus ojos por el llanto. Queriendo ocultar su turbación:

—¿Es linda? —preguntó

—Es linda, sí, muy linda; pero no tan linda como vos.

¡Pero no tan linda como vos! Era la primera galantería, y la primera vez que Lucio se atrevía a tutearla. Juana sintió que la sangre le quemaba las mejillas, que el corazón le saltaba dentro del pecho, y sin responder palabra, dio la espalda y siguió andando. Aquel *tú* que por primera vez volvía a resonar en sus oídos como el acorde de una melodía ya casi olvidada, fue una punzada en su alma, toda inocencia y toda ingenuidad, y su alma se estremeció como el pájaro que oye resonar un tiro en el interior de la selva. Sintió que su cuerpo era pequeño para contener la emoción, y un deseo insólito de grandes cosas, de extraordinarias empresas ardió en su seno. Vio ya cercano, inmediato e inevitable el desenlace que ansiaba, y sintió brotar de las entrañas de su ser, de la masa de su sangre, una irresistible necesidad de sacrificio, de esfuerzo hercúleo, de realizar algo grande y notable. Viose crecer y alzarse sobre su medio y sus semejantes por un poder misterioso que no lograba definir ni explicar. Revelada por el amor, al amor consagraría aquella incomprensible fuerza.

Marchaba precipitadamente haciendo crujir las pajas secas. Ya no se detenía; sus piernas eran presa de un temblor nervioso que la impulsaba al movimiento. Su corazón latía tan aprisa, que la ahogaba.

En cuanto a él, había agotado todas sus energías en las pocas palabras pronunciadas y seguía a Juana inconsciente y sin voluntad, como se sigue al baqueano en las cruzadas de campo en noche obscura. En su alma era noche obscura; pero una dulce y halagadora obscuridad, que ocultando las cosas, dejaba a la imaginación figurárselas más bellas y perfectas. Otra vez volvía a su memoria la tenaz estrofa:

El amor es un campo
tan sin camino,
que hasta los más baquianos
pierden el tino.

Pero ahora, la música del ritmo le halagaba y la idea no volvía a atormentarle como antes. No estaba bien cierto de si era *amor* el nombre del campo por el cual viajaba su espíritu; pero no obstante haber perdido el tino, —lo que no debía extrañar, pues que no era baqueano en tal paraje,— no por eso dejaba de experimentar un bienestar y una felicidad nunca conocidos. Para él, la existencia no tenía ni pasado ni porvenir; no le atormentaba la necesidad de análisis, y pobre, sin una propiedad, sin probabilidades de adquirirla, era absolutamente dichoso en la dicha del momento, con esa soberbia indolencia nativa, en esa completa indiferencia fatalista de la raza, para la cual no existe el pavoroso fantasma del mañana.

Habían llegado al final de la senda, y este final era algo así como una calva circular, como una tonsura del bañado El terreno era más alto, y por ello

más sólido. El panorama, observado desde allí, presentaba una belleza imponente. Circundando la calva extendíase a los cuatro vientos la enorme masa negra del estero, tan liso, tan igual, que semejaba un cielo obscuro en frente del cielo claro, blanco mate, sin una nube, que flotaba arriba. Los dos jóvenes estaban como tragados por la vegetación. De Lucio sólo la cabeza dominaba el pajonal; y Juana debía alzarse sobre la punta de los pies para dominar el horizonte, tendiendo la vista por encima de la inmensa superficie plana y quieta. En presencia de aquel paisaje exótico y grande, la agitación de la joven disminuyó notablemente ¡Cuántas veces había ido hasta "la isla", —la *Isla del Ñandú,* como ella la llamaba por haber encontrado allí en un verano varios huevos de esta ave,— y había permanecido interminables horas en curiosa observación y grato abandono! En las mañanas, cuando la aurora incendiaba el levante y en las puntas de las hojas brillaba el rocío y caía en gotas heladas sacudido por la brisa, ¡cuántas veces había llegado, —empapadas sus alpargatas de lona, rubicunda la faz y amoratadas las manos,— para extasiarse en la contemplación de su dominio, enteramente dominada por la tendencia poética de su espíritu delicado! Y en las tardes, languideciendo a medida que languidecía la luz, absorbida por la tristeza dulce de aquella plácida agonía, ¡cuántas veces había despertado con el insólito grito de una lechuza, y había echado a correr hacia "las casas", trémula, despavorida, asustada de encontrarse sola entre las pajas y entre las sombras en el silencio amedrentador del obscurecer del campo! Luego, cuando concluída la cena se dormía sin que la molestaran los formidables ronquidos de don Zoilo, su sueño pro-

longábase tranquilo, apacible y dulce como bajo la acción de un narcótico: delicioso sueño de una blancura virginal, en el cual su alma de casta transparencia se bañaba en las ondas rosadas de sus indefinidas esperanzas.

Convertidos los dos en un mismo y único ser, fundidos en un solo espíritu, observaban el paisaje sin atreverse a pronunciar una palabra que hubiera podido romper el encanto de aquel éxtasis gratísimo. Al norte y al sur, al este y al oeste, por doquiera tendieran la mirada, no veían otra cosa que la inconmensurable mar obscura del bañado. Y ni un sonido, ni una voz, ni un canto de ave, ni un rumor de voces, ni un rozamiento de ramas turbaban la tierna melancolía de la tarde. El pajonal extendíase indefinidamente, con su apariencia de océano bonancible incapaz de encrespamientos, traiciones y rugidos. Apenas si algunos *caraguatas,* —más altos y más pálidos,— descollaban sobre la uniforme vegetación. Después, la espadaña y la achira confundían sus hojas con las hojas silicosas de las gigantes gramíneas. A lo lejos, muy lejos, una línea obscura denunciaba el bosque de Gutiérrez, y todavía más lejos, una especie de vapor gris, que costaba trabajo separar del gris claro del horizonte, indicaba la sierra, la alta, y abrupta sierra a cuyos pies corría rumoroso el Cebollatí. A los lados era difícil adivinar dónde concluía el bañado y comenzaba la tierra firme: todo era uno, y el campo, inmenso, se presentaba desde allí como un interminable esteral, sin límites visibles, ampliamente iluminado por la luz transparente de una tarde de invierno templada y serena. Desde allí no se veía ninguna vivienda, —ni aun los ranchos del trenzador,— ningun grupo de vacunos, ningún rebaño

de ovejas, ninguna manifestación de vida. Aquella soledad producía en el alma como un deseo de anonadamiento, de aniquilarse, de desaparecer se estaba allí como sobre un árido peñasco perdido en la inmensidad del mar. Habitualmente los chajás pasaban batiendo las alas pesadas y los patos silvestres cruzaban veloces en grandes bandadas obscuras; pero ese día los chajás debían dormitar en la loma y los patos debían bañarse en la laguna, del mismo modo que los ofidios reposaban letárgicos en sus cuevas Había algo de opresión, algo de enfermizo: parecía que la naturaleza respiraba con pena.

Por un largo rato estuvieron en silencio, encantados de aquel aislamiento y de aquella soledad. Ellos eran todo el mundo: la familia ignorada del uno, la familia desaparecida de la otra. Prometíase ella renovar el calor de los afectos perdidos con la muerte de sus padres, y él soñaba con las delicias, —nunca conocidas,— de un hogar y una familia. Y como si aquella fusión de sus almas hubiera amenguado la timidez de Lucio, éste se atrevió a aproximarse más a Juana y a tomarle una mano, que por unos instantes conservó entre las suyas. Después, mirando al suelo y con la voz estrangulada, haciendo el más poderoso esfuerzo de los realizados en su vida toda, murmuró:

—¡Te quiero!...

Todas las declaraciones de amor valen lo mismo. ¿Acaso quien las escucha pone atención a las palabras con que son formuladas? La de Lucio no podía ser más torpe ni más sincera, pero bastaba; pues era la firma que debía completar el documento tácitamente redactado y aceptado. una mera fórmula. Juana, que esperaba esa confesión, que estaba segu-

ra de oirla, no pudo, sin embargo, dominarse e impedir que brillara en sus pupilas la fugitiva luz de su alegría. Fugitiva, porque no obstante su ingenuidad, era mujer, al fin, y tenía, como tal, el don innato del disimulo. Así, reprimiendo sus impulsos, hizo una mueca burlona con su boca larga y triste, y sonriendo, —más con los ojos que con los labios,— dijo afectando dudas:

—¿De verdad?

Y como el mozo con la boca entreabierta y la mirada angustiosa, no hallara respuesta, ella sintió compasión, lo bañó con la luz suavísima de sus ojos azules, y preguntó con un tono que indicaba la aceptación de su cariño:

—¿Mucho?

—¡Mucho!

—¿Pero mucho, mucho?

—¡Mucho! ... ¿Y vos? ...

—¿Yo? ... Yo no te he olvidado nunca; yo te esperaba, segura de que ibas a venir. Encontrarme sin vos, vivir sin vos, imaginarme la vida sin vos, me hubiera parecido tan extraño como si un día me hubiera despertado con el pelo negro o los ojos oscuros! ...

Siguieron hablando así, y cada palabra pronunciada no era solamente una caricia inmediata, sino una promesa de caricias futuras. Y ella, dominando al joven por su superioridad intelectual, tenía para él mimos de madre, dulce y cariñosa pedantería. La alegría desbordaba en su corazón, aliviado de un peso enorme, de los tristes pensamientos que poco antes se habían condensado y habían como formado una masa con el polvo flotante de sus dudas. Al presente, segura del porvenir, su alma inquieta go-

zaba de deliciosa calma. Lucio era suyo, como ella era de Lucio; sus existencias quedaban unidas, y una vez conocido el fin, el objeto de la vida, no había más sino vivir tranquila y dichosamente. ¿No habían sido ésas sus ideas de siempre? ¿No estaba convencida de que así había de ser? . . . Al decirle a Lucio que vivir sin él, concebir la vida sin él, le hubiera sido tan extraño y le hubiera parecido tan imposible como despertar con los cabellos negros y los ojos obscuros, había mostrado el fondo mismo de su conciencia, había repetido en voz alta y con adorable ingenuidad, lo que mentalmente se decía a todas horas.

En tanto, el tiempo transcurría, el sol había bajado y ya no se veían más que unos manchones de púrpura en el poniente. Las tinieblas pesadas y frías comenzaban a caer sobre el bañado, que había adquirido una inmovilidad de muerto. Del fondo brotaba un olor fuerte y húmedo, como si fuera el aliento pestilencial del monstruo dormido Juana se estremeció y dijo al mozo con voz imperiosa:

—Vamonós, hace frío.

Él la miró y exclamó con pena:

—¿Ya!

¡Ya! . . . ¡Volver al lado del viejo felino, separarse al día siguiente, no verse en mucho tiempo! . . . ¡Oh! Diez años antes, un Lucio y una Juana no hubieran titubeado: ¡él la habría alzado en la grupa de su pangaré y habría marchado con ella, al trote, rumbo al pago, los dos tranquilos y los dos contentos! Pero los tiempos habían cambiado. Ella había ido a la escuela y había oído misas; ahora

las costumbres eran otras; ya sólo los matreros "robaban chinas" en la campaña uruguaya.

Conmovida por la tristeza del joven, le cogió la mano y volvió a decirle con dulzura:

—Sí, vamos; es muy tarde.

Sin resistencia, él la siguió, conducido de la mano. Su rostro ardía, sus ojos brillaban, sus labios temblaban y su corazón latía furiosamente. Como la senda era angosta, sus cuerpos se rozaban a cada instante, y a cada contacto el joven sentía una llama extraña incendiarle la sangre... De pronto, Juana lanzó un grito y quedó inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Lucio, brutalmente, estúpidamente, había soltado la mano, abrazándola y oprimiéndola con toda su fuerza. Al mismo tiempo, sus labios buscaban los labios de Juana y la quemaba con su aliento de fuego. Intentó voltearla, y ella de un salto brusco se escapó de sus brazos.

Entre las pajas, que casi la cubrían, con la rubia cabellera en desorden, muy pálida, muy contraídos los labios delgados, permaneció mirando a su agresor con una terrible expresión de fiereza y de orgullo. Las pupilas azules se habían obscurecido y su mirada era aguda y brillante como una lámina de acero; mirada de desprecio y de desafío, mirada de amo al lacayo insolente... Lucio la recibió como un latigazo en medio del rostro. Palideció a su vez ante el insulto, y su primer impulso fue arrojarse nuevamente sobre la joven; en seguida, otra voz le habló, dejó caer lo brazos y bajó la cabeza en la actitud de la fiera domada. Después, con frase humilde, —una frase que se arrastraba por el suelo como perro castigado,— empezó a hablar y a rogar, sin

alzar la vista, fascinado por aquella mirada que sentía clavada en él, imperiosa y dura.

Juana se acercó al fin, y entonces él se atrevió a dirigirle una tristísima mirada de dolor, de arrepentimiento y de súplica. ¡Sería posible! ¿Iría a perderla para siempre, para siempre, por la incomprensible brutalidad de un segundo, por un enloquecimiento momentáneo? . . . ¿Todos sus sueños, todas sus esperanzas habían de hundirse en la nada, y en el mismo instante en que los había visto al alcance de su mano? Ante su espíritu se presentó la horrible frialdad de su existencia de huérfano y tembló como un condenado a muerte. Le pareció que la dulce felicidad de momentos antes, había sido un ensueño, una alucinación, y que su vida no había nunca dejado de ser una miserable vida vacía de ser sin familia y sin afectos. ¡Qué pesadilla! . . .

Los ojos de Juana estaban todavía turbios, pero ya eran azules. El seno alzábase con violencia, las mejillas estaban pálidas aún; pero ya el rostro había perdido aquella ruda expresión de desdén y de desafío.

—¡Qué malo! —exclamó y si la voz temblaba un poco, no era dura.

Y cuando lo vio tan humilde, tan rendido, casi muerto, pintada en el semblante la sinceridad de su arrepentimiento, volvió a tomarle la mano y lo llevó como un niño a quien se perdona y se rezonga.

¡Cómo! Él, el sostén, el auxilio, el amparo, el hombre, el *marido*, —todo lo que ella había ideado y acariciado,— ¿no deseaba otra cosa que el placer brutal? Ese placer, que ella apenas presentía sin desearlo, se le presentaba como una dolorosa necesidad, sacrificio grato, pues debía darle la satisfac-

ción de los hijos; y tener hijos era su ideal; cuidarlos, amarlos, emplear en ellos la inmensa ternura de su alma. Era hasta una necesidad que ella sentía; una necesidad para apagar las pavorosas inquietudes de su espíritu. Su existencia tendría un fin, una razón de ser. En cuanto a Lucio, lo amaría mucho, mucho por el inmenso bien que le aportaba; lo amaría como el esposo, como el padre, como el compañero, como el jefe y sostén de su hogar. Su espíritu, que tenía extrañas lucideces, —clarovidencias ancestrales,— se preguntaba si podía existir el amor por el amor; y se contestaba que no: que éste debía ser un accidente de la vida, pero no la vida entera. La vida entrañaba una misión más grande. ¿Cuál? Lo ignoraba; esas cosas no se saben: el azar las descubre y el tiempo las realiza. ¡Y Lucio, el elegido, pensaba en la brutalidad del amor, exigía y esperaba de ella solamente la brutalidad del amor!... No; ¡no podía ser así! Ella sería muy desgraciada, muy desgraciada...

Y sollozando recostó su cabeza en el hombro de Lucio, que trataba de consolarla y de sincerarse.

—¡Pero no! ¡pero no! —exclamaba desesperado—. ¡Si yo haré todo lo que vos quieras, todo lo que vos me mandés! ¡Pero no llorés, no me quieras mal!...

Llegaron a las casas con noche cerrada; pero en sus almas había vuelto a entrar la luz. En la cocina, junto al fogón donde ardía fuego abundante, don Zoilo tomaba mate sentado en el banco de ceibo, los pies entre la ceniza y la caldera entre las piernas. La llama iluminaba su faz bravía con siniestros res-

plandores rojos. En aquel instante y en su casi desnudez de semi bárbaro, parecía un ejemplar de razas muertas, —de las razas primitivas,— misteriosamente animado. Sobre sus anchas espaldas musculosas, el poncho atigrado hacía pensar en la manta de piel de *Felis Spelœa.* La cara larga y ancha, de maxilar potente: el cráneo oprimido y alargado; las enormes arcadas superciliares; la frente estrecha y fugaz, rasgada por ancho surco transversal y coronada por ruda y espesa cabellera, traían a la memoria el fiero habitante de las cavernas, el sañudo cazador de *Urus* y de *Ursus.* Ser monstruoso, —despertado tras un sueño de veinte mil años, —en cuclillas junto a la boca de la caverna, en la profunda quietud de la noche, disforme, repulsivo, horrendo, su mirada era roja, intensa, hiriente y mala.

Ante aquella aparición, Lucio quedóse ahito, y Juana también palideció, no obstante estar acostumbrada al trato del ogro inofensivo. Dieron las buenas noches y el viejo no contestó, inclinó la cabeza, concluyó el mate, dejó la calabaza en el suelo y se puso a trabajar en un cabestro "potriador" de "trenza de seis", con "yapa" de "trenza de ocho", gruesas argollas de metal amarillo y "entapetao" de cuero de lagarto.

Juana lavó el mate, le echó yerba nueva y se lo pasó a Lucio para que cebara mientras ella preparaba el asado de carnero. El trenzador no despreció el porongo que le alcanzó el joven, y aquella complacencia animó un poco a éste, que se atrevió a hablar elogiando el trabajo.

—¡Lindo cabresto! —dijo;— ¡y fuerte como pa bagual pescuecero!

El ogro, complacido, lo miró de un modo menos feroz y le alcanzó el mate, en vez de dejarlo en el suelo, según su costumbre.

—¡Ojalá le haga buen tiempo mañana!— exclamó la joven dirigiéndose a Lucio. —¡Es un viaje tan largo!

—¿Mu lejo?... —gruñó don Zoilo, con admiración de los dos jóvenes

Y Lucio, alegre, al ver la fisonomía risueña de Juana y la inesperada amabilidad del viejo tío, habló del viaje.

—¡Ya lo creo! Tres días por mal camino, mucho bañao, mucho arroyo "hinchao"; setenta leguas que trotar.

—¿Setenta leguas? —preguntó la niña asombrada. Y Lucio respondió:

—¿Setenta?... ¡Ya lo creo!... y de las que cachetió el diablo.

El costillar se había dorado; se cenó, se volvió al mate amargo, y poco después don Zoilo ganó su catre de cuero. Los dos enamorados estuvieron todavía un rato, de pie en medio del patio, iluminados por espléndida luna nueva, concluyendo la reconciliación y haciéndose mutuas promesas y juramentos de eterno afecto. Al despedirse, se apretaron la mano, y como Lucio hizo ademán de separarse en silencio, Juana dio un paso, le acercó el rostro y le dijo con voz muy tenue, muy suave, casi un murmullo:

—Dame un beso... pero no como hoy.

Él vio aquellas mejillas pálidas que la luz de la luna hacía más pálidas, aquellos cabellos dorados como oro en hebras, aquella frente blanca y pura como una margarita, y aquellos ojos azules, de un

azul intenso y suave y hondo como cielo de otoño; y notó en todo el conjunto tanta pureza, tanta castidad, que ni por un momento le asaltó la fiebre del deseo que le atormentó durante la tarde. Con la tranquilidad de la dicha completa, acercó los labios y besó los labios de Juana, del mismo modo que los besaba cuando corrían juntos por las cuchillas.

—¡Así! —murmuró ella satisfecha; y se separaron.

VI

En la Estancia, —entregado de nuevo y con mayor empeño a las tareas camperas,— Lucio guardaba absoluta reserva. Para sus compañeros nada había cambiado en él: la misma seriedad, la misma parcidad de palabras, idéntico amor a la soledad y al aislamiento. Sin embargo, observadores más sagaces hubieran notado en su rostro una expresión de calma, de íntima satisfacción interior, de felicidad tan intensa como silenciosa. Y esa reserva era espontánea, sin cálculos y sin esfuerzo: el correr lento y suave del arroyuelo, que sólo inusitados temporales pueden, —muy de tarde en tarde,— hinchar y hacer rugir. En la resolución del primer problema que agitó su alma, tan ignorante como ingenua, creyó libre de todo obstáculo la obscura senda de la vida. Muerto el pasado incierto y angustioso, sólo quedaba el presente incoloro, que se confundía con un porvenir no menos incoloro. Con su temperamento grueso, con su sensibilidad rudimentaria, incapaz de sentir y comprender lo sutil, ajeno al doloroso placer

de las sensaciones instables, sus ideas tenían el privilegio de arraigarse en la tierra donde una vez lograban posarse. Tenía, —como su raza,— el arranque violento y fugitivo; y, como ella, el don de dormirse en la hora actual sin una idea en la frente, sin una inquietud en el espíritu, confiando en que los días se sucederían iguales, aportando alegrías o dolores, como aporta sus lluvias el invierno y sus flores el verano Sin impaciencias esperaba el mes de noviembre, —fecha en que había prometido visitar nuevamente a Juana,— sin que ninguna otra preocupación le atormentase. Sabía demasiado que Juana sería suya por la unión legal y religiosa; unión a la cual no atinaba a fijar fecha. Y en la simplicidad de su alma, incapaz de recelo, —lo mismo que en la sobriedad de su temperamento,— encontraba poderosos auxiliares a su propósito de esperar confiado.

¿Qué podía temer? La duda lo martirizó mientras no llegó a conocer el designio de su antigua amiga; pero una vez que hubo recibido su confesión y su palabra, podía dormir tranquilo y satisfecho. Jamás se le ocurrió pensar que ella pudiera olvidarle; nunca imaginó que otros hombres pudieran robarle el único cariño que había hallado en su miserable existencia de expósito Muchas veces, —oyendo las conversaciones de los compañeros,— tornó a repetirse que no era igual a ellos, que un algo misterioso e incomprensible se alzaba como infranqueable barrera entre él y sus camaradas. Y como para él Juana era todo y superior a todos, no tardó en convencerse de que debía a ella su relativa superioridad; lo que acrecentó el culto idolátrico que profesaba a su blanca y sentimental amiga. Conforme y

hasta orgulloso con ocupar un puesto secundario, con ser como la sombra del astro adorado, sentía repugnancia por las expresiones groseras y el menosprecio con que hablaban de las mujeres sus compañeros de faenas. Una noche, después de la cena, en la tertulia habitual, Jesús Martínez contó la triste historia del infortunado *Gurí,* —aquel mozo fuerte y robusto que, *ligado* por una prostituta a quien amaba desesperadamente, se fue consumiendo de fiebre y de impotencia, hasta morir en medio de los más horrendos martirios imaginables; —y como uno de los presentes exclamara condolido: —"¡Pobre *Gurí!*" —él no pudo reprimirse, y contra su costumbre de escuchar los relatos en silencio, exclamó con vehemencia:

—¡Bien empleao!

—¿Por qué? —preguntó Jesús observándolo atentamente con sus ojos vivos e inteligentes.

—Por arrastrao! . . . —agregó Lucio con aspereza; y salió de la cocina perseguido por las risotadas de los peones, quienes dieron comienzo a una inclemente guerrilla de sátiras, a cual más mordaz, hasta que Jesús, parándose hosco y frunciendo el ceño.

—¡No reirse! —dijo con entonación imperativa—. El pensar es libre, y el hablar tamién.

—¿Avisá si sos gobierno? —interrogó Venancio, un pardito atrevido y lenguaraz.

—Pa calentarte el lomo a vos, pueda ser, cangalla, —replicó Jesús; y luego de dirigirle una mirada despreciativa, se puso en pie y salió en busca de Lucio.

En la sombra, recostado en un horcón de la enramada, el joven estaba tan ensimismado, que no

se dio cuenta de la aproximación de su amigo. ¿Cómo era posible que un hombre amase, —y que amase con delirio,— a una mujerzuela como Camila, la criminal querida del *Gurí?* Él había conocido a Juan Francisco Sosa, —*Gurí,*— y había simpatizado con él. Fue un mozo fuerte, duro como aspa de buey barcino, hecho a los rigores, incansable en el trabajo, sobrio en los placeres, y no se explicaba de qué manera pudo ser dominado por una vil criatura mercenaria. En vez de compasión, él sentía desprecio; no se arrepentía de lo dicho. Tal era su convencimiento, que no se le ocurrió recordar su origen, y la sombra de su madre no se alzó en su espíritu para imponerle silencio. Con el instinto de comparación de todos los enamorados, evocó a Juana y la vio de nuevo a su lado, en el patio del Puesto del Fondo, junto a la cocina. En la noche estrellada y fría, en la claridad indecisa que velaba el sueño del inmenso estero, el rostro pequeño y blanco, el cabello dorado, los ojos de un azul tierno de pétalo de flor silvestre, la boca de labios tristes, se le presentaban como personificación del amor franco y puro, hondo y perdurable, del verdadero y único amor que existía en el mundo. A su lado, ¡qué miseria en las infelices traficantes de caricias! y ¡qué miseria en los hombres susceptibles de embriagarse con el mosto grosero de las ternuras compradas! Otra vez resonaba en sus oídos la voz de la niña, aquella voz de rico timbre, siempre armonioso, ya fuese suave como un rozamiento de alas, ya vibrante y metálico, obedeciendo al mandato del algo extraño, imperioso y altivo que dormitaba en su alma, ya dulce y desmayada con la lánguida tristeza de las medias tintas del crepúsculo. Y aquella voz no fingía nunca,

no mentía nunca. Jamás aquellos labios que le habían besado con el más casto y acendrado de los afectos, se abrirían para dar paso a la baba fangosa y repugnante de la mentira, el más odioso y bajo de todos los defectos humanos!

Tenía el sombrero en la mano y sintió frío, el frío de la helada que caía menuda y cruel. Se cubrió y empezó a andar, campo afuera, inconscientemente. Una inquietud inexplicable le encendió la sangre, y a los pocos pasos dados tuvo que quitarse de nuevo el sombrero para refrescar sus sienes que ardían. El suelo blanqueaba ya, y la loma dilatada se extendía delante como una eternidad; arriba, un toldo gris, sin luna y sin estrellas, pesaba sobre el campo dormido. ¡La extraña y complicada máquina del alma humana! ¡La necia pretensión de los psicólogos profesionales de inducir estados de alma por datos fisiológicos, como se inducen fenómenos químicos por conocimientos físicos! ¿Se sabe nunca cuál es la causa que nos hace saltar bruscamente de la confianza a la duda, del placer al dolor? ¡Qué enorme cantidad de factores, internos y externos, físicos y morales, han debido aunarse y armonizarse para que un hombre pueda decir en un momento dado: "soy feliz!" Y en tal estado, infinitamente complejo, —y por ello instable,— ¿quién osará decir cuál fue la causa infinitamente pequeña que rompió el equilibrio, la insignificante presión que hizo estallar y volar convertida en impalpable polvo la lágrima bátava que parecía tan resistente y unida?... Por primera vez, —desde su viaje al Puesto del Fondo,— sentía Lucio batir inquieto su corazón; por primera vez, —desde su visita al ídolo,— tornábanle la inquietud y la duda; la duda sin causa, la inquietud sin

motivo, mil veces más dolorosas que las que tienen un hecho real por fundamento.

Ya lejos de las casas, marchando sin sentir el frío, se estremeció al oir la conocida voz de Jesús Martínez que le llamaba:

—Hermano Lucio, ¿ónde va?...

Lucio sintió la cólera de verse sorprendido en un instante de vergonzoso sentimentalismo, y respondió con dureza:

—Pasiando.

Jesús se le acercó, le puso sobre el hombro su pesada mano de trabajador, y le dijo con su habitual voz ruda, pero cariñosa:

—Vamos a hablar Vos sabés que soy amigo, y el amigo, como el caballo, es pa las ocasiones. Es al ñudo que ocultés No es la primera zorra que desuello, ni el primer bagual que jineteo. Cuando hay algo rompido se compone, y si no se puede componer se tira. Hablá no más.

—¿Y qué querés que hable?

—¡Perra! ¡lo que tenés tragao! El gomitar es gueno y alibea el estógamo A vos te se ha atravesao algo como guisao de pueblo y te regüelda. Pues andá largando y hacéle cara fiera, que pa algo dijo la partera varón.

—Charlás mucho.

—Juerza ha de ser, cuando vos te empacás. ¿Pa qué son las de rayar el patio?... Y dispués, ansina es la vida y ansina debe ser Vos sos guacho, como soy yo, y por eso te apreseo, y aunque no quieras, te he de arrancar del pantano y te he de mostrar la vida. ¡Pura osamenta, hermano, pura osamenta!

—Dejáme, hermano; dejáme y será fabor.

La voz de Jesús, que se había tornado de ruda en afectuosa, vibró con expresión de desprecio al exclamar:

—¡Penar por hembras!...

Y luego, completando la frase

—¡Penar por pulpa flaca!... Güeno pa los zorros y los caranchos, que son sabandija... pal hombre es verguenza!

Lucio se estremeció y tuvo tentaciones de arrojarse sobre su único amigo, el único hombre que le había manifestado afecto. Después, dominado por esa imperiosa necesidad de confidencias que hace presa de todos los corazones enamorados, aun de los más recelosos y huraños, contuvo su impulso y dijo con calma:

—No me preguntés nada. Vos sabés cuál es y sabés que es buena. Yo la quiero y ella me quiere. Hablar de estas cosas es zonzo.

—Hablar es zonzo y no hablar puede ser fiero. Negocio de faldas, mal negocio, amigo; se gana tuito o se pierde tuito, mesmamente como al monte, a una carta arrastrada, a un tres como a una sota. Y en ocasiones se pierde el cuero. No te reibas: yo sé que sos guapo; pero morir por morir, más vale estirar la pata en cosa güena y mirando el peligro, que jipiar a lo bobo como vaca loca en pantano duro. Hay que mirar y hay que hacer por la riña pa siquiera merecer compasión Quien por su gusto se rinde, razón será que padezca. Vos conocés el refrán.

Tartamudeando, con frase concisa y acento seco, Lucio respondió:

—Semos amigos... bueno... Todo osamenta,

como vos decís... Cada uno cuida su caballo y le sabe el tiro...

Y Jesús, otra vez huraño y hosco:

—¡Clavao! —dijo—. ¿No me precisás?

—No.

—Güenas noches Cuando la calentura te se pase o el peligro te apriete, acordate que tenés el amigo.

Y dando media vuelta, escupió con rabia y se alejó en silencio, malhumorado y aprisa.

Ya tarde, Lucio ganó el galpón y se tiró en su catre sin tomarse la molestia de quitarse las ropas. Al otro día, muy de madrugada, se levantó para concurrir a la parada de rodeo, y en el correr afanoso, en la lucha tenaz con el novillo chúcaro y la vaca mañera, su tristeza desapareció, se borró por completo, devolviendo a su alma la envidiable tranquilidad de la *laguna cortada*, donde las aguas duermen guardadas por los sauces y los mimbres de la ribera. Los días se sucedieron después, uniformes e incoloros. Ya marcado el rumbo de la existencia, él debía andar, sereno y confiado, llevando en el alma el bálsamo de la desidia nativa, la suprema indiferencia fatalista de su raza Ya no cuidaba el cabello y la barba, ya no se preocupaba del vestir, ya no pensaba en el pangaré que, suelto en el potrero, criaba la crin y pastaba a gusto, aumentando en pulpas y en vientre y perdiendo en agilidad y belleza. El mañana decidiría del mañana; lo por venir, vendría. Jesús no volvió a hablarle de sus amores, él no concurrió a las tertulias de la cocina; la vida siguió su curso regular y metódico, sin ningún incidente apreciable.

En tanto, allá lejos, en el Puesto del Fondo, en la negra covacha perdida, como un aperiá, entre el extenso mar de paja, Juana languidecía de amor y de deseos. A medida que el tiempo pasaba, que los años venían con su pardo ropaje de crueles enseñanzas, su desazón crecía y criaba cuerpo el *algo extraño,* misterioso y terrible, que dormitaba en el fondo de su alma como una planta epífita. Barrocas y dolorosas lucideces de su espíritu, que tenía el brillo deslumbrante y momentáneo de los lastrales besados por el sol meridiano; peligrosos espejismos, tentadores mirajes que arrancaban su pensamiento al prosaico riel de la existencia, para hacerlo vagar sin rumbo y sin freno, en el amplio cielo azul de la ilusión y el ensueño. Las primeras semanas que siguieron a la partida de Lucio, fueron para ella los días más apacibles, quizá los últimos instantes de dicha serena. Más infeliz que su amigo, no le era dable el olvido, la confianza en el porvenir, el vivir sosegado a la espera de los acontecimientos que debían sucederse por ley fatal. Durante las noches, sueños extraños turbaban su reposo, manteníanla en continua agitación febril y la obligaban a levantarse al alba, vestirse aprisa y correr al bañado, donde el aire fresco y húmedo refrescaba sus sienes y calmaba su inexplicable desasosiego. La vieron errar, pálida y temblorosa, por las sendas estrechas, las claras mañanas de invierno, —esas mañanas en que el cielo tiene la fría blancura de los copos de nieve;— y la vieron errar, —encorvado el cuerpo flexible y débil, inclinada la pequeña cabeza ornada de rubia madeja,— las tardes crueles, los ásperos crepúsculos. En vano recurría a la voluntad y a la razón para ahuyentar los ridículos e inclementes fantasmas. la razón per-

manecía muda, la voluntad era sorda a su llamado. Entonces, presa de mortal angustia, solía caer de rodillas sobre el limo y orar largas horas, recitar vehementes preces, interrumpidas por hondos sollozos que la ahogaban. Y si la desesperante inquietud desaparecía, era para volver más tarde encarnizada y feroz.

Jamás había sido tan activa. El arreglo de la casa, la limpieza, el trabajo de la cocina, todo era hecho con asombrosa celeridad; como si la mano brutal que la atormentaba, la empujara, ansiosa de tenerla a su disposición, celosa de los pocos momentos que le robaban las ocupaciones materiales de la joven. La infeliz lo sabía bien, y sin embargo obedecía a aquel oculto tirano incapaz de conmiseración. En ocasiones la cólera encendía sus mejillas, que tenían de ordinario la palidez de una flor de invernáculo; y la rebelión sacudía sus pobres miembros enflaquecidos, como un enfermo crónico que se enfurece contra la pertinaz dolencia. Como si no fuese bastante desgracia la condición de su vida de huérfana, la pérdida de toda su familia en la edad en que es más necesario el calor del hogar, todavía su alma extraña le aportaba nuevas y más dolorosas sensaciones. Una maldición debía pesar sobre ella, debía expiar algún gran delito cometido por los suyos, debía ser la mártir que pagara el voluptuoso placer, —tan intenso como fugaz,— saboreado por sus abuelos en las lujuriantes frondosidades del Río Negro. Todo un pasado de melancolía, —de ambiciones no satisfechas, de esperanzas tronchadas, de ensueños marchitados, de placeres incompletos,— pesaba sobre ella y la envolvía como una niebla gris, densa y fría. Producto de aquel héroe frustrado, —visionario romántico, arrancado a su delirio de cosas grandes por

un vuelco repentino del azar,— y de aquella china viril, destinada a engendrar hijos de matreros, morrudos y vigorosos, — resultó ella, por herencia atávica, un fruto exótico sin destino ni misión. ¡Nunca, nunca, había sido feliz! ¡Oh! evocando recuerdos, veía ahora bien claro el pasado, y el porvenir vagamente alumbrado por la luz de su temperamento enfermizo. ¿No habían sido monstruosa su niñez, ridículos sus juegos, siniestros sus placeres? . . . Sí; la chicuela que corría por las lomas, al gran sol, suelto el cabello y desnudos los pies, riendo y llorando a un tiempo, era la misma joven que ahora penaba, languideciendo sin causa justificada y sin motivo aparente. Cuando creyó que había empezado su verdadera vida, vio con horror que lo que tomara como un sol esplendente, era la misma estrella pálida que había alumbrado la senda penosa de sus primeros años. Hojeando sus recuerdos, —como se hojean los viejos cuadernos de impresiones íntimas, anotados en la edad en que aún no se han conocido las grandes impresiones, abandonados y olvidados más tarde;— hojeando sus recuerdos encontraba una admirable conformidad, una manifiesta semejanza entre las efímeras inquietudes de su niñez y las persistentes inquietudes actuales. La pequeñuela que había enseñado a Lucio a *jugar a los muertos;* la niña que en la edad de las eternas alegrías amaba desfallecer, anonadarse, *morir,* para gozar las misteriosas y torturantes delicias de una infinita melancolía, era la misma mujer, acosada, flagelada por una terrible fuerza desconocida, por un misterioso veneno que llevaba en la sangre y la incendiaba. En un principio tuvo fe; creyó que del afecto de Lucio dependía el rumbo de su existencia, y cuando se supo amada, trató de engañarse, diciéndose que el hogar,

los hijos, el esposo, la vida sosegada y llena de afectos, era su ambición, sería el cumplimiento de la misión que le estaba encomendada en el mundo. Y sin embargo, cuando la inquietud tornó a invadirla, su confianza se desvaneció y se sintió irremisiblemente condenada. En el desequilibrio producido en su espíritu, en el completo descorazonamiento ocasionado por aquel gran desengaño, no se le ocurrió pensar que hubiera equivocado el camino y que la felicidad podía existir en otra parte. Condenada, fatalmente condenada por delitos que no había cometido, sentía en el alma la lasitud de las luchas irrazonables, el *no puedo más* que hace desear la muerte como último y supremo alivio. ¿Cómo luchar contra un destino feroz que se complacía en acercarle a los labios la copa de la dicha, para alejarla brutalmente cuando iba a saciar su sed? ¡Oh, la pálida estrella que alumbraba la senda de su vida sonriendo con expresión malvada!... Y su existencia se le aparecía delante, uniforme y quieta, árida y sombría, como inmensa planicie erial.

La crisis continuaba cada vez más intensa. El alma de la pobre niña estaba como jardín devastado por el huracán: tiernos tallos trozados, suaves pétalos desgarrados y marchitos... ¡Daba compasión! ¡La misteriosa fuerza que, revelada por el amor, al amor debía ser consagrada! Y ella había amado, amaba aún intensa, locamente, con toda la pasión y toda la nobleza de su corazón honrado y puro. Pero, ¡ay! aquel amor era impotente para calmar las ansiedades de su espíritu emponzoñado. ¡Cuántos esfuerzos hacía por creer en el amor, por evocar la imagen y el re-

cuerdo del amigo ausente, del pobre amigo que vivía confiado, feliz en su cariño franco y tosco, y juzgándola a ella de igual modo dichosa y contenta! Y esa evocación no era sino un nuevo tormento agregado a su tormento ¿Qué iba a ser de Lucio? ¿Qué iba a ser de aquella alma leal y sencilla, cuando le dijese que no le amaba? ¡Que no le amaba! ¡Pero no! ¡pero no! no podía decir eso, no podía ser eso: el sólo pensar en semejante traición abominable, le helaba la sangre y le hacía despreciarse como una indigna mujerzuela...

Su cuerpo menudo y endeble empezó a adelgazarse notablemente Su andar se hizo incierto y tardo, y su busto se dobló como agobiado por un enorme peso que gravitara sobre sus espaldas. El cabello peinado hacia atrás y fuertemente anudado, dejaba descubierta la ancha frente blanca, dividida en dos por un pliegue doloroso. Los ojos semejaban una flor cuyos pétalos celestes se fueran descolorando, palideciendo, perdiendo el brillo, día por día, hora por hora, en el vaso que la guarda cautiva; y por debajo, ancho círculo morado empañaba la piel, delatando las vigilias y contribuyendo a dar a la mirada un aspecto fantástico de sufrimiento extrahumano. Las mejillas descarnadas tenían una palidez de lirio, y en las comisuras de los labios delgados y largos, en aquella boca siempre sombreada por una sonrisa triste, había como un rictus histérico, una mueca dolorosa que concluía de dar una expresión de virgen ascética a aquella mortificada fisonomía. Tan rápido y radical había sido el cambio operado, que el mismo don Zoilo, —la vieja fiera huraña,— llegó a advertirlo. No dijo nada; pero observó, y su rostro se obs-

cureció aún más y la mirada fría de sus ojos turbios hízose más desconfiada y amenazante.

De noche, despues de la cena, Juana se retiraba a su pieza, —separada de la del trenzador por una simple cortina de zaraza floreada,— y sentada en la única silla, junto al humilde lecho, poníase a trabajar, bordando las iniciales de Lucio en el ángulo de un gran pañuelo de seda. En tanto movía la aguja, hacía esfuerzos por alejar las malas ideas, recordando a su amigo, prometiéndose días de infinita venturanza al lado del ser bueno y cariñoso que la adoraba. ¡Incomparable martirio! No podía recordar un solo rasgo de la fisonomía de Lucio; no podía recordar un solo gesto, una entonación de su voz, ningún detalle que lo hiciera presentarse y vivir y aliviarla con su presencia. Ella, que había soñado inmolarse, aceptar todos los sacrificios para hacer feliz al objeto amado, caía exánime en el vacío de sus sueños, en el polvo impalpable de sus ilusiones muertas. No sería jamas la dulce compañera de Lucio, no vería jamás realizado su hermoso sueño de vida vulgarmente quieta y dichosa. Aceptaba la iniquidad de su tormento, y su pobre corazón herido se conformaba con la existencia miserable en medio de los recuerdos de una felicidad perdida para siempre; pero su fondo caritativo, su nobleza ingénita se rebelaban contra el tormento que debía amargar la existencia de aquella otra alma tan buena y tan noble, tan franca y confiada. Y esta rebelión aumentaba cuando en su cabeza ardorosa la reflexión intentaba imponerse. Todas las cosas tienen sus causas, hay una razón para explicar todos los hechos. En cambio, ella ¿por qué sufría? ¿cuál era la causa de su martirio? ¿dónde estaba la herida que la hacía morir? . . . Y la infeliz,

consumida, extenuada, loca de desesperación, dejó caer el pañuelo y la aguja, las lágrimas asomaron a sus ojos ardientes, y exclamó con voz angustiosa:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué he hecho yo para penar así!...

Una tos ronca la hizo estremecer. Alzó la cabeza, y vio, de pie, siniestro en la semiobscuridad de la pieza, al viejo trenzador, que la observaba con enigmática mirada.

Después de unos segundos, y con esfuerzo penoso:

—Acostase, —dijo; y se acercó lentamente.

Como la joven permaneciera sentada, los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, él le quitó la bata, la levantó en sus rudos brazos, la puso delicadamente en la cama, y luego de cubrirla bien con las frazadas

—¡Dormir! —exclamó. Y en seguida se sentó en la silla, mirándola de reojo, con una indescriptible expresion de desconfianza, que nadie hubiera podido decir si la motivaban el rencor o el cariño.

Como magnetizada, como dominada por la voluntad imperiosa del viejo, Juana cerró los ojos y se quedó dormida; dormida con el dulce y tranquilo sueño de antes; dormida sin pesadillas horripilantes, sin inquietudes y sin tormentos.

Al día siguiente despertó tarde, ya con el sol alto. Se vistió aprisa, —tarea que, por otra parte, no le ocupó gran tiempo, pues había dormido con casi todas las ropas,— y corrió a la cocina para hacer fuego, como de costumbre. Éste ya estaba encendido, el agua bullía en la "pava", y al lado del fogón el

viejo tomaba mate acompañado de otro hombre. El hombre, —un rubio pequeño y fornido, de fisonomía audaz y de ojos insolentes,— ella lo conocía de tiempo atrás, —era el rubio Lorenzo, el bandolero célebre, capitán de una gavilla temida. Llevaba un poncho de anchas rayas blancas y obscuras, chiripá de merino negro, calzoncillo muy blanco y almidonado, y botas amarillas, de caña corta, con recia espuela en el tacón.

Cuando Juana entró, la miró con insistencia, retuvo entre sus manos pequeñas y cuidadas, la mano que ella le tendiera, y dijo con desenfado y como dirigiéndose a don Zoilo:

—¿Sabe que está grande la rubia?... ¡Junamante! Y a punto de caramelo... ¡junamante!...

Juana enrojecio y retiró prontamente la mano. En seguida púsose a remover trastos de cocina, muy afanada, dando la espalda, esquivando la mirada lujuriosa y atrevida del matrero.

Entre tanto, éste, sin preocuparse más de la chicuela, siguió su interrumpida charla. Su voz era clara y fuerte, con un timbre metálico desagradable. Mientras hablaba, narrando episodios de su vida accidentada, tosía, reía, se golpeaba los muslos con la palma de las manos, como si sintiera una imperiosa necesidad de ruidos. Su cara estaba igualmente en continuo movimiento. Los ojos pardos, pequeños, hundidos, muy cerca uno de otro y supralineados por espesas cejas rectilíneas, se agitaban sin descanso dentro de las órbitas, tan pronto ampliamente abiertos, como herméticamente cerrados por unos párpados pulposos y estriados; las ventanillas de la nariz roma y gruesa, se dilataban y se contraían cual las de caballo fatigado; la boca de labio inferior grueso y péndulo,

hacía verdaderos ejercicios gimnásticos, y las mejillas, de un blanco lechoso, se movían a su vez haciendo danzar la barba escasa, corta y rojiza. Aquella fisonomía tenía una expresión extraña, mezcla de orgullo, de altivez, de ferocidad y de refinamiento femenino: lo que era aquel gaucho, lo que había sido, lo que seguía siendo. Era de todos conocida su terrible historia, que él hallaba placer en referir con un cinismo y una complacencia dignos de sus hechos.

He aquí esa historia:

Lorenzo Almada había nacido en la villa de Melo, donde fue a residir su padre, viejo soldado de las guerras civiles, en las cuales había conquistado el título de bravo y el grado nominal de capitán de lanceros. Desidioso y haragán, siempre a la espera de un comisariato, que, —como siempre,— sería debido a la amistad y al compañerismo, no a méritos reales, vivió de limosnas, y de pequeños trabajos ejecutados de tarde en tarde ya sirviendo de guía a algún viajero desconocedor del paraje, ya acompañando en sus jiras políticas a algún personaje *comprometido*, ya entrando de *gurupí* en alguna indigna jugada. El día en que cumplía doce años, Lorenzo dio una tunda feroz a Jacinto, su hermano menor; y como recibiera a su vez otra no más compasiva de su padre, ensilló el primer rocín que halló suelto en el ejido y desapareció del hogar y del departamento. Cuarteador de diligencias, esquilador, peón de estancia, corredor de parejeros, baqueano y quién sabe cuántos otros oficios semejantes, ocuparon sus primeros años de vagabundo.

Era Almada uno de esos hombres nacidos para las grandes empresas; corazones osados e instintos bravíos que se asfixian en las llanuras y están destinados a

volar a las regiones azules de la gloria, o a sumergirse en las tenebrosidades del crimen; a ser héroes o bandidos, —según las circunstancias que los impelan;— a luchar por el bien o por el mal, —según el viento que los arrastre,— y a sucumbir al fin en el martirio, estrangulados por los dedos de acero de sus ambiciones indomables. Con un valor de bárbaro, con su audacia de indigente, si hubiera nacido en el año 25, habría sido uno de aquellos terribles capitanes que, —sin educación militar y sin talento,— batían a escuadrones disciplinados y aguerridos, nada más que con la pujanza del músculo y la temeridad de la osadía. Si le hubiera tocado actuar en el medio candente que abrasó la era de las guerras civiles, hubiera sido uno de los tantos jefes temidos que cargaban al frente de sus escuadrones dando alaridos y haciendo cimbrar la tacuara de la lanza. Era de la madera en que se tallaron los caudillos, —jefes de pago, señores por el derecho incontrastable de ser el bruto más bruto y la fiera más fiera de la comarca;— era el coronilla trabajado a golpes de hacha; era la estatua tosca y dura que desafía los soles, las lluvias y los vientos; era, en fin, el carácter formidable, —despótico y cruel,— del gaucho de raza nacido entre el fragor del combate, aspirando vahos de humeante sangre humana, corriendo siempre tras aventuras bélicas, eterno visionario que creía ver flotar en las cuchillas, auroras de triunfo y nimbos de gloria; auroras y glorias que se sintetizaban en su orgullosa y terrible preponderancia. Ser jefe, dominar por el terror; ser dueño de todo, imponerse a las autoridades y reírse de la ley; gozar de suficiente poder para ayudar a los *amigos,* —dejándolos en posesión de lo robado, cuando habían robado; adquiriéndoles la liber-

tad, cuando habían asesinado;— ser bastante fuerte para castigar inclemente al que con justicia o sin ella había atacado lo suyo o lo de sus secuaces: tal era la ambición suprema. Para Lorenzo, la época no fue propicia; y no pudiendo ser héroe, fue bandido. Era ante todo, un baqueano. Para él, marchar de día o de noche, por cuchillas eternamente uniformes o por serranías caprichosamente quebradas; por carreteras nacionales o "cortadas de campo"; por vados conocidos o por escondidas "picadas", yendo hacia el norte o hacia el sur, hacia el Brasil o hacia Entre Ríos, era simple juego de niños que desempeñaba silbando y pensando en otras cosas, sin perder jamás el rumbo, por obscura que estuviese la noche o por accidentado que fuese el terreno. Con sobrada razón decíase de él que era "como bicho". En su mente existía una especie de plano donde estaban señalados hasta los más pequeños detalles del suelo, y prolijamente ubicadas las "porteras" de todos los alambrados y las "picadas" de todos los ríos y arroyos del país.

Así había vivido y crecido, en la más absoluta independencia, y era mozo de veintitrés años cuando un jefe político le cazó, —conjuntamente con otros varios mocetones de su calaña,— y lo remitió, —en calidad de vago y sin previo trámite judicial,— a un jefe de batallón que necesitaba *voluntarios,* —según la tan vulgar cuanto expresiva designación de la época—. Allí estuvo veinticinco meses pervirtiéndose, crapulizándose, adquiriendo vicios nuevos y perfeccionando los vicios viejos, en aquellas compañías disciplinarias que se llamaban *cuerpos de línea.* Su carácter díscolo le valió más de un castigo corporal, hasta que una noche, al son de una diana, cuatro cabos descargaron sobre sus espaldas desnu-

das, quinientos azotes, "bien pegados y mal contados", como se decía en la jerga cuartelera. Poco tiempo después recuperó su libertad, —gracias a la influencia de un personaje político,— y volvió al pago con el corazón seco, el alma llena de odios, desganado para siempre del trabajo y dispuesto a convertirse en bandolero, a vivir de su valor y su audacia, a salto de mata, en selvas y pajonales, —como el yaguareté y el gato montés,— alerta el oído, despierta la mirada y bien afiladas las uñas. El trabajo quizá le hubiera salvado; pero él, que no tenía el hábito de la labor ordenada y continua, cobró odio al trabajo durante su estadía en el batallón. Prefería que fuese así. Su carácter altanero era el del hombre nacido para vivir la vida ancha y libre del campamento en las indisciplinadas hordas partidarias de antaño Estaba en su tierra en calidad de dueño, latente el viejo espíritu gaucho de independencia sin freno, de libertad sin obstáculos, sentía renacer en su alma, por tendencia atávica, las soberbias energías que un tiempo fueron gloria, que luego debieron ser trabajo con la prédica del maestro, y que concluyeron en bandolerismo con el latigazo del déspota. Era el producto del suelo, el heredero de aquella raza bravía, indómita y soberbia que destruía por intuición y que se agotó en el reposo cuando no hubo cetros que romper ni extranjeros que expulsar; cuando nadie le enseñó a construir, cuando nadie supo levantar tajamares que, derivando la corriente de sus pasiones, la llevara mansa a fecundar los campos.

Sin embargo, los primeros tiempos de vida libre fueron tranquilos para el rubio Lorenzo. La policía le miraba con recelo y le vigilaba, sospechando delitos que aún no había cometido. Jugador astuto;

diestro en el manejo del naipe y de la "taba", y ayudado por la buena suerte, de nada necesitó durante algunos meses, y no hizo otra cosa mala que requebrar a cuanta moza guapa tenía su rancho en el pago. Pero un día se encontró con otro más listo que él en el arte de las cartas, se eclipsó su buena suerte y perdió hasta el "apero". En tal situación se dedicó a contrabandear tabaco desde el Brasil, —ocupación peligrosa que deja pingues beneficios y que las gentes comarcanas no consideran como un delito, al menos como un delito deshonroso—. Un primer delito en una conciencia es como el primer desgarrón en una tela: los demas se siguen sin esfuerzo. Perseguido por contrabandista, robó un caballo el día que se vio acosado, y luego robó tropillas que iba a vender al Brasil, a fin de utilizar el viaje redondo, la ida y la vuelta. A los primeros tiros cambiados con los representantes de la autoridad, quedó rota toda barrera, desapareció todo escrúpulo, y el torrente de sus pasiones desordenadas corrió devastador sembrando el espanto en la comarca, y luego más lejos, y más lejos, ensanchando continuamente su zona de acción.

El único acto bueno, el único sentimiento noble que albergó en su corazón, fue, —por una ironía del destino,— la causa ocasional de su primer crimen. Todavía sus manos no se habían manchado con sangre, y un drama de amor se encargó de darle el triste bautismo. No obstante sus muchas aventuras galantes, Lorenzo había amado desde joven, desde antes de caer soldado, a Encarnación Medina, hija de un labrador radicado en las inmediaciones de la villa. A su vuelta de Montevideo, el futuro bandolero se presentó en casa de su prenda, con un clavel

rojo en la boca y un buen revólver en la cintura. Era en verano, al declinar de una tarde de enero, blanca y tibia. Encarnación estaba sola en la casa; el padre aún no había regresado de la huerta; la madre lavaba en un cañadón vecino. La joven, —una morocha grande y membruda, de ojos inquietos, negros y brillantes, de frente estrecha y coronada por un bosque de rudos cabellos de azabache,— le recibió con alegría. Él, en cambio, estaba serio, su voz era ronca y su mirada obscura. Y cuando, tras los saludos y preguntas de estilo, ella se levantó diciendo graciosamente:

—Voy a sebarte un simarrón en la mesma galleta curada que vos me regalastes, — Lorenzo la asió de un brazo y le preguntó con rudeza:

—¿Me querés entuavía?

—¡Baya! ¡Qué pregunta! —respondió ella sorprendida; pero su sonrisa desapareció cuando el mozo, clavándole en los ojos la mirada imperiosa de sus pequeños ojos terribles, agregó:

—Si me querés de en deberas, esta mesma tarde te venís conmigo. Ya tengo rancho onde llevarte, y pulpa y sal y olla pal hervido, no t'ian 'e faltar.

Encarnación quedóse atónita, una ola de sangre tiñó de rojo obscuro sus mejillas bronceadas; agitóse violentamente el amplio seno de virgen robusta, y temblando los gruesos labios sensuales, ganosos de besar y ser besados, intentó hablar y no pudo.

—Contestá, —tornó a decir Lorenzo.

—Pero hijo, ansina...

—¿Querés o no querés? Vos sabés que a mí me gustan pocas partidas y largar presto.

Ella pareció gustosa, aunque indecisa.

—¿Y tata?

—Esa piedra es de mi bola. Dejá la carreta por mi cuenta, que yo sé lo que son güeyes. ¿Te resolbés?

Y la joven, tras unos segundos de indecisión:

—¡Bueno! —exclamó resueltamente; y le tendió la mano, que el gaucho apretó con fuerza, contento, orgulloso, con su amor propio satisfecho. Y con la confianza que le dio el primer éxito, mostróse despótico...

—¿Cuándo? —había preguntado Encarnación; y él había respondido con imperio:

—¡Aura mesmo!

La joven se asomó a la puerta y observó. En seguida fuese a su cuarto, para reaparecer a los pocos momentos con un atado de ropa.

—¡Vamos! —dijo.

Estaba anocheciendo cuando Lorenzo trotaba tranquilo por las desiertas y silenciosas calles de las chacras, llevando su prenda en la ancha grupa del overo. Llegaron de noche a un rancho situado en las orillas del pueblo. Una vieja esperaba con la cena pronta, y más tarde Encarnación se posesionaba de la casa. El drama no tuvo mayores consecuencias; el labrador y su mujer se avinieron a aquella unión tan incorrecta como común en la época.

Poco tiempo permaneció Lorenzo en el pueblo. Después de varios días, —a veces semanas,— pasados en campaña, regresaba al rancho, donde no quedaba mucho tiempo. Pero vinieron luego el contrabando, la persecución, los tiroteos, la "matrereada", y corrieron cinco meses sin que le fuera posible visitar a su china, siquiera fuese para pasar con ella algunas horas de amor en la obscuridad encubridora de la noche. Sus aventuras no le hacían olvidar a

la que fue su prometida. Mientras erraba perseguido, no le faltó tiempo ni ocasión de amar; no despreció tampoco esas oportunidades que satisfacían su temperamento sensual y su extremado amor propio. Sin embargo, aquella alma fiera y pervertida conservaba cariño, —quizás el único cariño,— a la que llamaba *su mujercita,* y en la cual tenía la absoluta confianza que tiene el amo en la sumisión y fidelidad del esclavo. Pasó el tiempo, y un día, un amigo oficioso le contó, —entre compungido y burlón,— que más de un curioso había visto, más de una vez, salir de su rancho, —ya con sol alto,— al mulatillo Peralta, cuarteador de diligencia, acordeonista, cantor de décimas y compadre de alta estima en los bailes orilleros. El vagabundo ardió en ira, torturado por celos feroces en que entraba el despecho, la ofensa a su orgullo, como principal elemento, y olvidando precauciones, ensilló esa tarde su mejor caballo, puso el bozal y el cabestro a otro de igual confianza y al obscurecer emprendió la marcha, rumbo a Melo, donde llegó mucho antes que la aurora aclarara el levante. Desensilló su caballo transido, puso el arnés en el de reserva, y llegando sigilosamente al rancho donde Encarnación dormía tranquila en brazos de su nuevo amante, hizo saltar la débil puerta de un golpe de pie, y se precipitó en la pieza obscura, daga en mano.

La venganza fue completa y rápida. Peralta apenas había saltado del lecho, cuando caía exánime con el corazón partido de una puñalada.

Luego le tocó su turno a la china, que no se había movido, petrificada por el terror. Como la puerta había quedado en el suelo, la débil claridad de las "barras del día" entraba en la negra habita-

ción. A aquel escaso reflejo, los ojos de lince del matrero pudieron ver la extraña fisonomía de Encarnación: los ojos enormemente abiertos, los gruesos labios hinchados con los besos de una noche de lujuria, —terrosos y contraídos en una mueca ridícula;— la faz exangüe encuadrada en la negra y crespa cabellera revuelta.

En silencio, con el puñal en la diestra crispada, la mirada fija en la víctima, —la atroz mirada de aquellos ojos de expresión bestial,— Lorenzo se fue acercando. Una sonrisa sardónica, una sonrisa canina, —la verdadera sonrisa atávica, de que habla Darwin,— contraía un ángulo de la boca, dejando descubierto el colmillo fuerte, agudo y amarillento. La joven, sentada, apoyada la mano izquierda en el muro negro, el dorso en el respaldo de la cama, la mano derecha en el colchón. Inclinada sobre ese brazo, la camisa caía, dejando ver el hombro, el cuello y parte del seno tostado y tembloroso. Su aspecto era horrible, horrible de angustia y de espanto.

El bandido había levantado la mano armada, enrojecida con la sangre de su rival; pero de pronto sus ojos brillaron de odio, lanzó una sonora carcajada y bajó el arma exclamando con acento de feroz ironía:

—¡Pucha que estás fiera ansina!... ¡Junamante!...

Y como ella lanzara un suspiro de alivio y su fisonomía se aclarara un instante con la esperanza del perdón, el vengador tornó a reír con su risa aguda y vibrante, y agregó sarcásticamente:

—Pero te voy a dejar más fiera, como pa que te juyan hasta los perros, ¡apestada!

Y con un movimiento rápido, le arrancó una oreja de un tajo, luego la otra. Ella apenas había lanzado un pequeño grito, —más de espanto que de dolor;— él había envainado la daga, había caminado tranquilamente hacia la puerta, y volviéndose de pronto, le escupió furioso la última injuria, mucho más cruel aún que la infame mutilación:

—Aura que estás reyuna, sos orejana y te puede ensillar cualquiera! . . .

Cuando concluyó el relato de este trágico episodio, Lorenzo no reía ya, y todo, menos el remordimiento, la sombra dolorosa de una conciencia atormentada, podía leerse en su duro semblante, que irradiaba de fuerza, de orgullo y de soberbia. ¿Qué tenía que reprocharse? Para él su rebelión era perfectamente justificada. ¿A quién había ofendido? A la autoridad; y la autoridad era para él un enemigo, la mano poderosa que pretendía imponer un límite a su voluntad en nombre de la ley, de ese bien común que su individualismo egoísta le impedía comprender. Cuando no mataba, cuando no robaba, cuando no hacía mal a nadie, le cazaron como a una alimaña y le encerraron en un cuartel, *en nombre de la ley.* ¿Qué ley? Le humillaron y le dieron de azotes. ¿Por qué? . . . Porque eran más fuertes, porque podían más. Desde luego, él y la autoridad eran dos enemigos irreconciliables entre los cuales no debía haber más razón que la fuerza. La victoria sería del más valiente y astuto. Cinco años de matrerear llevaba él, y hubiera considerado el indulto como una pena. No mataba por matar, no robaba por robar. Necesitando hombres para

su defensa, había acogido con simpatía a los forajidos que se le habían unido y le habían reconocido por jefe. Como jefe los acompañaba en los asaltos y saqueos, y siempre retiraba la más pequeña parte del botín. Eran muy raros los malones emprendidos por su orden.

—Yo no hago mal a naides, si naides me hace mal; —decía él mismo—. Un caballo se lo saco al hijo'e Dios, y una vaquillona se la carneo al mesmo Dios, cuando yo y mis muchachos tenemos hambre; que pa eso semos criaturas de Dios y hemos de comer. ¿N'uaya, don Zoilo?

—¡Dejuramente! —contestó el viejo con acento convencido.

¿No había de ser así? ¿Había de tener el hombre menos derecho a la vida que el carancho y el zorro? ¿Había de mendigar un pedazo de carne, un *oriental* en *su tierra?* ¿Debería ganarlo en humillante trabajo bajo las órdenes de un ricacho déspota? ¡Limosna tambien! ¡Jamás!... Su individualismo orgulloso e indomable le hizo levantar la vieja cabeza de hombre primitivo; temblóle el fuerte maxilar de animal de presa, rechinaron los poderosos caninos y de entre los párpados espesos y las cejas enormes, brotó una luz que iluminó siniestramente la cara ancha, larga y cobriza. Dormido, pero nunca muerto, su odio instintivo a la sociedad, —aquel odio que había llegado a su apogeo cuando ya las fuerzas físicas le faltaban para hacerlo sentir,— despertaba iracundo cada vez que alguien tocaba la llaga incurable. Su simpatía por el rubio Lorenzo no tenía quiza otra explicación. Veía en él un vengador de la especie; y éste, que era joven, y fuerte,

y valeroso, era el rencor en acción, como él era solamente el rencor pasivo e impotente.

El bandolero también, —y por las mismas causas,— miraba a don Zoilo con respeto. Así, cuando vio la satisfacción que le había causado su frase, rió complacido, y agregó bromeando:

—Pa lo que no preciso cuarta, es pa robar muchachas. Eso no; anda aiga una china linda, que la cuiden con perros bravos y no la dejen dir al lavadero. Ansina soy y ansina seré: no lo puedo remediar. *Não se pode impedir que o vento sopre,* como dicen los rabudos.

Y después, con una ironía no exenta de amargura, agregó estas palabras brutales:

—Y a la fin, siempre es favor. Yo la robo y dispués la vuelvo a llevar al rancho. Fruta que s'ia 'e podrir en el árbol, más vale que la coma el pobre gaucho matrero. Pa ellas es servicio, y pal que cargue con ellas ¿qué más da tener un aparcero antes que dispués?

En tanto, Juana, que entraba y salía nerviosamente, esquivaba siempre la mirada de Lorenzo, aquella mirada de bestia feroz que le producía un indefinible malestar. No había oído sino trozos aislados del terrible relato del bandolero, lo suficiente para aterrorizarla. El cinismo y la tranquilidad con que narraba sus crímenes, le parecieron más monstruosos que sus mismos crímenes. Y por un extraño fenómeno de su extravagante naturaleza, no podía menos de admirar aquel hombre infamemente grande, aquel rebelde cuyos actos vandálicos eran ejecutados sin misericordia y recordados sin remordimien-

tos, como justas represalias en la guerra sin cuartel que la sociedad le había declarado.

Lorenzo se puso en pie, arregló los pliegues del chiripá, sacudió el poncho, y echándose el sombrero sobre la oreja, tendió la mano a don Zoilo. Su fisonomía expresaba una perfecta calma; su labio inferior, grueso y desdeñoso, dibujaba una sonrisa de satisfacción, y los ojos, con los párpados entornados, llenos de estrías, —visible señal de laxitud,— adquirieron una mirada felina, de suavidad glacial.

—Adiós rubia, —dijo tendiendo la mano a Juana, que se estremeció al contacto de aquella mano pequeña, pecosa y velluda. En seguida, sin soltarla y quemándola con una de esas miradas que equivalen a la más lasciva de las caricias, agregó socarronamente dirigiéndose al viejo trenzador:

—Cuide a la rubia, viejito; cuidelá mire que está linda deberas y se la van a pelar como bintén del bolsillo.

Don Zoilo lanzó un gruñido como de perro malo que ve acercarse otro perro olfateando el hueso que él roe, y Lorenzo salió con paso lento y sereno.

Juana, que había quedado inmóvil, tan confusa como si una niebla hubiera invadido su cerebro, levantó la vista y se halló con la mirada dura, —más dura que de ordinario,— del viejo tío, que había dejado caer el cabestro y oprimía en la diestra el pequeño cuchillo de mango forrado de tongorí. ¡Quién sabe lo que leyó ella en aquella mirada! ¡quién sabe qué luz vio lucir entre las frías tinieblas de aquella alma incomprensible! La emoción le arrancó un lamento, las lágrimas empañaron el azul de sus ojos, y, por primera vez, echó sus brazos al cuello

del viejo y reclinó su rubia y pequeña cabeza en el amplio pecho del solitario. Al cabo de pocos minutos, éste la separó con relativa dulzura, y con su misma voz seca y sorda:

—Poné el asao, —dijo.

VII

Si hay algo más terrible que un padecimiento moral ocasionado por circunstancias internas desconocidas, ese algo es, indudablemente, la rebelión contra el sufrimiento, el empeño en combatir el mal averiguando su esencia. Cuando la razón y la voluntad se rinden en las primeras embestidas del dolor, sobreviene lo que los psicólogos llaman "la carencia de sensaciones por la acción continuada de una misma sensación". Por el contrario, cada rebelión es una recrudescencia; parece que interrumpiendo, aunque momentáneamente, la corriente dolorosa, impidiera al alma llegar a esa suprema lasitud, especie de estado comatoso moral, en que ya no hay sensaciones, y, por lo tanto, dolores ni alegrías. Pero en Juana, el instinto de la lucha iba estrechamente unido a las extravagancias de su alma absurda, que era como la obra de un artista incompleto, en la cual las más necias vulgaridades alternan con destellos de inspiraciones geniales. La infeliz veía llegar el crepúsculo, contemplaba las tintas moribundas, y cuando confiaba en la noche portadora del alivio y del reposo, una luz intensa e hiriente brotaba de su espíritu y tornaba a sacudir sus pobres nervios enfermos. Su memoria iba recorriendo los eslabones del

recuerdo, uno por uno, desde la época actual hasta el más lejano incidente de que conservara memoria; y esa excursión al pasado, resultabale penosísimo viaje por largo y áspero camino. Como acontece siempre en casos análogos, la obcecación no le dejaba descubrir los hechos que pudieran servirle de alivio, sino todos aquellos que se relacionaban con su mal, contribuyendo a agravarlo. Sucedíale lo que a ciertos historiadores, —como el gran Taine,— que al estudiar un personaje acumulan un caudal de hechos comprobados, y sus juicios resultan sin embargo falsos; porque la pasión y los prejuicios les han obligado a no recoger sino los datos favorables o desfavorables. De tal manera, Juana hacía revivir sus actos de precoz melancolía, en tanto quedaban en la sombra los múltiples accidentes de su vida ordinaria e igual a la de las demás personas. Recordaba que, vistiendo muñecas, tranquila, sin otra preocupación que el mejor resultado de su obra, las había destrozado de pronto con los dientes y las uñas, arrojándolas lejos de sí, y había llorado mucho tiempo sin saber por qué, sin explicarse por qué motivo; recordaba que en más de una ocasión, mientras jugaba con las chicuelas de su edad, la había invadido una tristeza tan repentina como inmotivada, y se había alejado para vagar por las cuchillas, sola y llorosa; recordaba que, en medio de sus más alegres juegos con el amigo predilecto, —con aquel Lucio, humilde y sumiso,— una especie de ave negra empezaba a revolotear en torno suyo, la mareaba, la confundía y la *obligaba* a proponer a su compañero el misterioso *jugar a los muertos,* el éxtasis que la hacía languidecer, consumirse, *morir,* proporcionándole el doloroso placer de las almas sutiles y enfer-

mas. Y al lado de esos malaventurados recuerdos personales, venían otros recuerdos: la vida sosegada y feliz de sus rústicos padres, de sus amigos, de sus amigas, de todas las personas que conocía, del mismo Lucio, que, si la acompañaba en sus delirios extravagantes, era sugestionado y dominado por ella. ¡El cruel martirio! Conformada como los demás, —como todo el mundo,— hubiera atravesado la vida indiferente y contenta, resignada con su pobreza y su humilde situación; hubiera vivido como sus padres, en una dicha tranquila, que nunca fue turbada por los trabajos ni por la miseria. ¡Y miseria hubo! Hubiera vivido como tantos otros, —esclavos sometidos,— que comen el mendrugo sin envidiar las riquezas del vecino, conformados con la sencilla filosofía de que debe haber ricos y pobres y de que el rico ha de ser rico y el pobre ha de ser pobre, sin que valgan resistencias ni protestas. Y si una superioridad intelectual la hubiese puesto por encima de su medio, esa superioridad habría despertado anhelos y la hubiera impelido obligándola a luchar por tal o cual ideal determinado; pero en la incomparable miseria de su vida, en la monstruosa enfermedad de su alma, no existía una sola luz que alumbrara el puerto de salvación. Diferente de sus semejantes, superior a sus semejantes, ¿qué quería? ¿qué esperaba? ¿qué ambicionaba?... Perdida en ese mar de razonamientos que no le aportaban ningún paliativo, su razón se obscurecía y se entregaba de nuevo en los brazos de su tormento, como el individuo que, en medio del río, lucha contra la corriente, y, vencido, se deja conducir, para luego ensayar nuevos e infructuosos esfuerzos. Entonces, libre el campo, toda clase de pensamientos lúgubres, de negros presenti-

mientos, la iban invadiendo hasta dejarla como muerta, sin ánimo para lamentarse, sin energías para llorar, entenebrecido el espíritu, desgarrado el corazón. Su cuerpo quedaba allí, —sobre la cama o sobre una silla,— encorvado, frío, la cabeza sobre el pecho, los ojos cerrados, los labios pálidos, el semblante muerto, en tanto que la imaginación iba y venía, estrujada, golpeada, martirizada por una mano infernal.

Entonces comenzaba la danza sombría de seres y de cosas. Fantasmas negros, almas vestidas de luto, seres inverosímiles y cosas absurdas; terroríficas alucinaciones capaces de hacer lamentar, —como Hamlet,— la excesiva solidez de la carne que obliga a soportar los fastidiosos, gastados, vulgares y estériles goces de este mundo. ¡Morir! Ella no deseaba otra cosa. En la infinita desesperación, en el incomparable sufrimiento, la muerte se le aparecía como la única puerta abierta. El suicidio la tentaba, pero su juventud se oponía; le temblaban las carnes, se le helaba la sangre y retrocedía horrorizada. Y después, en cada sol que moría, la acariciaba la esperanza de despertar curada, de poder salir, —con las primeras claridades del día,— a correr por el campo, alegre y sana, juntando flores para adornar sus cabellos rubios como la fresca *Margarita blanca* de las costas del Tacuarí. ¡Oh! ¡estar tranquila, vivir en plácida calma, en un ranchito que ella cuidaría mucho, entre unos cuantos pequeñuelos y su amado Lucio! ¡Su amado Lucio! ¡La nueva llaga unida a las otras llagas! Su destino, —para llegar al colmo de la sevicia, para no dejar un punto de su alma al cual la flagelación no alcanzara,— debía infligirle aún ese tormento. No le bastaba al mal ensañarse con ella, sino que

debía herir de rechazo a lo que le era grato. Otra se hubiera sometido y habría unido su existencia a la del hombre que la amaba, esperando hallar la salud en esa unión; pero su nobleza, su instinto de justicia, le hacía desechar un remedio que hubiera sido manifestación del más bajo egoísmo. No; sólo curada de su extraño mal, —si es que la curación llegaba algún día,— iría ella a compartir la existencia con el buen compañero de su infancia. Y si esa curación no llegaba nunca, ¿cómo explicar a Lucio una negativa que el mozo consideraría con razón como la más odiosa de las veleidades, como la más infame de las traiciones? ¡Perder, no solamente la felicidad durante tanto tiempo soñada, sino perder también el aprecio de la única persona a quien amaba, de la única persona que la amaba! Momentos hubo en que se recriminó su dureza para con el joven en el memorable anochecer pasado juntos en medio del anegado. ¿Por qué no se entregó en brazos de Lucio? ¿por qué no le dio la posesión de su cuerpo como le había dado la posesión de su alma? ¡La infeliz! ¡Le había dado lo que no podía dar, lo que no era suyo, un bien del cual no podía disponer! En cambio, si le hubiera sacrificado la virginidad de su cuerpo, —sacrificio tanto más grande cuanto que su temperamento glacial le impedía compartir los goces,— sentiría ahora un alivio, un inmenso consuelo en el convencimiento de que él, —el amado,— había sido, siquiera una vez, absolutamente dichoso Lo veía de nuevo con la faz congestionada, los labios trémulos y los ojos brillantes de deseo, y lo veía humillado, pálido y sin voz, estrangulando el instinto animal con los fuertes dedos de la pasión pura y sublime, arrepentido de su audacia, implorando per-

dón. Y ella se sintió orgullosa y lo dejó marchar, tranquilo, esperando resignadamente el día, —¡el día que no había de llegar jamás!— en que ella fuese suya de todo derecho Sola, sin un amigo y sin un afecto, se retorcía las manos, se mesaba el cabello, y se mordía los labios tratando de procurarse dolores físicos que calmaran su dolor moral. Pero, ¡ay! la enfermedad tenaz y cruel seguía su lenta labor destructora, bien afianzada, bien segura de su presa, sin que nadie ni nada pudieran desalojarla, sin que ningún poder humano pudiera expulsarla o combatirla.

•

Esa tarde, —mientras don Zoilo dormía su acostumbrada siesta,— Juana concluyó apresuradamente la faena de la cocina y se dirigió al bañado. Antes, jamás salía sin cambiarse de ropa, sin lavarse y peinarse, por pura coquetería, por mera preocupación femenina, pues estaba segura de no encontrar a nadie; pero en los últimos tiempos el abatimiento era tan grande, que ya nada le importaba, y salía así, con las ropas mojadas, las mangas de la bata remangadas, grasientos los brazos y las manos, en completo desorden la linda cabellera de oro. Su cuerpo menudo que tenía la gracia de un frágil *bibelot* de mayólica, había perdido su encanto, y su andar, antes de un ritmo elegante y suave, tornóse tardo, pesado y dificultoso. Sus ojos, de un azul claro y brillante como piedra preciosa, estaban hundidos en las cuencas, cercados por anchas ojeras parduscas, y la mirada era fría e indecisa. Profundo surco transversal partía la blanca frente, alta y bella, sombreada por las mechas rebeldes del cabello ondulado, color de oro mate. Los surcos nasolabiales, hondos y largos,

iban a confundirse con el pliegue triste de una sonrisa penosa, apenas marcada en los labios finos y descoloridos; y más abajo, el sólido mentón, demasiado agudo y saliente, daba una nota de resistencia y de energía a aquel rostro tan despiadadamente trabajado por la pena. La depresión física seguía a la depresión moral, y a su vez, la inteligencia se dormía, invadida por inmenso sopor, por terrible pereza. Su pensamiento parecía marchar con la misma dificultad que sus pobres miembros mal nutridos, hasta el punto de que prefería no pensar, dejar libres y solas las ideas tristes y torturantes.

En tanto andaba, sin objeto, por la senda angosta, entre las altas gramíneas de hojas cortantes. Delante de ella se extendía el bañado de un color verde pálido y de una inmovilidad de reptil dormido. Por cuadras y cuadras, el monstruo de cieno alargaba su lomo obscuro; más allá negreaban los bosques de Gutiérrez y Cebollatí, y más allá, muy lejos, cerrando el horizonte, se alzaba la línea dentada y cenicienta de la sierra. En un cielo blanco y frío, un sol triste esparcía sus melancólicas claridades. Era una de esas tardes en que se siente el peso de la vida, en que la angustia oprime el corazón y se experimentan vehementes deseos de llorar. Juana marchaba inconscientemente ante la inmensidad que se abría como un vacío. No soplaba ninguna brisa, y un silencio doloroso dominaba el pajonal. De cuando en cuando algún aperiá removía las yerbas pasando velozmente, o alguna nutria asomaba su ancha cabeza y huía con los ojos asustados y rígidos los cerdudos bigotes.

Avanzando, avanzando, la joven llegó a un paraje donde los caraguatás se alzaban a más de dos

metros y la paja era espesa como un campo de trigo. El suelo blando, que exhalaba un olor acre de cieno y plantas podridas, cedía a la débil presión de su pequeño pie, que en partes se hundía hasta por encima del tobillo. Ya no había senda; la yerba crecía nutrida, espesa, defendiendo el paso. Juana quiso dominarla y no pudo; quiso orientarse y no lo consiguió: las hojas flexibles y agudas se cimbraban sobre su cabeza con agrio crujido. Un instante se detuvo embargada de temor y pensó retroceder. Muchas veces había oído hablar de vacunos sedientos o potros chúcaros desaparecidos en las fauces de la ciénaga, tragados por el monstruo de vientre obscuro y hediondo; pero, por un momento, recobraron sus ojos la luminosidad perdida, tornóse en azul profundo el claro azul de sus pupilas, enrojecieron sus frías mejillas y siguió valientemente hacia adelante. Unos pasos más, y sus pies se hundieron en una charca; un paso todavía, y el agua mojó sus rodillas: una agua helada y viscosa que le produjo una extraña impresión de repugnancia. Pero no cedió, sin embargo; sus manos febriles apartaban las hojas que le castigaban el rostro; sus piernas avanzaban resueltamente, haciendo increíbles esfuerzos para desprenderse del fango. Sus sienes latían con fuerza; su pulso corría, pequeño y duro; el sudor mojaba su rostro, y sentía arder sus manos, —de ordinario yertas,— sin advertir que sangraban con las punzadas de las espadañas y los rasguños de la paja brava. Y cada vez andaba más aprisa, anhelante, febril, deseosa de verse prontamente tragada. De repente dio un grito agudo: su pie derecho se deslizó sobre un tronco y todo el cuerpo le siguió, yendo a sumergirse hasta la cintura en un pozo helado. Por breves ins-

tantes permaneció indecisa entre aquella agua fangosa; luego hizo un esfuerzo y logró salir, asombrándose de hallarse sobre un terreno firme y alto, al pie ancho y rugoso de un viejo ceibo deshojado, cuyos gruesos ramos torcidos, amarillentos y descascarados semejaban una gran bestia muerta de vejez y de fatiga.

De lo alto, mirando hacia afuera, Juana abarcaba el vasto panorama En primer término, una zona áspera, en partes verde, en partes blanquecina, en partes bruna, según predominaran las hojas dentadas de espadaña y caraguatá, o las afiladas agujas silicosas de la paja brava, o los retorcidos y enredados troncos de sarandí. Luego la superficie uniforme, amarillo verdosa, que se tendía en plano inclinado, decreciendo hasta llegar a los ranchos aplastados y negros, cuya techumbre dorada brillaba herida por los rayos oblicuos y fríos del sol de la tarde. Más allá continuaba el estero, y después, inmensa, desnuda, verdosa, la pradera se acostaba prolongándose indefinidamente. Sobre ella, algunos puntos movibles y obscuros hacían adivinar las reses paciendo en calma; y todavía más lejos, encima de un collado de suave bombeo, blanqueaba, pequeño como un huevo de ñandú entre las chircas, el pesado edificio de la Estancia: toda una inmensidad que apenas latía en una quietud de pobreza de sangre, de vida raquítica, de abandono y miseria.

Y como la tarde declinaba, el cielo se iba obscureciendo, presentando grandes manchas blancas que lo hacían comparable con un campo bajo, después de copiosa lluvia. Juana, con los pies, las piernas y las ropas mojados, se estremeció de frío. Una brisa fresca, soplando del sud, empezó a undular las

pajas, y llegó hasta ella como un hondo lamento, hiriendo su rostro, jugando con sus rizos y aportando a su nariz el perfume húmedo y apestoso de todas las podredumbres, animales y vegetales, que encerraba el vientre infecto del bañado. Una especie de embriaguez extraña la enardecía, haciendo correr a prisa la sangre en medio de sus músculos flacos, largo tiempo privados del riego salutífero. Y ella también, como don Zoilo, —el feroz y taciturno solitario de alma encallecida,— dilataba las ventanas de la nariz para absorber en grandes cantidades aquel veneno excitante que brotaba de las cosas muertas. Tras un rato de observación volvió la cabeza y se quedó asombrada de ver a sus pies una ancha laguna festonada de camalotes y totalmente cubierta de algas rojizas. Su corazón latió con más violencia, y sus ojos, que brillaban con un azul sombrío, casi negro, clavaron la mirada en aquella laguna escondida entre las pajas y que ella no había descubierto hasta entonces, a pesar de sus frecuentes excursiones al bañado. Entre el verde intenso de las grandes hojas carnudas de los camalotes, y el rojo metálico de las menudas algas, —que tejían una tupida red,— veíase, de trecho en trecho, el agua azul y mansa, sin una undulación, sin un parpadeo, y sin que el más leve rumor turbara su melancólico reposo. Al lado, el viejo ceibo descascarado y sin hojas, se erguía, como esas cruces que, en el campo, en la ancha cuchilla desierta, velan el sueño de algún muerto humilde. Entre tanto, la sombra iba invadiendo el paisaje, trazando aquí una raya negra, allí una mancha opaca, llenando el cielo como una angustia creciente, que era aumentada con el gemir hondo y lastimero de la brisa. Juana no podía apartar la vista

de los mil ojos lucientes de la laguna, pareciéndole que desde el seno lóbrego, las plantas acuáticas la llamaran para estrecharla entre sus raíces blancas, entre sus múltiples brazos húmedos y fríos. Su mano crispada se asía al ceibo, sus pies se afirmaban en la tierra seca cubierta de detritus, y un temblor nervioso sacudía su cuerpo, avivando la circulación de la sangre... Todo iba a morir, todo iba a sumergirse en la misteriosa obscuridad del sueño, y su espíritu extenuado, rendido al abominable sufrimiento, también se iba, en un suave y silencioso batir de alas de ñacurutú. De golpe, cual si la vida hubiera escapado súbitamente, sus ojos se cerraron, su cabeza cayó sobre el pecho, se aflojó el cuerpo, cedieron los músculos y dio en tierra, sobre la grama muerta, al pie del viejo ceibo muerto, que, inmóvil y negro, semejaba la tosca cruz que en la desierta cuchilla vela el último sueño de algún paisano humilde.

Por entre las pajas, —como un tigre que arrastrándose, olfateando y con la pupila dilatada, sigue cautelosamente el rastro de una presa y asoma de pronto en el claro de un bosque, y se detiene encogido y receloso,— asomó don Zoilo su ruda cabeza casi junto al árbol seco donde Juana había caído y yacía sin sentido. Sus anchas manos cogieron a la joven, como agarra a un cordero el puma hambriento. Y en silencio, sin una voz y sin una mueca de su rostro enigmático, —mitad hombre y mitad fiera,— se echó la carga a la espalda y partió rápidamente con ella, rumbo a los ranchos.

Las primeras estrellas, blancas y anchamente espaciadas, ardían en el fondo del cielo pálido y frío

como una bóveda de hierro. La brisa, cada vez más fresca, seguía rozando las puntas de las pajas, y al pasar dejaba el eco de un prolongado lamento, el único ruido, la única voz que resonaba sobre el gran campo muerto. Y a aquellas horas, en aquel paraje mal iluminado por la debil luz de las estrellas, el viejo trenzador aparecía en su salvaje grandeza de hombre primitivo.

Con los pies descalzos y las piernas desnudas, marchaba de una manera lenta y firme sobre la ciénaga. De trecho en trecho se detenía; sus pequeños ojos grises de fosforescencia felina, observaban la paja pálida, el agua pálida de los charcos, el gris del cielo, las pálidas estrellas de brillo incierto y tembloroso; su oido fino de rastreador escuchaba los pequeños ruidos de la soledad: el quejido de la brisa sobre las puntas de las gramíneas, el crujir de los tallos leñosos al paso de un aperiá, el canto triste y prolongado de un *carao,* el croar de los sapos, el chirrido de los grillos, el conjunto de voces tenues y lamentables de millares de pequeños organismos perdidos en el seno inmundo del bañado. Luego continuaba la marcha, siempre segura, siempre firme.

De pronto, como si se hubiera bruscamente desgarrado un pedazo de cielo, cayó como una lluvia blanca de luz de luna. Otra vez se detuvo el trenzador, otra vez observó en todas direcciones, y otra vez presto oído a los rumores del anegado, del inmenso anegado que en la claridad aparecía como una estepa inconmensurable en extensión, infinita en melancolía.

Buscaba con persistencia, con la obstinada persistencia del bruto incapaz de razonamientos. ¿Qué buscaba? Una causa. La atrofia de sus facultades

intelectuales había ido acompañada de una hipertrofia del instinto animal. Lentamente, en el transcurso de los años y ayudado por el medio, una evolución regresiva se fue operando en él, hasta convertirlo en el ser primitivo, puro músculo, puro impulso. De largo tiempo atrás venía observando el cambio operado en Juana, y un rencor sordo y siempre creciente le iba envenenando el alma. Aquella transformación tenía una causa, la causa debía ser un hombre, y ese hombre era un *macho,* otro *macho* que se erguía ante él, erizado el bigote, trémulo el hocico, lucientes los ojos, intentando arrebatarle una presa suya. ¿Este hombre era Lucio, era Lorenzo, era otro? Él había visto la comunidad de afectos que existía entre su sobrina y el mozo del Tacuarí; había adivinado el deseo lascivo en la mirada dormida y honda del bandolero: nada más. Pero, fuese quien fuese, se llamara Lorenzo o Lucio, ¿qué le importaba? En síntesis, era un hombre que codiciaba y pretendía arrebatarle una cosa suya, una presa suya; presa que él no había de comer, es cierto, pero que no por eso era menos suya, que no por eso tenía nadie, absolutamente nadie, derecho a arrebatársela. En su individualismo feroz, en su espeso cerebro de primitivo, la bestia humana rugía llena de confianza en la fuerte armazón ósea y en la ruda cubierta muscular. El perro defiende la piltrafa, y cuando está harto y la pulpa sobra, aún defiende esa pulpa, porque es suya, porque la ha ganado con su fuerza y porque sólo ante otra fuerza más grande ha de cederla. Así era Juana para él. ¿La quería? No podía querer su alma seca, como no podían dar flores los ramos rugosos del ceibo muerto. Ninguna afección podía nacer en aquella tierra agostada por la proliferación de yerbas ru-

nes; muerto el corazón como estaba muerto el cerebro, no podía ya amar ni pensar. Ejemplar de una raza degenerada, consumida, perdida, así como otros de sus congéneres se agostaban en pasiones absurdas, —a semejanza de esas plantas que *se van en vicio* y no dan fruto,— él, siguiendo otra senda, desaparecía retrocediendo, volviendo al pasado, al origen, a la nada. No; él no amaba a nadie, no sentía afección por nadie. Su odio para el desconocido que intentaba arrebatarle a Juana, era la manifestación del más refinado egoísmo. Juana era suya como era suya su aripuca, como eran suyos su overo y la ración de carne que le daba el patrón. Nunca se le ocurrió pensar que pudieran quitarle el caballo, que no llevaba su marca; ni el rancho y el terreno, de los cuales no tenía propiedad legal; ni la racion que recibía, como un capitalista recibe el interés de su dinero. ¿Era acaso un don? ¿era un servicio, por ventura? ¿era caridad, era favor, era limosna? ¡Jamás!... Se lo daban porque era suyo, porque tenía derecho a ello, porque le pertenecía en virtud de la ley natural que concede los medios de supervivencia a todos los elementos de la especie. Si se lo negaran, lo exigiría, lucharía y mataría o sería muerto. Mientras se vive, hay derecho a vivir: el derecho del hombre, el derecho del animal, concluye con el animal rendido. ¿Debía él algún agradecimiento al patrón? ¿Estaba él obligado a guardarle consideraciones al patrón? ¡Qué absurdo! Lo mismo sería agradecerle a la oveja haber nacido y al trigo dar semilla para servir de alimento al hombre. El derecho a la vida es el supremo derecho. ¿Qué importan las leyes? Obra humana, —imperfecta como todo lo

humano,— las leyes se equivocan; y cada vez que se equivocan, son infaliblemente violadas.

En el cerebro macizo y obscuro del viejo morador del Puesto del Fondo no hormigueaban las ideas En él todo era instinto. Llegado en un viaje de retroceso de su raza degenerada a la tierra de donde partió, —hace doscientos siglos,— la humanidad recién nacida, su inteligencia era de una simplicidad absoluta. Sólo lo inmediato, sólo lo presente merecía su atención. Sin idea de asociación, sin idea de cooperación y de la división del trabajo, para él cada hombre debía bastarse a sí mismo, vivir por sí y para sí. La propiedad era constituída por la simple posesión. Por eso era suya Juana, y por eso la defendía. La voz de la sangre no le había hablado; la voz del sentimiento no había encontrado eco en su corazón insensible; no le profesaba ningún afecto, no se hallaba ligado a ella por ningún deber. Pero cuando vio que aquella carne joven despertaba el apetito de más de un goloso, su sangre espesa golpeó las duras paredes de sus arterias ateromatosas y en su cráneo estrecho y largo ardieron las ideas violentas y sanguinarias de la fiera humana. En su gran organismo, el sistema nervioso desempeñaba un papel secundario· allí no había más que huesos duros como sílice, músculos resistentes como muelles de acero, y sangre, mucha sangre, corriendo impetuosa por canales que los años y el alcohol habían endurecido quitándoles la elasticidad natural. Y la sangre obraba. Sin hablar, —¡oh, para qué hablar!— su perspicacia lo había observado todo, desde los deseos más o menos manifiestos de Lucio y Lorenzo, hasta la extraña enfermedad de Juana. Para ésta sentía desprecio, su innata aversión a lo débil y enfer-

mizo; y no condenaba, —¿por qué había de condenar?— los apetitos de los otros. Donde hay carniza, los cuervos se abaten y se la disputan; pero sólo el más fuerte triunfa, sólo el más fuerte come. Esta vez, la carniza estaba en su casa, bajo su garra. Que otra águila más potente se la arrebatara, pase; pero era necesario luchar; y él, —la águila vieja y aguerrida,— conservaba aún las uñas afiladas, recio el pico y ágiles las alas!

La luna bañaba de intensa y blanca claridad la temblorosa superficie del bañado. A lo lejos, un círculo negro separaba la quieta llanura de la bóveda gris constelada de estrellas. La brisa seguía soplando fresca, húmeda, maloliente con las emanaciones pestilenciales de la ciénaga. Y el viejo, en tanto, firme sobre sus garrones de acero, —ennegrecidos y cubiertos de cicatrices,— seguía avanzando con su carga a cuestas. Ya se veían los ranchos, pardos y aplastados, semejantes a una cetáceo flotando sobre la mar dormida, cuando Juana se estremeció e hizo un esfuerzo por desasirse de las manos que sujetaban sus brazos férreamente. El viejo continuó la marcha, y ella, agitándose de nuevo, exclamó con voz ahogada:

—¡Tío! ¡tío! . . .

Don Zoilo se detuvo y la soltó. Juana, toda temblorosa, permaneció en pie, pálida como un lirio, suelto sobre la espalda el haz de cabellos de oro, fijos en el trenzador los ojos de un azul de flor de camalote, la ancha pupila de donde brotaba una mirada de tristeza y de espanto. Y con acento de infinita pena, con una voz que mendigaba afectos:

—¡Tío! ¡tío! —volvió a gemir.

El ser extraño la miraba en silencio. Había puesto un pie sobre un tacurú, junto a un grueso tronco de caraguatá; una de sus manos, —anchas y negras,— descansaba en el muslo, la otra se apoyaba en la cintura, sobre el "tirador" de badana. La luna iluminaba de lleno su busto grande y erguido. La camisa de percal, desabrochada, dejaba ver el pecho bronceado, con un matorral de pelos grises sobre el esternón, y el cuello fuerte, con sus tendones rígidos y sus gruesas venas azules. Después, el rostro color de cobre, grande, ancho, anguloso, casi lampiño, semejante a un montón de pedruscos pardos; el inmenso mentón casi cuadrado, los descoloridos labios pulposos, la nariz deformada, los pómulos prominentes, las poderosas arcadas superciliares, la frente estrecha dividida en dos por un profundo surco transversal, y luego el cráneo dolicocéfalo, angosto y clinudo; la pequeña retorta donde hervían los instintos feroces del hombre primitivo. Dominando la soledad, inmenso en medio del esteral dormido, sólo le faltaba la piel del *Urus* sobre los hombros y la azagaya en la diestra para confundirlo con un fiero jefe troglodita al acecho del leopardo o del *Felis Spelœa* en una cacería nocturna. De sus ojos pequeños y grises, escondidos entre las pobladas cejas y los gruesos párpados rugosos, brotaba una mirada feroz, fría y aguda como un estileto.

En tanto, la débil y consumida criatura que oscilaba entre la vida y la muerte, cada vez más pálida, cada vez más desleído el azul de sus pupilas, —adorable de melancolía como una creación de Botticelli,— con su pequeño rostro encuadrado en la soberbia cabellera de oro,— había juntado las manos

y seguía repitiendo como una súplica desesperada, como un ruego doloroso e indefinido:

—¡Tío! ¡tío!

Sin que se moviera uno solo de los músculos de aquella máscara de bronce; sin que se dulcificara en lo más mínimo aquella glacial mirada de fiera inaccesible a la piedad; sin que abandonara el amplio pecho el ritmo lento y uniforme, el viejo trenzador siguió mirándola en silencio. Ella alzó los ojos al cielo, poniendo en descubierto el globo blanco azulado, luciente con las lágrimas; estiró los brazos nerviosamente, crispó las manos, rechináronle los dientes, y luego bajaron con lentitud los párpados marchitos, dejando pasar entre las pestañas húmedas una mirada moribunda. Con los brazos caídos y rígidos, la espalda encorvada, la faz sudorosa, entreabierta la boca para dar salida a una respiración lenta y fatigosa, quedóse sin movimiento, en profundo sopor, como si un huracán de desdichas hubiera pasado sobre ella.

Durante varios segundos, don Zoilo siguió contemplándola sin que su rostro expresara ninguna pena, ni la más insignificante compasión. Después, sacudiendo con brusquedad la pesada cabeza de bestia, tornó a asir con violencia a la pobre joven y a cargarla de nuevo como un bulto inanimado. En seguida emprendió la marcha con paso lento y seguro por la angosta senda despareja abierta por la pezuña de los vacunos cuando, en las tardes, bajan lentamente al abrevadero. A cada paso que daba, el trenzador se detenía, mirando hacia adelante, mirando a su alrededor con grandes esfuerzos de atención, buscando siempre un algo invisible oculto entre las yerbas.

VIII

Cuando las violentas claridades virginales del alba iluminaron la comarca, Juana estaba ya en pie ocupada en las menudas faenas de la casa. El rostro ajado y de una palidez amarillenta, los labios negruzcos, los párpados marchitos y las pupilas lucientes acusaban la acción de la fiebre; pero su semblante sin embargo reflejaba una calma relativa. Cuando el trenzador se sentó junto al fuego con su bolsa de guascas y herramientas, ella le cebó solícitamente el amargo, y mientras esperaba la devolución del mate vacío, lo observaba, caminaba sin objeto por la cocina, cambiaba de sitio los objetos y tornaba al lado del viejo, luchando entre el deseo de hablarle y el temor que le infundía aquella faz hosca y amenazante. Don Zoilo estaba de peor humor que de costumbre. Aunque por regla general sólo trenzaba lazos, se había comprometido a ejecutar una trenza de rebenque, —trabajo delicado y minucioso—. Largo rato estuvo mirando la lonja de yegua, muy delgada y blanca, arrollada en forma de canuto. Después ensartó el dedo gordo del pie derecho en un agujero de la lonja, la desarrolló y empezó a cortar, —con su pequeño cuchillo de mango forrado con tongorí,— los "tientos", que debían ser iguales y finos como hilos de seda. A pesar de la gran atención que prestaba a su labor, el pulso estaba inseguro, la vista pobre, y los tientos resultábanle desparejos, o demasiado gruesos, o se le trozaban a la mitad de la lonja. Cuatro o cinco veces afiló la hoja del cuchillo en la pequeña piedra de mano; pero el cuchillo no tenía la culpa: los tientos seguían saliendo imperfectos y su mal humor cre-

cía, manifestándose en la contracción de las cejas y de los labios, que le daban el aspecto de perro bravo que va a morder. Soltó la lonja, dejó el cuchillo en el suelo, se restregó las manos y estuvo largo rato sorbiendo mate tras mate. Al cabo de un rato volvió a la tarea, y un hilo blanco, finísimo y parejo como plata pasada en el laminador, empezó a caer ensortijado sobre su ancha mano negra. Distendiéronse los músculos, y algo como una sonrisa se dibujó en los amplios labios agrietados.

Juana, que vio la transformación operada en el ánimo del viejo, se atrevió al fin a hablar, al alcanzarle un mate:

—Tío, ¿quiere que vaya a la Estancia a estar unos días?...

Fijó don Zoilo en ella la mirada siempre dura de sus ojos grises, y al cabo de varios minutos de insistente observación:

—Andá, —dijo con voz sorda y enconada; y después, al devolver el mate vacío, agregó finalizando la frase:

—No má.

Y volvió a coger el cuchillo y a bajar la cabeza sobre la lonja con profunda concentración.

Una débil onda de sangre coloreó las mejillas de Juana. Había pasado toda la noche pensando en la Estancia, tratando de convencerse de que un viaje a ésta, varios días alejada del horrible esteral y en compañía de personas menos crueles, más sociables, más humanas que el trenzador, curarían su inexplicable enfermedad. Y como los enfermos crónicos, que experimentan un alivio inmediato con solo el anuncio de un remedio nuevo, ella encontróse mejorada y se esforzó en dar consistencia a su engañosa

esperanza. Obtenido el permiso, determinado el viaje para el día siguiente, empezó a ocuparse del arreglo de la casa con un apresuramiento febril, cual si quisiera hacer transcurrir más veloz el tiempo.

Ladraron de pronto los cachorros canelos, y antes de que Juana hubiera salido a averiguar la causa, resonó en el patio un paso pesado, un fuerte ruido de espuelas, y una voz ronca y altanera, dijo:

—¡Guenos días!

Los dos solitarios vieron, parado junto a la puerta, un hombre bajo y grueso, moreno y barbudo. Llevaba chiripá de merino negro, muy largo, ocultando casi toda la caña de la bota; en el pie de ésta, pesada espuela de plata con muchas cadenas y enorme rodaja chillona; un saco negro de paño burdo, un poncho obscuro en el brazo izquierdo; y en la mano derecha un rebenque plateado, corto, grueso, armado de inmensa argolla de plata y una azotera larga, ancha y ruda como para castigar baguales El sombrero negro, de amplias alas, inclinado sobre los ojos y la oreja derecha, encajaba en una espesa y crespa melena color de azabache. La cara estaba cubierta de pelos, una barba abundante y luciente como si estuviera enaceitada. Los ojos grandes, del mismo color del pelo y la barba, lanzaban una mirada dura, orgullosa y altanera.

—Buen día, comisario, —dijo afablemente Juana.

—Ben'ia, —gruñó don Zoilo sin moverse de su asiento.

El comisario, sin quitarse el sombrero, sin tender la mano a nadie, adelantó a grandes pasos, con

un aire imponente de fanfarrón de zarzuela, —haciendo sonar las rodajas y las cadenillas de las espuelas—. Tomó la silla que Juana le ofreció, sentóse con las piernas muy abiertas y el busto muy erguido, y entre sorbo y sorbo del amargo, exclamó con voz gangosa:

—Salí a recorré pa estos laos, porque me han dicho los vecinos que ya han encomenzao a sentir jedor de matrero. ¿Ustedes nu'an visto nada?...

—Na, —contestó don Zoilo tranquilamente.

El comisario se golpeó los muslos con las manos anchas y velludas como patas de gorila, clavó en el viejo su mirada insolente y agregó:

—¿Al rubio Lorenzo, tampoco lu'an visto?

El viejo trenzador, sin inmutarse, sin vacilar, y esta vez mirando cara a cara al visitante:

—No vio, —dijo.

La cólera descompuso la fisonomía del comisario, —una fisonomía vulgar, de una brutalidad repugnante,— y los ojos brillaron fijos en don Zoilo.

—¿No vistes? —gritó tuteándole—. Ustedes nunca ven nada, porque son la mesma sabandija! Pero nu'ay cuidao: yo los vi'á arrimá al código y los vi'á redomoniá a juerza'e lazo, como a bagual mañero. Han di apriender a rispetá l'autoridá y la lay y a nu'encamarse con matreros!

Nadie habló. El comisario se puso en pie; con un manotón se echó el sombrero a la nuca, dejando descubierta la frente estrecha y deprimida, cubierta con una piel negruzca, agrietada y áspera. Sacudió con fuerza el gran rebenque plateado que tenía en la diestra, rayó el suelo con la gruesa rodaja de las espuelas, tosió, irguió el busto, y fulminando al viejo trenzador con la mirada:

—Yo les vi'anseñá a rispetá la autoridá, —tornó a decir furioso.

¡Respetar la autoridad, respetar la ley! ¡No encubrir matreros, no ayudar matreros!... Desde un rincón de la pieza, recostada contra la negra mesa grasienta, cargada con la miserable vajilla de latón, Juana escuchaba y observaba el repugnante personaje cuya historia conocía con abundancia de detalles. La pistola que ornaba su flanco izquierdo, el largo "facón" de mango de plata que lucía cruzado sobre el vientre, y sobre todo la espada, —símbolo de autoridad,— que pendía de la cintura, no le hacían más noble ni más bueno, más valiente ni más digno. ¿Matrero?... Él lo había sido durante muchos años y a causa de varias muertes. ¿Encubridor?... Él lo había sido de mas de un facineroso y aún ahora dejaba pasar por su lado algún delincuente amigo que la justicia reclamaba. ¿Respetar la autoridad?... Un subcomisario muerto y varios policianos heridos podrían atestiguar el respeto que su facón y su pistola habían tenido para los guardianes del orden público!... Simple particular, se había hallado por dos veces frente a frente de Lorenzo Almada, en reyertas de pulpería; y más diestro o más afortunado, las dos veces le había vencido el rubio capitán de bandoleros, al cual profesaba por ello odio mortal. Nombrado comisario, —señor absoluto de la sección,— todo su afán era darle caza, atarlo, estaquearlo, sablearlo, insultarlo, cobrarse con réditos usurarios la humillación sufrida.

Juana comparó a aquel hombre, revestido de autoridad, dueño de la fuerza, tan agitado, tan bajamente vengativo, con el matrero que había estado allí, tranquilo, sereno, sonriente, sin ostentación de

odios, sin alardes de valor; y el matrero se le apareció más grande y más digno. Aquello no era una lucha de la justicia contra los malhechores, sino una lucha de hombres contra hombres, de odios contra odios, de instintos contra instintos.

Entretanto el comisario seguía paseándose rabiosamente, insultando y amenazando al trenzador, quien, muy tranquilo, sin desplegar los labios, indiferente como si no hablasen con él, se entretenía en hacerle punta a una rama de chirca. Y en la imaginación exaltada, en el alma altiva y generosa de la huérfana, la figura del viejo creció, se alzó, dominó, presentándosele como un gran rebelde, como una poderosa fiera envejecida sin haber perdido nada de su orgullo y su soberbia.

En eso el comisario la miró y le dijo con expresión brutal:

—¿Y vos tampoco vistes? Lu'as de haber visto: donde hay perras vienen perros.

La pobre joven enrojeció y tembló ante el grosero insulto, y luego, irguiéndose con altanería y mirando al comisario con la más grande indignación, iba a gritarle: "sí, lo vi; estuvo aquí y se ríe de ustedes". Pero su mirada se encontró con la de don Zoilo, en la cual leyó una orden y una súplica. Tornóse súbitamente pálida, y silbando las palabras por entre los labios contraídos:

—Yo tampoco, —exclamó.

Había tanto orgullo y tanto desprecio en la entonación con que fueron pronunciadas estas dos palabras, que el comisario dio un paso adelante y levantó la mano armada del grueso rebenque plateado. Luego, —calmándose o dominado quizá por la fuerza de aquella mirada, —bajó la mano.

—Está güeno, —dijo;— entre güeyes nu'ay cornadas; pero no se aflijan por padecé. Yo los he de arrimá al código.

Y salió sin saludar, rayando el piso de tierra con las grandes rodajas de las espuelas plateadas. Como uno de los cuzcos canelos se acercara a olfatearlo, le asestó un terrible golpe con la argolla del rebenque. El pobre perro se alejó, arrastrándose y gritando, mientras el comisario desmaneaba el caballo y montaba profiriendo una postrera amenaza.

—¡Yo les vi'anseñá a estos aperiases!...

Don Zoilo, de pie junto a la puerta, con el pequeño cuchillo de mango de tongorí en la mano, lo vio alejarse; y luego con una sonrisa que dejó al descubierto sus dientes grandes, amarillos y sanos:

—¡Mangangá, —dijo,— ruido no má!

En seguida volvió a sentarse, ensartó la lonja en el dedo gordo del pie derecho y continuó la tarea de cortar tientos, tan tranquilo, tan sereno, tan indiferente como si nadie hubiera llegado a molestarle. ¡La autoridad! ¡Irrisión! La amiga, la defensora, la adulona del rico; el enemigo, el perseguidor y el verdugo del pobre ¡Si habría visto comisarios él, en su larga y pesada vida! Los bandidos de ayer persiguiendo a los bandidos de hoy. ¿Respetarla? Sí, porque era la más fuerte; respetarla y vencerla con la fuerza o la astucia.

Después del almuerzo, mientras don Zoilo dormía la siesta, Juana se puso a arreglar su ropa y hacer el atado que debía llevar al día siguiente en su viaje a la Estancia. Revolviendo ropas, encontró el pañuelo que bordaba con las iniciales de Lucio.

Durante un rato lo observó perpleja; después, lo puso también en el atado, resuelta a concluirlo durante su estadía en la Estancia. Le pareció que su alma se había transformado, se había rejuvenecido en pocas horas. Lucio se le apareció nuevamente como la grande y suprema esperanza que ella creyó muerta y por la cual quiso morir. Lucio, el hogar, la familia; una casita muy limpia, un jardincito, una huerta; gallinas, para ella misma recoger los huevos, arreglar los nidos y cuidar los pollos; unas lecheras que ella ordeñaría bien de mañana· todas las satisfacciones del hogar humilde y feliz. Su tristeza, su desconsuelo, la horrible y desconocida enfermedad que la martirizaba, no era otra cosa, no podía ser otra cosa que aquella vida extraña, en un rancho derruído, en medio de un estero desierto, sin más compañía que el viejo solitario, siempre hosco, siempre áspero e insociable siempre. ¿Era aquello una vida? ¿era aquello un modo de vivir? No; jamás había conocido ni había oído hablar de semejantes existencias. En el fondo, ella sentía cariño y tenía respeto para el ceñudo trenzador; pero su carácter no se adaptaba a aquella vida; necesitaba aire, luz y trato de gentes: he ahí el secreto de su mal. Desde entonces no dudó un segundo de que mejoraría con su viaje. Y como Lucio no debía demorar, ella le hablaría, le diría franca y noblemente su pensamiento; se casaría e iría con él, curada y contenta, para vivir una nueva vida de paz y de ternura... Haciendo y deshaciendo el atado de ropas, sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Cómo pudo llegar a aquel estado miserable? ¿cómo pudo olvidar a Lucio? ¿cómo pudo dudar? ¿cómo pudo sufrir pensando que no le amaba, que no podía amarle? Debió de haber

estado muy enferma, muy enferma; el aire infecto del bañado debió de haber emponzoñado su sangre y ennegrecido sus ideas. ¿No estaba escrito? ¿Ella misma no había dicho que pensar en vivir sin Lucio le hubiera parecido tan extraño como pensar que su cabello rubio se convirtiera en obscuro, y en negros sus ojos color de cielo? Se horrorizaba pensando en lo que había pensado.

El busto encerrado en una bata de percal blanco con lunares negros, muy ajustada, permitiendo lucir toda la esbeltez de su talle delicado y flexible; la cabellera rubia mal cubierta por un pañuelo de seda blanco, lucientes y alegres los ojos color azul pálido de flor de camalote, sentada sobre el "recado" del tío, en el overo viejo y "maceta", Juana salió del rancho muy de mañana, rumbo a la Estancia. Cuando se halló fuera del bañado, cuando se encontró en el suelo firme y limpio de la cuchilla, su pecho se dilató en un profundo y prolongado suspiro de satisfacción, como preso que recobra la libertad tras muchos años de encierro. Involuntariamente detuvo el caballo y miró hacia atrás. Gutiérrez y Cebollatí, enrojecidos por la aurora, parecían un gran bosque, —un bosque de varios kilómetros de extensión,— ardiendo en conjunto, convertidos en brasas; y para que la ilusión fuese más completa, la serranía lejana, alta, ancha, cenicienta, semejaba una densa humareda flotando sobre las rojas frondosidades, y ascendiendo lentamente, en una mañana sin brisas, hacia lo alto de un cielo azul con grandes manchas blancas, resplandeciente y quieto. El que haya visto un incendio de campo, en los abrasados mediodías de enero,

—uno de esos enormes incendios, silenciosos y aterradores,— podrá darse cuenta del imponente espectáculo presentado por la larga línea de bosque rojo, la inmensa culebra de fuego tendida a lo lejos, sin un movimiento y sin un rumor. Por largo rato, Juana permaneció fascinada por aquella portentosa visión, indecisa y perpleja, sin darse cuenta del fenómeno y creyendo que realmente ardieran en el bosque los tortuosos coronillas, los viejos guayabos, los duros arrayanes y los secos espinillos. Y la llama oscilaba, desparramándose en algunos lados, alzándose en ciertos sitios, borrándose en otros, mientras que el humazo del fondo crecía en densidad y en altura. En tanto, arriba, el cielo inmóvil conservaba su azul intenso y metálico con las grandes manchas blancas que parecían incrustaciones de nácar pulido y brillante. Poco a poco, grado a grado, fuese extinguiendo el incendio. Comenzaron a negrear las altas copas de las palmeras, luego el cuerpo ramoso de los virarós y los talas, despues la baja ramazón de sauces y sarandíes, y quedó por fin, en el fondo, al ras de la tierra, una fina, larga y ondulada cinta incandescente, más allá de la cual negreaba la selva apoyada en los flancos de la sierra áspera y alta. ¿Cuánto había durado aquello? ¿Un cuarto de hora, media hora, una hora? Juana no sabía decirlo. Había aflojado las bridas al overo, que estiró el pescuezo y se puso a pacer tranquilamente, y ella, con la mano apoyada en la cabecera del recado, había permanecido un tiempo indefinido, sin moverse, fascinada por las púrpuras que incendiaban el levante. ¡Oh, cómo tuvo pena al principio! Arder, consumirse, desaparecer aquel monte de Cebollatí, aquella selva virgen, espesa, enmarañada y obscura, que ella se había pro-

puesto visitar algún día! ¡Los lindos nidos y las lindas flores; los frescos cenadores construídos con enredaderas de burucuyá y cipó, los hermosos frutos de arazá y pitanga; los blancos racimos de arrayán y los rojos penachos de zucará; los gordos camoatís y los ricos panales de abeja silvestre en los troncos huecos de los guayabos añosos: todo un mundo de sorpresas y de encantos perdidos! Perdido para siempre aquel Cebollatí, donde crecían palmeras altas como diez veces un hombre, y cuyos racimos de dorados butiás eran ornato del bosque y providencia de las aves. Desaparecido, convertido en cenizas aquel grandioso Cebollatí con sus gallardos bosquecillos de misteriosas tacuaras nacidas del cuerpo de las ratas (*); con sus maléficas frutas de tuyú, tan venenosas como bellas; con sus gallardos carajales, sus poéticos ceibos, sus sauces melancólicos y sus blancas barbas de tala.

Había pasado un cuarto de hora, media hora, una hora: ella no sabía decirlo. Cuando se convenció de que todo había sido mera ilusión, de que el bosque del Cebollatí estaba aún al frente, áspero, espeso y misterioso con sus lujuriantes frondosidades de salvaje belleza, apartó la mirada para fijarla en el estero, el dilatado mar de paja brava, la inmensa zona de campo muerto. El sol de la mañana arrancaba

(*) Una leyenda, —muy conocida en la comarca,— cuenta que los bosquecillos de caña tacuara se secan de diez en diez años, y que, al secarse, multitud de ratas salen de sus raíces y van a perforar sus cuevas unas cuantas cuadras más lejos. Viven ocultas durante todo el invierno, y al llegar la primavera, nace sobre la cueva un nuevo manojo de cañas, cada una de las cuales tiene, —en la creencia de las gentes del lugar,— una rata por raíz.

reflejos extraños a las gigantes gramíneas. Ora verdes, —con un verde enfermizo de alga marina,— ora azuladas, ora rojizas, blancas aquí y más allá pardas o amarillentas, las largas y finas hojas silicosas semejaban una enorme esmeralda brillando con todos los colores del iris al ser besada por el sol. ¡Y qué quietud, qué silencio, qué aparente pereza en aquella gran bestia traidora de inmundo vientre! Temblando con el solo recuerdo, pensaba Juana en la extensa laguna de aguas dormidas, en la tenebrosa laguna oculta entre pajas y caraguatás, cubierta de algas y camalotes, sin una onda, sin un rumor, muerta como el viejo ceibo deshojado y nudoso que se alzaba en su ribera, semejando la tosca cruz de algún ser humilde sepultado en la desierta cuchilla. ¡Cómo debían ser frías las aguas de aquella laguna! Caer en ella debía de ser como caer entre los brazos helados y viscosos de un monstruo marino. Su cuerpo se estremecía, los dientes le castañeteaban al pensar que estuvo a punto de morir en aquella horrible muerte. ¿Sería honda la laguna? ¿habría peces? ¿habría lobos? ¿habría algunos otros animales extraños y fabulosos, el yaguarón, tal vez? ¡Oh, la horrible laguna, la horrible laguna! Lo que caía ahí, ahí desaparecía, arrebatado, tragado, para ser digerido en el fondo cenagoso, entre la red de raíces blancas y finas de algas y camalotes. Juana cerraba los ojos y volvía a ver el espantoso paraje y dudaba de si habría sido una visión real o una tenebrosa pesadilla. ¿Existían en su tierra de alegres colinas, de bosques que cantan y arroyos que ríen, esos horrorosos lugares ocultos, obscuros y mudos como sepulturas malditas? El campo, ese campo que ella conoció de pequeña, ¿no era una eterna sucesión de collados sembrados de flores, bajíos alfombrados de

grama verde y fresca, hondonadas repletas de puros y rumorosos torrentes, ríos y arroyos de límpida y movible linfa sombreada por árboles esbeltos y gallardos? Y en todas partes, en la loma y en el llano, en la cañada y en el cerro, en el bosque y en el río, ¿no había visto brillar ese sol ardiente, caricia viril de amor vigoroso y fecundo?... Aquella ancha laguna de aguas en absoluto reposo, perdida en la espesura de gigantescas pajas bravas, ornada de algas de colores pálidos, —semejando una tumba cubierta de rosas marchitas,— iluminada por una luz débil y sin calor como la luz de los cirios funerarios, guardada por un árbol viejo y carcomido,— único deudo, tan consumido, tan viejo y tan afligido que ya no tiene voz para articular la oración de la postrera despedida, — aquel fantástico sepulcro sólo debió haber existido en su imaginación sobreexcitada por la fiebre de la atroz enfermedad...

Volvió a abrir los ojos, volvió a mirar y vio los ranchos, aplastados y negros, alzándose sobre el montículo, en medio del ancho mar de paja, y la realidad inclemente se impuso de nuevo. ¡Oh! ¡la laguna existía, como existía el bañado, como existía el Puesto del Fondo, como existía el viejo trenzador intratable! Y el convencimiento de la realidad fue una nueva esperanza de curación. Todo aquello le pareció tan horrible, tan extravagante y fuera del orden natural de las cosas, que ya no le extrañó su sufrimiento, explicándoselo fácilmente como ocasionado por el medio infecto y anormal donde había vivido. Mirando hacia adelante las cuchillas verdes y limpias, sólidas, inundadas de luz, veía abiertas las puertas de la vida, de una vida tranquila y dichosa, la vida que gozaban y que tenían derecho de gozar

todas las criaturas humanas. ¿Qué inspiración había tenido, qué hada buena le había aconsejado aquel viaje a la Estancia? Ella, que había deseado la muerte como el supremo bien, el fin de sus torturas y el descanso eterno, aspiraba el aire puro, se bañaba en la luz caliente del sol y sentía hervir su sangre ansiosa de vida. Al fin despertaba. La horripilante pesadilla había pasado llevándose los desconsuelos y desesperaciones, y la esperanza renacía luminosa y cálida como aquel gran sol que ella vio alzarse incendiando los bosques de Cebollatí y Gutiérrez El invierno tocaba a su fin, y cuando regresara de la Estancia sólo tendría que esperar unos pocos meses la llegada de Lucio. El bañado no volvería a apoderarse de ella. Con el baño de salud, —que ya empezaba a recibir, y que seguiría recibiendo durante su estadía entre seres sociables,— las fuerzas volverían a su cuerpo y el sosiego a su alma, permitiéndole esperar con tranquilidad y resignación la llegada de Lucio, prometida para la entrada del verano. Unos pocos meses, —nada más que unos pocos meses de permanencia en el odiado esteral,— y luego la libertad, la salud y la dicha! Esperaría. Libre de un peso inmenso, parecióle que toda la brisa fresca y pura de la mañana penetraba en sus pulmones, los dilataba y los limpiaba; parecióle que todo el sol, ardiente sobre el cielo límpido, le entraba en el alma expulsando las sombras acumuladas durante un mes de infortunios; parecióle que nacía de nuevo, y que su vida, su verdadera vida, iba a empezar entonces.

Bruscamente tiró de las riendas al overo, lo taloneó y emprendió la marcha en dirección a la Es-

tancia. La pobre bestia, vieja y transida, tarda y floja de manos, trotaba sin prisa, tropezando a menudo, insensible al talón, sorprendida, estando acostumbrada, como lo estaba, a andar al tranco cargando al amo.

El terreno iba subiendo como un anfiteatro A la primera colina sucedió otra más elevada, luego otra, y otra más allá, siempre ascendiendo. En un bajío cantaba un cañadón arrastrando sus aguas purísimas sobre lecho de arenas y piedrecillas. Después, una cuesta empinada, una loma salpicada de chircas y coronada de lastrales que brillaban heridos por el sol; y al treparla, Juana vio con intensa alegría blanquear, ya cercano, el amplio y macizo edificio de la Estancia.

¡Al fin!

IX

Como el águila, el gaucho gustaba anidar en lo alto. Ave corpulenta y de presa, necesitaba mucho aire, mucha luz y ancho horizonte abierto a sus miradas recelosas y penetrantes. Sólo cuando eran pobres, —es decir, débiles,— buscaban la orilla del bosque, donde sus pequeños ranchos negruzcos se confundían con las breñas, por una especie de mimetismo indirecto. Pero los de buena garra elegían el lomo de la cuchilla más empinada para asentar sus sólidos caserones capaces de resistir al asedio y al asalto de los matreros.

Cuando Juana ascendió la última colina, vio ante ella, blanca, luciente, majestuosa con el baño

de sol intenso y puro, la gran azotea de López, la conocida azotea de López. Quien haya vivido entre Olimar, Corrales y Cebollatí, —el antiguo y extenso *Rincón de la Mariscala,*— conoce, —siquiera de nombre,— la *Estancia de López.* En la orilla del camino real, sobre una loma pedregosa y tan alta que desde ella se dominan cinco leguas de contorno, se yerguen diez o doce talas tendidos en línea, formando un ángulo recto. Dentro de ese ángulo vese aún un gran rectángulo blanquecino, indicio de los cimientos sobre que asentó el cuerpo principal del establecimiento. En algunos sitios todavía se alzan, a un palmo sobre el nivel del suelo, las que fueron recias murallas de granito; pero en general todo está derruido, esparcidas las grandes piedras que casi ocultan las yerbas y donde hallan seguro abrigo iguanas y lagartos, zorrillos y comadrejas, sin contar las culebras pardas y las víboras de la cruz. Hacia la izquierda se nota otro rectángulo, en forma de montículo, como si fuera un rancho desplomado y sobre cuyos terrones han crecido abundantes los cardos y las ortigas, los hinojos y las baldranas. Más allá, un gran círculo blanco, restos de la enorme "manguera" de piedra; y más lejos todavía, cuatro ombúes de inmensa ramazón, robusto tronco y multitud de raíces gruesas y retorcidas, extendiéndose sobre la tierra. Eso es lo que queda en la actualidad de la antigua azotea de Diego López. Pero hace dos lustros, blanqueaba, llena de vida, la poderosa cabeza de la grande propiedad, —las cinco suertes de campo de que era dueño el respetable y temido Diego López—. Había primero un pabellón que mediría veinticinco metros de frente, mirando al sol. Este pabellón tenía dos pisos: el primero con una puerta y

tres ventanas guarnecidas de férreas rejas; el segundo, no más alto de tres metros, ostentaba cuatro ventanillos angostos, cuyas rejas rebasaban un palmo de la pared, semejando jaulas de fieras. Formando martillo, existía, al este, otro pabellón, de media agua, techado de teja; y otro al oeste, constituído por la cocina, la despensa y un galponcito. Al norte, un alto muro agujereado por un portón, —que con la puerta del frente eran las únicas entradas de la casa,— cerraba el cuadro del edificio. A la izquierda, a varios metros del cuadro citado, se alzaba un largo galpón de paredes de ladrillo revocado y techo de paja brava. Más allá otro galpón, —más pequeño,— cuyos muros de terrón, desmoronado en muchos sitios, permitían la libre entrada del viento, la luz y la lluvia A un lado, el horno, pretendida media esfera construída con trozos de ladrillos y revocado con lodo. Al otro lado, el chiquero de los terneros, y luego la "manguera", de piedra, —enorme círculo con capacidad para dos mil vacunos y a prueba de saltos y pechadas;— una manguera como para enlazar a gusto "con todos los rollos de un lazo de doce brazas". Al fondo, cuatro ombúes gigantescos, una fila de eucaliptus, grupos de talas ramosas, un par de frondosos paraísos y no pocos membrilleros, tan escasos de altura como sobrados de retoños, indicando que allí jamás había entrado la podadera. El primer galpón estaba completamente desocupado. En el segundo se veían dos arados, algunos rollos de alambre de fierro, palas, azadas, una máquina de alambrar, grandes ollas, asadores y trébedes, y arriba, encajadas en la paja del techo, entre el envarillado de tacuara, hasta diez "marcas" de distintas formas y tamaños, muchas sin mango, pocas con mango de

madera, algunas con un marlo y la mayor parte con un fragmento de fémur bovino, —un "caracú", en el lenguaje nativo—. Abriendo el portón, se entraba en un vastísimo patio pavimentado con pedregullo, rodeado de un parral y ornado en el centro por el tosco brocal de un aljibe En el pabellón del frente, tres piezas. La del medio, —que era la más grande,— la sala, sin más muebles ni ornamento que una docena de sillas de madera pintarrajeada, una mesa de pino cubierta con un paño de *crochet*, sobre la cual lucían dos jarrones de lata con grandes flores de papel, rojas y blancas, una lámpara con el tubo roto, un reloj de níquel, —de los llamados *despertadores*,— y dos fotografías antiguas y descoloridas, encuadradas en marcos de latón dorado.

Juana cruzó la cuchilla sembrada de vacunos; pasó por un llano donde la majada empezaba a moverse, halló más adelante hasta treinta lecheras recién salidas del corral, y se acercó al fin a la Estancia. Nueve perros salieron ladrando y le rodearon el caballo, que siguió al tranco, sin curarse de los ladridos, de los saltos, ni de los tarascones al garrón. El capataz Braulio Montes, —*Don Montes*, como le llamaban en el pago,— un viejo fuerte y fornido, de rostro barbudo y noble, — salió a espantar los perros, y poniéndose la ancha mano sobre los ojos a manera de visera, murmuró entre dientes:

—¿Polleras? ¡Y sola! ¿Quién diantre puede ser?

Y cuando Juana llegó y dio los buenos días con su voz armoniosa y sonora:

—¡Pero hombre! —agregó;— ¡nu'haber conocido la gurisa de don Zoilo! Y mire que po'el mancarrón obero ya se mi'hacía... ¡Abajáte muchacha, y bien venida la flor del bañao!... Eso es, sí...

Juana, ágil y diestra, se tiró al suelo y tendió la mano al capataz.

—¿Cómo está, don Montes?

El capataz le cogió la mano con cariño, y fijando en la joven los grandes ojos muy negros y muy buenos:

—Bien, hija, bien, —contestó,— pero bos se mi'hase que algo ti'ha pasao. ¿Medio apestada, dejuro? ¡Tamién, entre aquellas pajas, lo mesmo que aperiases! Güeno pa don Zoilo, la nutria bieja; pero pa bos, clabel del aire...

—¡Don Montes! —exclamó Juana ruborizándose.

—Si es pena, m'hijita, si es pena... que ya soy biejo pa tirar tientitos; y en yegando a biejo es al ñudo buscarle juego a la taba: siempre echa... Eso es, sí; el otro... Pero dení pacá; dame el matungo, con eso lo desensiyo y lo acomodo. La patrona se ba yebar un alegrón de berte, porque te apresea de berdá. Sin lisonja... eso es, sí... Andá no más, m'hijita.

Juana se dirigió al portón sin responder a las galanterías del capataz; y éste, teniendo el caballo de la rienda, la miró alejarse ágil y gallarda. Luego, meneando la cabeza poblada de larga y espesa cabellera entrecana:

—¡Juepucha! —dijo;— ¡y está linda de berdá la gurisa del biejo Zoilo!

Durante un rato permaneció pensativo; después tornó a sacudir la cabeza, y exclamó filosóficamente:

—¡Sosegáte bintén!... En yegando a biejo, la taba'e la bida ya no echa suerte!... ¡Sosegáte bintén!... Eso es, sí...

Desensilló el overo y lo ató a soga.

Juana penetró en el patio y se encontró con doña Brígida, —"la patrona",— que, bajo el parral, tomaba mate sentada en amplia silla tapizada con cuero de "bacaray".

—¡Güé! —dijo, con voz fuerte y ronca;— ¿bos pu acá, muchacha?...

Y no se movió, esperando que la joven llegase hasta ella para abrazarla y besarla. Corpulenta, un tanto baja, doña Brígida tenía la cabeza poblada de abundantísima cabellera renegrida, —no obstante frisar en la cincuentena;— la cara ancha, mofletuda, aplastada, color cobre bruñido; los ojos diminutos, la boca grande, gruesos y negruzcos los labios que cubrían una soberbia dentadura. Sentada, con las piernas muy abiertas, las manos gruesas y lustrosas reposando sobre el abultado vientre, todo su cuerpo macizo y vulgar respiraba contento y satisfacción. Su obesidad la mantenía la mayor parte del tiempo clavada en su silla de vaqueta; pero desde ella daba órdenes, reprendía, gritaba, gesticulaba y hasta tironeaba las motas de *Tosa,* una negrilla endeble y traviesa; y de *Cata,* una negrota grasienta y lustrosa como hollín de cocina gaucha.

Desde al alba, empezaba a resonar en el caserón la voz bronca y autoritaria de la patrona. La bombilla de paleta y virolas de oro sólo salía de sus labios el tiempo necesario para que le llenaran el porongo con boquilla de plata y oro, o para lanzar

una furibunda interjección. Por lo demás, era buena, y hasta afable; pero con una bondad y una afabilidad orgullosa, altanera, despreciativa. Hija natural de un brasileño rico, esposa legítima de un hacendado opulento, nadie recordaba, —y ella menos que nadie,— el hijo habido con un peón de la Estancia de su padre; hijo que nació a los quince días de sus bodas con Diego López. Ella tomaba mate mano a mano, lo mismo con su lavandera, —misia Rita,— que con la parda Anselma, barragana de un puestero; ella admitía a su mesa a estas y a otras aun más humildes personas; pero su superioridad no dejaba de mostrarse un solo instante, su orgullo no desperdiciaba ocasión de recordar a sus comensales la enorme distancia que mediaba entre ella y ellos.

Como Juana era sencilla y respetuosa, la quería, sin sentir mayor necesidad de humillarla. Así fue que la recibió con un cariño al cual no era ajeno su gran deseo de charla: hacía tiempo que no recibía y sentía hambre de murmuración.

—Vaya, has venido, —comenzó;— ya creía que ibas a hacer como esa ñandusa Jacinta, que aura, como le anda tirando tientos el comisario, ya se cree una, y pretiende igualarse a una.

Luego, observando a la joven de pies a cabeza:

—Pero, estás flaca, ché; ¿qué tenés?

—Algo enferma...

—El tiempo... — siguió doña Brígida; y comenzó a relatar sus padecimientos; dolores en las caderas y en las paletas, y después, de noche, una puntada bárbara en los caracuses, como si se los estuviesen vaciando con un tenedor. Una serie de dolencias, una vida abominable; lo cual no le impedía

comer como cuatro, dormir como lirón y estar obesa y rozagante.

Juana sentía una sensación extraña cada vez que veía a doña Brígida. Era una especie de simpatía y de repulsión. Aquella mole vanidosa, de un cretinismo brutal, de una vulgaridad extrema; aquel gran ser exuberante de vida, pletórico de salud, disgustaba a la joven sensitiva. Y sin embargo el algo bueno de bestia satisfecha que había en la patrona, su condescendencia para con los humildes, hacía disculpar sus defectos. Tacaña, ignorante, envidiosa, rezongona, ¿no eran así las mejores patronas de aquella época?... Menos mal si no era cruel, avarienta, feroz y hasta criminal; menos mal cuando se concretaba a reinar como soberano absoluto dentro de las murallas del caserón: otras extendían su dominio más allá, vendían novilladas, recibían las onzas y... solían entretenerse en prender o hacer prender fuego al ranchejo de alguna agregada sospechosa.

—Sentáte, pues, y tomá un mate, —había dicho doña Brígida a su visitante, pero no tardó mucho en agregar:

—Vos podés sebar el mate, Juana, mientras la negra tiende aquel charque.

De este modo satisfacía su vanidad y su avaricia. En su casa nadie podía estar veinticuatro horas sin hacer alguna cosa; y en cuanto a las dos negras, no trabajaban más los caballos del piquete, ni comían menos, ni eran peor considerados. Con toda la ignorancia y toda la soberbia de todas las burguesías, era doña Brígida persona respetada, ya que no querida en toda la comarca.

En el momento en que la patrona daba las gracias, —hastiada de mate dulce,— penetraba en el patio, cargada con enorme atado de ropas recién lavadas, Casiana, una morocha regordeta, en cuyos inmensos ojos negros, y en cuyos gruesos labios rojos danzaba la luz ardiente del sensualismo. Al ver a Juana, corrió presurosa, dejó el atado y la besó sonoramente, dando muestras del más grande cariño. Después, como ya estaba desocupada, la convidó para *dar unas vueltas*, y ambas salieron.

Ya fuera del patio, Casiana asió a su amiga de la cintura, y estrechándola con fuerza:

—Vamo pa la chacra, —le dijo;— y charlaremo a gusto.

Ella, en silencio, contenta, embargada por el bienestar que le ocasionaban cariños a los cuales no estaba acostumbrada, siguió andando con ágil paso

Lo que llamaban la chacra había sido un sembrado de maíz; pero entonces sólo crecían abrojos y chinchillas, en bosque espeso, sobre el suelo desigual, rugoso, agrietado, en partes encharcado. Al ras del suelo, una tupida alfombra de gramilla y una exuberante vegetación de baldrana servían de abrigo a ranas y víboras. De cuando en cuando silbaba y volaba rápida una perdiz, o se alzaba gritando un terutero.

Las dos amigas cambiaban una que otra palabra y seguían avanzando hasta llegar al fondo de la chacra, limitada por un cañadón barrancoso, que salvaron por un vado roqueño, y se hallaron en el chircal. Allí, a invitación de Casiana, se sentaron sobre unas rocas, a cuyo pie se abría ancha y profunda cueva de lagartos.

—Aquí podemo estar a gusto, —dijo la morocha;— en las casas no se puede ni resollar juerte sin que la vieja rezongue.

Sin responder, Juana observó a su amiga. El cuerpo sólido, las caderas amplias, el seno fuerte, la fisonomía de una belleza varonil y sensual, todo respiraba en ella una vida robusta, una animalidad contenta y satisfecha, un ser nacido para el trabajo y el placer sin una inquietud moral. Y antes de que ella, la débil y enfermiza criatura, pudiera razonar sobre la diferencia existente entre ambas, la otra, con voz fuerte y bien timbrada, la interpeló:

—Debés aburrirte, allá abajo, entre las pajas... Sin diversiones, sin nada... ¿Van hombres allá?...

Juana encontró todo un misterio en la última pregunta:" ¿van hombres allá?" En la entonación, en el gesto, en la mirada que acompañó a esa frase, había para la pobre desterrada como el vislumbre de una existencia para ella desconocida.

—¿Hombres? —dijo—. ¿Y para qué los hombres?

Casiana rió, le apretó un muslo con su mano lustrosa de lavandera, y exclamó condolida:

—¡Sos boba! ¿Pa qué la gallina si no juese el gallo?... ¿Pa qué los hombres? Pa divertirse, pues. ¿Bos no querés a naides? ¿A bos no te quiere naides?

La china, —que era ante todo mujer,— sintió placer en humillar a su inocente amiga. Es linda, —pensaba,— es más linda que yo; y sin embargo no tiene quien la quiera.

Juana adivinó ese pensamiento y estuvo a punto de revelar su secreto. Luego, con el instintivo pudor de los sentimientos purísimos, se contuvo y preguntó cándidamente:

—¿Los hombres? Me parece que con querer a uno...

—¡Bobeta!... Uno pa querer, los otros pa divertirse. Es juerza ansina: la carne pa enllenar, y la golosina pal gusto.

—¿Y vos?...

—Yo tengo uno que me enllena; los otros... Mirá... ¿Bos conocés al rubio Lorenzo?... Esa es mi prenda: pa él toda la res, pa los demás las achuras.

Juana se estremeció; recordó lo que había dicho el bandolero y tuvo lástima de su amiga.

—Él no te quiere, —dijo,— él no te puede querer, porque quiere a todas!

Casiana lanzó una sonora carcajada, y mirando a su amiga con compasión:

—¿Por qué? —contestó—. A mí me gusta el hombre que sea bien hombre. Cuando lo tengo en mis brazos, y lo beso en la boca, es mío, todo mío, y no piensa más que en mí, y si quiero lo hago morir, consumido, acabao... ¿Dispués?... Conque no traiga el jedor de otra carnisa, nada me importa donde churrasquee...

Se había puesto encendida; sus labios estaban rojos y secos, sus ojos lucientes.

—¡Sos boba de beras! —dijo medio enojada.

En seguida, mirándola fijamente con ceño duro, agregó:

—¿Y bos, no tenés... un hombre?... Mirá, yo te quiero, yo te apreseo de berdá; pero no me bengas bendiendo sebo por pomada de olor. Yo soy ansina y digo la berdá. Soy tan guena como la que más, y no hay que decir, porque cada cual ensilla lo que tiene y a la fin tuitas semos lo mesmo. ¿Y

pa qué andar con ocultaciones? A mí, cuando la patrona me quiso cachetiar porque hacía bida con el rubio, se me desató la sin gueso y le cante las berdades. ¿No haya?... ¡Dejuro! Ella, cuando se casó con don Diego, tenía un hijo del pardo Serapio, que es pior, yo al menos no me rebuelco con pardos!...

En seguida, con lujo de detalles, comenzó Casiana a narrar sus amores con el rubio bandolero. Aquella mujer que apenas contaba veinte años, sabía todo el libro de la vida y dejaba absorta a Juana. Aquella huérfana recogida y criada de limosna y casi como esclava en casa de Diego López, había sabido encontrar el camino de la dicha en el esteral de la vida, y no obstante los trabajos a que la condenaba su situación miserable, no desesperaba, no renegaba del destino, no encontraba una causa abrumadora en la existencia, sino una mezcla de placer y de penas, de fatigas y de reposo. Músculos y sangre; los músculos transidos de fatiga se galvanizaban en el placer; la sangre empobrecida en la labor, ardía oxigenada en la satisfacción de los deleites orgánicos. En cambio, Juana, la miserable criatura, endeble y sensible como flor de caicobé, vaporosa e incierta como celaje de aurora, pasaba por el mundo con la espalda encorvada, sufriendo en silencio las flagelaciones de un destino inclemente. ¿Un destino? ¿Cuál?... Bien mirado, ella se hallaba en mejores condiciones que su amiga. ¿Por qué sufrir? ¿que le impedía gozar y ser dichosa?... Sus mejillas pálidas y enflaquecidas ardieron de súbito, se obscurecieron sus ojos azules y temblaron los labios finos y blanquizcos. ¡No! ella no sufriría más; ella era igual a los otros y viviría como los otros, para la vida, para el con-

tento, para el placer, para la dicha!... Durante largos meses, el cielo está triste y nebuloso, el campo amarillo, los árboles sin hojas, las plantas sin flores; pero el sol vuelve, la luz besa al cielo y al campo, los árboles retoñan, las flores cuajan, el frío y la niebla emigran. En las almas, como en la naturaleza, es imposible el invierno eterno y la eterna tristeza!...

Cuando Casiana la dejó para ir a sus ocupaciones, Juana quedó durante largo rato sumida en honda meditación. Luego, andando lentamente, costeó el alambrado y llegó hasta la empalizada del corral. Durante varios minutos estuvo contemplando con cariño los ocho terneros, —unos pequeñitos, de miembros disformes, de andar inseguro, otros grandes, de mirar severo, de cabeza altiva, ornada de agudos pitones,— los ocho terneros encerrados en el estrecho chiquero anexo a la manguera. Transcurrido un tiempo, se recostó en un grueso horcón de coronilla y púsose a observar el horizonte. La tarde declinaba. Hacia el levante, la sierra semejaba alto, ancho y liso muro color azul intenso de agua de río. Más arriba, una franja anaranjada entre la mole granítica y la mole diáfana del cielo, también azul, de un azul opalino, muy claro, muy suave, muy diluído. Mas alla de la gruesa muralla dentada, nada, la inmensidad, el vacío, la quimera, el ensueño... Junto al palo a pique, paciendo y mugiendo y echando cariñosas miradas a las crias aprisionadas, movíanse las lecheras. Algo mas lejos cruzaban los caballos de la tropilla del servicio; más allá aún, blanqueaban las ovejas con sus lavados vellones; y distantes, sobre las lomas, dispersos, los vacunos se mo-

vían lentamente, lanzando de tiempo en tiempo hondos mugidos, que se extendían como sones dolorosos por las soledades apacibles. La dulce tranquilidad, el suave adormecimiento de la naturaleza, entristecía el alma de Juana. Su espíritu se perdía más allá de la línea dentada y gris, más allá de la serranía, de la alta muralla de granito que ponía fin al firmamento. La imaginación volaba, con el vuelo silencioso de las lechuzas, por aquella región negra e infinita; su corazón experimentaba la angustia de las atmósferas carbónicas, y todo su ser se estremecía saboreando el *placer del dolor*. Gradualmente, de una manera casi imperceptible, el azul del cielo íbase obscureciendo; y al mismo tiempo, con igual gradación, el silencio, la melancolía de la tarde se iba extendiendo, acostándose sobre las lomas, sobre los llanos, sobre los bosques espesos y sobre las turbias cañadas. Los *dormilones,* —semejantes a gigantescas mariposas nocturnas,— cruzaban el cielo, yendo y viniendo, trazando círculos con su vuelo inseguro y silencioso; pero ni teruteros, ni perdices, ni palomas, ni cachilas. Por un largo rato, Juana olvidó el horizonte, y empezó a seguir con la vista el incesante y fantástico volar de los *dormilones,* aves extrañas que pasan el día aletargadas, echadas sobre las rocas, y despiertan con las primeras sombras y se agitan sin descanso, sin detenerse, sin posarse en ninguna parte, como almas perseguidas por un remordimiento... Cuando tornó a mirar hacia el poniente, ya no se veía de la sierra nada mas que una línea obscura, y el campo aparecía como una inmensa superficie plana y negra. En el galpón brillaba como una hoguera el enorme fogón. Los peones, mientras arreglaban los recados, preparando las camas, silbaban algún

estilo o canturriaban alguna décima. Juana oyó la risa de Casiana respondiendo a la insolencia de algún peón y la voz gruesa y áspera de la patrona retando a la "retinta". De pronto, a su lado, otra voz, suave y armoniosa, la hizo volver la cabeza: era la de Amancio, un indiecito que, con el caballo de tiro, iba a atarlo a soga, y dirigiéndose a ella, le decía con zalamería:

—¿Qué hace, mosa, tan solita? ¿No tiene miedo al sereno... ni a los lobinsones?...

La hora triste, el agonizar del día, las tintas diluídas del crepúsculo, la desaparición suave y lenta de la luz que muere ¿no producían ninguna impresión en el alma de los seres humanos, no infiltraban en sus corazones la dolorosa y sin embargo dulce melancolía que hacía gozar al suyo el misterioso *placer del dolor?*... ¿No preocupaba a ninguno de los otros el vuelo incesante e inseguro silencioso y rápido de las aves grises, —miserables almas atormentadas por el remordimiento?... ¡Oh, la vida!...

Amancio, —después de atar el caballo a soga,— volvió a pasar por su lado, muy despacio, casi rozándola. Ella pensó en el rubio Lorenzo y en las lecciones de Casiana.

X

Pasó el invierno. Desaparecieron de las praderas los tristes pastos amarillos; redujeron su caudal los arroyuelos y tornaron a encerrarse en su cauce estrecho los cañadones. Las ovejas comenzaron a os-

tentar vellón espeso y blanco; los caballos engordaban, y con la gordura veníales nuevo y vistoso pelambre; el campo, a su vez, brilló con la yerba, —suave y verde y perfumado vello nacido a los besos de los soles tibios—. Las perdices que dormían en el chircal espeso, se aventuraron otra vez en las lomas volando silbadoras. En bandas numerosas alborotaron los teruteros; y hasta los ofidios, —recién salidos del letargo hibernal,— se arrastraron por la cuchilla seca, exponiendo a la luz tibia la nueva piel pintada y luciente. Los mimbres y los sauces vistieron de esmeralda; los ombúes solitarios, —árboles filósofos que miran indiferentes pasar las estaciones, los recios pamperos y las brisas suaves, —los árboles tristes que no abandonan nunca su vestimenta obscura,— empezaron a echar sus racimos blancos de flores estériles. La naturaleza, —como un enfermo tras larga convalecencia,— comenzaba a vivir de nuevo, con una vida alegre y bulliciosa, llena de promesas, rica en esperanzas. Era una vuelta a la luz, tras la larga y penosa sombra del invierno. En vez del doloroso balar de las ovejas transidas por el frío y perseguidas por la lluvia, oíase el alegre vagido de los corderos que, apenas abandonado el claustro materno, corrían embriagándose con la luz, en vez del siniestro mugir de los vacunos en los pesados días de bruma, escuchábase el llamado alegre de los becerros recién nacidos; en vez de la yeguada que recorría mustia y en silencio los llanos encharcados, veíanse retozar sobre el otero los potrancos de piel lustrosa y ojo centellante. A medida que el abrojo, la cepacaballo y el abrepuño amarilleaban y se inclinaban moribundos, los macachines y las marcelas abrían sus corolas rojas y amarillas, moradas

y azules Los cuervos, —hartos en el festín que les brindaron las ovejas viejas muertas por el frío,— huían a operar su pesada digestión en lo obscúro de la selva; los caranchos y los chimangos golpeaban el corvo pico, crispaban la fiera garra y volaban lejos en busca de carnizas. En cambio, trinaba la calandria; el sabiá dejaba oir su dulce melodía; mostraba su copete rojo el altivo cardenal, y afanábase el hornero en buscar alimento para los polluelos que tenía bien abrigados en su maravilloso palacio de barro. Hasta el boyero, —artífice de la selva,— solía detenerse sobre la rama de guayabo que sustentaba su nido, y entonaba una canturria alegre. Sobre las lagunas inmóviles, los camalotes abrían sus grandes flores celestes; sobre las talas coposas, los claveles del aire lucían sus flores sin perfume. En la umbría, el trébol crecía lozano, el arrayán abría sus grandes, blancos y aromados racimos; el burucuyá, —la flor simbólica,— ostentaba su corona de espinas azules, e hinchaba el ñangapiré sus ricos rubíes, cuyo color envidiaban los petalos de la flor del ceibo... Los terrenos estaban firmes. no eran los vados temibles lodazales, y en los esteros, ya sin agua, podía transitarse sin temor. De mañana, el oriente mostrabase puro, la sierra se divisaba esbelta y soberbia con sus crestas de azul de acero, a mediodía la inmensidad del campo parecía reir con la risa perlada de una chicuela ávida de amor; y la tardes, con sus púrpuras envueltas en celajes celestes y blancos, eran como una sonrisa del día, que no iba a morir, sino a cambiar de vestimenta, para reaparecer, una hora más tarde, envuelto en la augusta túnica azul salpicada de flores de oro... Tras los temporales, —las lluvias copiosas, los fríos intensos, los vientos turbios

y los cielos obscuros,— la naturaleza resurgía a la vida, a una vida alegre y bulliciosa repleta de promesas, preñada de esperanzas.

Durante una semana, los días se habían sucedido rivalizando en placidez y hermosura, como queriendo borrar de la memoria de los seres, el recuerdo del rudo invierno pasado.

A mediados de septiembre, Juana hacía sus preparativos para volver al Puesto del Fondo, donde el viejo trenzador gruñía de impaciencia. Cinco o seis veces había ido a la Estancia en su busca; y como la patrona, —que necesitaba y aprovechaba las habilidades de la joven,— pretextara siempre un vestido que concluir, un traje por empezar, el viejo se retiraba, en silencio, pero ceñudo, más ceñudo que de costumbre. Juana, en cambio, sentíase notablemente mejorada, ya que no curada de su extraña y pertinaz dolencia. Fijada ya la fecha de su partida, —el lunes dieciocho de septiembre,— su espíritu comenzó a un involuntario examen de lo pasado y sentido durante su estadía en la Estancia.

Era un sábado, y, como la tarde en que llegó, hallóse sola, recostada en un coronilla de la empalizada del corral. Miraba al oriente, miraba la sierra que el Cebollatí besa, con el beso áspero de sus aguas turbulentas, observando el horizonte de los maravillosos crepúsculos, en los cuales las cosas inanimadas respiran y hablan como cosa que vive. Y en todas partes no vio sino gradaciones de un mismo color; el azul, un derroche de azul, más intenso, más suave, ora en anchas franjas, ora en largas manchas: azul la pradera, la sierra y el cielo, y, —por extraño fe-

nómeno óptico,— azul aparecía la frente de las lecheras que pacían cerca del corral... Cerró los ojos. ¿Qué había pasado en ella durante aquellos meses?... Acercándose el momento de volver al rancho de don Zoilo, aproximándose el instante en que tornaría a hallarse sola y aislada en el sombrío pajonal del Puesto del Fondo, vínole imperioso deseo de levantar la venda y observar la herida. Ya no sangraba, ya no dolía. ¿Estaba curada? ¿Al fin, —regresando del largo y penoso viaje por un mundo fantástico,— volvía a la vida real, a la vida ordinaria donde se sufre y se goza, a la vida común donde hay remansos para descansar de las rudas contiendas? En contacto con las almas *normales*, ¿su alma había por fin descendido del carro absurdo de la quimera?

Los recuerdos empezaron a desfilar ante ella. Vio primeramente el gran comedor de la Estancia, y en él, por las tardes, la alegre y satisfecha familia. En un testero de la mesa, don Diego ocupando dos sitios con su corpachón, extendiendo los brazos gruesos como "principales" de alambrado, y las manos anchas, carnosas, morenas y velludas; a su lado, —ocupando, no el sitio de dos, sino de tres,— doña Brígida, —cuyos brazos cortos apenas alcanzaban a la mesa, pues el vientre enorme la obligaba a colocar muy lejos la silla;— la terrible patrona, cuya pequeña cabeza semejaba una bola pegada sobre un globo inmenso, el seno macizo apenas separado del abdomen Frente a don Diego, el capataz, *don Montes,* mostraba su rostro risueño y se afanaba por alisar la barba abundante y revuelta, mientras sus

ojos iban del patrón a la patrona, con su mirada humilde y bondadosa de perro fiel, agradecido a los servicios y consideraciones que el amo le ha dispensado. A la derecha del capataz se sentaba *el héroe.* Era éste un viejecito apergaminado, cuya cabeza desaparecía en un pañuelo de yerbas, y cuyo rostro, casi lampiño, era más que horroroso, repugnante: los ojuelos opacos y llorosos, las orejas largas, pulposas, erizadas de pelos blancos; la boca sin dientes coronada por un bigote ralo, desparejo y teñido de amarillo con el humo hediondo del "pucho" de tabaco negro; y, finalmente, un residuo de nariz, respetado por la moharra de la lanza que había llevado el resto conjuntamente con un buen trozo de piel de la mejilla izquierda De las muñecas flacas y huesudas, salían unas manazas disformes, siempre sucias y con los gruesos dedos provistos de anchas y largas uñas corvas y negras. Lo llamaban *el héroe* y lo tenían como una reliquia, porque había servido con *don Frutos* y había hecho con él la campaña de las Misiones. Entre este personaje y el patrón solía sentarse el comisario, comensal asiduo, o algún otro visitante, que nunca faltaban. Juana, a quien la patrona colocaba a su lado, —más que por consideración, porque la ahorraba el trabajo de servir,— observaba en silencio, mientras llenaba los platos, cada uno con dos o tres presas de puchero, un par de choclos y una raja de zapallo. No se usaban cumplimientos. El patrón, —siempre en mangas de camisa,— daba el ejemplo, cogiendo los trozos de carne con los dedos y tironeando fuerte con sus dientes de mastín. Si había invitados, pedíales que lo imitaran, diciendo con su voz fuerte de dominador.

—Abajesé y deje el tenedor, amigo; pa comer espinazo hay que apiarse.

Juana sonreía, recordando a don Zoilo; y el capataz, a tirones con media tibia, decía a manera de aprobación:

—Eso es, sí... pal espinazo hay que apiarse; y pal caracú tamién... eso es, sí...

Entre tanto, *el héroe* tragaba en silencio, y doña Brígida, a quien la ausencia de molares hacía masticar con los dientes, estiraba los labios, moviendo aprisa las mandíbulas, e interrumpiéndose sólo para gritar a la "negra motosa" o a "esa arrastrada de Casiana". Y el capataz, dirigiendo hacia ella su mirada aduladora, asentía.

—Arrastrada... eso es, sí .. arrastrada.

Al puchero, —que se comía acompañado de "pirón",— sucedía el asado, siempre gordo; "que amarillease", —decía el patrón,— cosa que se pegara bien en la grasa la fariña seca. El asado motivaba una conversación invariable: el estado de la hacienda, los toros por castrar, los novillos en engorde, las vacas en venta. Tema era éste que ocupaba a todos.

—Ayer cuando fi puel fondo, —decía Montes,— vide pacacito el bañao... eso es, sí... la yaguanesa corneta riciensitamente parida... eso es, sí...

—¿Y por qué no la trujo? —interrumpía la patrona atragantándose con un trozo de asado—. ¡Bastante falta que hacen las lecheras! Cuasi no puedo hacer quesos; y eso que yo mesma, onde me ven, voy al corral de mañanita pa que no se chupen la leche esos diablos de muchachas que son como guachas.

Y por ahí seguía hablando de las condiciones buenas de esta vaca y de los defectos de aquélla. Todos daban su opinión, excepto *el héroe*, quien se contentaba con revolver los ojillos turbios, sin suspender la masticación.

Cuando estaba el comisario, se hablaba de política.

—Pa mí, —exclamaba don Diego golpeando la mesa con el mango de plata de su cuchilla enorme,— no hay como Latorre. Al pillo, palo, y al altanero un buen bozal de cuero fresco. ¿No haya?

El comisario, cuyo rostro desaparecía entre los pelos de las cejas, de los bigotes y de la barba, guiñaba el ojo, sonreía y con su voz gruesa, áspera, repulsiva:

—Así dice el coronel, —contestaba.

El *coronel* era el caudillo, el jefe del pago, el que nombraba comisarios, jueces de paz y tenientes alcaldes; el que juzgaba y castigaba, el que era árbitro supremo, el que tenía poder bastante para penar con la muerte una culpa leve y para absolver de toda culpa al más grande delincuente; aquél a cuya Estancia, —fortaleza inexpugnable,— convergían veinte caminos en los cuales resonaban noche y día los cascos de los caballos en furioso correr; aquél cuyas haciendas y cuyo peculio estaban siempre a disposición de los amigos y correligionarios; el amado y el temido; el gaucho bruto que se alzaba triunfador sobre los sapientísimos doctores; la lanza de gran rejón que se imponía a la pluma y a las ideas; la barbarie que ordenaba y se mofaba de la civilización; el prestigio, el número, la fuerza, a cuyo poder pedían protección, —rebajándose y humillándose,— los hombres de ciencia y de talento;

el bárbaro potente y ensoberbecido que dominaba tiránicamente desde lejos, riendo del favorecido, festejando con bromas groseras y chistes sarcásticos el triunfo obtenido en beneficio de un intelectual sin conciencia, para el cual tenían él y los suyos el mayor de los desprecios.

¡Así dice el coronel!...

Lo que significaba: así dice el amo. ¿Qué mucho que el comisario, —bandolero obscuro, autor solamente de dos o tres homicidios, acusado de otros tantos robos y estafas, amén de varias violaciones de pobres mujeres indefensas;— qué mucho que él se inclinara respetuoso y lleno de admiración ante el caudillo prepotente, cuando había visto venir de Montevideo las personalidades, —los hombres de gran saber, los magnates de levita y guante, de botín charolado y sombrero de felpa,— a consultar, adular y mendigar los favores de aquel señor feudal de chiripá y bota de potro?... Juana, —reconcentrada, trayendo a su memoria todos los recuerdos dispersos, frases, palabras y juicios, incompletos y truncos, — trató de formarse una idea de lo que era el caudillo. Había oído hablar de algunos cuya bondad era reconocida unánimemente; bondad altanera, es cierto, soberbia, despótica, insultante, pero bondad al fin; sin embargo, su inteligencia no podía conciliar esa faz del carácter del jefe con las otras múltiples que se lo presentaban odioso y repulsivo. ¿Por qué le rodeaban todos los bandidos de la comarca? ¿por qué amparaba a todos los bandidos con tal que fueran fieles a su bandera y se sometiesen a sus órdenes? ¡Oh! y todo lo que era escoria y desperdicio, todo lo que amaba la vida fácil, odiando el trabajo, iba a cobijarse bajo las alas protectoras del águila altanera,

temida y respetada. En la región era el amo; sus decisiones se imponían, ya defendiera a un inocente o ya patrocinara a un criminal. Por él se sabía que existia un gobierno, y en él miraban representado ese gobierno. Los hombres de levita, los *dotores* sancionaban y santificaban el crimen, calificando de heroe al bandido, humillandose gustosos ante el ser inculto, semisalvaje, sanguinario y feroz, que tenía el poder de hacer diputados, jefes politicos, jueces de paz, tenientes alcaldes y comisarios... Ella se indignaba ante semejante monstruosidad. ¡Y si hubiera sido capaz de comprender toda la infamia! ¡Si hubiera podido pensar que casi todos aquellos valientes iban a la guerra por horror al trabajo, por odio a la ley y por desprecio a la autoridad! ¡Si hubiera sabido que no tenían noción de patria, ni idea de gobierno, ni amor a las instituciones; que eran la negación del progreso, el símbolo de la barbarie y la bandera de la anarquía; si le hubiera sido dable analizar y comprender que no saben apacentar sus ganados, ni elegir, domar y cuidar sus potros!... En cambio, el que a golpes de facón cortaba un alambrado por no andar tres cuadras en busca de la portera, ¿no era un hombre meritorio? El que ponía la bota sobre la taba que había echado suerte y recogía la parada exponiendo como incontrastable derecho la punta de la daga, ¿no era un guapo a quien con justicia debía aplaudirse y premiar? Se necesitaban hombres así, de garra y audacia, con mucho valor y poco escrúpulo; y cuando alguien se atrevia a comentar los crimenes de alguno de éstos, no faltaba quien inmediatamente los justificase con estas o parecidas palabras: —"Es cierto que es medio diablón.. *¡pero es muy buen compañero!...*"

Manejando con destreza el cuchillo, bien oprimido en la gruesa mano velluda, masticando con ruido el gran trozo de asado, el comisario sonreía con su sonrisa obscura que parecía una sombra echada sobre su frente estrecha, sus ojos chicos, su nariz roma y sus labios gruesos: toda una fisonomía de semi bárbaro.

—¡Así dice el coronel!— Y en su conciencia manchada con tantos crímenes, aquella frase era el hiriente sarcasmo que la impunidad escupía al rostro de la virtud.

—Así dice el coronel; hay que atracarlos al código!...

Don Diego era un bruto feliz. Le adulaban y le temían. Doña Brígida era un ser feo y antipático, para quien todos tenían consideraciones. Montes, un perro humilde contento con sus humillaciones. El *héroe,* un ente repulsivo que llenaba el estómago y dormía sin una sombra en el espíritu. Las pobres negras casi esclavas, pasaban sin transición del llanto ocasionado por los tirones de las "motas", a la alegre carcajada, sin que se les ocurriera pensar en una existencia mejor. Casiana, —frecuentemente comparada con la perra picaza,— Casiana, piltrafa destinada a sufrir y satisfacer los apetitos del primer venido, vivía contenta, feliz con poder reservar unos instantes y unas caricias al rubio Lorenzo. Muchas veces en las tardes frías, en los crepúsculos tristes, habían recorrido juntos los ombúes y los eucaliptus, los membrilleros y el espeso yuyal de la chacra. La criolla fresca, rebosante de vida, decía.

—Aquí estube con *él* una bes; acá una tarde, cuasi al escurecer, nos encontramos solos; en este sitio nos bimos una madrugada, cuando ricién benían las barras del día y tuito estaba escuro.

Cada sitio tenía un recuerdo de amor venturoso; cada ombú, cada eucaliptus y cada tala representaba un testigo de placeres infinitos, de pleno goce de la vida en un amplio desborde de animalidad, en una completa saciedad del instinto.

Gradualmente, poco a poco, el alma de Juana se fue amoldando a la vida; y gradualmente, día a día, fue amenguando su enfermedad. Reconcentrándose, pensó en Lucio, el prometido ausente; y forjando una gran quimera, la esperanza de una aventura sin límites, confió a aquellas cinco letras la llave de su destino.

El lunes, al despedirse, y al salir de la Estancia con dirección al Puesto del Fondo, su espíritu estaba tranquilo y cabrilleaba en su alma la luz del sol de primavera.

XI

El Puesto del Fondo había cambiado; el desaseo y el abandono notábase otra vez en el patio, en la cocina y en las piezas. La escoba se había podrido junto a un muro; huesos y otros desperdicios volvieron a acumularse en el patio, donde los yuyos, —aprovechando la ausencia de la enemiga,— se habían apresurado a crecer con un vicio y una lozanía admirables.

—Pero tío, ¡cómo está esto!... —había exclamado Juana al desmontar junto al rancho.

Y sin disgusto, —bien al contrario, contenta con encontrar inmediata ocupación,— apresuróse a cambiar de ropa y a entregarse a la actividad de ama de casa prolija y hacendosa. Dio principio por la cocina, barriendo, fregando, recogiendo los trastos y mostrando una locuacidad que hacía fruncir el ceño a don Zoilo.

—¡Qué porquería! ¡cómo está esto! ¡Si parece chiquero de chanchos!

Sin perder tiempo había avivado el fuego, arrimado la caldera y preparado el mate De pronto se acercó al trenzador y le tendió la calabaza.

—Mire, viejo, —dijo,— ¡qué matesito bien sebado!... Como de manos de su sobrina.

Don Zoilo cogió el mate, y mientras chupaba, observaba a la joven de reojo. ¡Qué cambio en tan poco tiempo! El rostro encendido, los ojos brillantes y alegres, Juana hizo un mohín y volvió a la cocina cantando:

Son como los yuyos
vidalita,
las penas del alma;
más ligero crecen,
vidalita,
cuanto más se arrancan!

Su voz dulcísima y de timbre adorable, sollozaba en la cadencia melancólica de las *vidalitas;* pero un sollozo sin pena, un tierno efluvio del alma en raro instante de espontánea alegría de vivir. Cada

vez que la joven aparecía en la puerta de la cocina con el mate en la mano, el trenzador la miraba inquieto. Tanta alegría y tanta vida en aquella muchacha, que tres meses antes había salido del rancho mustia, marchita, como pájaro enfermo, causóle extrañeza y enojo. Después, desdeñando el trabajo de análisis, se encogió de hombros, y entre dientes:

—¡Hembra! —murmuró con desprecio.

Su soberbia cabeza de fiera envejecida se alzó con orgullo. ¡La hembra! El pájaro, lo débil, lo inútil, el jilguero y el sabiá alborotando el bosque con sus trinos y saltando de rama en rama en ridícula gimnasia sin objeto!... El día anterior había ido a la pulpería; entre sus piernas, junto con las lonjas, los tientos y las herramientas, estaba el porrón de caña a medio vaciar: lo asió, lo miró con cariño y apuró un trago largo, largo, largo, sin oir siquiera la voz de Juana, que cantaba:

En la cordillera,
vidalita,
planté un naranjal,
porque hoy se estila,
vidalita,
querer y olvidar!...

La voz iba y venía en continuo movimiento, ora más allá, ora más tenue, en ocasiones casi apagada, pero siempre alegre y perfumada de juventud. Alegre en la misma melancolía de las estrofas, alegre en el mismo ritmo quejumbroso que semejaba lento llorar de bordona:

En la cordillera,
vidalita,
planté un naranjito,
porque hoy se estila,
vidalita,
querer poquitito.

Luego, casi sin transición, continuó:

Torcaza que llegas,
vidalita,
hasta mí tan triste,
dime si afligido,
vidalita,
a mi dueño viste...

Y por un rato vibró la voz a manera de prima tremulante, hasta que el último acorde, suavísimo y muriente renació en la estrofa inmediata:

Dime si ha llorado,
vidalita,
porque estoy ausente;
o si mi recuerdo,
vidalita,
le es indiferente.

Ese día se almorzó más temprano que de costumbre porque Juana tenía prisa en visitar *su bañado,* en pasear alegre y sana por aquellos mismos sitios que la vieron arrastrarse moribunda. Internándose en el estero, le pareció entrar en casa amiga, y halló hermoso el océano móvil y dorado con las radiaciones del sol de primavera, una lluvia de oro tan cá-

lida como suave e igual en toda la inconmensurable región de campo muerto. Avanzando ligera, deteníase la joven de trecho en trecho para contemplar embelesada el penacho de flores ásperas y duras, de algún erguido caraguatá: tristes flores que no poseen color ni perfume, que semejan existencias consumidas sin haber llenado una misión, mujeres feas que envejecen en la horrible melancolía de haber sentido el amor sin lograr inspirarlo, faltas de color y perfume, belleza y sentimiento. Altos y escuetos, duros y rígidos, los racimos del caraguatá dominaban el pajonal, mostrándose como la única flor, la sola ilusión que podía encender la primavera en el pecho obscuro y humedo, enfermo y fofo del estero. Las pajas cortantes y de agudas puntas doradas, eran como la cabellera de una deidad sin alma, cuyas caricias laceran. Y mientras arriba, —a dos metros del suelo,— reía la brisa y cabrilleaba la luz, — abajo, en el suelo, blando y frío, eternamente sombrío, se revolvía la vida miserable de los últimos seres entregados a rabiosa fecundación, y exhalando un perfume espeso, acre y capitoso como sudor de mujeres atormentadas por los espasmos de abyecta y crapulosa lujuria. De ese modo, —con la ilusión sobre la frente y bajo sus pies la realidad amenazante,— Juana avanzaba sin otro propósito manifiesto que el de internarse en el apacible mar y quizá misteriosamente impulsada en busca de sitios que habían dejado en su espíritu huella imborrable; tal vez buscando la tenebrosa laguna de las aguas dormidas, de las algas rojas y de la triste ribera donde duerme, sereno e inmóvil, el viejo ceibo de gruesos ramos nudosos y ennegrecidos.

—¿Ónde bas, ladina?... No debe andar puaquí flor tan linda, que los yuyos ensusean!...

Volvió Juana asombrada la cabeza al oir tales palabras, y hallóse frente a frente con el rubio Lorenzo, el bandolero temible Su primer impulso fue huir, gritar, pedir socorro; pero él, logrando encender una mirada tierna en sus ojos de bestia, y dando a su voz una dulzura extraña, arrulladora:

—No se asuste, —dijo empleando un tratamiento respetuoso;— las noches más escuras no son las más fieras, ni el matrero es puma que come borregas vivas.

Pero la joven seguía mirándole azorada, como si realmente hubiera visto surgir de las pajas la fea cabeza de un puma hambriento. Latíale desordenadamente el corazón, temblábanle las piernas, y en su rostro, de una palidez de escarcha, las pupilas semejaban dos manchas azules, grandes e inmóviles. Aquel Lorenzo que tantas veces había visto en las casas, aparecíasele allí, en la soledad desamparada del estero, como el ser fantástico, siniestro y soberbio que la leyenda había creado. Imaginóse al monstruo feroz, incapaz de clemencia, cuyos apetitos sanguinarios no conocían ni el obstáculo ni la saciedad. Un temor puramente físico la paralizaba y la clavaba allí, sin voz y sin resistencia, a merced de la fiera que había de devorarla. Sin embargo, Lorenzo dio un paso hacia ella, y mirándola de una manera extraña, le dijo con una afabilidad más extraña aún:

—¡No te asustés ansina, pichón de calandria!... ¿Pensás que te viá matar?... ¡Matar a mosa tan linda!... ¿Y pa qué, flor de bañao, más perfumada que el arrayán?...

Un borbollón de grana incendió las mejillas de la joven, brillaron de súbito sus pupilas azules y retrocedió irguiendo el busto. En la mirada y la voz del matrero vio el brillo de un puñal más temible que aquel que esperaba ver hundirse sin piedad en su cuerpo. En un segundo desapareció el ser fantástico, bebedor de sangre, rey del crimen y dios del desastre; borróse de súbito el ser informe construído por la leyenda, y quedó el hombre que ella conocía, el lascivo perseguidor de mujeres. Juana se lo imaginó otra vez sentado en la cocina del rancho, narrando con voz indolente sus terribles aventuras amorosas. ¿Qué concepto tenía de las mujeres aquel hombre que deseaba a todas sin amar o sin poder amar a ninguna? ¿Las odiaba? ¿las despreciaba?... En el cinismo de sus relatos había un fondo de amargura; notábase sin esfuerzo que no era únicamente el instinto animal sin freno y sin control el que lo arrastraba a infames extremos; en aquella alma gaucha, orgullosa y altanera, no debía borrarse jamás la huella de una ofensa; cada mujer debía traer a su memoria el nombre y el recuerdo de la única mujer que ansió y le traicionó desganándole para siempre de toda acción buena y generosa; los placeres de su sensualidad debían ser agriados por poderoso y fatal deseo de venganza.

Juana se dio cuenta del peligro que corría, y retrocediendo unos pasos, exclamó emocionada:

—Dejemé ir; yo quiero ir a las casas!

Lorenzo le dirigió una mirada entre tierna y burlona, y con voz que la cólera comprimida hacía vibrar, contestóle:

—¿Y en qué topa que no dentra?...

En seguida, dando rienda suelta a su encono:

—¡Presumida la rubia! —agregó—. Si quisiera haserte mal, ¿a qué santo te habrías de encomendar? ¿qué reliquia te guardaría?... ¿Bos tamién, como las otras, tenés cara linda y alma fea? ¿Sos lo mesmo que tuitas, arueras que ofrecen sombra y dan beneno?... ¡No parece sino que yo andubiera hambriento y con el freno en la mano!...

Tenía el rostro encendido, brillaban fieramente sus ojos, temblábale el labio inferior grueso y caído, y su voz era áspera y dura.

Juana lo encontró soberbio, grande e imponente en su orgullo; y buscando una frase que le desarmara, sólo se le ocurrió decir:

—¡Yo tengo novio!...

Un sollozo la ahogó, inclinó la cabeza y las lágrimas nublaron sus ojos.

El matrero dio dos pasos, la asió de una mano y echó a andar en dirección de las casas, llevándola sumisa y callada. Iban por otra senda, más seca, y que se elevaba gradualmente. En el trayecto se detuvieron junto a una albardilla. Él se pasó la mano por la frente y tendió la vista sobre el largo tapiz dorado.

—¿Tenés nobio?

—¡Sí!

—¿Lo querés?

—¡Sí!

—¿Él te quiere?

—¡Sí!

El matrero volvió a pasarse la mano por la frente, echando hacia atrás las largas guedejas de cabellos rubios. Sus pupilas se aclararon un instante, como si se hubiera reflejado sobre ellas la luz de un recuerdo dulce; mas, de pronto volvieron a ad-

quirir el tinte obscuro y el fuego metálico del iris felino. ¡Quien sabe qué ideas negras pasaron por su cerebro removiendo los escombros de dolores olvidados! Sus mejillas se encendieron, y el labio pulposo y cárdeno tembló al dar paso a una frase quemante, imperiosa y brutal.

—¡Yo te quiero!

Juana retrocedió, extendiendo las manos hacia adelante, en actitud de defensa.

—¡Yo te quiero! —repitió Lorenzo.

Y su voz era imperiosa y dulce a un mismo tiempo, insinuante como un ruego y breve como un mandato Ella le oía con miedo, pero sin pena Su imaginación galopo leguas y leguas, traspuso lomas, voló sobre serranías, vadeó ríos y se detuvo junto a un hombre de aspecto tranquilo y mirada tierna: ese hombre semejaba los remansos de las cañadas siempre iguales y melancólicamente sosegadas, y como la imaginacion llevaba en sus alas el retrato del otro hombre, tempestuoso, variable y fiero hasta en los raros instantes de calma, comparó La comparación no amenguó los méritos del uno, pero puso de relieve las ventajas del otro. La joven se oprimió con ambas manos el pecho palpitante, y exclamó con voz ahogada:

—¡Por favor, dejemé... yo no puedo!... ¡Yo no soy como las otras!

—¿Quienes son *las otras?*

—Las que usted tiene, las que usted quiere... ¡Vayasé! ¡dejemé!...

Él tartamudeó, se puso pálido.

—¿No me querés entonse?

—¡No!

Si él estaba pálido, ella estaba lívida. Su fisonomía presentaba un aspecto tan extraño, que el gaucho inclemente bajó los brazos e inclinó la cabeza. Durante varios segundos permanecieron así, sin mirarse y sin hablarse, igualmente asombrados los dos: ella de su inesperada audacia, él de su incomprensible debilidad.

—Bamos pa los ranchos, —dijo de pronto.

Y otra vez en silencio, muy juntos, rozándose en ocasiones, tornaron a andar por la estrecha senda bordada de altísimas gramíneas A lo lejos, festonando el contorno del bañado, veíase una ancha franja verde; y más allá alzábase en suave bombeo la colina cubierta de un vello de oro, luego otras colinas de un verde intenso taraceado de florecitas multicolores; y allá, —en el fondo del horizonte, diáfano y luciente como una lámina de acero bruñido,— brillaban los blancos muros de la Estancia. Al llegar a un sitio donde ya las pajas crecían ralas y enanas, —muy cerca de los ranchos,— se detuvieron

—¿Conque tenés nobio? —insistió el rubio Lorenzo con voz agria.

Y como ella, sin responder, hiciera con la cabeza un signo afirmativo, el bandolero agregó, siempre en igual tono áspero y despreciativo:

—¿Y quién? Dejuro qu'i'e ser Lucio, aquel gurí abombao que la bes pasada andubo puaquí, arrastrando el ala y abriendo la boca al mate?...

Ella, sin atreverse a protestar contra el denigrante calificativo aplicado a su preferido, a su compañero, al ser que más amaba y que más le amaba, inclinó la frente y contestó muy quedo, como avergonzada:

—Sí, es él...

El gaucho se quitó el sombrero, sacudió la melena, frunció el ceño y quedóse unos instante indeciso. Mas, luego, violento, tendiendo el brazo en dirección a las casas:

—Güeno, —dijo,— andáte pal rancho, y pa más adelante tené cuidao con las pajas. No te olbidés que el diablo sabe por diablo, pero que más sabe por biejo. De mí no tengás miedo. ¡Bien dice el refrán que, en ganándole el tirón, no hay bagual pescuesero[1]... pero no todo es lo mesmo, ni siempre hay sol en berano, ni siempre lluebe en inbierno... No te fiés mucho 'el bañao: onde andan perros sueltos, nunca está seguro el sorro!...

Ella nada dijo. Dio medio vuelta y se alejó de prisa y con la cabeza gacha, dando tropezones como persona ebria.

Lorenzo la estuvo observando hasta que llegó a las casas; y cuando la vio abrir la puerta del cuarto de don Zoilo y entrar, se pasó otra vez la mano por la frente estrecha, oprimiéndose las sienes, y murmuró sordamente, en tono de rabia y de reproche:

—¡Lucio!... ¡Y así ha de ser!... ¡Siempre la mejor carne se l'han de comer los perros!... ¡Bida arrastrada, en que tuito es bosta!...

En seguida tendió la vista sobre el inmenso campo verde y resplandeciente con la luz de un sol de fuego en una tarde maravillosamente serena, y golpeó el suelo con el pie, furioso de haber concedido excesiva atención a una nimiedad indigna de él.

Sin embargo, por breves instantes permaneció indeciso. Hacia afuera, más allá del bañado estéril e insalubre, se abría el campo, la inmensa extensión

luminosa y libre donde él podría vivir como los demás, abdicando sus pretensiones, domando su orgullo y sometiéndose a la voluntad de sus perseguidores. Por el contrario, hacia atrás estaba el estero fangoso, obscuro, frío, y más lejos, la selva, las inmensas frondosidades del Cebollatí, el bosque sombrío, impenetrable, misterioso, asilo natural de los que, como él, hallábanse impelidos por el instinto a la rebelión y a la lucha, incapaces de someterse a la vida regular y ordenada, incapaces de inclinar la cerviz y dejarse uncir al yugo del trabajo para seguir pesadamente el surco, resignados con las chocantes desigualdades que impone la ley de la vida. El matrero miró a uno y otro lado, sonrió con su sonrisa más obscura y cínica y salió con paso firme en dirección al monte, aquel monte que aún no ha sido profanado por el hacha del montaraz, en cuyos misterios seguirán hallando abrigo todos los rebeldes, las ásperas naturalezas indomables, el hombre y el león, el tigre y el aguará, una raza humana y una jauría que se extinguen, perseguidas, sin tiempo para reproducirse, eternamente combatidas y nunca domadas. Ante el ancho panorama donde podía vivirse en sosiego, influenciado quizás por la quietud dulcísima de la tarde, el matrero sintió en el alma como un remordimiento y un fugitivo deseo de entrar nuevamente a la vida común, incorporándose otra vez a la sociedad que le perseguía. Fue un relámpago. La naturaleza y el hábito se impusieron. Así había vivido, así debía vivir y morir, libre y salvaje, sin ley y sin amo. Como el charrúa, su raza debía consumirse, perderse, desaparecer en la lucha, como si el progreso y la civilización hubieran sido para ella un disolvente, cual si le hubiesen quitado

toda fuerza de cohesión para adherirse y formar cuerpo con la masa social.

Fue andando, rápido y ágil, el rostro encendido y las ventanas de la nariz dilatadas, aspirando con placer los olores fuertes de las plantas incultas, de la sabandija y del limo. Ante su vista flotaba la visión de la selva, con sus laberintos de sendas estrechas, con sus madrigueras defendidas por colosos coronillas y espinosas zarzas, con sus misteriosos potriles y sus temibles lagunas. A medida que avanzaba, aumentaba su gozo. ¡Cebollatí! ¡la tierra del matrero! Abrigo, alimento, protección: la vida. ¿Abandonaría alguna vez a aquella madre cariñosa? ¡Jamás! ¡jamás! . . .

XII

Sola en su cuarto, sentada en un rincón obscuro y con la cara oculta entre las manos, Juana estuvo durante largo tiempo sin movimiento, sin darse cuenta de nada, sumergida en absoluta inconsciencia. Pasó una hora, pasaron dos, tres, y la especie de letargo continuaba, y hubiera continuado si don Zoilo no se hubiese asomado a la puerta rugiendo:

—¿Ponés asao?

Juana lanzó un grito, saltó de la silla y quedóse de pie, frente al trenzador, trémula y confundida. Luego, inclinó la cabeza y salió, asombrándose, dándose cuenta entonces del tiempo transcurrido.

Mientras preparaba la comida, miraba a don Zoilo, que había vuelto a sentarse junto al fuego y tomaba mate con una calma que, —para quien lo

conocía como la joven,— indicaba grande irritación. Ella atribuyó aquel enojo a la demora de la comida; pero no tardó en convencerse de que debía haber alguna otra causa más poderosa. ¿Cuál? ¿La había visto con Lorenzo, en el bañado? No, puesto que al partir le había dejado durmiendo, y durmiendo le encontró a su regreso ¿Sería sospecha, sería adivinación?... Sin abandonar ni suspender sus ocupaciones, siguió estudiando al viejo, y recordó que ya otra vez le había visto así, con aquella temible expresión de bruto encolerizado en el rostro nebuloso. Poco a poco el recuerdo se precisaba. Sí, igual, idéntica máscara amenazadora, la misma que vio en la soledad del bañado, misteriosa y fatídicamente iluminada por la luna, la noche en que quiso poner fin a su existencia arrojándose a la oculta laguna bordada de camalotes. ¿Pero quién descifraba aquella máscara? ¿quién arrancaría una palabra explicativa a aquella esfinge?... Convencida de que jamás descubriría el enigma, se contentó con anotar el hecho. Por otra parte, no sufría, su sensibilidad parecía aniquilada, en tanto que su inteligencia le permanecía lúcida. Pensaba y juzgaba su situación como si se tratase de una persona extraña cuya suerte la interesara sin conmoverla. La tensión nerviosa había llegado a tal grado de intensidad que obraba como raro analgésico, haciendo desaparecer totalmente la sensibilidad sin perturbar la razón en lo más mínimo.

Concluyó su tarea y comió como un autómata, observando a don Zoilo con curiosidad infantil. Éste mostrábase, en efecto, digno de estudio. Cada vez que

su irritación era muy grande, esa irritación se manifestaba en la acentuación de los rasgos de primitivo que existían en su faz y en su carácter La cólera le privaba en absoluto del uso de la palabra; sus cabellos permanecían erizados, sus ojos se hundían, sus labios se plegaban, dejando al descubierto la poderosa dentadura, y parecía que el maxilar inferior se prolongara y se enangostase la frente. Era una cabeza de gorila, de una animalidad, de una ferocidad que causaba repugnancia y miedo. Diríase que, enfurecido, desaparecían de ese rostro los pocos signos de hombre civilizado que en él quedaban. Era un ser que marchaba hacia atrás, en lenta transformación, en pausada evolución regresiva.

Con la repentina lucidez de su espíritu, Juana creyó encontrar en el trenzador un poco de cada uno de los hombres que conocía y llegó a imaginárselo como el *tipo* de la raza. Sus ojos hablaban el mismo lenguaje que los ojos de Lorenzo, que los del comisario y los de don Diego. La cara tenía la misma falta de expresión, —o mejor,— la misma expresión de indiferencia, de abandono y de desidia que se notaba en el rostro de todos, desde la patrona y Casiana, hasta *don Montes* y Lucio. Sí, el mismo Lucio pertenecía a aquella raza, tenía algo de aquel rebelde empedernido. La superioridad que ella le supuso, era solamente un reflejo de su propia superioridad. Superioridad, no: diferencia; porque si ella estaba convencida *de no ser como los demás,* no podía, sin embargo, considerarse mejor, desde que esa diferencia sólo se manifestaba en su impotencia, en su imposibilidad de vivir y gozar como todos los otros. Ella era la única extraña, el único elemento enfermo e inservible en la sociedad en que vivía;

por lo tanto, era la destinada a desaparecer, mientras que la raza, los seres normales y sanos, perdurarían. Su temperamento no podía adaptarse al temperamento de sus semejantes: era una pieza que no encajaba en el engranaje social. El comisario, con su repugnante brutalidad; doña Brígida, con su egoísmo; Lorenzo, con su ferocidad inaudita, y hasta don Zoilo, con su apariencia de monstruo, eran seres lógicos, posibles, razonables. El caudillo, aquel ser complejo, capaz de grandes crímenes y de honrosas acciones; sus secuaces, bandidos o héroes, que mataban y devastaban íntimamente convencidos de que servían a la causa de la libertad y de que eran los representantes del más puro patriotismo, sentían arder el entusiasmo en sus entrañas y sembraban el exterminio, guiados y sostenidos por un ideal: el triunfo y la preponderancia del símbolo partidario. Sobreponerse por la riqueza, por el mando, por el orgullo o simplemente por la soberbia; vivir para el placer, para el goce grosero e inmediato: en todos había una razón de existir y una explicación de la existencia. ¿Qué importaba que fuera un individualismo terrible? ¿Qué importaba la forma, el modo de manifestarse aquella *necesidad de vivir?* ¿Qué importaba que sólo se encontrase orgullo, altanería, soberbia y desidia; apego a lo viejo, odio a las innovaciones, afán de arraigarse en la tierra, confundiéndose e identificándose con el medio salvaje?

Sólo ella no tenía cabida en aquel organismo; sólo ella era absurda, inarmónica, imposible!...

Esa noche la pasó en vela. Se había tirado vestida sobre su catre, y así, boca arriba, inmóvil, había

estado las horas y las horas, pasando revista a sus recuerdos, evocando personas y analizando hechos, con una indiferencia feliz, pues no la atormentaba el más insignificante padecimiento. La sensibilidad proseguía su sueño, y la inteligencia, por el contrario, brillaba intensamente, permitiéndole raciocinios de los cuales nunca se creyó capaz Ni aun la certeza de su inferioridad, de la incomprensible idiosincrasia que, diferenciándola de sus semejantes, le hacía imposible la existencia, apenábala en lo mínimo. Seguía haciendo su propio análisis como si se tratara de otra persona cualquiera. De idéntico modo estudiaba a su amigo favorito, al pobre amigo ausente. ¿Qué haría él a esas horas? ¿Sufriría, dudaría, estaría atormentado y quejoso, víctima también de complicada organización psíquica?... ¡Oh! no; bien seguro que no. Él era un ser lógico, como los otros; normal, como sus compañeros; razonable, como sus semejantes. Cierto que su alma estuvo turbada hasta el punto de serle posible gustar y apreciar el raro licor del placer doloroso; pero aquello fue una sensibilidad refleja, un refinamiento pasajero obtenido por sugestión. A fuerza de verla y de oirla con la admiración que presta el cariño, había concluído por pensar como ella, reflejando los pensamientos de ella, y nada más. En la hora actual, amante y seguro de ser amado, no debía de molestarle ninguna preocupación; viviría la buena vida indolente de sus similares, en la hermosa indiferencia desidiosa, casi animal, que permitía a todos alcanzar el placer de la existencia Menos malo que los otros, —peor armado para la lucha,— no por eso dejaba de pertenecer a la misma raza... ¿Qué sorpresas les reservaba el tiempo? ¿Llegaría a cum-

plirse el juramente de amor que se hicieron con la mayor sinceridad? Era posible: al fin, todo es posible. Convencida estaba de que Lucio seguía adorándola, y, por su parte, ella no había dejado de quererle; pero ¡qué ridícula unión la de ellos! Uno, puro cuerpo, sensato, equilibrado, razonable, y la otra, puro espíritu, sin noción de lo real, sin equilibrio, sin colocación posible en el medio donde actuaba!... ¡Qué ridícula unión!... Y así como no le preocupaba que esa unión se verificara o dejara de verificarse, tampoco pensó en el dolor que podría sentir el mozo despreciado, rechazado o humillado. ¿Qué le importaba a ella lo que pudiera ocurrir?... Su alma estaba ausente, su espíritu flotaba alrededor del cuerpo aniquilado e insensible. Al contemplar la suma enorme de dolores y miserias acumulados en un cortísimo periodo, había encontrado demasiado largo y penoso el viaje, excesivamente áspero el camino y abrumadora la carga. Su vida, como el agua de las charcas, se fue haciendo más turbia y más infecta a medida que se iba agotando, a medida que se iba acercando al fondo Llegó al fin el momento de lasitud suprema, de indiferencia absoluta; se acercó la terminación del mal con la terminación de la vida.

Varios días transcurrieron de ese modo, y no fueron por cierto, los más penosos para ella Si la existencia hubiera podido continuar de esa manera, habría sido la más acertada y aceptada solución No sentir es casi gozar Hay quien asegura que los locos, —si no todos, la mayoría,— son completamente felices. Pero no debía suceder así.

Llegó el domingo, y la naturaleza amaneció vestida de gala. Un cielo límpido, un sol espléndido, una brisa suavísima que venía del campo firme oliendo a trébol y a margaritas. El bañado parecía de oro; más allá la sierra azul y blanca, envuelta en gasas de vapor, semejaba quiméricos palacios. Desde lejos, veíanse venir grandes bandadas de garzas blancas y rosadas que se abatían en los charcos junto a las corpulentas cigueñas y los pardos caraos; oíanse por todas partes los silbidos agudos de los teruteros que volaban persiguiéndose y embistiéndose en alegre juego. De rato en rato pasaban los patos silvestres trazando en el cielo caprichosas líneas quebradas; y de tarde en tarde, cruzaban las águilas volando en lo alto, severas y majestuosas.

Cuando Juana entró en la cocina, don Zoilo concluía de tomar mate y arreglaba el apero para ensillar.

—¿Va a salir? —interrogó la niña.

—Pulpería, —murmuró el viejo; y sin una palabra más, fuese en busca de su overo.

Un cuarto de hora más tarde trotaba en dirección al almacén, llevando en las maletas los dos porrones para la caña.

Juana, recostada en un horcón de la cocina, lo vio alejarse y lo estuvo mirando cruzar lentamente el pajonal y perderse después en un bajío, para reaparecer luego en la falda de la luciente cuchilla. ¿Sería feliz aquel hombre? ¡Por qué no! Sin ambiciones, sin deberes, no esperando nada de nadie, no dando nada a nadie, no queriendo a ninguno, no necesitando del cariño de ninguno, ¿qué pena podía atormentarle? Cuando se acepta la vida sin una protesta; cuando se vive en el hoy sin recordar el ayer

ni edificar en el mañana, ¿qué inquietud puede turbar el espíritu ni adolorir el corazón?... Horas más tarde, sentado bajo la glorieta de la pulpería, don Zoilo dedicaríase a vaciar copas de caña; y su organismo debería experimentar el mismo o semejante placer al del cuervo y el chimango, que se hartan revolviendo con picos y garras las vísceras asquerosas de una carroña. ¡Bienhechora indiferencia! ¡supremo don de la desidia! ¡admirable y envidiable conformidad de la raza!... Pensando en don Zoilo, Juana pensaba en toda la raza, en todos los seres humanos, en toda la humanidad que conocía. Como el viejo trenzador eran los otros: formas diversas, fondo igual; sólo ella era diferente; sólo ella había nacido en hora aciaga, y una hada maléfica había vertido en su alma el veneno letal del descontento; sólo ella sentía el escozor de anhelos indefinidos, de ambiciones obscuras. Imperfecta, extraña, enigmática, no le quedaba otro recurso que desaparecer dejando libre el campo a los demás, a los que tenían derecho a él por su conformación razonable, por la normalidad de sus temperamentos. En el curso fatal de la vida, en el lento rodar de los años, las cosas pasan obedeciendo a leyes inmutables. Todo va, todo marcha; y lo ilógico, lo absurdo, lo inservible, perece y cae en el foso de lo inútil sin perturbar la eterna corriente de la masa...

Por mucho tiempo permaneció la joven contemplando el horizonte, hasta que un silbido agudo, pero que parecía venir de muy lejos, la hizo salir de su embebecimiento y volver rápidamente la cabeza. Miró a todos lados, sin descubrir nada. Esperó.

El silbido resonó de nuevo, más agudo, más cercano. Esta vez la pareció que brotaba de arriba, del cielo, y se puso a escudriñar con insistencia el ancho manto azul. No habrían pasado dos minutos, cuando volvió a repetirse aquel raro silbido, pero ahora claro, finísimo, prolongado, triste y semejante a una queja, a un grito desesperado. Al fin la joven pudo distinguir un punto negro en la claridad del cielo, punto negro que crecía avanzando en dirección a los ranchos; y Juana, como fascinada, como hipnotizada, no podía apartar la vista, esperando con ansiedad los silbidos que se repetían, haciéndola estremecer cada vez. ¿Qué era aquello?... A poco distinguió otro punto negro, más pequeño, flotando detrás del primero, en el cual no tardó en reconocer un águila de grandes dimensiones.

—¡Oh!— exclamó Juana asombrada y sin apartar la vista del extraño espectáculo.

Pronto se dio cuenta de todo. El águila avanzaba perseguida por cinco o seis caranchos, que la rodeaban y la embestían con la garra y con el pico. A pesar de que la fiera rapaz mostrábase visiblemente fatigada, los caranchos iban quedando rezagados; pero los gritos del combate servían de aviso a otros que acudían frescos a continuar la persecución.

Juana los vio cruzar por encima de su cabeza y no cesó de mirarlos hasta que se perdieron de nuevo en la inmensidad del cielo. ¡Todo era lucha, persecución, matanza! Días anteriores había visto a los chimangos destrozando un corderito, que la madre defendía tan desesperada como inútilmente; otra vez eran los cachorros canelos corriendo, atrapando y descuartizando un zorro. En todos los seres la pasión de

matar, el placer de matar; en todas partes el sacrificio y la desaparición del débil! . . .

Con paso muy lento, la joven echó a andar hacia los cuartos. La amargura desbordaba en sus labios pálidos y su mirada extraviada parecía buscar una vez más el surtidor de la misteriosa e inagotable fuente de sus tristezas.

Se sentó sobre el catre de don Zoilo, y por mucho tiempo permaneció allí sin hacer un movimiento, hasta que una sombra que se dibujó en el suelo le hizo volver la cabeza, y vio, parado junto a la puerta, al rubio Lorenzo, en traje de domingo, muy almidonados y azulados los calzoncillos, bien planchado el chiripá de merino negro, el poncho en el brazo, el sombrero sobre la oreja, aplastando la larga melena enaceitada, y un rojo clavel en los labios.

—Guenas tardes, estrellita del alba, —dijo con voz melosa.

Juana, sin moverse de su asiento, contestó con tranquilidad:

—Buenas tardes.

—¿Solita?

—Sí, el viejo se fue a la pulpería.

El bandolero dio un par de pasos y tendió la mano a la joven, que la estrechó en silencio, sin demostrar turbación ni miedo. Sus grandes ojos, de un azul límpido y sereno, fijaron en Lorenzo una mirada de absoluta indiferencia. Incapaz de comprender lo que había pasado en aquella alma infeliz, el matrero quedó desconcertado por breves instantes, no dándose cuenta de si aquella calma era la expresión de una inaudita soberbia o de un principio de

sumisión. Luego, recobrando su audacia, se acercó más y se sentó en el catre, junto a Juana, que miró sin espanto aquella cara congestionada, aquellos ojos feroces inyectados de sangre, y aquellos labios gruesos, entreabiertos, trémulos y quemados por el vapor ardiente del deseo. Siguió mirando con curiosidad, como si asistiera desde lejos a una escena en la cual no desempeñaba ningún papel. Lorenzo, temblando, dominado por un enardecimiento que no había conocido hasta entonces, tendió los brazos y oprimió brutalmente contra su pecho hercúleo aquel seno débil y delicado, y juntó sus labios pulposos con los pálidos y finos labios de la joven. Ésta no hizo un ademán ni un gesto; no se contrajo una sola línea de su rostro marmóreo, no se alteró en lo mínimo el color azúl pálido de sus pupilas. Quien hubiera observado el grupo, creería estar delante de una estatua de vestal abrazada por un sátiro encelado. Su boca purísima, que revelaba la virginidad y la inocencia, parecía no sentir el calor y el contacto de aquellos labios groseros y lascivos; y su cuerpo, de exquisita sensibilidad, permanecía insensible a la presión de aquel otro cuerpo abrasado por la lujuria.

Lorenzo separó el rostro y observó Su respiración era violenta y penosa; sus labios temblaban; los ojos parecían dos brasas de coronilla; las venas de las sienes amenazaban estallar, y los dientes, castañeteando, trozaron el tronco del clavel rojo, que cayó al suelo como una virgen decapitada.

Mientras con la mano izquierda seguía oprimiendo con todas sus fuerzas el talle de la joven, la derecha, velluda, crispada, febril, palpaba, ora los cabellos de oro, ora los brazos rígidos, los muslos torneados, la grácil espalda; y a cada uno de aque-

llos contactos, el bandido se estremecía, sacudido, cargado, como una botella de Leyden al máximum de la tensión nerviosa. De pronto, aquella mano llegó al blanco cuello de la víctima, se contrajo como una garra, dio un tirón brusco, rasgó la tela, y los dos senos, blancos, pulidos, adorables de virginidad y de pureza, quedaron a descubierto... Con una voz que era un rugido espantoso:

—¡Mi china!... —gritó.

Y al mismo tiempo, cogiéndola brutalmente entre los brazos, la arrojó sobre el catre, sobre las revueltas ropas que durante la noche habían abrigado al trenzador...

Arreglándose los pliegues del chiripá, sonriendo con la sonrisa cínica y satisfecha que le era peculiar:

—¡Jiede a chibo!... —dijo el matrero señalando el catre.

Juana permanecía tendida boca arriba, el vestido en desorden, los senos al aire, la revuelta cabellera rubia esparcida sobre la almohada, y los ojos, de pupila azul pálida como flor de camalote, abiertos e inmóviles, cual si miraran al infinito!...

XIII

Durante toda la mañana, Juana había trabajado tanto, sobando masa, cocinando, haciendo pasteles y empanadas, que doña Brígida, siempre dispuesta a encontrar escasa la labor ajena, llegó, sin embargo, a sentir lástima, no atinando a comprender cómo

encerraba tanta energía cuerpo tan miserable. Varias veces la llamó, incitándola a que se sentara a su lado, bajo el parral desde donde, repantigada en su gran sillón de vaqueta, las manos cruzadas sobre el vientre, dirigía ella las maniobras a gritos e insultos; pero Juana se negó, alegando que no estaba fatigada, que aquel trajín la divertía. Y al decir esto, sus labios extremadamente finos, inmensamente pálidos, ensayaban una sonrisa que moría convertida en dolorosa contorsión.

Desde la terrible escena del Puesto del Fondo, considerábase indigna, pero no culpable. Experimentaba, sí, una angustia sin nombre, indeterminada y constante el convencimiento de que llevaba en el alma una mancha infamante que no se borraría nunca. Sin embargo ningún remordimiento pesaba sobre su conciencia; no había cometido ningún delito y se juzgaba la virgen de antes de la caída. No se entregó por su gusto, por amor o por depravación; en realidad, no *se entregó:* sucumbió De la brutal escena sólo conservaba un recuerdo de dolor y repugnancia y un profundo disgusto de sí misma y de todos los seres humanos. En todas partes veía la animalidad en sus formas más bajas y repulsivas, la lucha innoble, el egoismo con disfraces o sin ellos, pero siempre igual en su esencia y en su acción.

Atareada, inventando ocupaciones a fin de no estar un momento inactiva, las ideas pasaban, unas tras otras, y aun las más terribles, aun aquellas que debieran desgarrarle el alma, se iban en corriente suave, como las aguas de esos arroyuelos que ruedan y ruedan sin remover una piedra del lecho, sin morder las lisas barrancas de las riberas. Cuanto había pasado, cuanto seguiría pasando, ¿no era ajeno a su voluntad,

contrario a su voluntad? ¿Era por su gusto que se había sumergido en la lastimosa vivienda del Puesto del Fondo? ¿Era por su gusto que había marchitado sus vivos colores de flor de las lomas en la humedad enfermiza del bañado? ¿Por su gusto había vivido aquella existencia incivil, al lado de su huraño tío, el primitivo, el extraño, el semi bárbaro, la semi bestia? Y luego, sometida, resignada a las durezas de su suerte, ¿qué voluntad se había substituído a su voluntad para imponerle el contante tormento de sus ideas raras, de sus anhelos extravagantes? . . . Su aspiración, su esfuerzo continuo era ser como *los demás,* pensar como *los demás,* vivir como *los demás;* y sus lágrimas, sus tristezas mortales, sus impotentes rebeliones, habían acrecentado su sufrimiento sin disminuir la acción disolvente de la misteriosa voluntad que le hacía sentir y obrar contra sus deseos y en detrimento de su propia dicha. No: ella no era culpable de nada; sin explicarse las causas del fenómeno, sin intentar explicárselas, se analizaba y se absolvía. Sólo la muerte podía remediar sus dolencias; pero la muerte, también esquiva, le negó el consuelo de sus caricias frías, cuando seducida por la poética tristeza de la laguna cortada, quiso acostarse a dormir allí, bajo las aguas quietas, entre las algas rojas, al pie del gran ceibo muerto. ¡Qué admirable tumba, qué envidiable lecho para el eterno reposo! Y si es cierto que las almas bajan del cielo para visitar los despojos del cuerpo que las paseó por el mundo, ¡qué bien se hallaría la suya en el augusto silencio de aquel sitio salvaje, oculta entre las altas y pálidas gramíneas, toda vestida de blanco con filigranas de plata de luz de luna! . . . Ella, que en vida había sido una extraña, moralmente aislada de sus

semejantes, reposaría allí, también aislada; ella, que había vivido atormentada por peregrinos enardecimientos, encontraría la calma en el seno de las aguas frías y quietas que el sol no abrasa, que el viento no sacude, que los ruidos no turban, que los hombres no profanan, eternamente puras sobre el lecho de fango, bajo el manto de algas, rodeadas de caraguatá y paja brava... Pero también esa dicha le fué negada. ¡Qué triste cosa no tener voluntad para vivir ni para morir!...

Pensando, pensando, seguía rabiosamente sus bajas ocupaciones manuales; el trabajo era para ellos como el plumero que avienta el polvo, que lo eleva, que no lo hace desaparecer, pero que al menos evita que se deposite en masa sobre los objetos Tenía necesidad de trabajo y de ruido que la aturdiera y la impidiera oír las voces que venían de afuera, el vocerío incesante de los esquiladores, el continuo balido de las ovejas, los gritos de *¡lata!*, *¡médico!*, *¡venteveo!*, que llegaban mezclados con interjecciones soeces... En el largo galpón donde una treintena de hombres trabajaban cantando y riendo, estaba Lucio también. Y todas las voces le parecían a Juana la voz de Lucio, todos los gritos, sus gritos. No había querido verlo ni oirlo, no obstante las repetidas súplicas del mozo. Sabía el mal que le había hecho, suponía su hondo dolor, y esto le hacía rehuirle; esto, nada más, porque no temía hallarse con él frente a frente, ni recibir el insulto y el desprecio del hombre que la adoraba, desde que no se creía culpable, desde que no tenía nada que reprocharse. ¿Es culpable la virgen a quien un desalmado aga-

rrota y viola? . . . Y ese era su caso. Lorenzo la había poseído indefensa, ligada de pies y manos por su enfermedad extraña, por la absoluta falta de voluntad, que no le permitió ni siquiera una protesta contra la brutalidad del bandolero.

A veces, en los cortos instantes en que la sensibilidad volvía a su alma, sufría intensamente imaginando lo que de ella dirían cuando su falta se hiciese pública. ¡No tendrían compasión para ella, no encontrarían manera de disculparla! Casiana, la vil, la miserable mujerzuela de alma sucia, que entregaba su cuerpo al primer venido, al primero que la solicitaba, —muchas veces sin placer, por el solo deseo de ser codiciada y apreciada por los hombres, por sentir caricias y oir palabras dulces que la resarcieran de las brutalidades de la patrona,— era más digna que ella a los ojos del vulgo. ¿Quién la creería a ella contando la inocente explicación de su caída? Disculparse de esa manera, decir la verdad, sería para los maldicientes unir la más refinada y tonta hipocresía a una manifiesta perversión. ¡Cuando se supiese todo! Esta idea la hacía estremecer de espanto. Cuando se supiera todo, los mozos del pago dejarían de respetarla y todos se considerarían con derecho a ella y solicitarían su parte de placer. "¡Como Casiana, Dios mío, como Casiana!". . . Y ella no resistiría, no; no resistiría a los otros, como no había resistido a Lorenzo; y se vería convertida en una piltrafa despreciable. ¡Qué horror, qué horror!, y, sobre todo, ¡qué vergüenza!

Ya era de noche; la cena era bulliciosa en el amplio comedor de la Estancia, y afuera, alrededor

del galpón, los esquiladores formaban grupos, reían, cantaban o jugaban *latas* a la taba, a las últimas luces del crepúsculo. Casiana entró en la cocina saltando y canturriando una décima, y se detuvo asombrada al ver a Juana densamente pálida, los ojos secos y enrojecidos, una indefinible expresión de ferocidad en las finas líneas de su rostro.

¡Gué! ¿qué tenés? —dijo la muchacha.

Juana tenía en la mano un gran cuchillo de cocina, con cuya hoja ancha y afilada golpeaba la mesa grasienta.

—Tomá, matáme, —exclamó con voz ronca, tendiendo el arma a su amiga.

Ésta retrocedió, lanzó una carcajada, se adelantó, la abrazó y,

—¡Sos boba! —le dijo—. Vos lo querés, él te quiere, y andan sufriendo al ñudo por puras zonceras[1] . . .

Después sin darle tiempo a protestar, agregó con la voz rápida, vibrante y alegre de quien goza de la vida y halla la vida buena:

—Yo los vi'arreglar luego.

En seguida cogió una fuente de empanadas, y salió alegremente, dejando a Juana estupefacta. Volvió a entrar, volvió a salir, siempre contenta, siempre cantando, y sin agregar una palabra más a propósito de Lucio.

Durante este tiempo, Juana se distrajo de sus tristes pensamientos observando a su amiga, envidiosa de aquella admirable indiferencia que le permitía aceptar y gozar de la vida a pesar de su menguada situación, no obstante las continuas acritudes, los frecuentes castigos, las ininterrumpidas ofensas. En aquella alma simple, los dolores morales eran como

un pellizco en sus carnes duras y frescas, una mancha cárdena que se borraba en seguida. Una vez había dicho: "Hasta los mesmos yuyos dan flores; y no por ser flor de yuyo hay que despreciarla". Profunda filosofía que Juana no acertaba a explicarse, como no pudo explicarse muchas otras cosas que le había referido la traviesa gauchita. ¿Qué podía inducirla a ésta a entregarse a cualquiera, sin quererlo y sin experimentar ningún placer, según ella misma lo decía? A tal interrogación, Casiana había respondido riendo:

—"¡No sé...! Por un rato me quieren y me tratan bien, me acarician y me dicen cosas lindas,— esas pavadas que a una siempre le gustan, aunque sepa que son mentiras;— y dispués a tuitos los animales les gusta que los acaricien Yo soy como los perros: no importa que me griten y me den lazo, con tal que más luego, me mimen un poco .. No; yo creo qu'es porque no puedo evitar que me insulten y me castiguen, —porque una cuando nace pobre es lo mesmo que animal orejano;— gueno, yo creo qu'es por eso . " Juana, recordando esas palabras, las analizaba, tratando de comprenderlas y orientarse. Le parecía muy justo que uno deseara ser querido y apreciado; pero ¿era posible sentirse satisfecha, hallar placer en caricias y frases de amor que se saben falsas, que se sabe durarán un momento, mientras el bruto satisface sus apetitos? Para ella semejante cariño era repugnante y repulsivo, como todo lo que implicaba deslealtad, engaño, mentira Pero, puesto que otras hallaban buena y aceptable esa situación, así debía ser, no había en todo sino la diferencia, es decir, la inferioridad suya con relación a sus semejantes. Eso que ella consideraba indigno y bajo, era

la única recompensa, el único lote que recogía Casiana en su mortificada existencia. ¡Y era algo!...

Pensando así, había transcurrido el tiempo. Casiana entró de nuevo en la cocina, y, como ya habían concluído de cenar los patrones, se llevó a su amiga a la pieza inmediata, su habitación, donde había tenido cuidado de ocultar buenas presas para su propio regalo. La muchacha comió con apetito, burlándose de su amiga, "un pajarito", que se satisfacía con un bocado. Al final, apoyando los codos en la mesa y mirando fijamente a Juana, Casiana dijo con una seriedad poco común en ella:

—Hablé con Lucio.

Su mirada, interrogadora, siguió fija en los ojos de su amiga; pero ésta, con el rostro impasible, la mirada vaga, guardó silencio.

—Le dije que nos esperara luego en los ombuses... ¿Vamos?

Juana contrajo los labios con pena y su fisonomía mostró tan honda tristeza, que la chinita, conmovida y compadecida, se levantó, la cogió por el talle, y besándola con cariño:

—¡No seas boba! —le dijo; él anda medio loco y vos t'estás consumiendo... ¿por qué?... ¡por alguna zoncera, no más! Vamos, no estés triste, que demasiao sufre una sin quererlo, pa tuavía penar por gusto. Arregláte un poco y vamos.

Como Juana no respondiera, ni hiciera ningún movimiento, la obligó a levantarse y ella misma la peinó y la arregló como si fuese una chicuela.

—¡Jesús, qué emplasto! —decía—. ¿Y sabés qu'estás linda mesmo?... Un poco flacucha y medio descolorida, pero eso...

Acercando su rostro al de Juana, concluyó la frase pronunciando en su oído una palabra que hizo enrojecer las mejillas de la pobre enferma.

—¡No ves, no ves! —exclamó Casiana alegremente y aumentando los agasajos.

Juana pudo entonces hablar.

—No voy, —dijo;— ¿a qué he de ir?...

—¿Y desde que él te quiere y vos lo querés...?

—¿Quién te ha dicho que yo lo quiero?

—¿Y precisa decirlo? ¡Eso se conoce de afuera no más, como la fruta madura!... Cuando una se pone flaca y triste, y no come, y en un dos por tres se le llenan los ojos de agua, no hay más que ver, sino qu'el amor anda aruñando.

Su amiga quiso protestar.

—Es que estoy enferma, —dijo.

—¿Enferma?... ¡Pero muchacha 'e Dios! Cuando una está enferma de enfermedá, le duele algo, y vos no sentís nada, sino un ñudo que se te hace en el tragadero y te atora y dispués; como tenés el corazón blandito, llorás, llorás. ¿Vos cres que no t'he visto?... Pero hay que ser juerte, ¡caramba!, y si los hombres nos mortefican, hacerles mascar fuego y tragar yel, porque el amor es almíbara, y cuando se pone muy dulce relaja. Yo tengo mucha quitanda, y a más de un potro bufador lo he hecho caballo manso a juerza'e rigor; que los hombres m'hijita, son lo mesmísimo qu'el perro· cuanti más se les castiga, más mejor, más se agachan y son más fieles. Mirá: yo conozco a uno que le gusta ensillar de lo lindo lo mejor, y, como él dice: "mujer fea y asao flaco, ni dan gusto ni enllenan"; güeno, éste una vez se puso a tirarle tientitos, —por rairse, no más,— a una pardita más fea que carne 'e yegua.

La parda, que sin duda colegió el juego, no quiso llevarle el apunte, y cuando él le dio un clavel colorao en un baile, ella le dijo una safaduría y lo tiró y le dio el lomo y se jue a bailar con un pión de la Estancia. Pues jue lo bastante. la parda diciendo siempre que no, que allí no había portera, y él que cortaría el alambrao, el hombre se encamotó de en deberas y llegó hasta hacer una barbaridá, esponiendo el cuero por comer aquella pulpa flaca... Ansína, vos, si te llevases por mi mal consejo...

Se detuvo al ver que Juana, densamente pálida, con los ojos relucientes y los labios muy apretados, la miraba de una manera extraña. Quiso continuar, pero ella la interrumpió con un gesto altivo.

—Eso está bueno para vos, —díjole;— yo estoy hecha de otro modo...

En seguida, después de este rapto de orgullo inconsciente, se le relajaron los músculos de la cara, los ojos perdieron su brillo, y, sollozando, fue a ocultar la cabeza en el pecho de su amiga.

Ésta quedó un instante perpleja; pero acostumbrada a obrar con rapidez, sin muchas meditaciones, —a partir por la calle del medio, —en su decir,— la tomó del brazo y la arrastró, sin que ofreciese resistencia. Cruzaron el patio, se deslizaron junto al muro, y, andando entre un bosque de ortigas y malvaviscos, llegaron al grupo de ombúes.

Bien en lo alto, en mitad del cielo, brillaba la luna llena y toda la ancha bóveda estaba taraceada de pequeñas flores luminosas El edificio de la Estancia se veía grande, blanco, silencioso, y, al lado, el largo galpón, negro, achatado, bullicioso, parecía

su sombra. Cerca del corral, las lecheras balaban lastimosamente oliendo la sangre de la res que se había carneado esa mañana, desde la enramada de chalchal llegaban chirridos de acordeón y quejas de bordona; las lechuzas, atraídas por la luz de los fogones, lanzaban de cuando en cuando prolongados graznidos, y a su alerta se alzaban bandadas de teruteros alborotadores En los ombúes, violenta oposición: luz blanquísima de un lado, espesa sombra del otro.

—Por aquí, —dijo Casiana.

—Aquí estoy, —respondió una voz triste; y junto a un tronco rugoso, apareció una fáz pálida, en la cual brillaban unos ojos negros, cercados de anchas ojeras pardas.

Casiana dio un empellón a su amiga, y riendo, con su risa burlona que expresaba, más que sus palabras, su adorable indiferencia por los accidentes de la vida, exclamó:

—Aura, a picotearse sin aruñarse; y yo me voy, porque la noche está clarita y no precisan vela, ni a mí me gusta. . servir pa eso. ¡Viá juntar macachines!

Y salió corriendo, internándose entre los árboles, ocultándose en las sombras.

Durante varios minutos, los dos jóvenes permanecieron en silencio, uno frente a otro, sin atreverse a mirarse ni hablarse. Al fin, Lucio, haciendo un esfuerzo poderoso, logró decir:

—Juana. .

Y ahí quedó, la voz estrangulada en la garganta, la faz enrojecida por la emocion.

Ella, más dueña de sí, no obstante su abatimiento, se atrevió a mirarlo; y con voz dulce y triste,

con una voz de moribundo que dice sus últimos adioses a la vida, comenzó:

—Yo he venido, Lucio, contra mi voluntad; sabía bien que sufría por mí, pero la culpa no es mía. He venido a la fuerza, y ya que he venido, que sea para concluir de una vez.

Él se acercó y la tomó una mano, que encontró dura y fría. Levantó la cabeza; sus ojos, humedecidos por una lágrima que no pudo dominar, se clavaron en Juana, fijamente, intensamente, y a la luz clara y blanca de la luna que hacía más pálido de lo que lo estaba, aquel rostro varonil, marchito y atormentado, ella pudo ver su inmenso sufrimiento. El mozo de ideas obscuras y de palabra torpe, halló elocuencia en su infinita desesperación, y habló:

—Juana, —gimió;— yo te quiero más que todo en la vida; vos sabés bien que te quiero, y sabés que no tengo otra cosa que querer; vos me dijistes que me querías y aura me hacés poco caso, no querés ni verme ni oirme, sin que yo sepa por qué. Es preciso que me digas lo que hay: si yo te he ofendido, si he hecho algo pa perder tu cariño, o... si has encontrao otro que prefieras...

Juana meneó la cabeza en señal de negación, y Lucio continuó, enardeciéndose:

—Yo no te lo reprocho. Muchas veces he pensado que ansina como el lujo no es pal pobre, vos no eras pa mí; que la más linda y la más güena de las mozas, no debía ser para un pobre guacho como yo. Y de noche, solo, en mi cuarto, te vía dende lejos, y me decía que si era cierto que vos me amabas, yo era más rico que todos los ricos, porque vos eras más fortuna que todas las fortunas...

—Lucio...

—No, no me interrumpás, porque dispués no te podré decir todas estas cosas que tengo atravesadas en el tragadero y que m'están augando... Vos sabés que soy un guacho, que no conocí padre; que mi madre, —Dios la tenga en la gloria,— no jue muy guena conmigo, y que dende chiquito, tratao como animal sin dueño, te quise a vos, y éramos dos gurises, y tú juistes todo pa mí, y yo juntaba flores, —margaritas blancas,— pa vos, y güevos de perdiz y terutero, y éramos amiguitos, hasta que dispués, —¿te acordás?— cuando ya juimos grandes, en lo 'e don Zoilo, una noche, vos me dijiste que me querías, de amor, pa marido, y quedamos apalabraos. Yo me jui contento, olvidé todo lo que había sufrido, y trabajando pensaba: cuando llegue el verano, pa la esquila, viá dir y la viá ver, y si ella quiere, nos casamos. El patrón me daba población y yo tenía unos animalitos y mi trabajo; un rancho, yo lo hacía, y con vos, ¿qué más fortuna?...

—Lucio, Lucio, yo vine para decirte de una vez...

—No, no digas nada. Esperá primero que largue todo esto amargo que tengo adentro... Vine, y hace ocho días qu'estoy aquí y ricién te puedo ver y hablar, y eso mesmo, ya no sos como en antes... ¡yo veo que ya no me querés!...

—Si supieses...

—¡Pa saber esas cosas, Juana, no se precisa cencia! Gaucho bruto como soy, compriendo, y porque te quiero mucho, pero mucho, es que desiaba hablarte, pa decirte que si has visto que soy indino de vos y que has encontrao otro que más me valga, no te ocultés, no me despreciés, que yo te disculpo

y te perdono, y sólo vivo pa ayudarte a ser feliz. Sólo te pido que me digás la verdá.

El gaucho calló y soltó la mano que hasta entonces había conservado entre las suyas. Calló y bajó la frente, agotadas las energías en aquel supremo esfuerzo que su dolor le había permitido realizar.

Junto al enorme tronco de un ombú secular, bañada por la luz blanca de la luna, Juana, pequeña, endeble, delicada, la dorada cabeza caída sobre el pecho, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, en una actitud de supremo dolor, parecía una madona de Botticelli, una figura diáfana, transparente, la vaporosa vestimenta de un alma bajada a la tierra por breves instantes.

Con la faz pálida, con los ojos secos, con los labios temblorosos, comenzó a hablar:

—Yo no te he engañado, Lucio Si alguno he querido, fue a vos. Vos fuiste siempre bueno conmigo, vos sos el hombre bueno que yo he conocido... Te dije que te quería... que sería tu mujer... y yo no sé lo que hay en mí, lo que yo tengo que no es igual a las demás... No, yo no quiero a ningún otro... pero no puedo ser tuya, Lucio... Dejáme morir sola, pronto me moriré, pero dejáme... no puedo ser tuya... ni de nadie.

Estas palabras, el tono en que fueron dichas, su incoherencia, la extraña modulación de la voz, hirieron al paisanito.

—¿Por qué? —preguntó ásperamente. Y como si de pronto su pasión hubiera sido ahogada por el orgullo, agregó arrogante:

—Si antes valía, ¿qué me has visto aura pa que valga menos? ¡Decí que no sabés querer; decí que

me has visto pobre y desgraciao, y que otro se te ha presentao más merecedor que yo, un rico, un magnate, decí que escribistes tu juramento en el agua, y el agua se lo llevó!...

Ante el insulto, Juana se irguió herida. Intentó hablar, decir cuanto sentía, y no pudo. Como siempre, la luz de inteligencia sólo brillaba a instantes, lo suficiente para hacerla ver, insuficiente para permitirle obrar. Quería explicarle a Lucio lo ocurrido, narrarle su desgraciada caída, poner de manifiesto su impureza; pero ¿sería él capaz de comprenderla? ¿podría él jamás aceptar que una mujer se entregue sin resistencia a un hombre que no quiere y queriendo a otro hombre?... ¡Era absurdo! Podría mentir, podría no mentir, no decir nada; negar, si algún día la inculpaban; pero ella veía la inutilidad de todo esfuerzo. En su desesperación sólo pudo decir:

—¡No, no, no! No quiero a nadie, pero no quiero más nada tampoco; andáte, ya se acabó todo.

Dio media vuelta e intentó retirarse; Lucio se precipitó, y asiéndola de un brazo la detuvo.

—No, mi vida, mi Juana, no, no te vayas, yo te quiero, yo te adoro, yo no puedo vivir sin ti. Mandáme que sea tu perro y seré tu perro, ¡pero decíme qué tenés, qué te he hecho, por qué estás así conmigo!...

Había en aquellas palabras tal expresión de cariño y de pena, que Juana, olvidando su propia pena, se volvió y fijó en el paisanito sus ojos enrojecidos.

—¿Qué querés que te diga?

—Que me digás por qué no me querés ya.

—Andáte, hacé de cuenta que he muerto.

—No, me iré dispués y no t'he de incomodar;

pero más antes es preciso que me hablés con franqueza.

—Bueno, vos lo querés, —dijo ella con voz grave, ya tomada una resolución—. Vas a saberlo... No puedo ser tuya... —pero no logró continuar: la verdad se negó a brotar de sus labios—. ¡No, no me preguntés más, no puedo decirte nada; todo se acabó. Andáte, andáte!

Furioso, Lucio la cogió nuevamente por un brazo, la oprimió con fuerza y articuló con voz ronca:

—¡Hablá!

Juana lo miró, vio en él al gaucho de instintos indómitos, la fiera que por ser criada en las casas no olvida los hábitos de la raza, y un relámpago pasó por su mente. "Diciéndole la verdad, —pensó,— es capaz de matarme, y así hallaré la salvación, la única salvación, esa muerte que no puedo darme yo misma". Con una voz vibrante, hiriente, fría y mala como un puñal,

—Hablo, —dijo,— hablo... No puedo casarme con vos, porque otro hombre ha estado conmigo.

Lucio no comprendió.

—¿Otro hombre?

—Sí, otro hombre.

—Que ha estado con vos... ¿dónde?

—Que... que... —y con una voz ronca, dolorosa, furiosa, espantosa: —que me ha tenido, que he sido suya, —dijo—.

Lucio retrocedió dos pasos, la miró incrédulo, calculando una farsa.

—Eso es mentira, —contestó.

—Es cierto.

El paisano, con la fisonomía trastornada, reflexionó unos segundos; luego dijo:

—¿Te entregastes a él porque lo querías?

Juana comprendió que en la respuesta jugaba su vida; vio lucir en los ojos obscuros de Lucio ese fuego especial del hombre dispuesto a matar, y, deseando morir, tuvo miedo y no se atrevió a mentir; tuvo el mismo miedo que la había invadido en el momento supremo, junto a las aguas quietas de la laguna cortada, el mismo miedo instintivo de la carne que la había detenido, obligándola a asirse al tronco seco y rugoso del viejo ceibo descascarado que vela en la margen de las aguas muertas.

—¡No! —exclamó temblando, y su cuerpo se doblegó y hubiese caído, si él no la hubiera sostenido en sus brazos.

—¿Quién fue?

—El rubio Lorenzo.

—¡Ah!

Ese solo nombre fue una revelación para Lucio. Una revelación y un consuelo. Él, el bandolero, la había tenido por la fuerza. ¿En qué disminuía su pureza? La aceptaba así, no le hacía ningún reproche.

—Te quiero lo mismo, —dijo;— decíme que me querés y nos casamos enseguida; si querés que lo castigue, lo buscaré y lo mataré, o me matará; y si no, nos iremos a vivir juntos en el rancho que yo levantaré pa vos Te quiero lo mismo, Juana; te quiero siempre igual. Lo único que me hacía pensar y consumirme poquito a poquito, era pensar que vos no me querías, que me olvidabas por otro.

Juana comprendió el inmenso amor de Lucio, que todo perdonaba; comprendió que él la juzgaba forzada por el bandolero, y, al ver la fisonomía radiante del mozo, la dicha pintada en su semblante,

no tuvo valor para rebajarse y decirle la verdad, la terrible verdad de que ella se había entregado sin resistencia, sin lucha y sin protestas, aunque sin gusto y sin amor. Los generosos sentimientos de su alma noble y selecta dominaron sus altiveces y, por primera vez en su vida, aceptó la mentira.

—Fue a la fuerza, —murmuró.

—Yo te perdono y te quiero.

—¿Así mismo?...

—¿Qué me importa, si tu cariño es mío, cuando sólo quiero tu cariño?

—¡Lucio!

—¡Mi vida!

Desde hacía mucho tiempo sus ojos no vertían lágrimas; sus ojos se llenaron de lágrimas, y, con una luz de esperanza en el alma, se arrojó en los brazos del mozo.

—¿Cuándo nos casamos? —preguntó él.

—Mañana, —contestó ella sonriendo,— y en el Puesto del Fondo, y tío Zoilo será el cura y el juez...

—Y yo el padrino, —dijo detrás de ellos una voz altanera.

Volviéronse los jóvenes a un mismo tiempo, y vieron al rubio Lorenzo que los observaba sonriendo, el poncho de arrastro, la mano en la cintura.

Lucio echó mano a su daga; Juana lanzó un grito y cayó desplomada sin sentido sobre las gruesas raíces del ombú.

—Caballo que yo ensillo, sólo cuando lo dejo lo ensillan otros,— dijo el bandido con acento insolente y provocativo. Y luego, desnudando la daga y dirigiéndose a Casiana, que estaba a su lado, muy pálida:

—¡Comprá velas pal velorio! —exclamó.

Lucio, sin decir una palabra, había desenvainado su "facón" y se había puesto en guardia, sereno y gozoso de la lucha.

Se embistieron; los aceros chocaban lanzando chispas, sin lograr herir. Lucio, a quien el amor, el odio a Lorenzo y el deseo de mostrarse guapo delante de su adorada, aumentaban el valor, se defendía con energía, teniendo a raya al temible adversario. Éste sonreía, sonreía, jugando con su arma, seguro del triunfo, lanzando entre bote y bote una frase burlona.

—Guacho duro pa morir, —decía;— defendés el cuero como un gallego pulpero defiende los pesos; pero yo no te quiero pa difunto, con un tajito me basta, como pa que llevés mi marca, nada más, y te podás floriar diciendo que has peliao con el rubio Lorenzo... ¡Atajáte de ésta!... ¡Bien haiga la bien nacida! ¿Y no te colorié siquiera?... ¿Conque sos duro como serno'e coronilla?... Esos son los que a mí me gustan hachar... ¡Hasta verte, Cristo mío!... ¡Ay! ¡mi'as chusiao, guacho estopor!...

Al irse a fondo en una puñalada terrible, Lorenzo enredó una espuela en las raíces del ombú, tambaleó y Lucio le hundió la daga en el cuello. No era nada: dos centímetros de fierro; pero el gaucho perdió pie al retroceder, cayó, y el otro se abalanzó ciego, dispuesto a partirle el corazón Casiana avanzó como una fiera, le dio un empellón y cayó abrazando el cuerpo de su amante.

XIV

Al día siguiente, Juana despertó más tarde que de costumbre. Sentía la cabeza pesada, el cerebro obscurecido, las ideas embrolladas. Parecíale despertar de una extraña pesadilla. Lucio, Lorenzo, los ombúes, la reconciliación, la pelea de los dos hombres, todo aquello no podía ser sino un sueño.

Se levantó, se vistió con presteza y salió al patio. Poco a poco las ideas se fueron aclarando y la escena comenzó a reconstruirse en su mente. Su asombro crecía por momentos. Era cierto, pues, que ella había acudido a la cita; que había hablado con Lucio; que le había confesado su vergüenza; que él había perdonado y que ella sería de él, completamente de él?... "¡Mi Dios, mi Dios! ¡es posible que yo no tenga voluntad para nada!" —exclamaba—. "Los demás apenas piensan las cosas, y las hacen siempre y en seguida; yo, en cambio, pienso, pienso y nunca puedo hacer lo que quiero, sino lo que otros quieren. ¡Qué miseria, qué miseria!" Pero era bien cierto que había dado su palabra a Lucio; y de cualquier modo, sabía perfectamente que lo seguiría cuando él se lo ordenase. "Mañana; luego, quizás dentro de una hora, vendrá a buscarme, y yo iré, seguro que iré; después... ¿qué haremos en el Puesto del Fondo? ¿qué dirán tío... y el otro?..." Sólo entonces se dio cuenta clara de lo que había pasado en los ombúes. Recordó que los dos hombres se habían abalanzado el uno sobre el otro, las dagas desnudas; nada más. ¿Habría muerto alguno? ¿Estarían heridos?...

Con paso precipitado se dirigió a la cocina, esperando encontrar a Casiana y saber por ella lo ocurrido. En la cocina sólo estaban las dos negras, la-

vando vajilla. *Cata* no respondió a su saludo, y *Tosa* la negrilla flaca y mala, la miró sonriendo y le dijo en tono burlón e hiriente:

—Güenos días, *señorita.*

Juana estaba habituada a las indirectas ofensivas que la envidia hacía nacer en las almas bajas de las semi esclavas, ese tono entre respetuoso y despreciativo que usan los sirvientes con las personas que ocupan un sitio intermediario entre ellos y los patrones; esas burlas disfrazadas de amabilidades, las conocía y las despreciaba; pero ese día le pareció ver algo extraño en la sonrisa y en la voz de la negrita.

Dominándose, preguntó con dulzura:

—¿Casiana está adentro?

Cata se encogió de hombros y respondió ásperamente:

—¿Casiana? ¡Yo qué sé!... ¡Estará dentro de su camisa!...

Tosa lanzó una carcajada, y las dos negras le volvieron la espalda y entablaron animada conversación.

Juana se ruborizó, sufrió y salió. En ese momento, *don Montes* abría el portón y entraba al patio con un jarro en la mano. El capataz siempre se había mostrado galante y bueno con la huérfana, y ésta se decidió a hablarle y esperó junto al brocal del pozo.

—Buenos días, don Montes, —dijo.

El viejo la miró apenas, bajó la cabeza y echó el balde al pozo.

Aquel proceder asustó a Juana, que empezó a temer algo grave en contra suya, y como el capataz no mostrase ninguna intención de hablarla, ella fue derecho a su propósito.

—Don Montes, —empezó,— ¿usted sabe si Lucio está en el galpón?...

—Sí, está; me parece qu'está... eso es, sí... yo creo qu'está, —respondió el viejo sin mirarla, tirando de la cadena.

Juana titubeó; estaba encarnada, el corazón le latía violentamente, la indiferencia de su amigo le hacía un mal horrible. Con gran pena logró preguntar:

—Pero... ¿está sano? ¿no está herido?...

El viejo abrió desmesuradamente sus ojazos, dejó sobre el brocal el jarro que había llenado, y exclamó con asombro:

—¿Sano?... ¿herido?... ¿Lucio?... Yo no sé nada, hija, no sé nada;... yo lo vide gueno... eso es, sí, yo lo vide hoy, pero no sé nada... eso es, sí.

La mirada del viejo era curiosa, manifestaba compasión y no cariño y aprecio como hasta la víspera. Juana, resuelta a saberlo todo, quiso detenerlo.

—Diga, don Montes: yo le pregunto...

—Sí, sí, —interrumpió Montes,— está güeno... está sano, eso es, sí... Hasta luego, m' hijita... eso es, sí...

El capataz dio media vuelta, y Juana, que había quedado atónita, oyó una doble carcajada que salía de la cocina. Volvió la cabeza y vio a las dos negras que, paradas en la puerta, la enviaban sus miradas burlonas y despreciativas.

La pobre joven se sintió tan mal, que tuvo que apoyarse en el brocal del aljibe para no caer. Durante un momento estuvo así, atormentada, perdiéndose en conjeturas, imaginando un cataclismo. La voz de Casiana la hizo levantar la cabeza.

—La patrona te llama.

Juana, contenta de encontrar al fin una persona amiga, corrió haca ella tendiéndole los brazos. Casiana, con el ceño duro, la rechazó, diciéndole con grosería:

—Andá, que te llama la patrona.

Juana quedó aterrada.

—¿Pero qué he hecho yo? —balbuceó.

—¿Qué has hecho? —replicó Casiana enviándole una mirada de odio—. ¡Andá, andá, mosca muerta, hipócrita, falsa! ¡Andá no más que ya sabemos lo que sos, que te andás vendiendo por potro y se te ven las basteras; andá no más a criar cola al bañao, y a juntar abrojos en las clines, que no va a faltar quien te cerdee... cuando llegue el tiempo de cerdiar las yeguas...!

La pobre joven la miraba y la oía asombrada, creyendo soñar, sin que remotamente se le ocurriera el porqué del repentino furor de su amiga. Ésta, cada vez más encolerizada, continuó apostrofándola:

—Pa la grasería no te van a comprar, pero pa güeso, pueda; y aunque dicen que los güesos andan en baja como los cueros de nutria, siempre han de pagar más de lo que vos valés.

—¡Casiana! —imploró la infeliz.

—Andá a hablar con la patrona, que te va a hacer comadre.

—*¡Señorita,* la patrona está esperando! —gritó la negrilla *Tosa;* y su compañera y Casiana rieron estrepitosamente.

Juana, pálida como una muerta, alzó la cabeza, cerró desdeñosamente los labios y lanzó a las sirvientas una mirada que las obligó a guardar silencio. En seguida dio vuelta y se dirigió con paso firme a la sala, donde esperaba doña Brígida. Encontró a ésta

repantigada en un sillón de mimbre, la cabeza echada hacia atrás, las manos gordas y rojas cruzadas sobre el vientre colosal.

—Señora... —articuló Juana acercándose.

Y ella:

—¡Ah! ¡es *usté!*

—Me dijo Casiana...

—Sí, yo la mandé buscar pa decirle, amiguita, que mande echar su caballo y se toque pa sus ranchos.

—¿Pero qué he hecho yo, señora?

—¡Cómo! ¡cómo! —gruñó doña Brígida incorporándose a medias y con dificultad;— ¿me preguntas qué has hecho?... ¡Engañarme, faltarme al respeto!... Yo bien decía que una parienta de Zoilo no podía ser güena. Hijo de tigre, overo ha de ser... Presentarse con ese desparpajo, ¡en mi casa!, una largada, una manosiada... ¡y por quién! ¡por el bandido Lorenzo!... ¡Y yo tan creida, tan inocente!... ¡pero por eso, por güena, siempre me suceden estas cosas!

Como si hubiese hecho un gran esfuerzo la señora volvió a tenderse sobre el respaldo del sillón de hamaca. Luego, con voz pausada y bajando el diapasón:

—M'hijita, —continuó;— cada una es dueña de vivir como quiera, y al fin y al cabo la gente como vos siempre tiene que ir a parar en eso; pero al menos se respeta y no se ofende a una persona como yo.

Lívida, los ojos fuera de las órbitas, el rostro bañado en sudor, Juana no atinaba a contestar. ¿Y qué iba a contestar?... Todo se explicaba. Casiana había hablado con el bandolero y había sabido por él lo ocurrido. Casiana, celosa, había contado todo a

todos; a eso se debían las risas y el desprecio de las negras, la inusitada sequedad del capataz, y la cólera de la patrona. ¿Y qué iba a responder, si era cierto, si no tenía disculpa y ella se sabía incapaz de mentir?...

Por largo rato doña Brígida continuó hablando, condenando el vicio, compadeciéndose y despreciando al mismo tiempo a las infelices que faltan a sus deberes; enalteciendo la virtud, el hogar honesto, con frases calurosas, con ardor, con pasión. Y la sobrina de don Zoilo se preguntaba si aquella mujer no recordaba su falta, y cómo aquella mujer aceptaba a Casiana, sabiendo lo que era y lo que hacía... No; la respetable matrona no recordaba su traspié, ni se creía culpable; esas cosas se olvidan cuando se tiene el medio de obligar al mundo a que se calle y no las recuerde; y en cuanto a Casiana, podía ser lo que quisiera, y se le perdonaba porque era público. Lo que la moral no permite, es que una mujer quiera pasar por pura no siéndolo. Eso no tiene disculpa.

Dando traspiés, más muerta que viva, Juana salió de la sala, cruzó el patio y se halló fuera del muro. Al lado del portón, Lucio la esperaba teniendo los dos caballos ensillados. Ninguno habló una palabra. Ella lo miró, y sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Al menos aquél era siempre bueno y la quería siempre!

Él la ayudó a montar, montó a su vez, y se pusieron en marcha. Desde el portón, Casiana y las dos negras miraban.

—¡Adiós, *señorita!* —gritó *Tosa.*

Y las tres rieron alborozadas.

Montes, que llegaba en ese momento, miró a los jóvenes que se alejaban, y, luego, sacudiendo la cabeza, exclamó:

—Y yo que cuasi... eso es, sí... ¡quién había'e maliciar!... que cuasi m'ensarto reculando... ¡Pa que uno crea en brujas y no le juya a los rayos!... eso es, sí.

Don Diego, en mangas de camisa, desabrochado el cuello de la camisa de percal, se juntó al grupo.

—No es fea la charabona, —dijo.

—No es fea, no: es lindaza... eso es, sí, ¡ya lo creo! es lindaza, —respondió Montes entrando al patio. Allí se encontró con doña Brígida, que, todavía agitada, le preguntó con rudeza:

—¿Se jue ya esa desvergonzada?

—Ya se jue, sí, señora... eso es, sí, ya se jue... una desvergonzada, una perdida... eso es, sí, señora.

—Y siquiera juese linda; pero un saco'e güesos... y fiera.

—¡Fieraza!... ¡Eso es, sí, señora; fieraza!...

Cuando Lucio y Juana llegaron al Puesto del Fondo, don Zoilo estaba en su sitio habitual, junto a la puerta de la cocina, sentado en su banquito de ceibo, afinando lonjas con el pequeño cuchillo de mango forrado con "tongorí". Los miró un instante sin demostrar la más mínima extrañeza, el menor signo de contento o de desagrado.

En el camino, los dos jóvenes habían convenido en que Lucio hablaría al viejo explicándole sus in-

tenciones; pero llegados allí, el mozo se consideró incapaz de aventurarse en aquel peligro. Juana había ido a la cocina para poner el asado, y daba vueltas y revueltas, haciendo tiempo para que su amante hablara. Al fin, cansada, se decidió a cebar un mate, que alcanzó a don Zoilo. Miró a Lucio, leyó en sus ojos la irresolución, y cuando volvió para darle el mate, le dijo muy bajo, casi al oído:

—Yo hablaré.

Pero por bajo que fuesen pronunciadas estas palabras, don Zoilo las oyó. Arrugó el entrecejo, apretó los dientes, frunció los labios... Fue un segundo: en seguida bajó la cabeza, escupió el cuero y lo asentó con el lomo del cuchillo; su fisonomía volvió a ser apática, indiferente, muda como una máscara. No preguntó nada, no dijo nada, y respondiendo con monosílabos a las pocas frases que Lucio pudo dirigirle, no demostró ni extrañeza por su presencia allí, ni contento, ni enojo. Después de almorzar se levantó y en silencio se dirigió a su cuarto para sestear. Juana le siguió.

Ya dentro del rancho, ella habló.

—Tío... —comenzó.

El viejo se sentó en el borde del catre y fijó en ella sus ojos felinos.

La huérfana titubeó unos segundos. Luego, con voz entera y firme, empezó a narrar lo que le había sucedido con el rubio Lorenzo. El rostro del viejo se contrajo, adquiriendo una expresión de ferocidad que asustó a Juana; pero aquello fue un relámpago, y ella pudo continuar, contando el amor de Lucio, sus ofrecimientos, la pelea con el matrero y el propósito que tenían. Cuando cesó de hablar, el trenzador la miró fijamente y preguntó:

—¿Lucio hirió?

—Sí.

—¿No asustó?

—No.

Durante el viaje desde la estancia a los ranchos, Lucio le había contado el final de la escena de los ombúes, diciéndole cómo había herido a Lorenzo y cómo Casiana se había interpuesto, impidiendo que lo ultimase. Lo único que el mozo no se atrevió a decirle, fue la tremenda amenaza del bandolero: "¡Carrera aplazada, no es perdida. Ella y vos pueden irse encomendando a Dios!..."

Don Zoilo se tendió en el catre, y cerrando los ojos:

—...stá güeno, —dijo.

Después de cenar, el viejo trenzador se sentó como siempre en su banco de ceibo, al lado de la puerta de la cocina; picó tabaco, lió en chala el grueso cigarrillo y lo encendió con el tizón que Juana le alcanzara. Grande y roja, la brasa alumbró la faz temible del indomable; y a Lucio, que lo observaba, parecióle que una sombra se esparcía por la frente angosta y rugosa, al mismo tiempo que una luz brillaba en los ojos turbios; parecióle que las ventanillas de la nariz se plegaban y desplegaban violentamente; que los labios estaban retraídos, dejando ver los dientes amarillos como marfil antiguo, y que en aquella fisonomía habitualmente torva, había en aquel momento algo de siniestro, tormentoso y amenazante. Duró un segundo; el viejo entregó el tizón, y la imagen se borró. ¿Era realidad? ¿Había sido ilusión?... Lucio no sentía muy firme su razón tras los rápidos e inesperados acontecimientos de la víspera. Al salir de la estancia enrolado

en la comparsa de esquiladores que iría a lo de Diego López, llevaba en el alma almacenada la luz de todas las venturas. Poseedor de una tropilla de caballos, de un "rodeíto" de vacunos y de sus prendas, a más de algunas onzas "que habían hecho cueva en su cinto", —como decía maliciosamente su amigo Jesús Martínez,— la vida se le presentaba serena y luminosa como mañana de otoño. Tenía la conformidad mahometana de su raza; nunca había entrado en la selva obscura de las especulaciones filosóficas, nunca se había detenido a analizar la vida, y hallaba tan natural el paralelismo de pobres y ricos, que no envidiaba, y, por lo tanto, no odiaba. Como la mayoría de sus congéneres, creía que en el mundo debía haber ricos y pobres, y que el pobre tenía que serlo siempre y con evangélica resignación. ¿Cómo podría cambiar de suerte? El ahorro, —que debía ser mezquino en su sueldo de peón,— de nada le servía, pues en nada sabía emplearlo para obtener rendimiento. ¡Oh! ¡el pobre, pobre!, así decían todos, y él debía imitarlos. La tierra oriental es grande y el oriental todavía cabe en ella. Sobrio, duro para el trabajo, el gaucho es el hijo legítimo del charrúa, indómito, invencible, amando la libertad sobre todo: una raza que es necesario destruir, porque no se puede domar. El gaucho es como un segundón castellano del siglo XVII, que paseaba su vida con las alforjas tan vacías de vituallas como repletas de orgullo. El sol arde de distintas maneras en cada longitud y en cada latitud; aquí en la tierra de Zapicán y de Vencel, arde como brasa de ñandubay: calmosa, indiferente, no hace llama aunque el pampero sople, ni aunque diluvie se apaga Lucio amaba a Juana, y vivir con ella era su único deseo. El día de

hoy asegurado; del mañana, el mañana decidiría. Así, en su hábito de dar las cosas por resueltas según las primeras fórmulas, su turbación fue extrema cuando, al llegar a la estancia de López, Juana se negó a verle y hablarle. Desviviéndose por hallar satisfactoria explicación a la actitud de su antigua amiga, soportó todas las torturas de los celos y toda la pena de un amor tronchado en plena florescencia. Lacerado en su cariño y en su orgullo, unas veces le hacía vibrar el rencor y otras veces le ahogaba el padecimiento. Horas tuvo coloreadas de rojo por la soberbia que le incitaba a vengarse, y otras muy pálidas, que vieron mojarse con llanto mujeril el bronce de sus mejillas. Juana ocupaba por entero su vida presente y futura, su amor había llenado su alma con innumerables y entremezcladas raicillas. Perderla, y perderla así, era un golpe brutal, demasiado fuerte para él, que no pensaba ni podía pensar en remediarlo, que consideraba el hecho imposible y se entregaba en brazos de la desesperación, atormentándose por despertar de aquella que se afanaba en considerar horrible pesadilla... Despertó, bajos los ombúes, y en un instante se borraron los recuerdos de sus dolores y la vida tornó a presentársele normal, apacible, serena. La caída de su amada no le apenaba: su moral era muy rudimentaria, y además las costumbres eran libres en el campo; una falta no constituía una mancha indeleble; se perdonaba fácilmente una muerte, una mala acción cualquiera en el hombre, un desliz en la mujer: efectos de los instintos violentos, de la sangre intrépida y de la influencia poderosa del medio ambiente. "Madrugar" a un adversario, es decir, herirle a traición, no deshonraba a ningún bravo; las fullerías daban pres-

tigio y no descrédito; el contrabando era considerado ocupación honrosa: la moral era así. En una vida pura acción, el valor y la audacia lo sublimaban todo. Por otra parte, él había considerado siempre a Juana como un ser superior que no puede equivocarse, a quien todo debe admitírsele. ¿No se había manifestado dispuesto a aceptar un rival? ¿No había ofrecido inmolarse por la ventura de su ídolo?... No se juzgue bajeza de alma en Lucio: lo que había aceptado no lo aceptaría en lo por venir; ahora Juana era suya, una cosa propia, un bien que disputaría con uñas y dientes. El pasado le dejaba indiferente y el futuro no le amedrentaba. Pero si al fin los acontecimientos se resolvían conforme a sus deseos y esperanzas, la rapidez, lo insólito del desenlace lo había atolondrado, impidiéndole gustar en toda su magnitud la dicha esperada. Juana, no obstante su visible esfuerzo por mostrarse alegre, no lograba borrar de sus ojos azules una finísima nube de melancolía, y la faz ceñuda del viejo trenzador había aparecido rencorosa y amenazante en el rápido fulgor de la braza rojiza. Rencorosa, ¿por qué? Amenazante, ¿para quién?... Lucio se mareaba en el torbellino de sus ideas sin gobierno y de su razonar sin lógica.

Concluída la faena de la cocina, Juana salió, fue a su cuarto, donde permaneció poco rato, y volvió. Acercóse a Lucio, y poniéndole una mano en el hombro:

—Vamos a caminar un poco, —le dijo.

—Vamos, —replicó el mozo, muy contento de interrumpir su penoso soliloquio.

Juana agregó sonriendo con tristeza:

—Vamos a ver mi jardín...

Después, con esfuerzo, como si recordara algo muy doloroso:

—El bañado, —concluyó;— el bañado, que es mi jardín...

Lucio no contestó, echó a andar siguiendo a su amada, que le tomó una mano y la oprimió con afecto. Al verlos alejarse, don Zoilo se incorporó a medias, frunció el ceño, apretó los dientes:

—¡Mujer! —gruñó; y volvió a sentarse y a chupar el pucho.

En tanto, Lucio y Juana llegaron a las primeras maciegas de paja brava y se internaron en la senda angosta. Aunque la luna era grande, la noche estaba obscura, sin estrellas en la especie de neblina cenicienta que entoldaba al cielo. Anduvieron un largo trecho sin hablarse, los dos emocionados, los dos sin saber de qué modo romper el triste silencio. Algo les oprimía el corazón; Lucio veía con pena que la realidad era menos dulce que el sueño de su vida, y buscaba excusas, un motivo extraño a su ideal, imprevisto y pasajero. Deseaba interrogar a Juana; confiaba en que con las primeras palabras se desataría el cordel que ligaba su corazón; pero la palabra no le obedecía, y seguía andando, asombrado, pareciéndole aquello un espectáculo extraño, casi fantástico... Dos enamorados, ¡dos *esposos* paseando su noche de bodas por el estero lóbrego, pálidos y mudos! Una zanja los detuvo; entonces Lucio dijo:

—¿Estás triste?... ¿estás arrepentida?...

Y ella contestó:

—No.

Su voz era breve y seca; sus ojos presentábanse de un color azul sombrío; su rostro surgía densa-

mente pálido y contraído, encerrado entre un marco de cabellos de oro. Lucio tuvo miedo.

—¿Qué tenés? —interrogó.

—No sé. Me parece que tengo el alma como la noche. ¿Ves la luna como es grande y blanca, y sin embargo no alumbra?... Yo estoy así... Vamos a sentarnos aquí... estoy cansada, y tal vez por eso pienso cosas feas...

Ambos se sentaron, muy juntos, en un albardón, entre un claro del bosque de paja brava.

—¿Me quieres mucho, Lucio?...

Lucio extendió el brazo, la estrechó y la atrajo hacia sí. Con lo rostros casi tocándose, se miraron en silencio. La luna los bañaba con su luz incolora y fría. La mirada del mozo era angustiosa; la mirada de Juana era fantástica.

—¡Pobre, pobre Lucio! —exclamó; y juntó sus labios con los de su amante.

Durante un rato, un rato largo, estuvieron así: ella, anonadada, insensible, ausente; él, en el nimbo de la ventura suprema, sintiendo que al calor de aquel cuerpo y al contacto de aquellos labios adorados, su alma se diluía en un baño tibio, perfumado, luminoso; su ser se espiritualizaba, se esfumaban las cosas reales y se sentía vivir en el éter de la felicidad infinita.

La voz de Juana, una voz tenue que parecía llegar del fondo del estero, quebró dolorosamente su encanto.

—Lucio, —dijo,— ¿te acordás cuando éramos chicos, cuando jugábamos a los muertos en la cuchillas, mientras los viejos sesteaban?...

—Me acuerdo, —respondió Lucio estremeciéndose. ¿Pero por qué su amada pensaba ahora en los

lúgubres juegos de su infancia?... En cuestiones de sentimiento, aun las almas mas rústicas tienen sutilezas y clarividencias que, permitiéndoles analizar, las mortifica. "Si Juana me quisiese como yo la quiero; si fuese tan feliz como yo lo soy en este momento, —razonaba Lucio,— su pensamiento no se apartaría de este sitio". Y en esos instantes de dulce anonadamiento, cuando creemos realizada la quimera de la completa fusión de las almas, ¡qué intenso dolor nos causa una frase, una palabra imprudentemente pronunciada, la cual revelándonos que el pensamiento del ser amado está lejos de nosotros, rompe brutalmente el encanto!... La pasión amorosa es extremadamente susceptible, porque es el *alma en estado instable de pureza perfecta;* como al cristal purísimo, el hálito más leve la empaña; como a una música sublime, una ligera desafinación la destroza; como a una exquisita flor de invernadero, una insignificante presión la marchita; como a una máquina complicada, un grano de polvo la detiene en su marcha.

Juana no advirtió el dolor que sus palabras causaban a Lucio, y continuó hablando:

—Yo me acuerdo bien... Juntábamos flores, muchas flores; hacíamos con ellas un colchón blando y oloroso, nos cubríamos con ellas y después *moríamos*... Era triste y nos divertía... nos hacía sufrir y sin embargo gozábamos... ¡Debe de ser lindo morir!... Lucio, ¿a vos te gustaría morir?... ¿pero morir... *de verdad,* para siempre?

Sus mejillas tenían una blancura mate y sus ojos lanzaban luces fosforescentes; la idea del suicidio, que llevaba clavada como un arpón en el cere-

bro, trabajaba activamente desde hacía largo rato. La lucidez había vuelto a su espíritu, haciéndole ver lo insensato de sus esperanzas de la víspera. No amaba a Lucio, no; no podía amarlo. No podía sentir el amor, no lo sentiría nunca. Su miseria se le mostraba entera y clara; ella no era un ser normal, igual a los otros; no comprendía la existencia, no tenía un sitio en el banquete de la vida. Exótica, extraña, imperfecta, estaba de más en el mundo, en medio de personas cuyos instintos la horrorizaban, cuyos apetitos le causaban repugnancia. Estaba dispuesta a sacrificarse por Lucio; pero la idea de una vida que había de ser una continuada mentira, un embuste y un engaño de todas las horas y de todos los días, la sublevaba.

¿Y sería acaso provechoso para Lucio su sacrificio? . . . Lucio era igual a los demás, Lucio era como *todos los seres;* y cuando la hubiera poseído, cuando hubieran pasado los primeros días de pasión ciega, exigiría de ella una *mujer,* una compañera de carne y hueso, y no un cerebro trastornado y una alma ridícula. . . ¡Era indigno y era horroroso! La muerte, sólo la muerte podía libertarla, y al pensar que Lucio podía proporcionarle el anhelado descanso, su desesperación la hacía egoísta hasta el punto de no advertir la indignidad que cometía obligándolo a sacrificarse con ella . . .

—¡Juana, Juana! —exclamó el mozo asustado.

Ella le echó los brazos al cuello, lo besó desesperadamente. La cabellera se deshizo y cayó como una onda de oro. Lucio sintió quemado su rostro por las lágrimas que la joven vertía en silencio, sin zollozos, mientras su seno palpitaba levemente bajo la tela de percal.

—¡Sí, Lucio! ¡Sí, mi Lucio! —clamaba con voz dulcísima y suplicante. Y al mismo tiempo sus brazos lo oprimían cada vez más fuerte, sus labios buscaban sus labios, su cuerpo se enroscaba en el cuerpo del mozo. Éste llegó a creer que su amada había perdido el juicio, y su dolor fue tan grande como era grande su felicidad de momentos antes. Hizo un esfuerzo, se puso en pie, y sosteniendo a Juana entre sus brazos,

—Vamos, —dijo,— vamos pa las casas.

Ella, agotada, lívida, los ojos apagados, obedeció en silencio. Pasada la crisis, su espíritu sin voluntad cedía incondicionalmente a la voluntad ajena.

Comenzaron con pena el regreso por entre el mar de paja que se presentaba de un color azul fuliginoso. Arriba, la luna iba descendiendo, blanca y sin brillo, en el cielo cada vez más brumoso, más oscuro. Avanzaban muy despacio y sin hablarse, ambos con el corazón físicamente oprimido por la angustia de una inmensa desgracia irremediable, el hundimiento repentino y completo de todas las ilusiones.

Llegados a los ranchos, se detuvieron en la puerta como heridos por un mismo sentimiento. A unos cuantos pasos de distancia, junto a la pared de la cocina, se veía un bulto negro, y en medio una lucecita roja, que brillaba y se apagaba alternativamente. Don Zoilo continuaba allí, chupando el cigarrillo de tabaco negro y apurando, de rato en rato, grandes sorbos de caña. Lucio miró a Juana, adivinando más que viendo su pálido y atormentado semblante. Su brazo volvió a buscar su cintura; sus cuerpos se juntaron de nuevo; el mozo sintió que se le arrebolaban las mejillas, y un deseo imperioso, brutal, indomable, lo cegó por completo.

Lucio se había dormido profundamente, y, a su lado, Juana velaba, con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas, el alma ausente. Hacía ya mucho tiempo que estaba así, mucho tiempo, varias horas quizá, cuando los perrillos canelos ladraron al unísono, abalanzándose a alguien que llegaba. En seguida oyó tropel de gente y ruido de armas en el patio. ¡La policía! pensó Juana; pero en seguida un hombre habló, y aquella voz, harto conocida, la hizo saltar del lecho, loca de espanto.

—¡Lucio, Lucio! —dijo zamarreando al mozo; y cuando éste se enderezó sobresaltado,

—¡Lucio! —volvió a decir con angustia;— ¡Lucio, ahí están Lorenzo y su cuadrilla!...

El mozo dio un brinco, cogió sus armas y se dirigió rápidamente a la puerta, atravesando la pieza de don Zoilo. Afuera, en la obscuridad casi completa, se veían moverse varias sombras. Pasó un minuto. El bandolero se acercó con la daga desnuda.

—¡Muchachos, vamo a sacar de la cola a ese peludo que ha ganao en cueva ajena! —exclamó dirigiéndose a sus compañeros con su voz agria, altanera, feroz.

Lucio, de una rápida ojeada, vio que la pieza estaba vacía, y la idea de que don Zoilo habría hecho venir a los matreros, le hizo hervir la sangre. En la mano derecha llevaba la daga; en la izquierda una gran pistola de un tiro. Tendió el brazo e hizo fuego al grupo. Resonó un estruendo formidable, viose una lumbrarada roja, se oyeron un grito de dolor y varios alaridos de rabia; Juana lanzó un ¡ay! prolongado y se desplomó sobre la cama de don Zoilo.

En seguida, la lucha se entabló furiosa. Los asaltantes se abalanzaban a la puerta y los aceros se cho-

caban rápidos. Lucio, medio loco de ira, hacía prodigios manteniendo a raya a sus numerosos enemigos, en silencio, con los ojos fulgurantes y los dientes nerviosamente apretados, sin responder a los insultos y amenazas con que Lorenzo acompañaba cada puñalada que le dirigía. De cuando en cuando, un acero entrando en su cuerpo, le hacía saltar hacia atrás, hacia un lado, como un resorte; pero en seguida tornaba a ocupar su sitio, defendiendo la entrada con encarnizamiento de tigre acosado. Los otros, furiosos, redoblaron la energía del ataque; y durante un rato, ya ninguno habló, ya no se oía más que el choque de los facones, la respiración fatigosa de los hombres y el silbar del viento que pasaba en rachas rabiosas.

Lucio se sentía desfallecer; la sangre se le escapaba por varias heridas; su brazo se movía al azar, pero la desesperación le mantenía en pie, dispuesto a luchar mientras no le hubieran partido el corazón de una puñalada. De pronto, vio con asombro que los adversarios cejaban, oyó gritos, un quejido; la puerta quedó libre. Él, sintiendo que las fuerzas se le iban, dio un paso atrás, se le doblaron las piernas, quiso llamar a Juana, pronunciar por última vez el nombre adorado, pero una bocanada de sangre lo ahogó; la daga se le escapó de la mano y cayó pesadamente en medio de la pieza...

¿Qué había sucedido afuera?... Don Zoilo, ya vacía la botella, se había quedado dormido sobre el banco de ceibo. Cuando la lucha llegó al período álgido despertó, se pasó por los ojos la rugosa mano, y escuchó.

—¡Casa mía! —dijo entre dientes; y empuñan-

do su cuchillito de mango forrado con "tongorí", se dirigió al sitio del combate. Sus ojos de lince reconocieron sin dificultad a Lorenzo, lo cogió por el cuello y lo arrastró hacia el patio. El bandolero siguió, contrariado, pero sin asombro.

—Con usté no es nada, don Zoilo, —dijo, y pugnó por desasirse.

El viejo siguió arrastrándolo en silencio, y ya lejos de la puerta, sus dedos se crisparon oprimiendo el cuello del bandido; con la diestra, afanábase por hundir el pequeño cuchillo en la garganta de Lorenzo. Éste, entonces, rugió:

—¡Largame viejo!

—¡Casa mía! —gruñó don Zoilo.

Durante breves instantes lucharon a brazo partido. Por fin el bandolero tuvo libre el brazo derecho, lo encogió y hundió la daga en el cuerpo del viejo. Él obró rápidamente, pero el trenzador también, y la pequeña hoja de "afinar tientos" entró en su garganta, obligándolo a lanzar un grito de dolor. Los compañeros corrieron en su auxilio. Don Zoilo estaba tendido en el suelo, boca arriba. Lorenzo se arrancó él mismo la hoja que había quedado hundida en sus carnes. Con el pañuelo de seda que llevaba al cuello se vendó en pocos segundos la herida; y luego, blandiendo el facón y con voz ronca:

—Vamo a concluir con el guacho, —gritó.

Todos le siguieron. En el cuarto reinaban el silencio y la obscuridad. Los matreros se detuvieron en la puerta, recelosos El capitán entró resueltamente y tropezó con el cuerpo de Lucio. Alguien encendió un fósforo.

—Éste ya es dijunto, —dijo el bandido, y penetró en la otra pieza, buscando a Juana. No encon-

trándola, dio media vuelta y exclamó con la misma voz áspera y conminatoria:

—La paloma ha volao; pero va herida en el ala y la vamo a encontrar muy cerca.

Salieron.

—Demen juego, —tornó a decir Lorenzo.

Le alcanzaron una caja de fósforos, tomó uno, lo encendió y aplicó la llama al techo.

—Aperiá, cosa inútil, —rugió el matrero.

Las pajas resecas ardieron, chisporrotearon y, ayudado por el viento, el fuego cundió, levantando en seguida inmensas llamaradas.

Lorenzo Almada, con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba arder la vieja ranchería. Detrás de él, cinco hombres, negros, pardos, mulatos, observaban en silencio. La luna, blanca, pálida, sin color, iba hundiéndose en el poniente; sobre el cielo obscuro volaban lenguas de fuego, y se escapaban, como gusanos rojos, trozos de paja calcinada. El viento soplaba del sud, furioso, retorciendo las llamas y avivando el incendio. Los bandidos retrocedieron y Lorenzo avanzó para mirar una vez más el cadáver del viejo trenzador, que estaba tendido en mitad del patio, boca arriba. Su rostro de cobre oxidado brillaba con los rojizos resplandores, pero no se advertía en él una mueca dolorosa, una contorsión, algo que indicara el sufrimiento de un ser que muere; indiferente hasta la hora postrera, su rostro era el mismo rostro que habían visto los mozos, ya viejos, de la comarca. Su boca entreabierta dejaba ver los grandes y fuertes dientes amarillos; los párpados a medio cerrar permitían ver las pupilas obscuras y turbias... El fuego, apoderándose de las yerbas secas del patio, saltó, culebreó e invadió las ropas del solitario. Los ban-

doleros iban retrocediendo cada vez más. Lorenzo avanzó entre la humaza, hincó una rodilla en tierra y cerró piadosamente los ojos del difunto. De hinojos, murmuró algo como una oración, y cuando se puso en pie para retirarse, tuvo que sacudir el poncho, cuyos flecos ardían.

El fuego se había comunicado a la cocina; las yerbas inmediatas se incendiaron: el Puesto del Fondo era una enorme hoguera.

—Vamo, —exclamó Lorenzo, y dio dos o tres pasos; luego, deteniéndose, se volvió, pasó por entre las llamas, llegó hasta el cadáver de don Zoilo, lo cargó y salió con él.

—Ayudemén, —dijo con imperio.

Sus secuaces cogieron el cuerpo y, alumbrados por los rojos resplandores del incendio, avanzaron en silencio, internándose en el bañado. Anduvieron durante algún tiempo: al fin se detuvieron en una altura y, por orden del jefe, los seis bandoleros se pusieron a cavar una fosa con sus facones. Cuando el hoyo estuvo pronto, depositaron allí el cuerpo de don Zoilo, lo cubrieron de tierra, se prosternaron y tras una oración balbuceada, tornaron a ponerse en pie y emprendieron la marcha hacia el monte, la guarida, el amparo, la madre del gaucho bandolero. Lorenzo fue el último en levantarse; y el negro Luna, un desalmado que le acompañaba hacía tiempo y lo respetaba mucho, dejó ver, al resplandor del incendio, una lágrima que le humedecía las mejillas.

En tanto, ¿qué había sido de Juana?... Desde el principio de la lucha; desde que Lucio descargó su pistola, había caído sobre la cama del trenzador,

medio muerta, no tanto de miedo físico, como de horror por la escena que presentía. Tras unos momentos de indecisión, había salido, saltando por la ventana, y había ganado el estero, andando sin rumbo y sin conciencia, hacia adelante, siempre hacia adelante, por entre la paja brava, sobre terrones y zanjas, sin buscar sendas, sin orientarse, sin saber adónde iba. Al cabo de mucho andar, se detuvo, miró hacia atrás y vio los ranchos ardiendo, una inmensa hoguera roja que le parecía un ojo fantástico mirándola siniestramente. Otra vez echó a andar, más que andar, a correr, hundiéndose en el lodo, insensible a los latigazos de las pajas que el viento revolvía como ondas en el océano. Extenuada, sin aliento, tuvo que detenerse de nuevo. El viento, soplando del sud, empujaba las llamas que habían mordido las avanzadas del bañado, las primeras maciegas de paja seca. Durante un rato, Juana permaneció de pie, inmóvil, mirando fijamente el grandioso espectáculo; pero al fin, el humo espeso y acre, el calor de las llamas, la obligó a emprender la marcha nuevamente. Anduvo unos doscientos o trescientos metros, con los cabellos al aire, las ropas desgarradas, corriendo como una insensata, y, falta de aliento, volvió a detenerse y a mirar hacia atrás. Una línea inmensa, veinte, treinta, cincuenta cuadras, todo un lado del estero ardía. Inmensas llamaradas, retorciéndose, oscilando de un lado al otro, ascendían y avanzaban con prodigiosa celeridad. Sobre los resplandores rojos, una densa nube de humo iba cubriendo el cielo. Los caraguatás estallaban, uno tras otro, como un repiqueteo de artillería; gritaban, corriendo despavoridos, zorros y nutrias, y de cuando

en cuando, algún tallo grueso y verde reventaba con estrépito de metralla.

La zona de fuego era inmensa; todo el horizonte ardiendo, todo lo visible en llamas. El aire caldeado azotó de nuevo el rostro de Juana; algunos trozos de paja encendida llegaron hasta ella. Presa de un indecible terror, volvió a emprender la marcha, corriendo por entre la selva de paja brava muy alta, tan alta que las puntas aguzadas pasaban sobre su cabeza. Los bordes dentados y silicosos cortaban sus manos, y en ocasiones herían su rostro; las raíces, los troncos secos y los picachos lastimaban sus pies desnudos; pero ella, presa de un horrible miedo físico, corría siempre, corría hacia adelante, tratando de escapar a la muralla de fuego que parecía perseguirla. Sus pies y sus piernas sangraban, sus manos y sus brazos sangraban, sangraba su rostro, y hasta los senos que iban descubiertos, en la semi desnudez en que emprendiera la huída, sangraban también. En su cerebro no había ninguna idea, ningún propósito de su fuga, si no era el de escapar a las llamas. Si, falta de fuerzas, se detenía, volvía la cabeza y veía la inmensa planicie ardiendo, el inconmensurable mar de gramíneas convertido en fuego, en una onda de fuego que avanzaba siempre, saltando y rugiendo. El terror le daba fuerzas y comenzaba de nuevo la loca carrera a través del estero, lo poco que quedaba del estero, —¡su jardín!, como lo había llamado esa misma tarde, hablando con Lucio—. De pronto vio delante, una muralla oscura, y respiró: era el monte, el bosque de Cebollatí, grande y bueno. Se hincó en las zarzas al entrar; la *uña de gato* desgarró aún más su vestido, una rama de coronilla hincó en sus pantorrillas la aguzada espina, una trenza de cipó le

obstruyó el paso; pero ella avanzó, internándose, contenta al sentir la caricia del aire fresco y húmedo de la selva, creyéndose garantida entre los brazos duros del Cebollatí. Adelante, arriba, y a ambos lados, todo era obscuro, abajo, sus pies pisaban una alfombra blanda y húmeda; las ramas castigaban su rostro; mechones de pelo rubio quedaban en las zarzas. Ella seguía avanzando, guiada por el olor fresco que le indicaba la proximidad del torrente. A veces un árbol centenario le cerraba el paso, obligándola a oblicuar en su camino; otras, las lianas entretejidas formaban una valla que tenía que destruir destrozándose las manos; en ciertos parajes un cañadón la obligaba a hundirse hasta la cintura en el agua fría; más allá un viejo "guayabo" abatido por el viento interceptaba el camino; un poco más lejos una barranca lisa y seca defendía el paso; después era una orgía de ramazones, una bacanal de frondas imposible de atravesar; unos pasos más allá, troncos secos, ramas sin hojas, abrazadas por lujuriantes "carajales"; luego un riacho de arena fina y espesa, donde los pies se hunden y se lastiman en los bordes cortantes de "conchas" y caracoles; más lejos otra red de cipó, de ñapindá y "flor del aire"; vencido el obstáculo, una tala rastrera, muchas talas rastreras, —erizos de la selva,— y luego un caminito seco, liso, que muere al pie de unas rocas abruptas, musgosas, defendidas por un molle espinoso y un yatay corpulento; internándose todavía, un charco de aguas quietas, cubiertas de camalotes, —el loto americano,— que es necesario vadear hundiéndose en el fango para aparecer bajo una mole de coronillas rugosos, tortuosos, secos, sin hojas, duros y plagados de espinas largas, fuertes y aguzadas; en seguida mucha

hoja seca, un olor amoniacal de excremento de carpincho, plumas de ave grande, resaca, troncos y ramas muertas, un poco de limo, una grande barranca negra, y el río, blanco, ancho, silencioso, el Cebollatí deslizándose sereno viajando hacia inmenso lago guardado por talas y arueras, ceibos y coronillas, palmas y guayabos, molles y sarandíes, blanquillos y quebrachos, virarós y laureles.

El aire era fresco, húmedo y aromado. Al pie de un chalchal, el trébol en flor tenía una altura de tres palmos y era tupido como plumaje de pato "cimarrón". Arriba había un toldo adornado con cenefas de "barba del monte" y guirnaldas de claveles del aire; hacia un lado, la selva se extendía inconmensurable; del otro lado, el río, ancho y profundo, corría sin sacudidas. Juana se dejó caer sobre la grama, al pie del chalchal frondoso.

¿Cuánto tiempo estuvo dormida? No lo sabía: una noche, un día, dos días quizá. Al despertar, sintió la cabeza pesada y tenía las ideas obscuras, como si giraran dentro los remolinos de humazo del incendio; en sus oídos repercutía aún el crepitar de las pajas y de los tallos verdes mordidos por el fuego; sus conjuntivas, inyectadas de sangre, le hacían ver todo rojo, y por un momento creyó contemplar los grandes coronillas ardiendo, en silencio, inmóviles, sin llamas, como arborescencias de metal en ignición. Se restregó los ojos con ambas manos, la razón se fue aclarando paulatinamente y comenzó a recordar; pero el recuerdo se presentaba confuso y el raciocinio incoherente. El espanto la dominó bien pronto, al verse sola y perdida en aquel bosque inmenso.

¿Por dónde salir?... Echó a andar al acaso; pero tras penosos esfuerzos, se encontró con el río que dormía apaciblemente al pie de una barranca de quince metros de alto. Tomó la dirección opuesta y siguió andando, con las piernas inseguras y teniendo que vencer grandes dificultades para avanzar pocos pasos. Zarzas entrecruzadas, gruesos troncos caídos, espinosas ramas rastreras, hierbas de unos cinco palmos, bruscas elevaciones y hundimientos del terreno, imprevistos canales y ciénagas inesperadas; infinitos obstáculos con que la selva le cerraba el paso. La extrema debilidad física producíale en los oídos un continuado zumbido, que a cada instante la obligaba a sacudir la cabeza, o a espantar con la mano imaginarios insectos. Sin embargo, a medida que adelantaba, y paralelamente al debilitamiento muscular, su cerebro iba adquiriendo lucidez. Su propósito era salir del bosque; pero al mismo tiempo que empleaba en ese propósito todas las pocas energías físicas que le restaban, su imaginación se apartaba de su persona y de aquel sitio. — "En el Puesto del Fondo, ya nada queda, —pensaba,— Don Zoilo y Lucio han muerto; los ranchos han desaparecido consumidos por las llamas; el rubio Lorenzo y sus compañeros han triunfado. Ellos quedan, los fuertes, los representantes de la raza indomable. Ellos quedan; el pajonal que ardió en la noche, volverá a crecer, más tupido y más lozano, en la próxima primavera. Lo que desaparece es lo débil, lo muy viejo como el huraño trenzador y los ranchos de adobe, lo insignificante como Lucio y ella, lo que no tiene objeto, lo que es extraño y está de más en el mundo... ¿Y ella?... ¡pero ella vivía aún! ¡ella, lo más extraño, lo más inútil, lo más sin objeto!..."

Un matorral espesísimo que la obligó a detenerse, suspendió sus filosofías. Dio un rodeo, se inclinó para pasar bajo una bóveda de ramas y, casi arrastrándose, anduvo un rato por una senda tortuosa, angosta, escurridero de alimañas rampantes que habían dejado allí el rastro de su paso. Aquel corredor dio acceso a un potril tapizado de trébol, exuberante de luz. En medio se alzaban verticalmente varios peñascos grises, sobre los cuales se acostaba otra peña muy grande, cubierta de musgo; y el conjunto semejaba, con bastante exactitud, un dolmen druídico.

Ya sin fuerzas, Juana se dejó caer sobre el trébol, al pie de las rocas. Su imaginación tornó al riel. Su insensibilidad le causaba horror. ¡Cómo!... Estaba convencida de que Lucio y don Zoilo, —las únicas personas que le merecían aprecio,— habían muerto, y ella no se apenaba, no sufría por su pérdida, el llanto no acudía a sus ojos. El viejo trenzador, el solo ser de su sangre, la había amparado y jamás había sido malo con ella; si no había sido afectuoso, —¿cuándo había tenido afectos don Zoilo?,— tampoco había sido brutal o grosero. Él vivía como si ella no existiese; pero ¿no era eso una muestra de cariño en aquella alma de coronilla que no soportaba la amistad de nadie?... ¿Y Lucio, el compañero de la infancia, el hombre simple y bueno que la amó hasta el sacrificio, su prometido ideal, su esposo de una noche?... No, no sentía, no podía llorarlos, y el convencimiento de su miseria la hacía despreciarse a sí misma, considerarse infame, ruin, indigna de vivir, más abyecta que su ex amiga Casiana, quien era capaz todavía de amar y de odiar.

Pensando y pensando, tejiendo y destejiendo la malla de sus recuerdos, se embebeció de tal modo,

que no sintió llegar la noche. Al levantar la vista y verse rodeada de sombras, lanzó un grito de espanto y se puso en pie. Del interior del monte llegaban voces y ruidos extraños, lastimeros cantos de aves, sordos gruñidos, que a Juana se le antojaban de fieras. Alrededor, la muralla circular de grandes árboles aparecióle negra y compacta; mientras en el potril, todavía alumbrado por claridades frías de crepúsculo, el dolmen evocaba la imagen de un viejo sepulcro olvidado entre la maraña, el tosco y áspero sepulcro de un ser fabuloso, un gigante insociable como don Zoilo, valiente y perverso como el rubio Almada.

Las palomas grandes, —que en la sombra parecían más grandes aún,— pasaban de a una, de a dos, de a tres, y al dejarse caer sobre la cima de los árboles, producían un ruido seco, de alas y hojas, que hacía estremecer a Juana. A ratos, su voz gruesa, tristísima, resonaba entre las frondas; y a veces, desde muy lejos, llegaba el canto suave y melancólico de la pava del monte.

Un miedo horrible se apoderó de la pobre joven, que, temblando avanzaba y retrocedía, girando dentro del potril, sin conciencia de lo que hacía. La espesísima alfombra de hierbas apagaba el ruido de sus pasos, y, no obstante la multitud de voces que se confundían en el aire quieto, Juana experimentaba la extraña sensación de un silencio absoluto. Por instantes creía ver formas colosales avanzando hacia ella, enormes árboles que se apartaban de la muralla y echaban a andar lentamente y sin ruido; por momentos imaginaba fantasmas vestidos de blanco, pasando rapidísimos delante de ella y obligándola a cerrar los ojos; más tarde eran luces fugaces que se

apagaban antes de que hubiese podido confirmar su existencia; luego era una voz humana, un quejido hondo que brotaba de los peñascos verdinegros. Ansiosa, prestó oído, y acto continuo volvió rápidamente la cabeza, porque sintió que algo muy suave como la pelusilla de un ala le había rozado el cuello.

De pronto notó que un lado de la muralla comenzaba a blanquear. Observó, creyendo en una nueva alucinación; pero la luz, muy blanca, muy tenue, persistía e iba creciendo lenta y continuamente.

—¡Dios mío!... —exclamó la joven cayendo de hinojos y cubriéndose la cara con las manos.

Ya no reflexionaba: había perdido la noción de las cosas, se encontraba en la inconsciencia de una criatura asustada. El llanto corría abundantemente por sus mejillas y todo su débil cuerpo temblaba agitado por los sollozos.

—¡Lucio!... ¡Lucio! —comenzó a exclamar a grandes gritos, como si esperara que el amigo pudiera llegar en su auxilio. La muerte se le presentó horrible y le heló la sangre... La muerte, encerrada en aquella especie de trampa hasta la cual no podía llegar ningún ser humano.

Sin cesar de correr, dando traspiés, cayendo a veces enredada en las gramíneas, continuaba repitiendo su angustioso pedido de auxilio.

—¡Lucio!... ¡Lucio!...

¿Dónde estaría Lucio? ¿Por qué no acudía en su ayuda? El asalto, la pelea, el incendio... nada de eso recordaba, ni por qué ni cómo se encontraba ella allí. Todo era incoherente, como en una pesadilla; absurdo, ilógico, pero terriblemente doloroso, desesperante.

—¡Lucio!... ¡Lucio!... —seguía gritando, y al mismo tiempo corría, llegaba hasta los árboles, retrocedía, daba vueltas en torno al grupo de peñas, se detenía unos segundos para recobrar aliento y volvía a comenzar la carrera, mesándose los cabellos, sollozando y clamando siempre:

—¡Lucio!... ¡Lucio!...

El eco de su voz repercutiendo en las frondosidades de la selva, le hacía forjar la ilusión de una voz respondiendo a su llamamiento. Los pájaros se habían dormido, el silencio era casi completo y amedrentador. La luz blanca que alumbraba un lado de la muralla, había ido subiendo, y ahora, la luna, grande y clara, iluminaba el potril. En medio, los peñascos, semejantes a un dolmen, proyectaban larga y ancha sombra sobre el colchón de grama.

En su desesperación, Juana ni siquiera advirtió la salida de la luna. Su carrera era más lenta y más a menudo se veía forzada a detenerse, a tirarse al suelo, para descansar un poco. El corazón le latía tan a prisa, que casi le impedía respirar; el llanto la ahogaba, la angustia hincaba las garras en su pecho. Tras momentáneo reposo, volvió a ponerse de pie y a vagar y a gritar con voz ronca y lastimera·

—¡Lucio!... ¡Lucio!...

Tornó a detenerse, porque le pareció oir voces humanas y rumor de gente en el boscaje. Oprimiéndose el pecho con ambas manos, esperó, conteniendo la respiración, pues creía que al fin se le había oído y sería socorrida. Muy pronto no le cupo duda de que venían en su auxilio: las voces se oían distintas,

las ramas crujían. Poco después la negra muralla se abrió dando paso a un hombre, al cual siguieron otros cuatro... Juana reconoció sin dificultad al rubio Lorenzo y sus bandidos, pero no tuvo miedo; al contrario, sintió que la alegría de vivir iluminaba su espíritu. En su situación y en el estado de alma en que se hallaba, todo ser humano era una esperanza de salvación. El criminal más feroz era susceptible de una piedad y misericordia que en vano imploraría de la abominada selva.

El bandolero, con el cuello vendado y el rostro muy pálido, avanzó lentamente. Sus ojos, pardos, pequeños, humildes, muy cerca el uno del otro, tenían una expresión bestial, fría, dura, amenazante.

Juana se prosternó, juntó las manos implorando misericordia, mientras murmuraba con voz débil como un suspiro:

—¡Sálveme Lorenzo!...

Una sonrisa cruel contrajo el rostro blanco lechoso del bandolero; los escasos pelos rojos de su barba se erizaron; su grueso labio inferior, lúbrico y desdeñoso, tembló un instante, al mismo tiempo que se elevaba el mentón fino y fuerte.

—Te viá salvar, —dijo con su voz clara, de desagradable timbre metálico;— te viá salvar y te viá dar gusto, oveja alzada. Tengo que protegerte, porque aura ¿dónde irás?... Casa, ya no tenés, dende que tu tapera es un montón de cenizas; tu guacho Lucio no va a tener ni trabajo 'e podrirse, y el pobre viejo don Zoilo está en el otro mundo pensando que no es güeno y trai disgracia criar perras guachas. Yo te viá proteger, dejuro que sí.

Hablaba lentamente, con ironía sangrienta, observando el efecto que producían sus palabras y gozando al ver la expresión de espanto que mostraba el rostro de la joven.

Luego continuó:

—Hace dos días que te andamos buscando, yo y mis muchachos; el que más se ha empeñao es éste, —y señaló a un negro bajo, grueso, de cara ancha, abultada, grotesca y temible, especie de fauno etiópico;— él te ha rastreao más que ninguno, y por la ley le corresponde el primer tajo...

Como Juana retrocediera espantada, el bandido sonrió y agregó con un acento burlón, que en aquel momento resultaba siniestro:

—No te asustés: todos van a tajiar... pero sin lastimarte. Los pobres muchachos andan con hambre y hay que dejarlos pulpiar... ¡No te asustés!... Todo el churrasco es pa ellos; yo suelo comer pulpa flaca por una extravagancia, pero dispués me da en cara... Éstos no: tienen guen diente, y pa ellos es lo mesmo picana con cuero que cogote revolcao en la ceniza. Y dispués, m'hijita, pa caballo que ha pasao la noche al palo, ¡hasta el abrojo es guen pasto!

En tanto, Juana retrocedía aterrada, Lorenzo reía sonoramente. Luego, dirigiéndose al negro:

—Emprencipiá, tizón, —le dijo.

Y una infame y repugnante escena se realizó en seguida, en medio de las risas y palabrotas de aquellos desalmados a quienes Lorenzo, con los brazos cruzados sobre el pecho, observaba y dirigía, espoleando su salvajismo con frases cínicas y atroces consejos.

Arriba, en lo alto, bien en medio del cielo, en el fondo de la bóveda grísea, la luna plena brillaba

blanca y pura, iluminando el potril, los altos árboles seculares y el misterioso grupo de peñas verdinegras. . . . .

. . . .

—Aquí, —exclamó Lorenzo indicando un guayabo enhiesto y de tronco tan grueso, que apenas lograban rodearlo los brazos de dos hombres.

Los bandidos llevaron cargada a Juana, la recostaron en el árbol y, con dos "maneadores", la ligaron allí, los pies apoyados en la grama, los brazos abiertos. Concluída la tarea, el bandolero hizo una seña para que se retiraran; luego él avanzó unos pasos y habló así, con voz ronca y ruda:

—Mujer que ha sido mía, nunca más debe ser de otro. ¡Por indina y falsa, vas a quedar aquí, pa que los caranchos te saquen los ojos, y los tábanos y los mosquitos te chupen la sangre, hasta que los zorros hambrientos vengan a concluir tu osamenta!... ¡Vamos muchachos!...

Crujieron las frondas, los bandidos desaparecieron en la espesura. Durante un rato se oyeron sus voces y el ruido de las ramas que se doblaban y quebraban; después, profundo silencio tornó a reinar en el escondido potril, mudo testigo de aquel drama horripilante.

Juana había oído como en sueño las últimas y sangrientas palabras del bandido. Amarrada al árbol, completamente desnuda, las graciosas curvas de su cuerpo, la blancura de su piel, el oro de sus cabellos parecían significar un ideal delicado, una poesía dulce y sensitiva sucumbiendo al abrazo del me-

dio agreste y duro. Sus ojos se abrieron y se cerraron de nuevo; su cabeza cayó sobre el pecho. Un bienestar nunca conocido comenzó a invadirla; el corazón iba latiendo lentamente, los labios se entreabrieron para dar paso a un último suspiro, y la muerte llegó al fin, portadora de la paz eterna, besando con respeto aquella pobre alma atormentada, que se había paseado extraña y sin objeto por la vida.

Estancia "Los Molles",
febrero-diciembre de 1898.